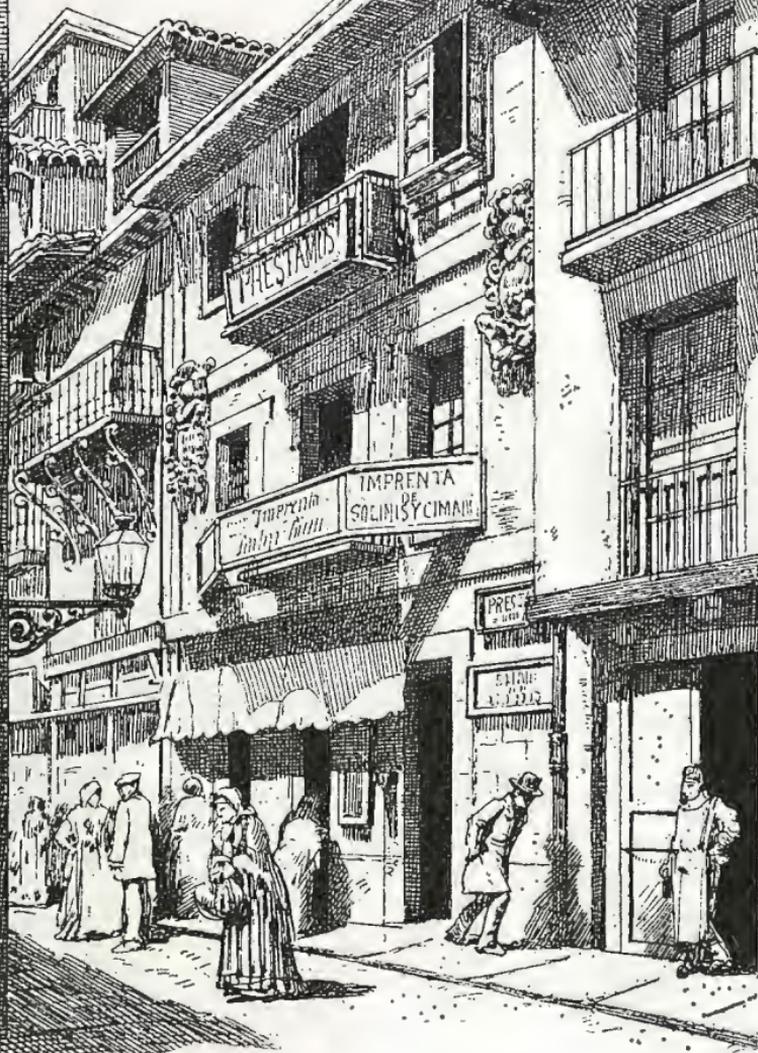


# SANTANDER

## EN LA HISTORIA DE SUS CALLES

J. Simón Cabarga



10

Colección de Bolsillo  
Institución Cultural de Cantabria



SANTANDER  
EN LA HISTORIA DE SUS CALLES



JOSE SIMON CABARGA

# SANTANDER

EN LA HISTORIA DE SUS CALLES

**10**

Colección de Bolsillo



INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA  
DIPUTACION PROVINCIAL  
SANTANDER  
1980

I.S.B.N.: 84-85349-13-X  
Depósito Legal: SA. 37-1980

Edita: Institución Cultural de Cantabria

Imprime:  
Artes Gráficas Resma  
Santander

## INDICE

Pág.	
9	PROPÓSITO
13	LA EVOLUCIÓN URBANÍSTICA DE LA CIUDAD
25	LA DEMOLICIÓN DE LAS MURALLAS MEDIEVALES
31	CALLES DESAPARECIDAS POR EL INCENDIO DE 1941:
31	Alsedo Bustamante
35	Antonio de la Dehesa
38	Arcillero
42	Atarazanas
47	Blanca
52	Cádiz, Calderón de la Barca y Méndez Núñez
57	Carbajal
60	Casas de Regato
61	Colón
63	Compañía
68	Escalinata
69	Escuelas
70	Gibaja
74	Infierno
75	Lealtad
80	Pascual (Callejón)
80	Plaza Vieja
86	Plazuela del Príncipe
92	Prieto

Pág.	
92	Puente
99	Puerta la Sierra
104	Remedios
108	Ribera
114	Rincón
115	Rúa Mayor
119	Rúa Menor
120	San Francisco
125	San José
129	Sánchez Silva
132	Santa Clara
138	Socubiles
138	Tableros
140	Torrelavega
140	Tremontorio
141	Viento
143	CALLEJERO EN 1980
395	NOMENCLATOR DEL CALLEJERO

## PROPÓSITO

*Vaya implícita la declaración de que estas páginas se liberan de rigorismos críticos para dejar ancho campo a la anécdota historicista. Como apuntaba el cronista, las ciudades son “como las personas; como ellas tienen biografía, buenos o malos recuerdos, drama y comedia, épocas de esplendor y momentos agónicos”; en suma, etopeya. Todas esas vivencias se reflejan y palpitan en las calles y hasta, si la cosa lo merece, dan “carta de naturaleza” a sus habitantes. El rótulo comprensible de una calle transmitirá al vecino una emoción inefable. Diríase, como les ocurría a los santanderinos ilustrados del pasado siglo, que sientan, copiando a los romanos, la ufanía de llamarse “ciudadanos de su calle”. No es posible olvidar aquella honda y vibrante significación que Menéndez Pelayo daba a su condición de “callealtero”.*

*Este libro se inició, en auroras ilusionadas por los amaneceres de hace años, con el propósito de poner un poco de orden en los a veces desconcertantes nomencladores oficiales. En el repaso, al emprender la tarea, hubimos de advenir que no fueron muy expertos en el conocimiento de su ciudad, quienes dieron nombres a algunas calles, y desde luego no respetaron con la atención debida, las huellas de la*

tradición local. Y así, tanto les importaba despojar a una vía de su apellido egregio o entrañamente evocador, como aplicarle el de alguien que tuvo sólo incidencia de coyuntura y cuya fama no resistió siquiera la sentencia de una sola generación para su justificación histórica. No pocos nombres inscritos en los nomencladores oficiales lo fueron acaso bajo la impresión de la lectura de una esquila mortuoria y con ojos arrasados por la emoción de una amistad personal. Pero preguntemos a un elevado porcentaje de vecinos la significación de ese rótulo puesto en la esquina de la calle donde vive y acaso haya nacido, se ha criado y hasta espera morir en ella, y se mostrará asombrado al enterarse por primera vez en su vida de algo que no estaba claro, en el curso normal de la realidad circundante. Alguna vez han de ser gentes foráneas quienes nos cuenten cuánta emoción palpita en el título de una plazoleta, de una calle silenciosa, de una pretenciosa avenida, como esclarece el cronista al decir que “en la geografía humana de Santander encontramos lo que de antemano sabíamos que estaba e íbamos a buscar, como se buscan y palpan los recuerdos queridos cuya ancha dimensión sobrepasa los límites provincianos”. Así, pues, vemos que son las visitas quienes nos enseñan a gustar el dulce recuerdo que tan caro debe sernos... (Vicente Marre-ro: “El urbanismo literario de Santander”).

Y esto, cuando de nombres propios se trata, pero es que hay topónimos o alusiones a un pedazo de historia o la evocación de lo que fue en lo antiguo casi remoto ese trozo de calle en el que apenas entra el sol ni ha entrado desde que se alzaron los primeros muros. Y tengamos presente que gran parte de ese tesoro de emociones desapareció en la noche infausta de febrero de 1941 entre los escombros de cuanto quedaba de las dos pueblas, como en un desheredamiento de sentimientos guardados en el estuche de las ale-

grías, lágrimas y suspiros, todo transido del más evocador perfume de la vida misma...

Si uno tuviera poder para ello decretaría como insoslayable la apertura de expediente cuando de dar nombre a una vía urbana se tratase; pero un expediente que al igual que para la concesión de títulos y honores, agote en su tramitación el criterio de instituciones y entidades con pleno derecho a opinar en cuestión tan delicada.

\* \* \*

Este libro es, repetimos, un propósito de aportar al conocimiento del vulgo atento, mucho de lo que apenas si llega a vislumbrar. Explicarle, de la mejor manera posible, el entorno de su cuna y el campo y aula de sus juveniles vivencias.

El orden seguido en estos folios se programó del modo más racional y sencillo desde el punto de vista urbanístico e historiográfico. Partimos, como parece obligado, del Braun (tan entrañable, que su grabado exorna diríamos que presidencialmente muchos hogares santanderinos), y seguimos con la interpretación de los más esclarecedores planos conocidos, desde el sumario croquis del canónigo Zuyer, de 1660; con los proyectos de Colosia y de Calderón; el plano militar de José María Mathè durante la primera guerra carlista; el de Coello, de 1861, publicado por Madoz; el de Pérez de Rozas de 1864, que ha sido plano oficial con vigencia durante cerca de un siglo, pues por él se vinieron reglando los nuevos trazados, alineaciones y rasantes de las modernas vías urbanas... Y es curioso que otro plano coetáneo de estos dos últimos, y firmado por Chávarri, fue, diríamos que pionero de los urbanistas del futuro, confeccionado con arreglo a la famosa Ley de Ayuntamientos de

1845... y padrino en el bautizo de nombres con acento histórico.

Ha habido que recurrir al relato de cómo Santander se desasíó del dogal de su medieval muralla, de cuatro metros de espesor, en el momento de iniciar su expansión, primero por la puerta del Cay y el Arcillero hacia el Este y después por Becedo arriba de la Mies del Valle. En las referencias de calles y plazas de estos planos superpuestos, se refleja la evolución urbana de nuestro pueblo desde los días iniciales de su decisivo salto de Villa a Ciudad.

En el historial más o menos minucioso de las principales arterias urbanas, se intercalan noticias de "su comportamiento ciudadano". Ello se hace lo más sintéticamente posible, pero sin despojarlas de las pinceladas que puedan contribuir a su identificación.

En fin, y como es consiguiente, el cuerpo "legal" es el nomenclátor en sí mismo, con relatos compendiados de unas trescientas cincuenta calles y, lógicamente, sólo se cita la definición oficial y situación en la cuadrícula urbana, cuando la vía goza de ese privilegio de las vidas más sencillas: la felicidad de carecer de historia.

El tiempo de salir a la luz esta historia urbanística acaso sea oportuno, pues muchas cosas van a cambiar en la ciudad y bueno será que, por lo menos, un santanderino como el que tiene el privilegio de descansar en cierta confianza de algunos convencinos, deje a la nueva generación ya nacida y a punto de granazón, unas ideas lo más cerca posible de la realidad de su pueblo. Pidiendo, como es consiguiente, disculpa benevolente cuando por torpeza incurra en error. Todo es perfectible en la vida: más todavía cuando la criatura engendrada con ilusión, nace con defectos, pero corregibles.

EL AUTOR

## LA EVOLUCION URBANISTICA DE LA CIUDAD

El año 1783 se debatía en el Ayuntamiento santanderino una instrucción de Intendentes respecto al privilegio de que gozaban para construir libremente en solares ajenos “cuando sus dueños no lo hicieran”. Eran unánimes los regidores en coincidir que tal Instrucción no tenía vigencia ni era aplicable en la práctica, pues en Madrid mismo, argüían, “tan celoso del aspecto público, no se observan ni la uniformidad ni la igualdad prescrita en las Instrucciones de Intendentes, sino que cada uno edifica según su gusto y facultades; y así no es extraño que dos casas contiguas tengan, la una, cuatro alturas y la otra solamente una o dos”. La ciudad no debía, por tanto, mostrarse parte en esta cuestión, pues no podían regir las mismas normas y providencias para todas las casas arruinadas y solares por los infinitos pleitos que de ello se derivarían. Había en Santander más de doscientos solares y casas arruinadas, y lo que urgía era construir lo más posible. Pero no había suficientes caudales “para levantar casas en los nuevos barrios que van surgiendo al compás de las obras del Muelle”.

Veinte años más tarde, al problema se unía otra faceta urbana muy de tenerse en cuenta: la estética. Cuanto se

estaba haciendo denunciaba “la anarquía reinante en las construcciones”, según clamaba un regidor, quien añadía: “Los maestros de cantería y carpintería siguen manejándose como les viene en gana, en las casas de nueva planta, y el Municipio debe cortar tal desafuero prohibiendo a los constructores ejecutar obra alguna que previamente no haya sido sometida a las autoridades competentes en la materia”.

Volvió al poco tiempo a plantearse la cuestión, esta vez agudizada por el incumplimiento de las normas de la higiene. Se habían levantado varias casas “con extraordinaria elevación”, y tanta que sobre afeor el aspecto público acusaban muchos perjuicios “que irían en aumento si no se pone remedio”. Las calles “son demasíadamente estrechas para edificar tan altas y por eso las casas deberían elevarse a proporción del ancho de aquéllas, pues de lo contrario, además de las deformidades y desproporcionadas líneas, obscurecen la vecindad, sofocan las mismas calles, impiden la necesaria ventilación en perjuicio de la salud pública y por más que se quiera han de caer sobre las otras casas del frente sus tejados, balcones y portales, las aguas llovedizas, particularmente cuando corre viento que es casi siempre que llueve...”. Convinieron, por tanto, los regidores en exigir, para lo sucesivo, un plan que recogiese todas las condiciones “que deberán concurrir en las construcciones, con lo cual, además de evitar los inconvenientes señalados, se daría un hermoso aspecto a esta ciudad, que por todas partes se está renovando...”.

\* \* \*

El Catastro del año 1831 registró de 14 a 15.000 habitantes con preponderancia, en las clases sociales, de comerciantes, fabricantes, navieros, artesanos y matriculados de

Marina (pescadores). Diez años después se publicaba una especie de Memoria local para congratularse de que la ciudad había caminado “a pasos de gigante” en cuanto a ornato público; que se habían embaldosado los Muelles y “todas las calles”, y hecho empedrados nuevos de más solidez, duración y hermosura; hacía el elogio de la iluminación pública, “toda de reverberos”; que las casas se construían siguiendo el reglamento general y se habían creado nuevos paseos. No se olvidaba señalar el detalle del cumplimiento absoluto en cuanto a no instalar balcones de madera muy volados sobre las calles...

El progreso urbanístico continuaba con entusiasmo como lo testimonia un documento, revelador del cuidado que el Municipio ponía en lo referente a la forma y estilo de las construcciones, cuyos resultados se expresaban así: “En todos sus cuarteles y calles, por todos sitios desde los más céntricos y frecuentados hasta los más retirados y escondidos, surgen como improvisados nuevos y suntuosos edificios; por doquiera se observan reformas y reparos y embellecimientos que reclaman imperiosamente los adelantos de la época y el progreso de la civilización. A cada paso detienen nuestra marcha montones de materiales destinados a la construcción de casas, almacenes, fábricas y depósitos... La asombrosa transformación que se está operando en su seno, esa general renovación cunde en todo su recinto, borra aceleradamente las manchas que la afeaban y envilecían su indisputado mérito y ventajosa situación...”. Esto se escribía en 1849.

\* \* \*

Una década después la crítica ciudadana no podía ser más optimista dentro de la posible objetividad. Apuntaba que la edificación en la ciudad llevaba una marcha muy

conforme con el orden natural de las cosas. Había escasez de viviendas frente a la demanda por el aumento considerable del vecindario fomentado por los negocios. "Hoy, exponía, ha llegado una era de carestía y ya se están preparando grandes proyectos de construcción. La antigua Santander va desapareciendo bajo las nuevas obras y edificios que por todas partes y a porfía se emprenden y levantan. Pocas cosas quedan de los restos de las casas que albergaron a nuestros abuelos... A la vuelta de pocos años quedará renovado todo el caserío de la población y habrá perdido esa fisonomía, ese triste particular que la comunicaban las viejas construcciones, recuerdo vivo, página histórica de lo que fue..."

\* \* \*

En el ambiente prerevolucionario de 1867, cuando hacían crisis incluso las instituciones, las autoridades y especialmente el Municipio se entregaron al empeño tenaz de reducir las consecuencias en la economía y la política, promoviendo obras públicas donde pudieran encontrar ocupación muchos centenares de brazos. La masa obrera era la primera víctima de una situación de angustia que encogía el ánimo y conmovía al pueblo entero. Y así levantaron un empréstito de dos millones de reales para trabajos de primera mano como el de la restinga de la Monja, sobre la que avanzaba, en busca de mayor calado, un largo muelle desde la desembocadura de la calle del Martillo. Se ocuparon los brazos en las obras de mejora del Mercado del Este y en el adoquinado de numerosas calles... Se expropiaban casas ruinosas para su demolición; se saneaban los solares con vistas a nuevas construcciones, a la vez que se abrían calles nuevas, como las de Carbajal y Las Animas, más otra arteria, de sur a norte desde el extremo del mue-



Plano de Coello, 1861

lle de Calderón (esto es, Lope de Vega), y se urbanizaba y embellecía la Plazuela de Isabel II (antes de Pombo)...

La crisis, empero, se agudizaba por días. Se producía el paro obrero; un solo taller tuvo que despedir a un centenar de braceros teniendo que emplearlos en la reparación de vías públicas, como la explanación de la de Bonifaz, la bajada a la playa del Sardinero, la subida de Perines, la apertura del camino ya proyectado hasta el abra del Sardinero por la costa de San Martín y la Magdalena; la comunicación del nuevo paseo de Miranda con Tetuán; la apertura de un camino desde el Río de la Pila hasta el Alta (apellidado "Despeñaperros"). Todo ello, aparte la reanudación de las obras en buen número de casas afectadas de paralización por la crisis.

El período revolucionario comenzado en 1868, que desembocaría en la primera República, con su secuela inmediata de los movimientos cantonalistas para acabar en la Restauración, fue fecundo en realizaciones. Ese período de ocho años, justifica el optimismo con que se redactó un informe en el momento de pedirse, de exigirse casi, por el Municipio, un nuevo empréstito para obras. En cortísimo plazo de tiempo, el Ayuntamiento había llevado a cabo trabajos de reconocida importancia, utilidad y necesidad como los nuevos empedrados de calles como la de Santos Mártires, Plaza del Progreso, parte de la Ribera, banqueta de la Dársena hasta el muelle de Maliaño, Ruamayor en una de sus más importantes y concurridas secciones; Ruamenor, Atarazanas, transversales de las mismas, y la del Correo a la de Béjar (así titulada Atarazanas por la República), y la que del mismo Correo conducía a la plaza de la Esperanza; Lope de Vega, Colosia, Calderón, Pedrueca, los alrededores de la nueva iglesia de Santa Lucía, Cervantes, Tetuán, rampa del Puente, Alameda primera, Flo-

rida, Concordia, la apertura de la nueva calle “que conduce al paseo de la Concepción”, etc., etc. Por todas partes animación y trabajo... Se había llevado a cabo el tendido de nuevo alcantarillado en diversas zonas, y se acometió el saneamiento de las marismas de Los Arenales... Caminos y paseos habían sido solícitamente atendidos, reformándose y enarenándose las Alamedas, la Plaza de la Libertad, la del Progreso y la de la Dársena. En la Alameda segunda se vio el trabajo de obreros que colocaron entonces unos monumentales jarrones de hierro de carácter romántico. “El Paseo del Alta —decía especialmente el documento informante— presenta hoy un aspecto bello y agradable, y todas las subidas que a él conducen y que se hallaban en deplorable estado, han sido puestos en buen orden”. A ello había que agregar la novedad de la construcción de una alameda, la de Cacho, en El Sardinero.

Había que agregar, como muy importante por su transcendencia, el avance en los trabajos de conducción de agua en Miranda, Arna y Perines, y un aumento considerable en el alumbrado de la población...

\* \* \*

La época de la Restauración fue también fecunda, continuando con el desenvolvimiento pausado, pero de firme andadura, con que la ciudad hizo frente a acontecimientos nada felices para España, como la guerra americana. Firmes vínculos tenía la Montaña con aquellas tierras manifestados con un símbolo: el de la palmera plantada en el jardín o el huerto del solar nativo. La palmera proclamaba junto a los árboles de intimidad racial, el homenaje al recuerdo antillano del indiano. Cuando la ciudad se enfrentó al fracaso de tantas ilusiones, fortunas y vidas, lo hizo reaccionando virilmente. No cedió un paso en su avance, y,

precisamente, fue cuando se encarnizó en la transcendental modernización de los Muelles y de la Dársena, ensanchando los dominios urbanos a costa del mar: así surgió la línea de ataque desde San Martín hasta la Avenida de Alfonso XIII, y el parque de la ciudad, en el que se acogió buen número de palmeras regaladas por los santanderinos, y que pronto levantaron sus plumeros para abanicar un paisaje tan extraño al de su nacimiento.

Testigo excepcional de ese momento santanderino, fue un ilustre escritor vasco, Francisco Grandmontagne, quien el año 1905 publicaba en "La Prensa" de Buenos Aires las impresiones de su reciente visita a Santander: "La geografía política —comenzaba— os dice que Santander está en Castilla; pero atenedos vuestros ojos al progreso que por todas partes se observa, obtendréis la sensación halagadora de hallaros en una ciudad que realiza ese ideal de europeísmo, pesadilla de cuantos anhelamos un vigoroso resurgimiento nacional...". "Ocioso es agregar, por tanto, que el tipo santanderino apenas guarda parecido con el castellano de la meseta central. Su mentalidad carece de esa rigidez lógica del palentino o el burgalés. Su espíritu guarda íntima relación con el paisaje, lleno de fuertes contrastes, con el vivo juego de luz y sombras en las cumbres verdes y con la blanca turbulencia de la espuma sobre la inmensidad azul..." "Aquí en Santander, en lugar de austeras y estupendas catedrales, que acoquinan y anonadan el espíritu, hay hermosos palacios, pintorescos chalets, mansiones confortables y alegres que respiran el amor a la vida. No se ve el fruto muerto de la energía pasada, sino el producto vivo de la presente..." "Ninguna ciudad española, fuera de San Sebastián, más favorecida por los efectos del cambio y el desarrollo del "sport" automovilista, ha logrado en los últimos diez años un progreso semejante al de Santander.

Su adelanto se debe exclusivamente a la acción intensa, al esfuerzo local que ha logrado contrarrestar los efectos de la pérdida de las colonias, supliendo aquellas entradas de riqueza exterior con los frutos de una activa explotación del subsuelo y con el creciente desarrollo de la industria pesquera...” “Hasta hace diez años Santander tenía puesta su ansia exclusivamente en el mar, en el comercio a que daba lugar la navegación a Cuba, Puerto Rico y Filipinas; obligada la ciudad, como toda España, a concentrarse en sí misma, a buscar una base de recursos propios, volvió pronto los ojos a su territorio, hallando en él la fuente de vida que sustituyese a todo lo perdido. Santander es la única ciudad que se ha salvado de esa terrible crisis que hizo presa de todo el litoral marítimo después de la última guerra...” “He recorrido la Alameda primera, y la Alameda segunda, los jardines, la Ribera, la calle de San Francisco, la Avenida de las Naos...; por todas partes veo edificios suntuosos, mansiones modernas, riquezas, bienestar, progreso...”

Esto escribía un espectador inteligente al tomarle el pulso a una ciudad en plena convalecencia por la catástrofe del vapor “Cabo Machichaco”, presente desde 1893 en el pensamiento alucinado de los santanderinos. A aquella tremenda adversidad del destino, se añadió la que casi medio siglo después arrasó en poco más de cuarenta y ocho horas cuanto quedaba de las dos pueblas antiguas: la fecha del 15 febrero de 1941 se alza como un hito en el destino ciudadano. Para cuantos, al no haber nacido todavía, no lo conocieron, no puede tener significación exacta el calificativo de “milagro santanderino” que comenzó a circular por todo el país. Resultará incluso presuntuoso, pero es que no acertarán a imaginarse cómo de un burgo vetusto ha podido surgir la ciudad de ahora, debido al más formidable estirón de su historia. Al día siguiente del impresionante suceso,

la ciudad sintió, no angustia por lo perdido, sino el poderoso acicate de la superación. Parecía como que tomaba como norma lo que Angel Ganivet escribió en 1896 en Helsinffors con respecto a su amada Granada: “Una ciudad está en constante evolución, e insensiblemente va tomando el carácter de las generaciones que pasan. Sin contar las reformas artificiales y violentas, hay una reforma natural, lenta, invisible, que resulta de hechos que nadie inventa y que muy pocos perciben. Y ahí es donde la acción oculta de la sociedad entera, determina las transformaciones transcendentales”.

Hubiera representado la paralización de su reloj; pero sobre todo Santander no quería dejarse aniquilar en aquella encrucijada del ser o no ser. Y fue.

Hay que tener presente que no eran, precisamente colaboradores a la empresa de la inmediata regeneración, los condicionamientos económicos y políticos de la nación, agobiada por presiones externas. El mundo estaba en guerra y de un momento a otro España podía verse implicada en el conflicto. De ahí la necesidad de operar con urgencia sobre el cuerpo enfermo, en una decisión de vida o muerte. Esperar lo mejor con desprecio de lo bueno, hubiera sido dejar que se alzasen ingentes montones de escombros al mismo ritmo que medraría el expediente administrativo.

La selva de conflictos de todo orden que constituía el expediente global de la reconstrucción, podía causar la parálisis de las fuerzas anímicas de la ciudad; pero, como sucedió tras de la catástrofe del “Machichaco”, en 1941 se produjo la “acción oculta de la sociedad entera” para determinar “las acciones transcendentales” de que hablaba Ganivet. Fueron venciendo los infinitos pleitos derivados de la desaparición de 377 casas y no pasó mucho tiempo sin que las hormigoneras comenzaran a batir el cemento,

constituyéndose en “música de fondo” de la actividad de una ciudad enfebrecida. Así pudo celebrarse como un acontecimiento diríase que histórico, el momento de fijar en la casa de “La Polar” una placa de bronce con esta inscripción: “Prima igni renata”. La primera renacida del fuego.

Cuando, con la inauguración de la Plaza principal (julio de 1964) la ciudad, como en las antiguas realizaciones “puso el ramo” a la reconstrucción, una pluma santanderina dejaría consignado el hecho de que “puede afirmarse que la población ha cambiado de fisonomía y parece de un ayer muy lejano el paso traqueteante de aquel tranvía destrozón del pavimento y que irritaba los nervios. Parece de otros siglos aquel Paseo de Pereda, estrecho, de un fuerte sabor decimonónico con el andén norte de losas de piedra; el quiebro que en Puertochico se daba a la circulación para meterla por la calle de Juan de la Cosa como única vía de acceso a la avenida de la Reina Victoria. Ya en el recuerdo se antoja muy lejana la estampa de una calle de Burgos angosta, con la vieja Primera Alameda a un lado y los dos veces centenarios tinglados de Becedo en la otra. En una palabra, todo ha cambiado. Iniciadas las grandes reformas con el ensanche del Paseo de Pereda, ya no se ha conocido pausa en los planes municipales de transformación que al mismo tiempo han venido a reformar las costumbres de los santanderinos, incorporados al concepto de la disciplina que hoy se advierte, en términos generales, como habitantes de una ciudad moderna...” “Y todo ello en plazo tan corto que hace vigente el apelativo de “milagro santanderino”. Junto al sentimiento por tantas cosas desaparecidas, el canto de la esperanza hecho realidad para que pudiéramos apreciarlo los que conocimos el sencillo burgo castellano de que tan orgullosos se mostraban nuestros progenitores”.

Esta fue la herencia de inmediato usufructo que una generación castigada ha dejado a otras generaciones llegadas con ímpetus de ilusionada vitalidad. Pero acaso poco justas con los antecesores en la labor de renacer cada día.



## LA DEMOLICION DE LAS MURALLAS MEDIEVALES

Apenas la vieja villa se constituyó en ciudad —en 1755— la influencia de esta condecoración administrativa se dejó sentir en todos los órdenes de la vida santanderina. Pero hasta no llegar a la capitalidad de provincia marítima (merced a una decisión de Carlos IV, en 1802) y acabar definitivamente su rivalidad con Laredo, sede del Corregimiento, hubo de apear con los más inmediatos problemas y el más urgente era el de su expansión urbana. Porque aunque en el interior del recinto murado había aún casas deshabitadas y otras que amenazaban ruina, se preveía ya un mayor movimiento mercantil al que aspiraban los comerciantes, por medio de la segregación de Burgos y alcanzar así la autonomía con la creación de un Real Consulado de Mar y Tierra. No fue fácil lograrlo; pero entre tanto, las ilusiones urbanísticas de salir del dogal de piedra que contorneaba el breve recinto urbano, se dirigían a demoler esa muralla, principalmente por el lugar que se oponía a la primera expansión: por el Este. En el año 1766 se dio el primer zarpazo a los gruesos muros, por la calle del Arcillero, como obra previa para iniciar los trabajos de reforma del puerto antiguo a que se hace referencia anteriormente.

Después, en 1782, toma estado oficial la necesidad de

demoler todo el lienzo de muralla desde “el Cay” hasta la puerta de Santa Clara. La muralla amenazaba ruina; los cimientos que se apoyaban en el “camino de Traslacava” estaban minados por las aguas pluviales. Además, la naturaleza de aquel terreno, tierras areniscas de asperón, hacía que las mujeres de la calle “de la Mar” acudiesen todos los días a extraerlas, para usos domésticos y esta fue una pequeña industria con la que se ayudaban algunas familias muy humildes. Todavía, y valga el dato en corroboración de este hecho, que tomó carta de naturaleza, en las dos primeras décadas de este siglo hemos conocido la perpetuación de la costumbre, pues con frecuencia acudían las llamadas “areneras” a extraer con azadillos, cargas de asperón en los terrenos del fondo de la calle “Sánchez Silva”, junto a los breves restos de un antiguo muro en el callejón que comunicaba con la calle de “San José”.

La cuestión propuesta por los regidores en el año 1785, era demoler como va dicho, la muralla de Traslacava y construir un camino “para el libre uso de los carros y caballerías que desde las aldeas de esta jurisdicción vienen a esta ciudad y sus muelles...”. Ese camino es el que se convirtió después en calle de San José, desde “la Puntida” hasta frente el convento de las monjas clarisas. Se acordó la demolición y ya tenemos la primera parte de la ofensiva contra las murallas.

Colosía, a medida que avanzaban sus obras, mandaba derribar los paredones junto a Somorrostro y dejar expedito el camino hacia el muelle de las Naos. En virtud de sus instrucciones, se disponía a aprovechar los materiales de la muralla para construir la alcantarilla general o caño de Atarazanas; igualmente los resultantes de la parte de la muralla todavía existente entre la Putinda y el Cay, pues el muelle de unión entre la Ribera y la Rampa larga estaba

ya construido. De esta forma, el siglo XVIII se terminaba manteniendo en pie, solamente, la muralla desde la puerta de Santa Clara hasta el final de la cuesta del Hospital. La parte oriental ya no existía, y por esa brecha comenzó a extenderse la ciudad.

Enseguida comienza el derribo de la muralla en Ruamayor (1802) y el problema, aunque latente porque llamaba con urgencias el proyecto de ensancharse hacia Becedo, permanece intocado hasta la terminación de la guerra de la Independencia, que es cuando aparece derruida la muralla por la calle de San Francisco, cerca de la llamada Puerta del Rey, en una longitud de 80 a 90 pies lineales. Fue cuando Manuel Sentiés e hijos construyeron en la citada calle de San Francisco.

En 1821 se procedió a la demolición de los arcos o puertas de Santa Bárbara (o de la Reina, en Atarazanas) y de San Francisco (aproximadamente donde se alza hoy la casa construida por Manuel Láinz, en el comienzo occidental de la calle, entre ésta y la de Juan de Herrera).

En 1823 el Ayuntamiento representaba al Rey sobre el estado del arco de Santa Bárbara, derribado, urgiendo la demolición total “por la deformidad que causa —decía el escrito— de resultas de haberse extendido el pueblo por aquella parte”. Algo hicieron en este sentido pero aún siete años después, se insistía en hacer desaparecer los machones del mismo arco o puerta “por ser abrigo de noche para malhechores, causar deformidad al ornato público y ser sitio a propósito para la inmundicia”; en efecto, se consiguió hacer desaparecer el estorbo que se oponía a proseguir el ensanche por Becedo.

Le tocó el turno al arco del Rey, en 1835, “mediante —se justificaba en la propuesta oficial— que no sirve allí para otra cosa que para obstruir, dificultar y hacer peligroso

el uso o tránsito público en aquel sitio tan frecuentado por carros y caballerías, pudiendo además servir para ocultarse durante las noches personas que quisieran cometer excesos”.

En 1838 continuó la demolición de la muralla desde la entrada de San Francisco hacia el norte. Esa muralla era también un obstáculo par las construcciones en la calle que iba a abrirse como consecuencia de entrar el Ayuntamiento en posesión de los terrenos de la huerta del monasterio franciscano, secularizado por la ley de Desamortización, y el muro cayó por la acción de la piqueta hacia la puerta de los Remedios. Ya tenemos, por tanto, abierta la ciudad en sus dos extremos, oriental y occidental. Pero quedaba subsistente el murallón que, haciendo ángulo, subía desde los Remedios hasta la puerta de Santa Clara, cerrando sobre sí el monasterio y la huerta de las monjas clarisas, convertido en Instituto Cantábrico.

En 1852, y so pretexto de trazar una plazuela en lo que pasando el tiempo había de constituir la calle de Padilla, y para abrir la proyectada desde el Río de la Pila hasta “Cervantes”, se decía en un informe presentado al Municipio: “El crecido número de carruajes y caballerías de todas clases que diariamente entran en esta ciudad, si fácil y cómoda su entrada por el punto de Becedo y calle y plazuela de Atarazanas, su salida es sumamente difícil y casi imposible por el punto de entrada y no menor por las estrechísimas calles de la población. Así es sumamente preciso y urgente darles salida por otro punto de seguridad y comodidad que no interrumpa el tráfico y giro interior de la población. Bien examinado el terreno no se encuentra otro punto de salida para los carruajes y caballerías que entren en ella por Becedo, que desde la Plazuela Nueva y calle de San José, tirando una línea que corte las murallas que cierran por Este, Norte y Oeste el Instituto Cantábrico a la calle del

Cubo, siguiendo a la de Cervantes y saliendo por ella al camino real de Becedo...”, “consiguiendo además dejar una buena plazuela al Norte del Instituto, herloseando toda aquella parte de la población y proporcionando conocida utilidad y comodidad a toda ella”...

Conforme a esta idea, se verificó, de allí a cinco años, el derribo de los últimos restos de la muralla. Esta ya vieja aspiración se hizo realidad entonces, gracias, principalmente, al interés que en ello puso el gobernador civil, Vizconde de Monserrat —cuyo mandato duró muy pocos meses—, y a quien la ciudad, en reconocimiento, dio su nombre a la nueva calle practicada en aquel lugar, o sea, “Padilla”.

A principios de este siglo se mantenía en pie un último y pequeño resto del muro, en la esquina norte de la entrada a la Plazuela de los Remedios, por el Cubo. Vestigios que desaparecieron por fin cuando se construyó el moderno Cine Coliseum.



## CALLES DESAPARECIDAS POR EL INCENDIO DE 1941

Para que no se pierda totalmente en el vacío del olvido la imagen de aquel Santander que en menos de cuarenta horas vio desaparecer, inmolada en una pira gigantesca, la traza de la antigua puebla, ante el terror silencioso del vecindario, se ha procurado la descripción de lo que fueron algunas de las más típicas rúas supervivientes a los siglos con su aliento y talante antiguos. Son biografías de unas calles que a las nuevas generaciones les costaría mucho figurarse ni aun por las más perfectas fotografías y los más apasionados aguafuertes, incapaces de reconstruir su historia.

### **ALSEDO BUSTAMANTE**

Apenas tuvo historia porque toda se la arrebató la Cuesta de la Atalaya. Tenía una como indefinible vivencia galdosiana. Los vecinos de los alrededores la conocían por infantiles recuerdos cuando todavía la gente no había aprendido a llamarla por su nombre oficial y auténticamente histórico conferido municipalmente el 12 de febrero de 1896, como homenaje al heroico Alsedo Bustamante que se hun-

dió en Trafalgar rodeado de una tripulación compuesta en su mayoría por montañeses, en el famoso navío “El Montañés”. De niños se había aprendido a llamar a esa calle “Del Proyecto” y los más veteranos seguían identificándola con aquella “denominación provisional”. Y es que la calle formó parte del proyecto de ordenación de todo el barrio de Tantín, comprensiva también de la arteria a media ladera desde el Río de la Pila a Cervantes.

La “calle del proyecto” se fue haciendo muy lentamente, con el ritmo pausado con que vivió después, en el trozo comprendido entre Cuesta de la Atalaya y “Torrelavega”, donde se quedó a la espera de una posible prolongación por la barriada de las Casas de Regato por el centro de la Escuela de Peritos Industriales. Como se observa, formaba en la cuadrícula de unas vías que premiosamente fueron alcanzando categoría urbana. En las primeras décadas de este siglo, la Cuesta de la Atalaya succionaba todo su movimiento y de ahí que la calle “Alsedo Bustamante” apareciese como un remanso marginal a cuyo fondo se abrían los cobaltos de nuestro cielo y se alegraba con la verdura entrevista del descampado de La Tejera.

No había allí ni industrias que alterasen su silencio ni comercios que provocasen afluencias extrañas. Diríamos que era una calle para el pleno disfrute de su vecindario, también silencioso, compuesto generalmente de empleados y gentes de clase media especialmente en el lado sur, donde las casas tenían mayor empaque arquitectónico en contraste con las fronteras, construidas bastantes años antes, cuando sólo era “la calle del proyecto”.

En algunas de sus puertas se abría una tienda de comestibles muy modesta, muy de barrio, con olor a bacalao y arenques. También algún taller de ebanista, cierto obrador de planchado del que transcendía el grato aroma caliente de



sábado con mudas limpias. Por los años veinte, “Alsedo Bustamante” se poblaba de aires filarmónicos pues allá, en una planta baja de la mano derecha vivía una familia de ciegos componentes de una orquestina de guitarras y bandurrias: gentes limpias, relimpias, bien apersonadas, pues no eran de esas musiquillas pintorescas que tanto abundaron por aquellos tiempos en nuestras calles. Había la seguridad de que los bien concertados hermanos tocaban impecablemente todos los ritmos en boga con absoluta seriedad. Después se les agregó el violinista Manolo —tiempos del charleston y del “Wayawais”— y el cuarteto era una cosa muy estimable y hasta decorativa en su principal “sala” de conciertos, como era la costanilla de la Blanca a la Plazuela del Príncipe.

También para contribuir a la filarmonía de la calle de “Alsedo Bustamante”, tenía allí su taller un afamado afinador de pianos, el señor Fernández, melómano de los de ley.

No puede ser evocada la rúa por la que vamos paseando, tan llena de apacible humanidad, sin recordar a quien la prestigiaba: aquel don Norberto Bacigalupi, tan pinturero en su corta estatura, pulcro y elegante, con su bombín y traje de corte tan irreprochable que más parecía un senador que el contable municipal que en realidad era. Don Norberto, “republicano de toda la vida”, a quien sin duda sus correligionarios no le perdonaban su republicanismo de corbata, en la que lucía una gran perla, sus anillos de oro legítimo y de brillantes y la gran cadena de reloj cruzándole el chaleco, era un gran artista, heredero del afiligranado Valliciergo. En su casa, la primera a mano derecha, según se entraba por la Cuesta de la Atalaya, daba clases de contabilidad y tenía su estudio de pendolista del que salían todos los pergaminos miniados sancionadores de los home-

najes de la provincia. Ocultaba don Norberto, bajo su bien apersonada figura, un espíritu zumbón, humorístico de buena ley. Hacía tertulia en “Royalty” donde echaba sus partidas de tute, y sucedía que sus contrincantes de tapete sabían siempre cuando, en los descartes, don Norberto, “republicano de toda la vida”, golpeaba el naipe contra el pico de la mesa. Por esto le era muy difícil hacer tute de monarcas.

No se conoció en esta calle tan quieta, más drama que el que consternó a toda la ciudad. Vivía en ella un hombre muy atildado, de holgada vida y acendrado espíritu de caridad: era el primero en acudir con su donativo a las peticiones de auxilio en favor de gentes enfermas o familias en trance difícil, que casi a diario formulaba “El Cantábrico” y siempre encabezadas con las iniciales C. P. que el propio periódico llegó a traducir, como ejemplo de almas sensibles al dolor ajeno, por “Caritativo Perenne”. Este “Caritativo Perenne” de la calle “Alsedo Bustamante” se compadeció de todos, menos de sí mismo. Inopinadamente, las gentes fueron informadas de que un pistoletazo se había llevado el misterio de tan tremenda resolución.

Como se observará, la antigua calle del Proyecto apenas si tuvo historia. El nombre del marino insigne que nació en la casona de Villatorre en la Plaza Vieja, le dio un prestigio del que silenciosamente gozaban los vecinos de una calle en la que nunca se vieron corrillos de comadres ni se oyeron voces destempladas. Se llevaban como en bien concertada familia, como si todos quisieran conservar su calle con aquel aire sencillo, recoleto, que tenía un encanto hasta lírico.

Ni siquiera el automóvil había llegado a profanarla, porque era una vía por la que no se iba a ninguna parte, sino a los hogares donde reinaba la paz. La noche terrorífica de

su liquidación se consumieron entre las paredes de aquellas casas muchas historias de gentes ni envidiosas ni envidiadas. Y para que su nombre no desapareciese del nomenclátor, el Concejo tuvo el buen acuerdo de dárselo a la que cruza el barrio de Pero Niño, casi en el mismo lugar donde fue conocida con sus perfiles exactos.

## ANTONIO DE LA DEHESA

Desde Puerta la Sierra hasta la Plaza Vieja, el camino más obligado era el de la calle del Peso: una calzada por la que cabía justo un carro y con aceras igualmente angostas. Era como una grieta en el cuerpo caduco de la villa antigua: las cicatrices habían sido restauradas por un siglo XIX poco imaginativo al que repugnaban las complicaciones urbanísticas y se adaptaba por ello a la traza medieval no sin echarle alguna pretensión por medio del cartabón y la regla; pero el sol y el aire continuaban seculares disputas con las casas y éstas siguieron guardando celosamente el misterio de sus sombras. Una calle que sería tristísima de no estar llena a todas horas de los mil rumores de carros y viandantes y hasta de bocinazos de algún automóvil temerario, que se metía por aquella angostura en busca de aventuras.

El 17 de marzo de 1907, el Concejo acordó condecorar a esta vía con el nombre de Antonio de la Dehesa, el magnífico arbitrista cuyo sueño más atrevido —dotar de agua a la ciudad sedienta— se hizo realidad contra viento y marea de pros y contras y de los dimes y diretes que no faltaron, todos con color y sabor de bilis. Pero al fin la proeza le dio prestigio, tanto que también hubo acuerdo municipal para erigirle una estatua en la Plazuela de los Remedios, donde

había nacido; intención que en una ciudad de cavilosos, tan rápidos en proyectar monumentos, se quedó sólo en intención.

Pero antes de llevar el nombre del creador de la traída de aguas, y aun el del Peso —pues allí estuvo el peso público trasladado desde el jardín donde hoy se alza el monumento al Generalísimo— se llamó “Rupalacio”, o “Rualpalacio”, como era conocida en 1710 por las casonas que la familia de los Gutiérrez del Palacio fundaron allí, haciendo esquina a la Plaza Vieja y convertidas en Casas Consistoriales en el siglo XVI. Por aquellos tiempos había en esta Rúa un denominado “palacio del trigo” donde se hacían los repartos al vecindario.

Era lógico que con tan buena vecindad, la calle del Peso fuese siempre de las más frecuentadas y de ahí el ir adquiriendo cierto prestigio comercial. Cuando le llegó la hora de ajustar cuentas con el fuego, la liquidación fue absoluta: se quemó la casona consistorial y contigua a ella un edificio enteramente nuevo, sin estrenar, construido con materiales modernos y destinado a exposición de la mueblería de la Viuda de Bernardo Torre; las llamas, que venían horizontalmente de Atarazanas a lomos del huracán, segaron materialmente los pilares de hierro del flamante edificio, que se derrumbó en contados cinco minutos en una de las más espectaculares destrucciones de aquella noche en que parecía imposible colmar la capacidad de asombro entre las aterra-das víctimas de la catástrofe.

En seguida, venía la taberna de Salus, convertida ya en bar con ínfulas modernistas, pero que a pesar de ello mantenía el rito del chiquiteo: había allí un vinillo de la Nava rival del que se expendía en “La sacristía”, citemos como “santuario báquico” erigido sobre soleras con cuatro dedos de madre.

Después se abrían otras tiendecitas, y salvando el cruce con Lealtad, siempre hacia Puerta la Sierra, una tienda de ropas en los bajos de una casa de cemento armado con cierta pedantería arquitectónica; algún bazar y daque chiscón de orensano amolador, ruidoso a todas horas y fulgurante de esas pequeñas colas de cometa sideral que la piedra arranca al acero con chispas de estrellas. Precisamente en el mismo tramo se instaló en el ochocientos la primera funeraria santanderina por el francés Galo Gautier, innovador de costumbres en lo de llevar los cadáveres en carroza y exhibir los ataúdes para previsoras selecciones fúnebres.

A la otra mano, en la esquina de la casa donde estaba la botica de Zorrilla, el vaciador Emilio había traído de Inglaterra modernos artilugios y el oficio depurado —desmintiendo con ello la primacía del artesanado galaico— para dejar a punto no sólo el vulgar cuchillo de cocina o el machete del carnicero, sino los más delicados instrumentos de cirugía. Pegando, el cuchitril donde el memorialista Berdía recibía una clientela muy “sui generis”, para que le escribiera con sorprendente caligrafía, la carta de la menegilda o la solicitud del iletrado “al Excelentísimo Ayuntamiento”. También acudían donde Berdía las amas de casa para contratar doncellas de servir y hasta de la puerta del cuchitril colgaba un buen letrero advirtiendo que se recibían avisos para el suministro de leche de burra.

Continuaba por la misma acera, Temiño, máximo oficiante en un cafetón hondo, amplio, bajo de techo, débilmente iluminado, con puertas y ventanas pintadas de verde esmeralda y una bulliciosa parroquia de obreros y sencillos menestrales. Y a continuación, los anchos ventanales, como advertencia del siglo XX a tanta vetustez ambiente, de la exposición de muebles de Ribalaygua, lo que le daba ya cierto empaque a la calle.

Atravesada Lealtad, otra vez más tiendecitas de vida muy silenciosa y al final, una bodega de vinos. En otros tiempos no muy lejanos, estuvo en ese tramo la famosa confitería “La Gaditana” y un bodegón que exhibió, a finales del siglo XIX el famoso Cosmorama.

En esta calle, para que todo fuese historia local y testimonios elocuentes, se produjo una de las primeras anécdotas reveladoras del talento de Menéndez Pelayo, cuando era un crío; el curioso lector puede enterarse por las “Memorias de uno a quien no pasó nada” escritas por el hermano del genio. Queda dicho que se trata de lo que ocurrió entre “Marcelinito” y la “cabeza parlante” exhibida por un pícaro de feria.

Tal es la impresión que hoy se aviva en la memoria, de una rúa de sólido prestigio antiguo, que gozaba del privilegio de ser una de las primeras que formaron el laberinto urbano medieval al amparo de la muralla de Puerta la Sierra. Cuando un mes después del incendio, el desescombro dejó aclaradas sobre el asfalto derretido las líneas de la calle del Peso, las gentes se asombraban de que “aquello” hubiera sido eso, una calle, pues más bien parecía pasillo angosto de una casa cualquiera. Sin embargo, allí nacieron, allí se desarrollaron, murieron muchas generaciones que guardaban al lugar la devoción de sus recuerdos. Muchos lloraban enternecidos su desaparición.

## ARCILLERO

La primera referencia que obtenemos del Arcillero, se encuentra en Braun como una de las dos puertas orientales sobre la marina. Zuyer, en su esquemático plano (1660) no la cita. La calle del Arcillero se apoyaba en el muelle del

Cay en la parábola trazada por éste al norte de la que después se llamaría Plazuela del Príncipe, o de la Aduana, o de Eduardo Dato, o del Progreso, nombres con que la conocieron diversas generaciones. Y cuando con la reforma del ingeniero Colosía los terrenos de la ensenada (que entonces se denominaba “de las Herrerías”, o Red Chica) se rellenaron para erigir la casa de la Aduana. Y esto sucedió en 1786.

Todo ello pertenece a un pasado de dos siglos. No olvidarán los que la conocieron hace cincuenta años aquella calle estrecha e irregular, huérfana de la alegría del sol, en la que los tiempos fueron dejando su impronta, no sólo en la traza, sino en las edificaciones. El fuego del 41 devoró hasta los cimientos unas casuchas de mísero aspecto en la acera del norte, típicas del pasado, de sillería de vulgar labra hasta el primer piso y de no más de cinco metros de ancho de fachada con portales hondos donde comenzaban unas escaleras sin más huelgo que el preciso para el paso de una persona de frente. Portales que parecían ataúdes de época nada rumbosa. En los bajos, había una hojalatería, y algún puesto de chucherías... De la misma familia caduca habían sido otras de las cuales dos habían sido demolidas para en su solar construir el año 1927 la casa de “El Diario Montañés”; pero aún entre ésta y el antiguo Teatro Apolo, abría sus ventanuchos una tercera, tan destartalada como sus hermanas de dieciochesca edificación.

Se iniciaba la calle donde confluían las de la Compañía y Tableros, dejando a un lado un pasadizo en rampa y escalones hasta la Plazuela del Príncipe; se encaminaba hacia la Puntida cobrando holgura insensiblemente hasta desembocar entre dos edificios que acababan de cumplir el siglo: por el sur el de Huidobro y Revilla, de que se hablará cuando evoquemos “la Puntida”; por el Norte, el

Ateneo, nacido para Teatro Principal y los almacenes de Calderón García. El Ateneo se irguió sobre los sillares del teatro mismo, inaugurado en 1839, y destruido también por el fuego en noviembre de 1915; tenían, por esta razón “derecho” a considerarse entre lo más característico del Santander decimonónico. Para entonces no se tenía otra referencia de su antigüedad que la de haber estado establecidos allí los Hornos del Rey donde se amasaba y cocía la galleta para los barcos de las armadas reales y esto le confería un repunte histórico. La única línea del edificio del Teatro había señalado en el pretérito la de la muralla medieval en su quiebro hacia el Norte, por “San José”.

Era pintoresca la estampa del “Arcillero” aun antes de la noche de su destrucción. Frente al muro formado por las casas de la Plazuela del Príncipe se desarrollaba la línea de a veces tortuosas y quebradizas edificaciones que comenzaban con el Teatro Apolo, de fachada modernista (inaugurado en 1908) con amplios ventanales enmarcados en piedra labrada. Al terminar la efímera vida de este teatrillo, se instaló en la planta baja el servicio de Telégrafos; después transformáronse esos locales en almacenes de paquetería de Angel Hernández, presidente “vitalicio” del Círculo Mercantil y que murió alevosamente asesinado cuando tomaba el agua bendita en la iglesia de San Francisco. En el último piso de este edificio tuvo un fotógrafo su estudio que pasó después a taller de artistas: allí pintó Pancho Cossio su producción juvenil, cuadros “de escándalo” estético, y al marchar a París se lo transfirió al escultor Daniel Alegre, que comenzó a modelar la imagen del Cristo de la Agonía venerado en la iglesia de los jesuitas.

Al lado, otra casa antigua y a continuación “El Diario Montañés”, cuya estructura de cemento resistió bravamente al fuego y quedó como un esqueleto en la madrugada del

16 de febrero. Luego, la casa en que estaba el Bar Bilbao con uno o dos pisos dedicados a hospedería y a continuación las casuchas de que se ha hecho mérito como antiguas. En el quiebro formado por estas caducas construcciones se alzaban dos relativamente modernas; en una de ellas el bullicioso Bar New Racing, de Barquín, recalada de chiquiteros y en cuyo comedor se celebraron no pocas ruidosas cenas de ateneístas de los años veinte, al final de algunas también celebradas conferencias. Inmediatamente y también en la alineación proyectada, una casa de traza moderna que sustituyó a los últimos vestigios del setecientos y ochocientos, en cuyo bajo tenían instalada su droguería los hermanos Leal, precisamente donde antes se practicaba la entrada al escenario del teatro Principal. Venía a continuación el edificio del Ateneo que conservaba de su primitiva estructura, como va dicho, la fachada con cuatro entradas en arco, correspondientes al “foyer” del Teatro. A la derecha, el telón de las casas que daban a la Plazuela del Príncipe, desde las escalerillas de Tableros hasta la Plazuela. Eran construcciones de mediado el siglo XIX. Anteriormente hubo otras, de las que se habla al historiar la Plazuela del Príncipe.

Así era la calle del “Arcillero”. Escaparé a la memoria más de un detalle que, por lo demás, no mermaría la general fidelidad que se pretende al reconstruirla. Rúa muy ruidosa como paso obligado desde la Compañía y la Blanca y hasta tuvo su momento histórico: el 26 de mayo de 1808, se encendió en ella la guerra santanderina contra Napoleón, como resultado de una disputa entre un relojero francés llamado Pablo Carreyron y unos vecinos.

Para que el nombre de “Arcillero” no desapareciera totalmente del nomenclátor santanderino, lo recluyeron ofi-

cialmente en uno de los dos pasajes —el occidental— que comunican hoy la Plaza de Velarde con Rúa la Sal.

Hubo un momento ya antiguo, que pudo haber desaparecido; fue en el mes de marzo de 1920 cuando en una sesión, los ediles acordaron nuevas denominaciones, y sin duda “el Arcillero” nada decía a sus sentimientos santanderinos (“No recuerda nada en la historia local”, declaró un edil, como ya había sucedido en otro momento parecido sobre el nombre de “Las Escuelas”). Se había propuesto dar a esa calle el nombre de “General Díez Vicario”, muerto en la campaña de Cuba.

## ATARAZANAS

He aquí un apellido que nunca desaparecerá del mapa urbano porque tan prieto, tan denso, de tantas evocaciones está penetrado. Para salvarlo, el Concejo acordó en 1945 dárselo a la pequeña plaza resultante en la nueva urbanización de los accesos a la catedral y en cuyo centro se alza un monumento a la Asunción. Fue homenaje y acto reivindicativo.

Aproximadamente a donde hoy se inicia la avenida de Calvo Sotelo (por su parte occidental) estaban las atarazanas de galeras o almacenes de pertrechos para las armadas reales. Podemos ver en el grabado del Braun y en el croquis de Zuyer, los restos de los arcos del vetusto edificio, ruinas que dicen de una antigua y activa dedicación marítima; todavía cuando el canónigo Zuyer las vio (pasada la mitad del siglo XVII) se miraban en las aguas de la ría, que penetraban hasta Becedo. Y ya, en el hilo histórico, hay que recordar que Juan de Isla y Alvear transformó sus ruinas en almacenes para el aprovisionamiento de los na-

víos a los que puso quilla en Guarnizo; se está hablando del año 1752, vísperas de “nacer” la ciudad como tal entidad administrativa y política. Isla edificó sus tendejores en los flancos de la calle que entonces comenzó a llamarse “de la Reina” en homenaje a doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI; la puerta de la muralla también recibió este nombre agosto.

Tales almacenes eran complemento del tinglado de Becedo donde, según constó en folios oficiales, “se fabricaba la mejor cordelería de España”.

Cuando cegaron el arroyo desde Becedo hasta el puente, entre éste y los almacenes quedó formada una plaza oficialmente llamada “de Atarazanas”. Al arruinarse aquel gran capitán de empresas, los depósitos tuvieron diversos destinos, para cuarteles y hasta como teatro. Los herederos de Isla y Alvear los demolieron par construir en sus solares manzanas de casas entre las que se formó ya definitivamente la que fue casticísima calle.

Restablecióse en 1800 el privilegio de los reyes católicos, del mercado semanal santanderino, en la placita cuadrangular cuyos límites eran, por el norte, las fachadas de casas de “San Francisco”; del Puente, por el Este; por el sur, unos solares sobre los que se derrumbaban unas viejísimas casuchas; y por el poniente, el frente de la casa en cuyos bajos tuvo su farmacia Zamanillo. Este edificio se alzaba entre Atarazanas y Colón y a ella desembocaba Lealtad; en él, a mediados del siglo XIX, se abría la farmacia de Cuesta, con su bulliciosa rebotica, mencionada por Pereda y donde se editó una revista, “El Buzón de la Botica”. Esto era después de cegarse el arroyo desde el Puente, y por eso eran cimientos empapados de salitre de la ría. A un lado y a otro, casi al pie de “Lealtad” un pequeño embarcadero que también cita Pereda. Mas, como va dicho, a principios

del XIX la plaza estaba bien asentada por lo que fue mar, y fue conociéndose por “de la Verdura”, instalada en una elegante galería de estilo gótico, según descripción de la época.

Hay que señalar que a Atarazanas le sucedió lo que a no pocas calles santanderinas por las oscilaciones de un mal acordado metrónomo político: en 1862 la denominaban “Calle de la Reina” al trozo comprendido entre la entonces “Plaza del Peso” (Becedo) y Puerta la Sierra. Con el nombre de “Béjar” fue llamada por los revolucionarios de “la gloriosa” por ser aquella ciudad salmantina la primera en alzarse en armas contra Isabel II. Pero a la Restauración de Sagunto (1875) recobró el de Atarazanas desde el Puente hasta la Cuesta del Hospital. Un nuevo golpe a la esquina por la manía de revisar el nomenclátor ciudadano, lo recibió durante la revolución de 1936 en que Atarazanas formó parte de la “Avenida de Rusia” soñada por el alcalde, y sin pasar un año se le denominaba “de Calvo Sotelo”. El alcalde Castillo dejó al marcharse al exilio, un “dossier” voluminoso en el que figura casi en primer lugar, el arrasamiento por la piqueta municipal de las dos grandes manzanas de la parte norte de la vía, y señaló con ello su futuro; el incendio completó su obra como formidable auxiliar reformador.

Figuró allí, desde 1905, la pescadería inaugurada por el alcalde Pedro San Martín, demolida en 1939 cuando ese mercado popular —la última generación conoció en ella unos ejemplares pejinos de tanto carácter como “la Paulita” y “La Chata”— pasó a los bajos del de la Esperanza. Era el sitio donde hoy están establecidos, muy aproximadamente, los comercios de Mafor y Presmanes, en un solar que había adquirido el Banco Hispanoamericano, para construir su

sede, proyecto truncado por el incendio, con la consiguiente reparcelación.

El fuego arrasó totalmente esa calle. No quedaron en pie más que tres casas: dos, viejÍsimas la una y otra del siglo XIX (de Ruiz Abascal y de Erasun) entre la calle "Cuesta" y la Cuesta del Hospital. La tercera casa es la de Ubierna, que resistió bravamente la violencia del incendio mientras a su alrededor todo se derrumbaba. Fue uno de los muy contados islotes que permanecieron en pie entre el oleaje fragoroso de las llamas de la infernal noche que consumió todo el reciente esplendor de la calle, centro comercial y urbano durante más de siglo y medio.

Calle angosta, arada por la doble vía del primer tranvía de mulas y después eléctrico, y por el constante rosario de carros y coches. Cuesta imaginarse que aquella gola estranguladora de la corriente del tráfico urbano, fuese capaz de absorberlo. Allí se discutía el espacio vital en forma que las aceras apenas si tenían un metro de ancho, y ello cuando sobre esas aceras se derramaba el movimiento mercantil más atrafagado de la ciudad; muchos recuerdan las famosas tiendas de los pasiegos con sus mercancías colgadas de las fachadas de madera y aun en banquetas asomadas a las puertas para disputar el sitio a las aceras. Era como si, al abrir por las mañanas, se desbordasen las abarrotadas estanterías y la tienda toda para salir a tomar el aire, ya que no el sol porque el sol no era "visita de la casa". Esto era su mayor carácter en los tiempos del triunfo de la luz de gas; unos tiempos que desconocían reglamentaciones laborales, cuando las puertas se abrían a las siete de la mañana, o antes, y se desmontaban los tableros con clavijas protectoras de unos escaparates menguados.

Circular descuidado por Atarazanas era correr el riesgo de quedar prendido del cuerno de un buey tudanco o del

estribo de un tranvía. Porque, además, la calle recibía en fluencia copiosa, el movimiento de Lealtad y Puerta la Sierra, de un lado, y de otro el de las calles de la Pescadería, Rincón y Cuesta de Gibaja.

A ambos lados había, antes de las demoliciones de 1936, tiendas y almacenes; en la acera del sur, la sastrería y camisería de Ortiz; el portalón de la fonda de Redón; la tienda de Miguel Ruiz Abascal, alguna de ultramarinos, la pañería "La Tijera de Oro", el comercio de ropas de Diego y alguna otra que escapa al recuerdo. Pasada la cuesta de Gibaja, la tienda de ultramarinos de Mazorra, otras pequeñas de paquetería, la confitería de Eguía y los primitivos almacenes de Ródenas haciendo esquina con la calle Cuesta. Subsistentes la de Ruiz Abascal y la botica de Erasun, pero en casas modernas sobre los mismos solares.

En la acera norte, después de la farmacia de Zamanillo, se abrían los grandes locales de "La Batalla", el estanco de Langa, una ferretería, la tienda de uno de los hermanos Lainz, la chocolatería de Manuel Rivero, la droguería de Leal, el comercio de Torregrosa, la mercería "La Palma" de Urdiales y Egido y aquel despacho de bacalao, de Velasco, que era una reviviscencia del muy viejo comercio santanderino de lonjistas y cacateros.

Según puede apreciarse, un comercio muy denso, muy enraizado y con tales características de ambiente que ha merecido de Gerardo Diego, que en aquella calle vio la luz primera, un libro de versos prietos de color y de sentimiento evocador. Libro que tiene el encanto de un breviario con sus oraciones al recuerdo sentimental y sus letanías del corazón vivo de la ciudad desaparecida.

Antiguamente las calles adoptaban su denominación por imperativo de la voluntad popular y no por acuerdo oficial. Una leyenda, un episodio cualquiera que quedó grabado en la memoria secular, la residencia de un personaje o personaje, la vecindad de una agrupación gremial (según sucedía en los tiempos góticos) determinaban un nombre perdurable que adquiriría fuerza de derecho.

Aquí tenemos el ejemplo de una calle que participó por igual de la historia y de la leyenda. "Gutierre de Escalante", se llamó hasta que en 1814 le usurpó el derecho, ratificado por la voluntad de la propia autoridad municipal, por "de la Blanca", que ya venía disfrutando de las preferencias populares desde los amenes del siglo del peluquín y el tricorno. Para ser más exactos, diremos, apoyados en papeles de archivo solvente, que en 1798 y en 1816 aparecían bien "Don Gutierre", bien "la Blanca", en alternativas como en pugilato vecinal, con el triunfo final del sentimiento colectivo. El lector que quiera saber el origen de "Don Gutierre" no tiene más que asomarse a las páginas de "Costas y Montañas", donde hallará cumplida satisfacción sobre la fuerte personalidad de este árdido personaje en los tiempos en que los clanes familiares se disputaban la hegemonía de las dos Pueblas.

Los amigos de la leyenda, lo han perpetuado como arrancado a un hecho histórico y romántico. En los padrones de estados no se cita entre la exacta puntualización de los vecinos de esa rúa. No obstante, una diligente cronista, nuestra admirada Carmen González Echegaray, nos ha apuntado que "alguna vez" le ha salido al encuentro el nombre de Blanca en sus rebuscas por protocolos notariales, adscrito a una ermita que al parecer existió hace siglos en el enclave

de la Ribera. El dato ha quedado, por ahora, con sólo un rumor lejano, prisionero entre las hojas de un libro notarial.

La calle seguía, con alguna aproximación, la traza actual del tramo de San Francisco desde el Puente a la Plaza de Velarde, si bien en un plano más elevado de nivel, a unos cinco metros aproximadamente de la actual rasante y formando un lomo que al llegar a la mitad de la vía, comenzaba a declinar y desde su confluencia con Tableros se precipitaba por una costanilla a espaldas del edificio de la Aduana hasta la Plazuela del Príncipe. En el siglo XVIII esa cuestecilla desembocaba en la Marina a través de la puerta del Cay. Es de 1804 el informe de un urbanista que "consideraba preciso hacer obra allanando la calle que baja de la Blanca a don Gutierre, pegante a la Aduana". El testimonio es bien gráfico.

Desapareció totalmente la noche del 15 de febrero de 1941. Justo al cumplirse las doce, todo era una gigantesca pira zarandeada por el huracán.

Su margen del sur la formaban las casas de la Ribera cuyos primeros pisos correspondían a las plantas bajas de la Blanca, y cada una de sus puertas era una tienda o un portal. Eminentemente comercial, se fue renovando a lo largo del siglo pasado, unas veces por el derribo de vetustos edificios y otras por incendios espectaculares como los ocurridos en los años 1876 y 1877 en que quedaron destruidas varias casas de la Ribera, todas por el estilo de las dos casuchas que en la noche terrible eran testimonio perviviente del siglo XVII y sobre las que en aquellos momentos de furia de los elementos estaba decretada la demolición; en sus bajos recuérdase que se instalaban la paraquería de Díez Moreno, el salón de peluquería de Domínguez y la zapatería "El Botín de Oro"... Aquel conjunto se

le conocía por “la casa de los pájaros” por las grandes jaulas de aves exóticas criadas por el alemán Kircher, profesor de idiomas. Eran casuchas de traza especial, sobre todo por su fachada de la Ribera, que proclamaban antigüedad coincidente con las descripciones de los periódicos locales de mediados del ochocientos, al referirse a la subsistencia de edificaciones entonces centenarias. El resto de las casas en su mayoría acreditaban una relativa modernidad con todas las características de la arquitectura popular del siglo XIX, si bien en sus adentros latían muchos testimonios antiguos. ¿Quién, que llegó a conocerlo, no recuerda el portal de la casa desde cuya mansarda Angel Basabe desplegabá el 2 de mayo una bandera nacional y el 3 de noviembre un crespón de luto, como homenaje a sus dos más ardientes devociones históricas, el levantamiento contra los franceses y la catástrofe de “El Machichaco”?

La rúa adquirió un carácter típico: la antigua y estrecha calzada de cudones por la que se verificaba en tiempos el tráfico de la carretería al Cay, fue sustituida, pasada la mitad del ochocientos, por un pavimento losado al decretarse su exclusiva habilitación para el paso peonil, lo que aumentó su importancia comercial.

Mereció los honores de la incorporación a páginas literarias muy brillantes, como en “Los pueblos” de Azorín, y el grupo perediano estableció en ella la famosa tertulia de “La guantería” de Alonso. Otros escritores, como la Pardo Bazán, la han citado por su especial fisonomía y carácter, ya que, a pesar de ser como una continuidad de “San Francisco”, la Plaza Vieja determinaba entre ambas una diferenciación de rasgos muy acusados; la burguesía confirió cierto empaque refinado que no llegó a poseer nunca la muy popular rúa de San Francisco.

La noche del fuego había, a la mano derecha, en la

esquina redondeada, la floristería de Rebolledo (no hacía mucho tiempo trasladada desde la Plazuela del Príncipe), donde anteriormente estuvo la guarnicionería de Rodrigo, a cuya puerta asonaba su curiosidad detenida, un caballo disecado alhajado con arneses de artesana talabartería. Venía después el citado “Botín de Oro” comunicado por detrás de la tienda de Rebolledo, con otro local propio abierto a la calle del Puente; y a continuación, las también mencionadas paragüería de Moreno y peluquería de Domínguez; el Bazar X, de Soriano; un despacho de lotería y salón de limpiabotas; la confitería “La Cavada”, donde se vendían “petisús”; la mercería de Aniceto, que antes fuera de Angel Basabe; la entrada a los altos del Café Español, que fue Círculo político en tiempos, pero en realidad timba de juego; una pañería, de Gallo y Oceja; la antigua Librería Internacional de Santamaría y Camus, fundada por Meléndez; la mercería del siempre recordado Pedro Santamaría, gozador de inmensa popularidad; el “sensacional” comercio de la Papelería Española; la sastrería de Amador Rodríguez; la famosa Camisería inglesa; otra papelería de lo fino, de la viuda de Escoubés; y luego el Salón Rojo de Royalty, donde estuvo instalada, en los años postreros de su existencia, la aristocrática y restringida sociedad Unión Club; y la entrada al hotel y al café Royalty, fundados por Julián Gutiérrez. Allí mismo empezaba la costanilla que va citada, siempre animada por las orquestas callejeras en los años del “Wayawais” charlestonesco.

A la mano del Norte, estaba la zapatería de Sánchez, y otra de Ramos; la sastrería de Hontañón; la de Mariano Giribet Solovera (proveedor de la Real Casa, según aclaraba en torno a dorados escudos en las lunas de sus escaparates); la óptica de Basáñez, donde celebraron sus reuniones los epígonos peredianos de la Guantería; la perfumería de Vi-

llafranca y Calvo, la Camisería de Sesma; aquel “Paraíso de los niños” salvado del olvido eterno por la gracia de un libro de versos de la inspiración del muy bien recordado “Polibio”; y una zapatería después de la que había sido gran tienda de coloniales titulada “La Universal” de Benito Otero, comerciante metido a política que se arruinó por tomar con excesivo calor su papel de representante del pueblo durante la Restauración. Y salvada la calle de Tableros, y ya iniciada la pendiente hacia la Plazuela del Príncipe, el comercio de papeles pintados de Negrete, cuyos escaparates eran exhibición permanente de los cuadros de Benlliure y de Camoyano.

Tales eran los comercios (salvo omisiones) muchos de ellos con mucha solera, algunos centenarios, desaparecidos en una noche. Pero es que, además, era calle de profesionales: abogados, notarios, médicos... Las tiendas se habían ido modernizando a compás de las renovaciones arrastradas por la paz de la primera guerra europea; porque el remozamiento alcanzó, incluso, a los polvorosos tugurios de Atarazanas.

La calle de la Blanca era también salón de modistas y ello le daba fisonomía alegre y pimpante, bullidora de piropos. Era costumbre celebrar tertulias a las puertas de algunos comercios, a las horas del cierre y en todo momento, allí, como en la época de los “cotillas” de la Guantería perediana, palpitaba la novedad local como en una poderosa antena receptora de los más leves movimientos de la ciudad. En los tiempos de huelgas y algaradas y movimientos sediciosos, la Ley marcial enarenaba las losas para que no resbalasen los caballos de la guardia civil.

Toda la vida santanderina vibró en esa rúa desde que la ciudad era villa; desde cuando la corta población estaba formada por las dos pueblas medievales y que el día del

Corpus alfombraba la angosta vía con juncias y flores deshojadas. Tanto impulso vital era lógico que diese a la calle de la Blanca aquel aspecto risueño, como si palpitase una alegre esperanza, y es natural que las nostalgias sangren todavía sin cicatrización posible, en el espíritu de los santanderinos viejos. Eso que no podrá comprender la nueva generación que no da valor a una lágrima unida a un recuerdo de infancia. Porque es justo confesar que todavía hay santanderinos que no han hallado sustitución a sus paseos, sin prisas y con muchas pausas, entre aquella doble fila de escaparates de nuestra calle de la Blanca. Con razón se la comparó al Bombé, al Zacatín y a Sierpes pues era, como éstas, calle representativa de una época muy larga entre las del mismo género en la España provinciana del ochocientos.

**CADIZ**  
**CALDERON DE LA BARCA**  
**MENDEZ NUÑEZ**

Mediado el siglo pasado, y según testimonian los planos, era todavía cantil de la ribera norte de la bahía el espacio comprendido entre la hoy Avenida de Alfonso XIII y la Isla del Oleo. Afloraba ya para entonces la fuerte escollera que desde el muelle del carbón buscaba el poniente del barrio de Maliaño como logro de la más gigantesca obra pública de la historia santanderina del novecientos y la ciudad volcaba todos los días, sobre la extensísima marisma, sus escombros, cubiertos a su vez por espesas capas de arena vertida por las dragas. Quiere decirse que lo que llegó a ser calle de Cádiz no era más que un playazo llamado "El Dueso", embarcadero de los mareantes de Arriba.

El relleno se llevaba a cabo con un entusiasmo que, la verdad, no se correspondía con la realidad de la labor de los accionistas en los ambiciosos planes de convertir Maliaño en una zona eminentemente fabril.

Para el año 1891 se convino en la urgencia de alinear la ya entonces llamada "calle Cádiz", nombre asignado seis años después al hacerse la distribución de los distritos. Pero hasta 1900 no se toma en serio su apertura. Por delante se alineaban paralelas las calles de Méndez Núñez y Calderón de la Barca, con casas nuevas sobre los solares en que dejó convertido aquel lugar la explosión del "Machichaco".

La calle "Cádiz" por imposición de las dos anteriores paralelas no tenía entrada natural por la Avenida de la Dársena, cuyo relleno iba muy avanzado; se lo impedía la escarpadura del sur del claustro de la catedral y el palacio arzobispal adosado a ella. La calle, en consecuencia, comenzaba en un rincón formado por los paredones del palacio del obispo y se llegaba por una estrecha y lóbrega hendidura entre dos casas de Méndez Núñez. Nunca llegó a ser una verdadera arteria urbana sino más bien un como patio de servicio, sin pavimento, que buscaba el aire ya que el sol le estaba prohibido, y al aproximarse a Navas de Tolosa, atravesando de paso la calle "Arce Bodega", se sentía como cohibida por los altos paredones negros y rezumantes que contenían el escarpe en cuya cima se alineaban las casas de la Rúa Mayor.

Al llegar a Navas de Tolosa, salvaba una solución de continuidad impuesta por la entrada a la Rampa de Sotileza y después no era ya mas que camino rural prolongado por encima del muro del patio de llegada a la estación del Norte y junto a los talleres de Corcho hasta perderse por un caminejo sombreado por los eucaliptos al pie de la Peña del Cuervo. Este caminejo podía muy bien haberse llamado

“paseo de los melancólicos” y en él retorcían el cáñamo los operarios de la cordelería de Arrarte que, los días de lluvia, hacían sus labores dentro de unos muy largos tendejones.

Como se aprecia, la calle permanecía, casi por entero, al margen del tráfico y sólo se alteraba su casi total quietud con los martillazos de unos toneleros. A la estrecha calzada de tierra y escarabilla, se abrían los almacenes de Méndez Núñez y en algunas casitas de dos y tres pisos, había establecidas pensiones o casas de huéspedes, beneficiadas por la proximidad de la estación ferroviaria.

Tuvo esta calle Cádiz el triste privilegio de ser en la que se inició la gran fogata en la noche inolvidable, a las nueve. De una de aquellas casitas partieron la voz de alarma y las primeras llamas, y no había transcurrido una hora cuando toda la ciudad sintió los primeros estremecimientos, presentida la catástrofe por el ulular del huracán, que metió el fuego entre el maderamen de la techumbre de la catedral y en las primeras casas de Rúa Mayor. La calle pagaría su tributo y no quedó de ella otro vestigio que una casa que se alza hoy en la esquina al oriente de la calle Isabel II.

Perduró el nombre de la risueña ciudad andaluza, tan unida a la nuestra por el jandalismo, y, azares del destino, por la desgracia, pues a los pocos meses, Cádiz sufría a su vez los horrores de una explosión. Su nombre pasó a rotular una calle actual, casi sobre las huellas de la antigua, desde la Avenida de Alfonso XIII hasta la de Rodríguez. Esta vez absorbe el corto trazado de la llamada “Calle de las Naos”, a su entrada por la Avenida.

Santander fue fervorosamente isabelina durante más de tres décadas; la hija de Fernando VII gozaba de popularidad entre el pueblo, y tanto que en algunos momentos hubo tres lugares con su nombre. Los golpes pendulares de la política agitada, turbulenta y veleidosa del siglo cambiaría



Fachada trunca del palacio episcopal en la calle de Cádiz donde se inició el incendio de febrero de 1941.



nomenclaturas con pasmosa facilidad según el humor de los regidores de turno. Como resultante del relleno para la nueva población de Maliaño, se trazaron las dos calles de que va hecha referencia a partir del pejino muelle de "Anaos". La explanada del sur adquirió el nombre de Alameda de Isabel II que quedó en suspenso en 1868, por la revolución, hasta que el 21 de mayo de 1881, el Municipio acordaba reemplazarle por el de Calderón de la Barca, como un acto más en el programa del homenaje que por aquellas calendas tributaba Santander al genial dramaturgo de origen y raza montañesa, en la ocasión del segundo centenario de su muerte.

Era para los santanderinos un recreo, envuelto en cierto enfático orgullo, contemplar el que calificaban alarde urbanístico realizado en tan concurrido lugar, hasta que en la tarde del 3 de noviembre de 1893, recibió todo el flamante barrio el primero y más poderoso golpe de ariete devastador disparado por las calderas del "Machichaco". Pero, sacando fuerzas de flaqueza, enterrando a sus muertos y dedicando a la luctuosa efemérides un recuerdo permanente en piedra y bronce, en pocos años se alzaron nuevas casas con un ampaque arquitectónico realmente señorial, y entonces el Municipio pensó transformar en boulevard la explanada de Calderón de la Barca. Pero era un boulevard del que no se beneficiaba fácilmente el vecindario porque tenía la onerosa servidumbre de las vías de los ferrocarriles del Norte (que allí tuvieron su primera y provisional estación), el de Santander a Bilbao, y el del Cantábrico.

Estaban predestinadas esas calles a perecer de nuevo y ello sucedió en febrero de 1941, cuando se habían cumplido más de cuarenta años de su primer drama. De "Calderón de la Barca" el fuego destruyó todas las casas a partir del Hotel Continental hasta la calle "Arce Bodega" menos

las dos que aún restan en el mismo lugar, a las que se soldó una nueva y son las que forman la manzana entre Isabel II y Lealtad. La manzana última, hasta el Hotel México, quedó indemne.

Era un espléndido telón urbano que prestigiaba a la ciudad y causaba admiración, visto desde el mar. Permanece la servidumbre de las vías de la Renfe en una trinchera formada por setos verdes.

Es curioso comprobar que en la relación de las industrias y comercios siniestrados, de esa calle, redactada en su momento por la Cámara de Comercio, no aparece más que la barbería de Manteca, en el número 6. Tiene una explicación sencilla. Las casas de Calderón de la Barca no tenían en ella más que portales accesorios; los verdaderos portales se abrían a la calle de Méndez Núñez. Esta característica venía obligada por la necesidad de mantenerse asubido de los fuertes embates del viento Sur, con una ordenación diametralmente opuesta a la que rigió las construcciones del Muelle, de las que los arquitectos habían recogido la experiencia. Acaso el Hotel Continental fue el único edificio con entrada principal por ella.

En la práctica, la calle de Calderón de la Barca era un ancho andén muy concurrido por el que podían verse las exposiciones de materiales de construcción en que resplandecían los mosaicos de Ladislao del Barrio y de Joaquín Madrazo. Había a todas horas animación en los bares, de marcada herencia de las antiguas tabernas, justificando su clientela portuaria y restaurantes para los viajeros de la provincia, y esto les confería características muy especiales. Podía decirse que eran como consulados honorarios donde se “despachaban” las relaciones entre la capital y la provincia. Otros establecimientos contribuían a que palpítase en esa calle un aliento humano que había perdido, ya

para 1941, mucha de su antigua y peculiar actividad, cuando estaba frente a ella la estación.

De su antigua fisonomía ha desaparecido todo. Queda allí el monumento conmemorativo del “Machichaco”, que todos los años recibe la ofrenda de unas flores aportadas por el sentimiento añorante de un grupo de santanderinos componentes de una popular peña. Son como resto fervoroso de aquellas procesiones cívicas que durante más de veinticinco años recorrían las calles santanderinas de la zona, desde la catedral, como un “remember” entrañablemente dolorido.

## CARBAJAL

Carbajal fue una calle que murió muy joven, de muerte violenta; no superó los setenta años. Había nacido a la realidad urbana con forceps, para establecer una comunicación entre la Plazuela de las Escuelas y San José. La plazuela se cerraba sobre sí misma, hasta entonces, con una “puerta de escape” que era el callejón hacia Santa Clara, paso estrecho e inquietante, como una cuchilladla con el filo azul entre los altos aleros, y más presunto que real. Cuando los regidores consideraron que a la Plazuela había que darle mayor expansión y con ella una continuidad hacia lugares más poblados, hubo que hacer un gran desmonte. Esto sucedió en 1870, que es el de la concreción de una idea nacida dos años antes.

Entonces se vivía con fiebre democrática y a la hora de buscar un nombre idóneo a los sentimientos de la época, repararon, como homenaje reivindicatorio, en Mateo López de Carbajal, progresista, natural de La Penilla de Cayón y de muy agitada vida política en su juventud. Se había formado en Inglaterra, país al que decía amar entrañable-

mente, y lo justificó. Personaje muy representativo del liberalismo, Carbajal había emigrado de Santander, obligado por haber intervenido en las conspiraciones contra el absolutismo fernandino y empujado por las tropas de Angulema (los llamados "Cien mil hijos de San Luis"), que aquí acaudillaban los generales Longa y Mazarrasa de los Cobos; y en La Coruña, Carbajal embarcó para Norteamérica radicándose en Nueva Orleans. Era hombre culto y emprendedor, así que en un medio ambiente donde los negocios no eran difíciles, hizo fortuna y ésta le permitió dar rienda suelta a sus sentimientos de filantropía, al estilo norteamericano. Al fallecer dejaba en su testamento un capital fundacional para la dotación, en Santander, y en beneficio de las clases más humildes, de unas aulas de Economía política. Al Municipio de Nueva Orleans le mandó para fundar una clase de lengua española, principalmente dedicada al estudio de la poesía de Lope de Vega y de Calderón de la Barca. Parte del remanente de su legado fue repartido entre las familias pobres de los negros de La Luisiana.

Por el año 1870, sufría Santander las consecuencias inmediatas e inevitables, en lo social y en lo económico (nada hay que decir en lo político) por la revolución del 68. La vida se resentía de fuerte contracción en los negocios y de un paro obrero que metió los andrajos de la miseria en muchos hogares humildes, y para remediar esta calamidad, el Municipio promovió algunas obras públicas, entre ellas la apertura de la calle Carbajal.

Apenas abierta y urbanizada se pobló con rapidez con edificios a un lado y otro, reformados, algunos de ellos en los comienzos de este siglo. Pero se apreció desde un principio la escasa importancia urbana de la nueva vía, para ascender por la cual, los carros de bueyes habían de hacerlo cuarteando; débil era también la comunicación entre las dos

zonas que se esperaba habrían de beneficiarse y de ahí que desde el principio fuese un calle de aspecto solitario y melancólico, y no supo reaccionar en los setenta años de vida.

Su vecindario eran gentes de clase media y muy tímidamente abrieron en sus bajos algún comercio y pequeñas industrias para contar las cuales sobaban dedos. Arriba, en lo más culminante aparecían como en un telón de teatro las casas bajas de "San José", de sencilla e ingenua apariencia, encaladas con colores suaves y unos antepechos de hierro florecidos de geranios. Sin este fondo risueño y prestado por la perspectiva, la calle de Carbajal hubiera sido una calle ni triste ni alegre: también ella, dichosamente, careció de historia.

En su arranque, en los números pares, se estableció —era una de las casas de más vitola arquitectónica—, "El Cantábrico", trasladado desde la Compañía. Más arriba, y por un pasadizo, se entraba en los talleres de Restegui, el gran ebanista y maestro de ebanistas, que trabajaba primorosamente las maderas preciosas, como aquellas caobas que todavía llegaban de Cuba, y de allí salieron muebles que son rica y permanente ornamentación de algunas casas santanderinas. Y como complemento, más arriba aún, en la esquina a San José, hubo otra ebanistería que después prestigió el tallista Andrés Novo, cuyo recuerdo no podrá eclipsarse en la memoria santanderina, pues instituyó una Escuela de Artesanía con renombre nacional. Andrés Novo era, a la par, un fino pendolista: aprendió en la gran escuela del Escorial el secreto de los miniadores de los siglos áureos.

Tejeiro se estableció en la primera casa a la izquierda, esquina al callejón de las Escuelas; millares de lunas bien azogadas y artísticamente labradas salieron de allí. Poco después, subiendo por la acera, hubo una tienda humildísi-

ma, de comestibles, tras de cuyo mostrador aparecía la imagen pintoresca de un hombre bajo y grueso que parecía arrancado a una de esas estampas que Gustavo Doré recogió en las ventas de las serranías, cuando acompañó al barón de Davilier.

Cuando la calle de Carbajal comenzó a arder, en la noche infausta, para desaparecer sin dejar más rastros que altos y resquebrajados paredones, el censo industrial registraba allí los nombres del hojalatero Barros, de Ramírez Barrientos con su fábrica de cortinajes; un taller de electricidad, de Bereciartúa, y un modesto restaurante de Gómez Villa. Entonces, los locales y la imprenta de "El Cantábrico" estaban ocupados por "Alerta", que sólo tenía cuatro años mal contados de existencia.

## CASAS DE REGATO

Escapa a nuestras pesquisas el año en que el pequeño barrio llamado "Casas de Regato" (de Bernardino Regato) fue construido. Hallamos únicamente la referencia de que en el año 1833 se censaron allí 51 habitantes. Formaba una plataforma de tres metros de elevación con respecto a las dos calles (Torrelavega y Sevilla) que a ella accedían por sendas escalinatas. Era una batería recta de viviendas de bajos y dos plantas, ocupados aquéllos por pequeñas tiendas de comestibles, talleres de artesanía y también dedicadas algunas a viviendas de pescadores, del mismo tipo que en las llamadas "Casas de Hoz", de la calle Alta. Todo trazado uniformemente, sin balcones, pero con antepechos florecidos de geranios y bendecidas las viviendas por el sol, pues nada frontero las discutía el menor destello de luz ni el aire. Una tapia baja ponía límite a todo lo largo de la

calzada, separándola así de la huerta llamada “La Barbera” y del pequeño jardín de acceso a una casa con fachada a calle Torrelavega en cuya planta baja preparaba Varona las suculencias de su repostería.

A espaldas de las viviendas y dividido sólo por un cicatero patio de luces a todo lo largo, la compañía Electra de Viesgo tenía sus primitivas oficinas y almacenes de material. La Electra tenía, al otro lado de la calle (la de Tantin) una gran nave donde permanentemente funcionaban día y noche unas poderosas dínamos para la transformación de la fuerza distribuida por la ciudad. Pero esto fue en los comienzos, pues en los últimos años, aquella Central era sólo reserva para casos de emergencia.

Las Casas de Regato pagaron fatalmente su tributo al fuego. Casi ni paredes quedaron en pie.

## COLON

Se dice, al recordar la calle “Atarazanas” que cuando los herederos de Isla y Alvear construyeron en sus solares, quedó entre las edificaciones de la parte norte y las del sur de San Francisco una estrecha vía, como aliviadero de ambas rúas y especialmente del caudaloso movimiento de la primera, cuyos comercios tenían sus trastiendas en ese callejón que nunca conoció la caricia del sol. Al hacerse la distribución de la ciudad en distritos, en 1862, se le dio el nombre del descubridor de América.

No disponía más que de una calzada apta para una sola dirección y esto muy cicateramente y a fuerza de robarle espacio a sus dos delgados andenes. Los rocíos y la humedad ambiente mojaban casi permanentemente la mal llamada calle, que comenzaba por un rincón de Lealtad, el que hacía

la casa-tapón de menguada planta baja y un entresuelo con ífulas de piso principal, como una supervivencia de la fisonomía del Santander de hacía por lo menos dos siglos. Esa casucha fue derribada por los años 1938 ó 1939.

Es difícil ahora restablecer exactamente el replanteo de la calle Colón, de cuanto poseía aquel menguado embarcadero donde Pereda vio embarcar en un quechemarin a un joven que se trasladaba a Bilbao. En los comienzos del siglo XIX se animaba con el bullicio de la vecina Plaza de la Verdura. Toda la margen septentrional era como un gran telón de teatro donde se "pintaban" unas casas de planta baja y un piso poco más que entresuelo, con antepechos de verjas de hierro, en casi toda su longitud. En la única casa de algún porte se abría "La Sacristía", taberna en permanente competencia del chiquiteo con el "Kinestoscopio", sede de alegre tertulia taurina decorada con cabezas disecadas de toros con historial y trofeos de la fiesta brava: grandes cartelones anunciadores de las corridas santiagueñas recordaban tardes brillantes. En "El Kines" se organizaron corridas y novilladas de postín, pues era allí donde, en competencia con "Le Comptoir" de Serafín Hernández, en la Alameda primera, estaba permanentemente encendida la lámpara de la afición local.

Pasando el tiempo y al hacerse la reforma del puente de Vargas, lo que fue plaza de la Verdura de Atarazanas quedó convertido en andén, confirmado también con el nombre de "Colón"; en las plantas bajas correspondientes a las casas de "San Francisco" se instalaron comercios animados. Se completa la referencia con los que estaban establecidos en febrero de 1941, tales como la alpargatería de Ramón Haya, la ferretería de Cabero, el estanco de Catalina Llamas, la sastrería y camisería de Salmón, la zapatería de Refugio Gelabert, el establecimiento de coloniales de Antonio Tazón,

una mueblería, la de Manuel Menezo, la tienda de ropas de Alberto Calvo y la papelería de Soler. La Casa "Salat", de gran predicamento entre las amas de casa, completaba el frente mercantil de la calle "Colón".

Calle que tuvo, con toda su modestísima apariencia, un corto período de esplendor, desde 1936 a 1941; fue la piqueta "destructora" del alcalde Castillo, la que dio el ascenso a vía urbana de categoría principal, a la calle y andén de su prolongación. Castillo derribó toda la teoría de edificios al norte de Atarazanas, haciendo pasar de este modo al primer término, las calles de "Juan de Herrera" y "Cristóbal Colón", que comenzaron a calentarse al sol del mediodía, que no habían visto jamás. Y tuvo, por tanto, motivo para alinearse en la Avenida de Rusia soñada por Castillo.

## COMPAÑIA

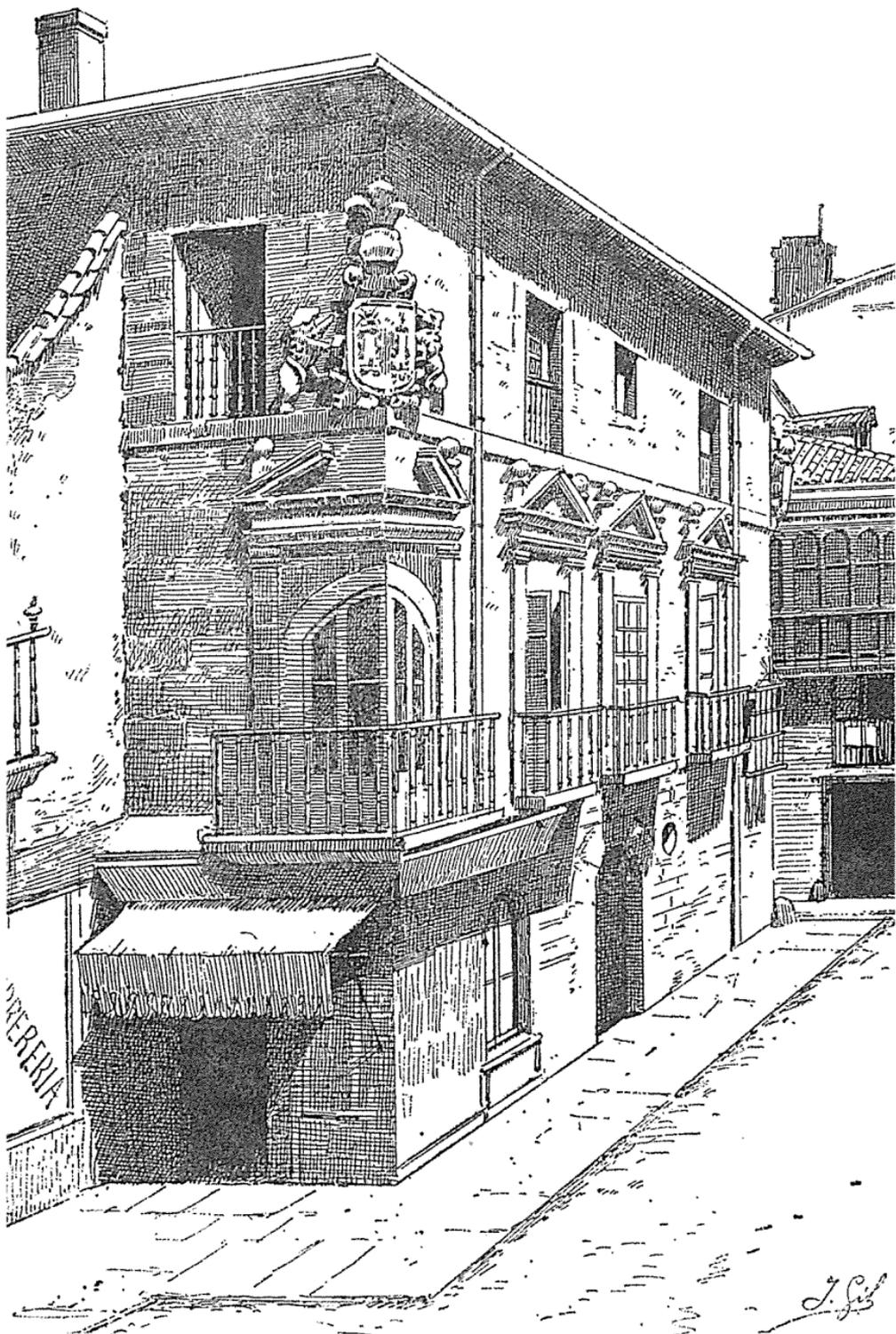
Muy tierno el siglo XVII (año 1607), el valido de Carlos V, Luis de Quijada, protector de los Jesuitas, adquiría para la Compañía una posesión en el centro mismo de la Puebla Nueva. Imaginémos un rectángulo cuyos lados eran los que hemos conocido como calle de la Compañía, Plazuela de las Escuelas, y el primer tramo de Santa Clara. Fundaron los hijos de San Ignacio su residencia con una iglesia de estilo grecorromano que hoy subsiste con su primitiva traza, si bien en la hornacina, bajo el frontón, figuró una imagen en piedra del santo de Loyola; adosada por el saliente, la residencia, de austera arquitectura, y una huerta. Con ello dieron a la plaza Vieja una especial fisonomía. La callecita del sur, no era más que una calleja. Los jesuitas fundaron escuelas de Filosofía, Teología escolástica

y Moral y Latín, y fueron numerosos los jóvenes santanderinos formados en las aulas, y que volaron en alas de sus propias ambiciones, dadas las cicateras ocasiones de prosperidad material que la vida de la villa podía proporcionarles. Comenzó a figurar en la documentación oficial con el nombre de “calle de la Compañía” y arraigó tanto la costumbre que hasta nuestros días, es decir, hasta su destrucción por el fuego, continuó con tal denominación antonomástica. Porque pocos eran los de las primeras generaciones de este siglo, que aprendieran a llamarla “Calle de Eugenio Gutiérrez”, conforme a lo acordado por el Municipio en 1909 como homenaje al tocólogo, nacido en la misma calle, que partureó a la Reina Victoria y por cuyo motivo le fue concedido el título de Conde de San Diego.

Subsistió la residencia hasta la expulsión de los jesuitas decretada por Carlos III y en el pleito suscitado —primero con la incautación, por el Estado— triunfó el derecho de la Iglesia y también el del Municipio. El obispo Laso cedió el templo y la residencia al Cabildo catedral. La iglesia estaba bendecida bajo la advocación de la Anunciación de Nuestra Señora, pero el vulgo continuó llamándola “de la Compañía”. Y fue propiedad del Municipio, aunque siempre discutida.

Laso aprovechó la ocasión para instalar en la residencia la sede episcopal (fue el año 1772) que hasta entonces y desde la creación de la diócesis (hacía 17 años de esto), estaba en la calle Santa Clara con esquina a la Rúa de la Sal, y fue habitada por aquel prelado y por sus sucesores, Menéndez de Luearca, Gómez Durán y González Abarca hasta el año 1848. De esto se da amplia noticia al tratar de la Plazuela de los Remedios.

En un principio, la calle de la Compañía “no iba a ninguna parte”, pero poco a poco y a la sombra de la actividad



Palacio de Villatorre, esquina Plaza Vieja - Santa Clara



dada por los jesuitas a sus aulas, fue perfilándose hacia el Arcillero, hasta la casona del marqués de la Conquista.

Las escuelas pasaron a la jurisdicción municipal el año 1814, al hacerse pública proclamación de la Constitución de las Cortes de Cádiz. El entusiasmo doceañista cifró en la creación de las escuelas populares uno de sus fines inmediatos, y para el año 1820 el Municipio se vio en la precisión de ampliar el recinto antiguo a costa de la antigua huerta. (El lector que quiera conocer con pormenores el auge de las escuelas, sobre todo durante la época que las rigió Valentín Pintado, verdadera institución docente local, no tiene más que repasar las evocaciones que de ellas hizo Ramón Solano y Polanco en la "Revista de Santander" el año 1930).

Menéndez de Luarca, en una famosa e inflamadísima alocución al decretar la guerra a Napoleón Bonaparte, advertía con acrimonia que "el palacio episcopal habría de ser hollado por los caballos de los granaderos del Corso". Y el vaticinio se cumplió, no de inmediato, sino al regir la provincia el joven jacobino general Barthelemy.

En fin, al concedérsele a Santander el privilegio de tener una fábrica de tabacos, se pensó instalarla en la antigua residencia. Mas parecía excesiva y dolorosa esta decisión, que podía atentar a la política municipal sobre la enseñanza pública, y al fin la fábrica se establecería en el antiguo convento de Santa Cruz del Monte Calvario, en Calzadas Altas.

Naturalmente, una calle que cuando saltaron las murallas del recinto antiguo de las dos Puebas, quedaba en el centro mismo, tenía que progresar; pero con aquel concepto minucioso que se regía por escalas de la costumbre rutinaria, apenas si prosperó en cuanto a sus proporciones. Continuó dando la norma la casuca inicial, en la esquina a la Plaza Vieja y la rúa irregular y estrecha buscó una salida

también angosta, hacia la calle del Arcillero, angostura obligada por la saliente casona de la Conquista, "del marquesón" (como era conocido, el segundón que la vivió, por su voluminosa humanidad) y llegó a nuestros días con sus dos grandes escudos labrados en las esquinas, pero ya sin el carácter de los antiguos nobles moradores. En un grabado de la última década del pasado siglo, se advierte la fachada sin acusados contrastes: pero en la planta baja hay una confitería (la del francés Dumond, que luego se trasladó a la Plazuela del Príncipe), la imprenta de Solinís y Cimiano en el primer piso, cuya historia está pletórica de acontecimientos en cuanto a las artes gráficas locales se refiere, y en el piso segundo una casa de préstamos.

Se desenvolvía la calle de la Compañía con aire de vida eminentemente comercial: el antiguo convento y palacio episcopal estaba reformado totalmente: en los bajos de la cruzía inmediata a la iglesia, fundó sus talleres "El Cantábrico" que tenía su redacción y administración en una casa frontera. La manzana de viejos edificios desde el templo hasta la Plazuela de las Escuelas pasó a la propiedad de la empresa Pérez del Molino por vínculos con el apellido Herrera, que la reformó para establecer sus almacenes de droguería y similares. La fachada por la Plazuela de las Escuelas adquirió nueva fisonomía sin renegar por ello del aire antiguo, de manera especial por la arquería de la planta superior que hacía pensar en un claustro elevado. Al verificarse esta reforma el piso sobre lo que había sido imprenta de "El Cantábrico" fue ocupado por la Cámara de Comercio.

Es curiosa la mirada retrospectiva a la calle de la Compañía, tan ruidosa y transitada a todas horas y muy estrecha, como va señalado, pero no tanto que impidiera llevar a cabo una idea audaz que hoy eriza el vello: la Compañía

del Tranvía de Miranda metió por ella el rejo de sus carriles para una línea auxiliar desde la Plaza Vieja hasta el Río de la Pila, donde el eléctrico empalmaba en la línea procedente de la calle del Martillo. Tranvía que ponía espanto con sus timbrazos, los chisporroteos del trolley y el estridente rechinar en las cerradas curvas, en las que los ingenieros apuraron los cálculos. Parecía, en verdad, un milagro que pudiera pasar sin quedarse enganchado en las fachadas de las casas, mas no tanto que los estribos no rebasaran el encintado de las aceras. Sin duda, había una Providencia velando por los santanderinos, pues se quebraba allí la ley de la impenetrabilidad en cada minuto. y más cuando a un carretero empecinado se le ocurría disputar el derecho al carril; entonces lo de las direcciones únicas estaba al arbitrio del usuario de la calzada; todo era detenerse el tranvía y maniobrar el vehículo invasor.

A la mano derecha y pasado el estanco de la Plaza Vieja, hubo en tiempos la papelería de Eduardo Esteban Rojas Castrillo, cuyas barbas republicanas se exhibían en todos los mítines. El local fue trasladado mucho más tarde a Pedro del Río. A continuación (poniendo a salvo las alteraciones que puedan haber en el orden de cita o por inevitables olvidos) se sucedían los almacenes "El Carmen", de Escribano; la mueblería de Tamargo; el restaurante "ABC" de Berdia; una farmacia; la barbería de Pedro de la Riva, padre de un actor cómico del mismo nombre; la tienda de ultramarinos "La Anunciación"; otra tienda de material eléctrico; y el comercio de lujo de la Viuda de Mata, donde se exhibían muebles para millonarios, en el local con vuelta a la calle "Tableros". En esa misma mano había algunas casas de huéspedes o fondas modestas, a las que iban a posar los cómicos actuantes en el Teatro Principal. Pasada la Plaza, en el norte, había unos almacenes de paquetería, y

después el comercio de Francisco Palacios, que lo hizo célebre con el “slogan” publicitario vigente durante muchos años, de “Paco, Paco y Paco”. Palacios fue una especie de pionero de la publicidad al estilo moderno. Su casa estaba en la rinconada con la casona de la Conquista, ya descrita.

La posible exactitud obliga a ojear la relación de los comercios siniestrados totalmente en esta arteria urbana y existentes en la noche dantesca: Mercería y paquetería de Pedro del Río; zapatería de Aragón; tejidos de Eusebio Sierra; mueblería de María Tamargo; tejidos y paquetería de Mariano Ibañes; relojería de Isidro Sierra; barbería de Vicente de la Fuente; tejidos de Joaquín Martínez; ultramarinos de Cándido Pérez; mercería de Pesquera; relojería de Ramón Maliaño; venta de caramelos de Julián López y los almacenes del Norte, de Pedro Gómez (donde había estado la mueblería de Mata). En frente había aquella noche una imprenta y la citada casa de Palacios.

Entornando los ojos, se nos devuelven las imágenes de aquella rúa tan entrañable, tan cargada de historiografía local y al fondo de cuya perspectiva hacia el poniente, se alzaba la sobria y sencilla fachada del Ayuntamiento con un reloj en lo alto y durante bastante años coronada por una torre como soporte de las líneas telefónicas de cuando la protohistoria de este invento.

## ESCALINATA

Para la inmensa mayoría de la población, la calle de la Escalinata era un enigma. Dícese en loa de las buenas costumbres. Porque se enteraban de su existencia cuando aparecía en la crónica de sucesos de los periódicos, y aun así, denominada de diferente modo; se le decía “Las escaleri-

llas". Y era que quienes la conocían la asimilaban a lugar poco recomendable. "Físicamente" también, porque se trataba de uno de esos pasos angostos, descuidados, sucios, llagas purulentas en la piel urbana. Figuraba sin nombre en el plano de Rozas del año 1856, pero había sido abierta en 1841. Se le dio pomposamente el apellido de "Escalinata" aunque en realidad eran unos trastabillados escalones de adoquines. Tan insignificante en cuanto a rúa urbana (comunicación entre Rincón y Rúa Menor), que el proyecto de división de la ciudad en distritos en 1933, la desconoció.

Calle mal afamada y con justa mala fama, se veía concurrida sólo por las noches de los sábados y de zambra, por una clientela que en no pocas ocasiones fue también clientela de la Comisaría de policía.

## ESCUELAS

Al fundar los jesuitas su colegio, quedaba a la parte oriental y bordeando su huerta, un callejón que contorneaba la posesión desde el oriente hasta Santa Clara. En la huerta, pasando el tiempo, se despejó un espacio urbano que tomó el nombre de Plazuela de las Escuelas (así se designaba ya en 1814), por alinearse en ella el edificio de las que como ampliación de la residencia de la Compañía de Jesús, se construyeron en 1820 para glorificar la implantación de la Constitución de 1812, con fiestas y afirmaciones populares. Tuvieron la categoría de "primeras escuelas públicas de la ciudad".

En la plazuela de las Escuelas se instaló (en la esquina a la Compañía) la primera casa de socorro creada por el Ayuntamiento.

“El Cantábrico”, que se había instalado a su fundación en el edificio de los jesuitas, se trasladó a la Plazuela de las Escuelas, y en homenaje a su fundador y director José Estrañi, que gozaba de extraordinaria popularidad, el Municipio bautizó con su nombre al lugar (año 1919). Por cierto, que al defender su voto, un concejal, dueño de una taberna muy pejina, afirmó “que el nombre de las Escuelas no estaba justificado, pues no había de él recuerdo alguno y nada decía a la gente”. Lamentable una declaración semejante en un representante del pueblo, pues a la plaza dieron nombre las primeras Escuelas públicas que hubo en Santander, a finales del siglo XVIII, y tenía, por tanto, una categoría histórica. Desaparecido el periódico en el mes de junio de 1937, se hizo cargo de sus instalaciones el equipo de Prensa y Propaganda del Movimiento, sacando a la calle, al día siguiente de la entrada de las tropas nacionales (26 de agosto de 1937), un nuevo periódico titulado “España”, que al muy poco tiempo cambió por el de “Alerta”. Las instalaciones fueron totalmente destruidas por el incendio de 1941.

La Plazuela se comunicaba con la calle Santa Clara por un callejón también titulado “De las Escuelas”.

## GIBAJA

Por las obras que se ejecutaban en lo que entonces era camino amparado por la muralla, el año 1814 apareció con el título de “Cuesta de Gibaja” la que desde “Atarazanas” reptaba en línea recta y fatigosa, hacia la Rúa Menor, y tomó el nombre de un rico comerciante (Francisco de Gibaja) fundador el año 1782 de una escuela gratuita, para niños pobres, de hilados de lino al torno. Era fabricante ex-

perto, según asegura Larruga en sus “Memorias Políticas y Económicas” (1793), que trajo para su industria peritos franceses, favorecida su fábrica por Real Cédula. Gibaja, para el lavado del lino, había construido en Molnedo unos tendejones, beneficiando el caudal de agua que allí manaba, origen de la famosa fuente “de los diez caños”.

El espíritu de colaboración de Gibaja con su ciudad se manifestó cuando, al cumplir los cinco años de inaugurar su industria, se comprometía con el Municipio a “ejecutar por su cuenta el arreglo de la Cuesta desde Ruamayor hasta las Atarazanas”. El Municipio correspondió a los afanes de Gibaja dando su nombre a la cuesta oficialmente, el 20 de noviembre de 1816.

La cuesta trazaba idealmente en los tiempos que hemos conocido, la línea del murallón defensivo apoyado en la escarpadura cuya topografía se adivina hoy en el desnivel de la “Calle Cuesta” con respecto a las adyacentes. Su iniciación humilde se transformó durante el siglo XIX y puede pensarse en las casuchas que a su mano del poniente se apoyaron en la ya inútil muralla, con algunos claros como el que todavía en 1941 se practicaba hacia un patio convertido en cuadras para las caballerías que cargadas de hortalizas y leña llegaban, a principios del siglo XIX, al mercado de Atarazanas. Subsistente el cuadro pintoresco todavía por los años veinte de nuestro siglo, el patio en cuestión era una especie de figón al aire libre, con algunos resguardos en tejavanas, donde las aldeanas dejaban sus pollinos por el dispendio de cinco céntimos; otro negocio por el estilo funcionaba en la “Concordia”, hacia su número 16, dependiendo del mercado de la Esperanza.

Allí se desayunaban aldeanos y renoveras, por quince céntimos, con una tajada de bacalao rebozado en harina, o con un tazón de café con gallofa, que les costaba un real.

Durante muchos años, juego y deporte de los muchachos del barrio era conducir los burros desde los mercados a aquella concentración de semovientes con sus conciertos de rebuznos. No faltaban nunca las travesuras por las cuales los borricos aparecían paciendo, muy contentos, en los prados del Alta después de participar en un “Derby” por los alrededores del cuartel.

No acabó de definirse enteramente la Cuesta de Gibaja. Habitábanla no pocas cigarreras y hubo época que tuvo lamentable fama por el comercio “más antiguo del mundo” en los cubículos de algunas casuchas sostenidas incomprensiblemente en pie. Esto daba a la cuesta cierto aire de bureo los sábados por la noche, regocijadamente correspondido por las vecinas curiosas.

Conservó hasta el fin de sus días —su sacrificio fue total— una peculiar fisonomía; se abrían a ella tiendas de comestibles como la de Marcano; alguna pequeña industria de artesanía y tabernones como los dos que coronaban la cuesta, uno enfrente del otro: del Chispero y “El Gurugú”, nunca rivales, porque cada cual tenía su clientela propia y diferenciada. Al “Gurugú” acudían obreros y artesanos y bandas de peripatéticos chiquiteros, y era una taberna como contrabalanza de la del Chispero, llena siempre de gente de bronce, estrepitosa, algarera, camorrista, que daba mucho que hacer a los guardias municipales porque ya el fornido Toca, peludos bíceps de atleta, el pantalón retenido bajo el vientre prominente por ancho cinturón, la gorra de visera mal cubriendo, echada a un lado, una mata de rizos y el siempre encrespado lunar en el rostro, sabía imponer su ley y su orden a trompazo limpio.

“El Gurugú” era, también, sala de conciertos. No había tenor, barítono o bajo local que no mostrara en aquel alcázar, ante un auditorio dispuesto al entusiasmo, las mara-

villas de su voz cantando “Marina” y el “Adiós a la vida”, cuando no eran espontáneas rondas folklóricas que no dejaban sin repaso ni una sola tonada montañesa. Y sucedía que con esto se establecía rivalidad estentórea con la ínsula del Chispero donde se jaleaba a los cantaores flamencunos que en Santander brotaban como hongos, de modo tan espontáneo que hay que pensar en la fuerza del atavismo para explicar el fenómeno de tan desafortada afición al cante. Casi indudable, cosa del jandalismo.

Al construirse las casas que comenzaban en la esquina a la calle del “Rincón” la urbanización de la cuesta determinó construir un paredón para contener la rampa protegida por una barandilla de hierro que se empotraba en una casa con balcones de la calle del “Rincón”, en cuyo entresuelo estuvo durante muchos años la Cocina Económica. Había también a esta mano algunos pasadizos destartalados (de temeroso aspecto para quienes desconocían el verdadero carácter de la cuesta de Gibaja), para la comunicación con patios interiores llenos de yerbajos, de gatos muertos, de latas oxidadas...

Al iniciarse la reconstrucción de la zona siniestrada, la calzada de la cuesta de “Gibaja” determinó el límite del gran desmonte practicado para rasar el cerro de San Pedro desde la catedral; entornando los ojos hacia la perspectiva de entonces, se la recuerda por la iniciación de la actual Rúa Mayor.

La Historia, que no ahorra ni el detalle del humor negro, escribió en la cuesta de Gibaja, la noche del incendio, un capitulillo sorprendente; las comunicaciones al juzgado registraron la única presa humana que las llamas se cobraron en todo aquel inmenso caos que era el corazón de la ciudad; y fue el cadáver de un vecino al que velaban sus deudos aquella noche, y huyeron porque el fuego venía

azuzado implacablemente por el huracán; y allá se quedaron los despojo del bien llorado, para fundirse con tanta ruina.

## INFIERNO

A la mano derecha del “Puente”, ya cerca de la Rúa Menor, se abría una calleja en escuadra por la que se descendía, en dos rampas alternadas por unos tramos de escalera, a la calle del Rincón. Evaristo Rodríguez de Bedia publicó en el álbum “De Cantabria”, el año 1890, una leyenda local según la que se dice se llamaba “Calle el Infierno” “por la infernal batalla” habida entre las dos pueblas en el primitivo puente, cuando las mesnadas mendocinas quisieron arrebatar el señorío a la villa. Es curioso comprobar que ningún documento le cita en el siglo XVIII, y sí el año 1801, cuando se acuerda su reforma. Y ya en 1845 se le incluye en el distrito de la Catedral como “Callejón del Infierno” y en 1855 se le nombraba al hacerse la división de la ciudad en once cuarteles como “Callejón del carbón entre el Rincón y el Puente”. Tampoco Rozas lo hizo constar en su plano.

Sin embargo, hay que retroceder al año 1804 cuando en una sesión municipal se leyó un dictamen en razón de la “Calle del Infierno” “su anchura y demás ocurrido sobre este asunto (el de su arreglo) para elevarle al real y Supremo Consejo de Castilla para su aprobación...”.

Mas, lo cierto es que quedó ya incluido en el nomenclátor oficial a partir de 1868. Hubiera sido una lástima la comprobación erudita de que el temeroso nombre carecía de origen épico, como el señalado por la leyenda, pues lo contrario la hubiese dado el tufillo denigratorio de una realidad prosaica. Se ha escuchado alguna vez la proposición

de que alguien dijo solemnemente señalando a la izquierda la entrada de la Catedral y a la derecha el fementido callejón: “Por aquí se va al cielo; por ahí, al infierno”. Y era una manera de señalar la mala fama de tan lúgubre callejón cuya verdadera desgracia era la de no ser visitado nunca por el sol. Así, el color verdinegro de su pavimento y la hosquedad de las paredes de las casas.

Probablemente, en un principio sería un corto vericuelo inurbano para salvar el desnivel entre las cotas de la calle del Puente y la baja del matadero que funcionó desde siglos en el fondo del insinuado barranco.

Era rúa lóbrega con un sólo establecimiento de bebidas en el rincón del rellano de su escuadra. Pero apenas se salvaba el último escalón inferior, asaltaba el bullicio de la calle del Rincón. Apenas si se deslizaba por la calleja del Infierno algún transeúnte que otro y sólo de noche cobraba cierto movimiento de sombras fugitivas y celestinas, porque les era propicio dada la proximidad de los lugares de recreo poco confesables.

Señalemos el dato de que en 1908, se intentó por el Ayuntamiento darle el nombre de “Calle de Casiano Arrarte”, a la memoria del industrial y concejal fallecido en febrero del mismo año. Por fortuna para el bien recordado edil, la propuesta no prosperó y las gentes continuaron llamándole como siempre, aunque muy pocos santanderinos podrían confesar haberlo transitado alguna vez, y sólo le conocían por una mirada lanzada de soslayo, al pasar.

## LEALTAD

No figura esta calle, en toda su longitud, en el croquis del canónigo Zuyer, y sí sólo como transversal entre San

Francisco y Atarazanas. Su prolongación hacia el norte se hizo muy posteriormente para enlazarla con la que entonces se denominaba “Bajada de los Remedios”. Claro es que el croquis de Zuyer está dibujado a mano alzada, sin someterse a escalas ni alineaciones reales; pero el canónigo suizo registró los viales existentes por aquellas calendas, pasada la primera mitad del siglo XVII. En el plano de Mathè, de 1838, figura como calle de norte a sur, paralela y equidistante entre Puerta la Sierra y Plaza Vieja, pero este plano adolece de excesiva simplificación y sus alineaciones no son enteramente exactas.

En el año 1814 se la citaba oficialmente como “callejuela desde Remedios a Atarazanas” y hasta 1845 no adquirió el apelativo de “Lealtad” que le dio el arquitecto Chávarri, quien fue indicando con beneplácito municipal, nombres simbólicos o evocadores de la historia local. Y también de la grande, como Magallanes, Gravina, Isabel la Católica, Cisneros, etc., se inscribió a “Lealtad” en homenaje al título alcanzado por la villa al permanecer fiel a la corona cuando la agresión de las huestes mendocinas, mediado el siglo XV.

Todavía en los amenes del siglo XVIII, la callecita de Lealtad, por su parte sur, se mojaba en las aguas del arroyo de Atarazanas y Pereda describe a don Pelegrín embarcándose allí mismo para hacer un viaje de placer en un quechamarín, para San Juan de Luz. “Un quechamarín —escribió en “Santander antaño y hogaño”— que se ponía junto a la botica del doctor Cuesta. Es que entonces no existía la plaza de la Verdura ni en su existencia pensaba nadie, porque llegaba la marea muy cerca del Arco de la Reina”. Assas, por su parte, insertaba este párrafo al hablar de “Atarazanas”: “...cuenta a piedra en grito y al más sordo, tres períodos sucesivos de construcción desde que levantado el

piso antiguo de la baja Ribera, al promediarse el siglo XVIII paulatinamente fue creciendo...”

Hace poco más de cien años, se indicaba “Lealtad” como una de las calles que por su céntrica situación y dirección, era excelente arteria urbana “llamada a dar nuevo ser y movimiento a la ciudad”, escribió un contemporáneo. Se mantuvo, sin embargo, con su traza casi primitiva hasta 1888, en que comenzó su ensanche, pero esta fue obra lenta. En la angosta calleja no había más que casas misérrimas, con más de dos siglos de existencia y de aquel estado eran muestras pintoresquísimas dos casas-tapón que se oponían a la total realización de la vía que hemos conocido. Una de ellas, cerca del callejón Pascual, formaba por su parte sur una minúscula plazoleta a la que el vulgo dio en llamar “La Puerta del Sol” tomando el nombre de un muy modesto cafetín. Era una casuca de sólo planta baja y un piso, de techo muy bajo, con balcón de madera y dos ventanucos en los que durante muchos años vimos asomarse sendas cabezas de cera proclamando la existencia de una peluquería de señoras.

Esa casucha fue derribada durante la primera guerra europea, pero subsistió otra más abajo, en la línea de “San Francisco” que continuaba estrangulando la circulación, obligada a encauzarse por un estrecho paso, y contra la que se encendieron duras campañas de prensa pidiendo, o mejor, exigiendo su demolición. Parecía la casuca como aplastada por un tejeroz a dos vertientes. A la calle “San Francisco” se abría la papelería de Ceferino Pico, en un minúsculo local de altura poco más de dos metros, y por el sur, en un plano inferior, la ferretería “La Fama”. De la “casa-tapón” como durante un siglo fue llamada, hay el testimonio de un aguafuerte de Lledías. Las fachadas denunciaban su vejez con grandes costurones y se abrían antepechos con balaustres

de madera toscamente torneados, y unos ventanucos. Esta casa, como la anteriormente descrita de "La Puerta del sol", formaba también su plazoleta o más bien rincón, donde estaba la chocolatería de José María Rivero.

Contra este estorbo se dirigió con gran apresuramiento la piqueta del alcalde Castillo, el gran reformador, ordenando su demolición durante el otoño de 1936. Con ella, y muy simbólicamente, inició su monomaniaca tarea de ir alineando calles mediante la destrucción de todo lo que sobresalía de las rectas por él tiradas sobre el plano de la ciudad.

Desaparecida la casa-tapón, pudo derribarse (terminada la guerra civil) la casa contigua donde estaba instalado Lainz y antes lo estuvo Wunsch, allí donde Pereda compraba sus pipas de brezo para el puro mañanero, y construyó el edificio que habría de resistir bravamente el naufragio en el océano de llamas durante la noche memorable. Y allí quedó, enhiesto, indemne, para señalar a los urbanistas autores del plano de la Reconstrucción dónde había que hacer el leve quiebro en la alineación de la Avenida de Calvo Sotelo. La casa incólume, recibió de las gentes el remoquete de "La bien pagada", remedando una popular novela de "El Caballero Audaz".

Lealtad había llegado a ser arteria urbana de tráfico activo como en premonición de lo que significaría cuando el parque automovilista local alcanzase una matrícula que entonces ni soñar podían los santanderinos. En su primitiva perspectiva se alzaba allá arriba, al fondo, la noble casona de piedra dorada donde varios obispos tuvieron su sede y después la Central de Correos. Casona demolida para construir en su solar el cine "María Lisarda Coliseum" (su primera denominación), que resistió impávido el furioso asalto del fuego, para después, pasando los años, chamuscarse in-

teriormente como consecuencia de la lumbre de una punta de cigarro.

Alevosamente, el alcalde Castillo metió el hacha del leñador en el jardín de Villatorre para talar un bello tilo que era como un dosel verde con el que la calle "Lealtad" se adornaba y rumoroso de pájaros en los atardeceres del buen tiempo. El árbol desflecado desbordaba su fronda sobre la vía pública y era un espléndido ornato. En opinión del alcalde, estorbaba a la perspectiva moderna. Es posible que tuviera sus razones en cuanto a despejar la vistosidad del flamante palacio del cine; pero los amigos de lo inefable lo sintieron en el corazón, pues con el tilo, su juego de color y la música de sus pájaros, desapareció algo que el cemento es incapaz de sustituir.

Para que la ficha de evocaciones se puntualice lo más posible, se anota que al otro lado de la calle había, en 1941, los comercios de mercería y bazar de Grávalos; la platería de Pedro Setién; la tienda de calzados de Sánchez Guerra; la camisería de Nicanor Arce; la relojería de Urano Muñiz; el bar de Felisardo García, la juguetería de José Palacios y el restaurante de Benito Pedraja. Algún otro nombre escapará a la pesquición, pues a esa vía tenían sus escaparates la gran mueblería de Ribalaygua y la joyería de Presmanes, así como la recién estrenada ferretería de Ubierna.

Nadie, hoy, al pasar por el mismo lugar en que fue, podrá hacerse ni idea aproximada de lo que era la calle "Lealtad", que se empeñó en ser gran arteria urbana entre las casi callejas que asomaban a sus flancos; ahora, "Lealtad" huele a gasolina, está cruzada a todas horas por automóviles, se abren a ella escaparates de comercios como en una exposición sin soluciones de continuidad y, allá abajo, después de cruzar la avenida de Calvo Sotelo, prosigue su

prestigio y se vierte con ansias de mar en un chorro rutilante por las noches con luces de neón y fluorescencias como una metrópoli moderna, a escala reducida.

### **PASCUAL, Callejón**

Tenía entrada por Lealtad y con fondo de saco. No pudo cambiar de categoría urbanística, pues callejón nació y como callejón murió la noche de febrero del 41. Tenía como única misión el servicio de los comercios de San Francisco y del Peso, por sus trastiendas. Tomó el nombre de Antonio Pascual, ingeniero agrónomo, de la Granja Real, que había cedido terreno para su apertura al sur de Rupalacio. Este nombre lo tomó oficialmente el 26 de agosto de 1898.

### **PLAZA VIEJA**

Desbordaría de modo turbulento la sola intención de meter en unas pocas páginas la historia de la Plaza Vieja, o Plaza Antigua. Porque fueron tres siglos y medio de vida local los que palpitaron en aquella brave área urbana, de dimensiones imposibles de concebir cuando, después del incendio de 1941, contemplábase el desolado lugar entre paredones mutilados y en medio de una paralización estupefacta. Desde la terrible jornada del año 1522 en que Carlos V ordenó el arcabuceamiento de unos flamencos desleales, en la Plaza Mayor, hasta el momento de su total desaparición raida por el incendio, fue aquel pequeño rectángulo algo así como una sala de respeto para las recepciones ciudadanas; saraos en tiempos de fiestas brillantes;

palenque donde se dirimían contiendas políticas; ágora de los catones locales; plaza de armas cuando la villa primero, y después ciudad, convocaba a las milicias cívicas para defenderse o para atacar; tablado de autos sacramentales que la costumbre llevaba a las gentes a maravillarse ante el retablo de las representaciones teológicas del Corpus Christi; arena, también, para las corridas de toros al estilo antiguo; escenario de cita y concentración de las masas para sus estallidos tumultuarios, tan pronto para ensalzar como para destronar... En fin, lo más palpitante de la pequeña historia local.

En 1568, Justicia y Regimiento de la villa se establecen en el llamado "Cantón de la Plaza", en las casas compradas a Francisco Ruiz y Ana Arce por 530 ducados, y por su parte, Sebastián de Bolívar enajenaba a favor de la representación del pueblo, para ampliación de su sede, casas y fincas en la Rúa del Palacio "pegadas a las Casas Consistoriales", por 650 ducados. Ya tenía decoroso asiento la Villa que hasta entonces vivía en "trashumancia", pues se veía obligada a tener sus reuniones concejiles en la capilla del gótico convento de Santa Clara y sus trascendentales concejos abiertos en los claustros de la colegial; y en cuanto a las elecciones para los cargos de regiduría, era costumbre hacerlo ante el pueblo, en la capilla de San Luis, de San Francisco. Amós de Escalante ha escrito que "parece que el rey Juan II quiso remediar el escándalo de las violencias a que se entregaban los linajes de la villa, violencia que alguna vez ensangrentó el atrio del templo y acaso los ámbitos sagrados...". Pero correspondió a los Reyes Católicos proveer al remedio con su carta de 1498, dictando hasta los menores detalles de la forma en que las reuniones concejiles habrían de desarrollarse y especialmente las elecciones para magistrados de la villa.

Aposentados Regimiento y Justicia en la casa de la Plaza que tenía planta baja y soportal de cuatro arcos y un primer piso corrido de balconaje de hierro, exornó sus fachadas con tres escudos de piedra y desde aquel tiempo la Plaza Vieja comenzó a ser cerebro y causa de la existencia local.

A fines del siglo XVII no tenía de ancho más que veinticuatro pasos ordinarios por sesenta de largo, y a ella convergían las principales rúas de la Puebla Nueva. Puede calcularse lo menguado del recinto que aparecía ennoblecido con tres edificios: iglesia de la Compañía, solar de Villatorre y Casa Consistorial. En 1710 la llamaban sencillamente “La Plaza”; en 1786 “Plaza Antigua”, para distinguirla de la “Nueva” sólo en proyecto detrás de las primeras manzanas de casas del Muelle; se verificaba en ella el mercado público pero llegaron a cometerse tantas y tales extralimitaciones y trifulcas que en 1785 se dictó un bando obligando a retirarse bajo cubierto las tiendas establecidas en mitad del arroyo “dejando la plaza libre y desembarazada”, y se prohibía la venta y reventa de pescados, frutos, ropas, etc. sin previa licencia. Más adelante, a los seis años de la conminación por el Alcalde mayor y al hacerse el “reglamento de regatones”, los géneros comestibles comenzaron a expendirse en unas casetas frente a la calle de Villatorre, y la de pescados en la Rinconada de Santa Pía donde antes se establecían los panaderos.

Numerosas y reiterativas son las noticias sobre celebración de corridas en la Plaza pública, para lo que se montaba una barrera de tablazón y los balcones eran transformados en palcos con colgaduras, y las funciones teatrales en las fiestas de San Matías y del Corpus, más todos los actos públicos, como las estentóreas proclamaciones de los reyes, de las que se cita especialmente la extraordinariamente bri-

llante al subir Carlos IV al trono. Y nada hay que decir de las concentraciones ciudadanas durante todo el siglo XIX, desde la guerra de la Independencia hasta la última carlista y la restauración borbónica.

En 1813 cambió el nombre por el de “Plaza de la Constitución” por poco tiempo, pues a los tres años recobraba el de “Plaza Antigua”. Nuevamente, en 1820 se cambiaba la placa por “de la Constitución” y tres años después, al entrar las tropas de Angulema para restablecer el absolutismo fernandino, la placa era destrozada y volvía a aparecer la antigua denominación. Nueva confirmación, en 1842, cuando el liberalismo del Estatuto del 37 que quita la lápida y entroniza la constitucional. Y así continuó el juego, pero era difícil innovar excesivamente en las costumbres populares, triunfantes casi siempre; ningún santanderino dejó ya de llamarla Plaza Vieja. La República de 1931 intentó denominarla “Plaza del 14 de abril”, con poca fortuna; en agosto de 1937, se la denomina otra vez “Plaza Vieja”. Hasta que en la pira del 41 se “dilucidó” el pleito. Desapareció la Plaza y ya no hubo problema.

La casona municipal que en 1941 estaba destinada, en sus cuerpos altos, a Audiencia provincial, había sufrido cien años antes (en 1840) una reforma, al instalarse el reloj público traído de Inglaterra, en un templete sobre el tejado del nuevo cuerpo alzado a la fábrica original. Corría a todo lo largo de la fachada un balcón de hierro forjado, y en los soportales fue instalado el Principal, o “perrera”, el retén de la Milicia y las oficinas de consumos. Era lugar de entretenimiento de las gentes ociosas o de los obreros a la expectativa de un destino municipal; sobre esto hay formadas algunas descripciones interesantes por pintorescas en las gacetas locales del XIX. En aquella fachada alumbró por primera vez en la ciudad la maravilla de la luz eléctrica, el

año 1861, como elemento de regocijo popular a la visita de Isabel II durante el verano. El profesor de física, José de Escalante fabricó un aparato generador de fluido y la demostración pública causó, como es consiguiente, sorpresa, admiración y hasta incredulidad en las masas que desfilaban atónitas ante el prodigio.

En la Plaza, vio Pereda “la última coleta dieciochesca y unas tiendas como la confitería de la Sietemuelas”. De estas tiendas al por menor, tan recatadas, tan típicas, hay relaciones en el siglo pasado según las cuales eran algo así como un reflejo de la providencia, pequeñas arcas de Noe, sin lujo ni aparato; cajones estrictos para contener los comestibles, un banco de madera para sentarse, el peso y el indispensable farol por la noche. La tendera era una institución. Pero las tiendas fueron evolucionando como todo, con el tiempo. Conoció la Plaza los faroles de aceite, los quinqués de petróleo, los mecheros de gas y hasta las bombillas eléctricas.

Frente a la Casona, y hasta que don Lino de Villa Ceballos les jubiló dictatorialmente, formaban las gigantillas y los enanos —“Don Pantaleón”, “doña Tomasa”, “La Repipiada” con su cortejo— en las conmemoraciones de la batalla de Vargas o para iniciar los regocijos populares.

El Municipio abandonó la casona en 1907 y se instaló, como va apuntado, la Audiencia provincial. Desde 1881 estuvo instalada la primera central telefónica, entonces de propiedad municipal.

Por los años veinte se metió en la Plaza una línea secundaria del tranvía amarillo de Miranda, con aguja para el cambio de salida y retorno; la doble vía volvía a unirse casi en la confluencia de “San Francisco” y “Blanca”, y en más de una ocasión el tranvía desmandado o la jardinera sin frenos fueron a asomarse al puente de Vargas. Pero ello

duró poco tiempo. El estrépito excesivo de los tranvías y la peligrosidad inminente del trazado de su vía, obligaron a prescindir de esta línea que, por otro lado, apenas si aportaba beneficios a la empresa. Y se acabó el concepto de estación terminal de la Plaza Vieja.

Administrativamente, la ciudad se dividía allí en dos mitades, por un “meridiano” desde el arco de la catedral hasta el Paseo del Alta, y las numeraciones de las calles se regían por tal división a una y otra mano. Hacia la Plaza convergía el tránsito peonil de los barrios altos: y el cruce con “Blanca” y “San Francisco” con su apéndice hacia el Puente, obligaba a los transeúntes a pasar por allí. Repercutía, por tanto, con la velocidad del relámpago, el menor incidente suscitado desde un extremo a otro de la población. Se estaba seguro, aun por los años veinte, de percibir el menor rumor de lo que sucedía o iba a suceder, aun lo más íntimo y familiar con sólo permanecer cinco minutos en la esquina donde la Trini, la Nati y la Arsenia, voceaban los periódicos. Porque los argos de la curiosidad y hasta los de la maledicencia, proyectaban en aquella esquina, y la amplificaban, la voz más oculta, el cotilleo desenfadado dicho como en un susurro de oreja a oreja.

El comercio más añejo residió en su recinto. Hubo papelerías y librerías como las de Cuevas y Linazasoro, de Pico y la de “El Escritorio” (el recordatorio se hace sin filiaciones cronológicas), la zapatería de Agilio Ramos, la farmacia de Baldomero Ruiz Zorrilla, la barbería de Emilio, la cuchillería de su hijo, vaciador con certificado inglés; el Bar “Montañés”, de Pascual, primero en su género de los establecidos en Santander con barra americana y donde por quince céntimos se tomaba medio vermut con una anchoa enroscada; el comercio de Sánchez; una bombonería, sombrerería, sastrería; el estanco de Cavestany... Fueron mu-

chos los negocios mercantiles iniciados en la Plaza Vieja desde que comenzó a ser centro neurálgico. Algunos de los citados resistieron las mudanzas de los tiempos nuevos.

No es posible olvidar que en los bajos de la casona de Villatorre, y siguiendo el ejemplo municipal de transformar los soportales en lujosa tienda de ultramarinos abierta por Palacios, se estableció Rocamonde, al que sustituyó Crispín de Blas y últimamente Agapito Heras con su sastrería, justamente donde en un principio se abría como una grieta el angosto pasadizo divisor de las casas consistoriales con el solar donde nació Alsedo Bustamante.

Se enredarán siempre en la memoria los rasgos innumerables definitorios de la Plaza Vieja. Quien no la conoció no puede comprender cómo llamaba al sentimiento popular y por qué todos sentían que algo muy hondo se había desgajado dolorosamente del frondoso árbol de la existencia santanderina. Porque ni siquiera un palmo de tierra existe hoy que lo recuerde. Sólo la iglesia de la Compañía, encaramada en un alto de la primitiva topografía, indica uno de los "muros" del más brillante y jubiloso salón de recepciones ciudadanas.

## PLAZUELA DEL PRINCIPE

Antes de que la puebla rompiese definitivamente el dogal de sus murallas, el mar moría apaciblemente, al Este, en el playón de una breve ensenada cuyo cantil pudiera fijarse hoy trazando un arco desde la fachada del Gobierno civil, por su lado del saliente hasta la casa de Negrete. El murallón bordeaba un pequeño muelle, el del Cay, al que se abría la puerta del Arcillero; dejaba después a la lengua del agua una batería de casas misérrimas, viviendas de los mareantes

que tenían su embarcadero en La Puntida, y seguía ascendiendo por Traslacava (calle de San José actual). Esta ensenada se aprecia perfectamente en el grabado del libro de Braun y había en ella alguna casona hidalga, por la parte de Tableros, como la en que se hospedó el año 1570 la infanta María Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano, que vino para desposarse con Felipe II, viudo ya tres veces.

Aquel sitio, teraplénado en 1766, entre el Cay y el Muelle Largo, se conocía por Cantón del Mar o Red Chica, y enseguida tomó el nombre de Las Herrerías. El murallón comenzó a ser demolido desde el Cay hasta la Puerta de Santa Clara. Por el plan de Colosía se construyó la Casa de la Aduana con lo que quedó a espaldas de ésta, una plaza que automáticamente recibió el nombre de Plazuela de la Aduana. Escrito está en el libro de acuerdos municipales que al comprar Francisco Sayús una casa (en 1804) en Las Herrerías o el Cay, fue derribada la muralla. Pero ya treinta años antes había comenzado la demolición hasta la "Calzadilla" (rampa de la Puntida).

La plazuela alcanza importancia, como lugar urbano, antes de la mitad del siglo pasado. Van siendo sustituidas las viejas casucas de los pescadores, del Cabildo de Abajo, que se repliegan hacia la calle de la Mar; y en la que hacía esquina con la Puntida había un almacén grande donde el año 1834 se improvisó un teatro: los aficionados, alternando con las compañías dramáticas, dieron algunas representaciones y a veces lo convirtieron en club de conspiraciones pues eran tiempos de mucha agitación política. Allí se cantó por vez primera el "Himno a Santander" compuesto por el poeta santanderino Telesforo Trueba y Cossio, regresado de Inglaterra en plena juventud y lleno de fervores liberales, y con motivo del primer aniversario de la batalla de Vargas.

El teatrillo de emergencia, precursor en pocos años del Principal, fue estrenado por una Compañía dirigida por un tal José Martos. Constaba el salón de un tendido en la planta baja, una serie de lunetas y seis palcos. En el “tendido” se hacía la debida separación de sexos, a un lado los hombres y al otro las mujeres. Estaba legislado así.

Ese almacén se apoyaba, por su parte de La Puntida, en restos de la muralla. Según relación escrita en 1844, el humilladero o ermita de la Purísima Concepción en el que los mareantes del Cabildo de Abajo celebraban cultos en honor a los Santos Mártires, estaba adosado a los vestigios del murallón antiguo en la “rampa de La Calzadilla” junto a las casuchas de la calle de Tumbatrés (“la más antigua de la villa”, aseguró un papel), en el ángulo de ésta con la “del Teatro o Arcillero”, La piqueta municipal entró allí el año 1847, y la ermita fue trasladada al Alto de Miranda. Demolido el almacén del teatrillo, Revilla y Huidobro, enlazados por vínculos de sangre, construyeron en el solar una casa de espléndida arquitectura para el Santander de entonces. Hay sobre esto una nota de precisión, de puño y letra de Manuel Huidobro, hijo de Agustín, uno de los constructores, que dice: “En la noche de este día (12 de agosto de 1851) quedé instalado con mi mujer en la casa, esquina a Hernán Cortés, piso segundo, de la propiedad de mi padre”. La efemérides familiar es bastante ilustrativa sobre la importancia urbanística de la Plazuela de la Aduana. Dos de las más relevantes familias santanderinas afincaron allí, según se ha visto. Unidos los apellidos Huidobro y Revilla, una de sus vástagos llamada Diodora, casaría con José María de Pereda. Después fueron descendientes directos los que continuaron habitando algunos pisos de la casa; se recuerda a José María de la Revilla, y a Eduardo de Huidobro, que poseía, éste, una espléndida biblioteca.

Quiere decirse, pues, que hace más de tres cuartos de siglo, la Plazuela de la Aduana tenía ya gran empaque urbano. En 1859 se situaron bancos de piedra en una alamedita sombreada por plátanos en la parte Norte, y el mismo año era sustituida por otra la fuente que por sus aparatosas y nada armónicas líneas fue bautizada como “la fuente del monstruo”, sobre la que cayeron el ludibrio popular, las coplas y epigramas y hasta las caricaturas para llenar de vilipendio al arquitecto fontanero autor del engendro.

La proyección de la Plazuela era irregular. A espaldas de la primera manzana de casas del Muelle, se construyeron otras dos unidas en bloque, que es el que hoy se alza, si bien reformada la traza arquitectónica, en cuyos bajos se abrieron los aparatosos escaparates de Ródenas, transformados hoy en cafetería.

Los accesos a la Plazuela los constituían: una callecita de comunicación con el Paseo de Pereda, con tráfico de tal intensidad que hubo que habilitar la primera crujía de la Aduana como porche para los viandantes; otro era la rampa de la calle de la Blanca; un tercero, mitad rampa, mitad escalinata, en la intersección de las calles de la Compañía, Tableros y Arcillero, y finalmente el que desembocaba en la calle de los Santos Mártires.

El caserón de la Aduana hizo, en la noche de febrero, de cortafuegos evitando la propagación hacia las casas del Muelle, el tejado de cuyo número 1 había comenzado a arder y desde él los bomberos arrojaron muchas toneladas de agua sobre el impresionante brasero del edificio mandado construir por Carlos IV.

La Plazuela siguió la misma suerte, en cuanto al nombre, que otros muchos lugares urbanos, según el capricho de las circunstancias políticas. En 1862 y para celebrar el nacimiento del hijo de Isabel II, se cambió el nombre de

“la Aduana” por el de “Príncipe”. Cuando Isabel II es destronada en 1868, los regidores se apresuran a denominarla Plaza “del Progreso”; pero a los siete años, al subir al trono Alfonso XII, es restituida la denominación “del Príncipe”. Y así hubiera continuado, y en realidad así continuaría en el sentimiento popular, pues apenas ya nadie la nombró “de Eduardo Dato”, confirmado oficialmente en 1921 bajo la impresión producida por el asesinato del presidente del Consejo y jefe de los conservadores. Y como “Plazuela del Príncipe” se mantuvo hasta el año 1941. Con la reforma urbana la denominación quedó incluida a una muy breve parcela fuera del recinto de la “Plaza de Velarde”. Esta ocupa la casi total extensión del antiguo espacio urbano.

Las paralelas de la vía del tranvía de Gandarillas trazaron una semicircunferencia en la Plazuela, y después pasó a la propiedad del Tranvía de Pombo. Más tarde, la Red Santanderina de Tranvías eléctricos metió por ella sus coches y remolques, y ese fue el momento de desaparecer de la escena un pintoresco personaje, el Cagueta. Forzosa es la expresión tan castellana que el travieso raquero adecuó a aquel empleado del tranvía cuya misión era echar a correr, por delante del convoy, desde la estación en los Arcos de Dóriga, tocando la corneta, sustitutiva del silbato de las locomotoras, para aviso de carros y viandantes de la presencia del “monstruo de hierro” a su paso por la Plazuela y calles de Colosía y Calderón, donde el buen hombre, que reposaba sus caminatas de andarín intrépido, agitando la pequeña banderita roja, junto a la primera puerta del Mercado del Este casi en la esquina de “Lepanto”, regresaba delante del otro procedente de El Sardinero.

La rampa de la Blanca estaba protegida por una barandilla en cuya iniciación se alzaba un kiosko para la Aso-

ciación Protectora del Viajero, cuyas funciones absorbió la “Sociedad Amigos del Sardinero”, adelantadas, ambas de los modernos servicios del Turismo; edículo en el que después quedó establecido un estanco.

En el rincón de la rampa y la casa de Negrete, el celo de la higiene municipal hizo un subterráneo para aliviar a los transeúntes de sus urgencias inaplazables, y esto fue una maravilla del progreso, pues antes cumplían tales menesteres las clásicas vespasianas, que fueron desapareciendo del mapa urbano y se habían dado al olvido por los años primeros “de los veinte”.

Casi en la esquina de la Aduana había siempre una orquestina de ciegos y durante muchos años un muchacho joven, que allí llegó a la madurez, con las dos manos y un pie amputados, recibía la piadosa atención de los más caritativos; además se había conquistado la simpatía de todos porque era un prodigio de limpieza y cortesía. No era al modo del mendigo profesional; las gentes llegaron a considerarle como una institución, casi como un amigo al que todo el mundo saludaba y atendía.

En fin, sería inagotable la descripción de la Plazuela y de sus vivencias, sobre todo en su perfil humano. No se olvide que en los bajos de las casas de Tableros estuvieron instalados la floristería de Rebolledo, el taller de pintura de Negrete, la confitería del popularísimo “monsieur” Du-mond, convertida después en Bar Flora; la imprenta “La Estilográfica”, algún almacén como en sus tiempos el de “Rioja Palomar”... En las plantas bajas de las casas que daban al “Arcillero”, estaban los almacenes de coloniales de Fernández Baladrón, la lampistería de Crispín de Blas, los depósitos de hierros de Pereda Palacios, la tienda de “Los Lenceros”, de los hermanos Lera y Lera; la de tejidos de Jacinto Romero y otra del mismo giro de Santiago García

Bezanilla; el despacho del “Agua de Solares”... La relación desordenada llega a la memoria con afanes de exhaustividad, como homenaje a la entrañable Plazuela. Estas citas se hacen con el intento de señalar qué negocios daban carácter a la Plazuela del Príncipe en el momento del incendio, y algunos que habían desaparecido ya o se habían transformado.

## PRIETO

Una callecita como avergonzada de no poder exhibir ejecutoria especial junto a las dos Rúas clásicas de la Puebla Alta recibía, por sobre un tapial, la caricia de las ramas de un árbol que crecía en el solar cerrado a miradas indiscretas. En un rincón, cantaba el martillo en el ajuste de las duelas de una pipa de roble, denunciando el buen tonelero que aparecía como “amo y señor” de los pocos metros cuadrados erizados de adoquines de la calle que llevaba un apellido hidalgo: el de Prieto. Cuando el Municipio patrocinó el bautizo, se hizo constar que el tal apellido correspondía al de don Joaquín Prieto Ceballos, padre político de don Amós de Escalante, y que tal honor le correspondía por ser el heredero de la finca alzada entre las Rúas Mayor y Menor, perteneciente a la Fundación Santo Domingo, o Escuelas de los Padres Agustinos, forja de inteligencias numerosas.

En realidad, la callecita no tenía más que eso: un apellido.

## PUENTE

En “Biografía de una ciudad”, y al dedicar todo un capítulo al historial del puente, nombre hoy refugiado en la vía por la que la iglesia de la Compañía se saluda con la

catedral, se hace descripción de lo que aquel viaducto fue; de sus transformaciones y desaparición. Nada existe que recuerde lo que dio a la villa y a la ciudad un carácter muy peculiar, tanto que era nota estereotipada no sólo para el foráneo, sino para el propio indígena. Fue el puente, llamado primero “de Atarazanas” una de las curiosidades locales, con mucha historia como cordón umbilical que era de las dos viejísimas pueblas por encima del arroyo de Atarazanas. Con obras anteriores a las de Colosía, se retiraron las aguas del arroyo hacia las inmediaciones del puente, limitadas por la dársena a una línea a la altura de la hoy calle de Alfonso XIII, con lo que el puente pasó a ser un viaducto de función exclusivamente urbana; ya no pasaron más, por debajo de él, los quechemarines y pinazas hacia el embarcadero al pie de la calle de la Lealtad.

El puente primitivo, de varios ojos, se tendía desde muy cerca de la Plaza Antigua, hasta la calzadilla de acceso a la torre de la abadía. Cuando la villa quedó encerrada en la muralla, el puente trazaba su joroba sobre cinco ojos y por él se intercomunicaban las gentes de una y otra puebla. Era acceso a las funciones de iglesia o reales, y para cumplir con los muertos el postrer tributo camino del Paño Santo —antes de ser claustro catedralicio— o a la cripta del Cristo donde también se hacían los enterramientos. Por debajo del puente discurría el agua de la ría en las pleamares hasta el Sitio de Becedo y una vez cegado el arroyo, primero hasta el arranque de la calle de la Lealtad y después hasta la Ribera, el puente conoció un mayor tránsito.

El historial del puente es rico en episodios de todo tipo, al cumplir sus fines políticos y administrativos. Según los genealogistas este puente dio lugar al linaje de De la Puente en 1200 por una acción bélica muy brillante llevada a cabo por Iñigo Fernández, natural de Puente Viesgo; y

fue que este hidalgo acompañó con su hueste a la mesnada enviada por Alfonso IX de Castilla para restaurar la villa santanderina que había sido arrasada. El hidalgo puentevesguino se apoderó con singular arrojo “de una puente, con visible riesgo de su vida, y el monarca le concedió añadir a su patronímico Fernández, la acuña de La Puente”.

Según algunos autores, el puente era de madera al desarrollarse los graves sucesos originados por Real Carta de Merced de Enrique IV en favor de Diego Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Santillana; en virtud de tal merced, el año 1466 las huestes del de Santillana pretendieron apoderarse de la villa y lograron entrar en ella por la traición de tres hidalgos con solares en la Rúa Mayor. Habían llegado por las Calzadas Altas y se les franqueó la Puerta de San Pedro (“de la calle Alta o de San Pedro”, escribió la crónica del suceso). Tras de varios días de luchas enconadas, durante las que se vertió mucha sangre sobre el puente mismo, la villa quedó por el Rey, quien por la heroica resistencia y victoria sobre los mendocinos, dio a la villa el título de Siempre Leal, con lo que el puente quedó aún más estrechamente unido que lo estuvo hasta entonces, a la historia local. Anteriormente, y sobre el mismo viaducto, habían dirimido sus eternas querellas los Giles y Negretes cuando lidiaban por la hegemonía de sus respectivos linajes.

Lógicamente, el viaducto sufrió sensibles transformaciones al paso de los siglos. En 1825 fue sustituido por otro de madera proyectado y construido por el arquitecto Peterrade, y tuvo poca vida pues en 1831 acordaba el Municipio, en vista de su ruinoso estado, sustituirle por otro de piedra, dando para ello comisión al arquitecto Bernaola; pero tal era la traza y tal la construcción que en toda la ciudad se suscitaron protestas y la cuestión anduvo, incluso, en

coplas epigramáticas y en anónimos pasquines violentos. (En "Biografía de una ciudad" se ofrecen datos documentales.)

En una fuente construida junto a uno de los estribos del puente, se colocó una lápida que rezaba: "Reinando el señor don Fernando Séptimo, se reedificó esta fuente y el puente contiguo a ella en el año 1832". Pudieron, las acerbas críticas conseguir que los señores del Concejo acordaran derribar la obra de Bernaola y hacer otro puente más sólido y de menos antiestética apariencia, y así se hizo en 1839. Para que tuviese una dedicación histórica, se le confirió el nombre de "Vargas" en recuerdo de la famosa acción de seis años antes.

Por debajo del puente circularon los primeros tranvías de mulas y al transformarse el sistema tranviario en eléctrico, la escasa altura del arco rebajado ofrecía serias dificultades, ya que era sólo unos pocos centímetros más alto que los nuevos vehículos con su "trolley", y se decidió entonces demoler la maciza fábrica y construir un viaducto más "aéreo" y en consonancia con las modernísimas teorías de la construcción y el hormigón armado. Lo llevó a cabo el ingeniero Alberto Corral, el año 1912. Los urbanistas aprovecharon la oportunidad para ensanchar la calle, y así fue derribada una casa en la mano de la Plaza Vieja quedando establecida la alineación de la calle "Colón" con la "Ribera"; obra realmente sorprendente, orgullo de aquella etapa santanderina. Ahora, las comunicaciones con el nivel inferior se practicaron por una escalinata de piedra junto a la casa de Varona (totalmente reformada), y por la rampa, modificada a su vez, junto a las casas de la Ribera, o sea, a los almacenes de "El manco", cuyos escaparates quedaron sumidos en una especie de foso o trinchera de piedra. Quedó suprimido el tráfico rodado, y también fue reformada la

casa de la esquina, donde Matías del Olmo atendía a la clientela elegante en su comercio "La Infancia".

El nuevo viaducto estaba artísticamente ornamentado por una barandilla de hierro con columnas, soportes de las farolas exornadas con grupos infantiles que hoy decoran la Plaza de Cañadío. Junto a la barandilla de la rampa, se instalaba todas las mañanas de domingo el mercado de los pájaros; jilgueros, canarios, pardillos, verderones, tórtolas, en sus jaulas alineadas sobre el pretil. En el estribo inferior se abrieron unos servicios públicos "de higiene", pero no tanta como para deambular por allí con parsimonia.

A la historia del puente se añadió, en 1868, la del levantamiento santanderino contra Isabel II, como consecuencia de "la gloriosa"; sirvió de parapeto a los revolucionarios frente a Calonge que llegaba al frente de sus fuerzas por "Atarazanas", y cuyo ayudante cayó muerto de un balazo y el propio general se libró de milagro, pues otra bala le rompió la empuñadura de la espada.

En el tramo meridional de la calle estuvo, en tiempos antiguos, la cárcel de la villa. Por la calzada desfilaron, desde el siglo XVII, cuando ya la vida administrativa estaba bien reglada, todas las comitivas oficiales para el "Te Deum" en la colegial; las manifestaciones populares de adhesión o de protesta contra esto y lo otro; las procesiones... A sus barandillas se asomaba la multitud como a un mirador estratégico. Y era realmente bella la perspectiva que desde allí se abarcaba, del Muelle y la bahía...

La Catedral la confería mayor carácter, porque se animaba la calle a las horas de la misa conventual y de vísperas, cuando la campanita llamaba a los canónigos a coro, o los sonoros bronces a convocatorias piadosas, o el campanón de los mártires retumbaba lúgubramente los días de temporal. El día del Corpus, la calle del Puente se enga-

lanaba radiante con colgaduras y el suelo se alfombraba de espadañas y pétalos de flores.

Fue muy característica, desde el siglo XVII, la escalinata con pretensiones platerescas que, apoyada en el primer arco de la bocina del Cristo, accedía hasta la puerta real del primer templo y que sólo se abría los días muy señalados en la tabla de oficios del Cabildo. Tal puerta se insertaba en desornado arco, cerrado al exterior por verja de hierro. Escalinata y puerta fueron suprimidas en el proyecto de reconstrucción.

Estaba llena de palpitación humana esta rúa que tenía como fondo la ojiva bajo la torrona del templo, con la pupila blanca de la esfera del reloj. Siempre, la calle del Puente fue como una capitular miniada del código de las Pueblas.

A un lado y otro, en los comienzos desde la Plaza Vieja hubo tiendas y comercios enraizados en la vida ciudadana, como "El Botín de oro", la guarnicionería de Rodrigo, la de Aldea, la paragüería de Ruiz, "La Infancia", la zapatería de "Maté", y la siempre concurridísima pastelería de Varona, y la relojería de Bahamonde... Y en el tramo del sur, la farmacia de Navedo, la sastrería civil y eclesiástica de Blanco, la de Garmendia, una mueblería, la papelería e imprenta de Vicente Oria, los restaurantes "El Arenal", "La Asturiana", "El Cuartelillo" y "El Gran Altillio...". Un curtido, una tienda de ultramarinos y la barbería de Josefa Vélez... Naturalmente, son citas de épocas distintas, pero la mayoría corresponden al momento del incendio, que no dejó el menor vestigio. Somorrostro, Infierno y la Rúa Menor eran calles irrigadoras de movimiento silencioso de día, ruidoso por la noche, a una arteria que también se enriquecía históricamente con el pasadizo de "Azogues", después de los Arcos del Cristo...

Se animaba a las horas de las misas fijas y del Rosario; figuras inscritas en el paisaje urbano, las de los canónigos que a las tres de la tarde acudían a coro, convocados por la esquila catedralicia. Tenía días fabulosamente brillantes, como los del Corpus y de los Mártires, con las casas engalanadas y la calzada aparecía como un jardín. Refulgía de uniformes y se colmaba de músicas. Hubo tiempos, según las crónicas, en que al Puente le dieron (con el nombre conmemorativo de Vargas), una especial significación para las manifestaciones conmemorativas, y entonces aparecía ornado de trofeos y guirnaldas. Pereda señaló al efecto, la paradoja de que en una de las barandillas del puente figurase la exaltación liberal por Isabel II, y en otra la de la batalla contra Calonge cuando “la gloriosa”, y el destronamiento de la hija de Fernando VII. Un detalle que sin duda había pasado inadvertido a los argos de la municipalidad.

El puente construido por Corral tuvo de vida veinticuatro años, es decir, una generación. El alcalde Castillo mandó demolerlo en 1936 (exactamente el día 26 de diciembre comenzaron esos trabajos), al soñar con la gran Avenida de Rusia. Su fantasía se lo llevó por delante, ni más ni menos que lo hubiese hecho una turbulenta riada. Pretendió sustituirle por dos accesos al norte y al sur, y esta obra tuvo que realizarla el alcalde Pino Patiño en 1937, en la lenta cicatrización de las heridas abiertas durante el período revolucionario. La calle del Puente aparecía “colgada” sobre Atarazanas y ya se embellecía con la piedra blanca de dos escalinatas, cuando el fuego lo arrasó todo e hizo innecesario un nuevo viaducto, porque ya no habría desniveles que enlazar. Ya no era más que un nostálgico recuerdo.

## PUERTA LA SIERRA

Puerta la Sierra fue, acaso, la calle que con más tenacidad resistió a las urgencias transformadoras del siglo XIX; por lo menos lo hizo con parsimonia, en un repliegue lento, tanto que la gran liquidación de 1941 la sorprendió con testimonios a favor de los tiempos viejos. En Puerta la Sierra se advertían, con toda claridad, las etapas de una cierta evolución ciudadana en sus diversos rasgos.

Discurría esta calle paralela —dentro del sinuoso trazado medieval— al camino de ronda entre las puertas de San Francisco y la Sierra, la primera demolida por el año 1825 y la segunda en 1838, que ya para entonces se denominaba de los Remedios o del Cubo. Fue casi insensible la transformación, hasta alcanzar su totalidad, en toda esa zona de la población iniciada cuando el Municipio entró en posesión de la huerta de los frailes franciscanos y comenzó a poblarse la calle de Isabel II.

En Puerta la Sierra fueron quedando a su parte norte unos restos de casucas cuya traza y construcción revelaban su antigüedad del siglo XVII. Se apoyaban unas en otras solidariamente para no derrumbarse, y todas en la más moderna de la Plazuela de los Remedios donde tuvo su ropavejería el célebre “Mangao” y hubo un taller mecánico de cerrajería. Esa casa la mandó demoler el año 36 el alcalde Castillo para iniciar el ensanche de la Plazuela con el propósito de hacerla desembocar en la Plaza de la Esperanza, pero sin lograrlo. Y sucedió que al faltarle tan sólido apoyo, aquellas casuchas tuvieron que declararse en ruina, y ser derribadas, por los años 38 y 39, pues no podían mantenerse en pie por sus propios medios, tal era su caducidad. En fotografías de aquella época y sobre todo en una deliciosa pintura de Ricardo Bernardo, se recuerdan la gracia

ingenua de unas modestísimas edificaciones que apenas si habían conocido modificación en su traza primitiva y que constituían un rincón estimado sólo por su pintoresquismo y vitola anacrónica.

Desde allí y a medida que la calle descendía hacia Atarazanas, con quiebros y ansias insatisfechas de alineación, iba perdiendo el carácter, nota que se acentuaba en su segundo tramo, es decir, entre las calles de la Paz y San Francisco, pues a derecha e izquierda (sobre todo a la derecha) las casas tenían ya apariencia menos pintoresca y por tanto más vulgar. Desde San Francisco hasta Juan de Herrera había una casa de escasa altura y chatas dimensiones; entre Juan de Herrera y Atarazanas, un edificio alto, moderno, de excelente arquitectura francesa: la mandó demoler Castillo a fines del verano del 36.

Las casas de la mano izquierda —siempre en la dirección descendente— tenían otro aspecto de relativa uniformidad en sus cinco tramos: Remedios-Rúa de la Sal, Rúa de la Sal-Peso-Socuviles, Socuviles-San Francisco, San Francisco-Colón y Colón-Atarazanas. Pudiera parecer esta abundancia de bocacalles que la arteria principal tenía importancia; sin embargo, ello venía impuesto por la planta laberíntica de la puebla vieja. Pero aún dentro de su uniformidad, consecuencia de las reformas del siglo XIX, conservaba su íntimo carácter. La casa entre Colón y Atarazanas era una de las construidas por los herederos de Isla y Alvear sobre cimientos de los almacenes de las atarazanas de galeras mediado el siglo XVIII. Son necesarias estas prolijidades para fijar lo más gráficamente posible la filiación urbana de Puerta la Sierra.

Tanto quiso conservarse a través de las centurias, que hasta su nombre quedó inalterado, como caso de cierta excepción; así se conservó a despecho de los avatares políticos

y de las veleidades edilicias. Sin duda pesaba mucho la tradición. Tal vez sucediera que a nadie se le ocurrió que una calle tan estrecha y poco favorecida por el sol y por el aire, merecería ocuparse de ella ni aún para incluirla en planes de reformas.

Naturalmente, el nombre lo tomaba porque la puerta de la muralla se abría a la sierra, o sea, a la loma entre la cuesta de la Atalaya y la calle de Monte, que todavía en el plano de Coello (1861) se denominaba "Torrente del Cubo".

Debido a las diferenciadas características en su no largo recorrido, tuvo un vecindario también diferenciado a medida que se aproximaba a Atarazanas y ésta fue una de sus curiosidades. En los padrones de estados desde 1772, podemos contemplar que de sus treinta y pocos vecinos, una tercera parte eran hidalgos, y tenían nombres tan enraizados a Santander como Lapazarán, Guati, Noriega, Fernández de la Fuente, Castresana, Aldana, Cabrero, Bezanilla, Díaz Bustamante, Ruiz de Ogarrio, Cobo de la Torre, Salas Victorica... Cualquiera que se haya asomado a la historia local de la segunda mitad del siglo XVIII y primeros lustros del XIX, sabe lo que estos apellidos significaron en la vida del pueblo. Vería, por ejemplo, que allí vivió durante cuarenta años un don Bernabé Pérez, presbítero capellán de la catedral entre otros vecinos de distinción.

Sería interesante extraer del recuerdo, de modo exhaustivo cuanto palpitaba en Puerta la Sierra. Pasada la calle de la Paz, había una droguería de tanto movimiento como la de Valeriano Alonso; una panadería como la de Carús, a cuyo fondo se veían llamear los hornos; los almacenes de curtidos de Rodríguez Prieto, con clientela copiosa atraída por su moderno concepto comercial a través de la propaganda al estilo americano; la mueblería de Toledo y enseguida "El Toisón de Oro", fundada en 1881 por Rosendo

Diego, comercio de amplios escaparates y con desfile constante de modistas y gentes de bien vestir. Anteriormente, en los mismos locales estuvo la taberna famosa del no menos famoso "El sobano".

En la casa entre San Francisco y Juan de Herrera citada anteriormente, estaba la sastrería de Marcelo Aguirre que después fue de Lafuente; durante muchos años inmediatos a la primera guerra europea, en el escaparate de esta sastrería (que hacía chaflán) se exhibían las acuarelas de Gascón, el conocido y celebrado dibujante de escenas y tipos aragoneses, y de vez en cuando óleos de Riancho (si no desdeñado, sí poco conocido y dubitativo), y Casimiro, y de Jesús Pis. Junto a este comercio, el de tejidos de "La Villa de Madrid".

Entre Juan de Herrera y Atarazanas, toda la planta baja estaba ocupada por la tienda de ultramarinos de Francisco Rivero y por su chocolatería, olorosa siempre a cacao y con el rumor de sus máquinas molidoras y el tableteo de unas grandes bateas en los que las onzas de la molienda se ajustaban como ocurre con la miel en las celdillas de la colmena. Rivero fue otro de los adelantados del concepto moderno de la publicidad, e hizo famosa la marca de sus chocolates, "El automóvil", con una litografía en colores (sobre hoja de lata), que representaba el paso de un automóvil de los de la era prehistórica, por un pueblo entre alborotos de gallinas desplumadas y susto de animales domésticos aterrorizados por los pistonazos de la infernal máquina de cuatro ruedas.

En cuanto a la evolución de los tiempos, igual acontecía con los comercios de la mano izquierda de esta vía tan prieta de sentido humano. Comenzaba con industrias humildísimas y aumentaba en tono aunque no de modo tan decidido como su vecina frontera. Sucedió, por lo demás, que

por este lado no pocos establecimientos correspondían a su vez a las calles de travesía, y sin duda por eso no habían alcanzado la prestancia de sus vecinos. La ferretería de Hermosilla, comercio diríamos que evolucionado, pues allí se vendieron acaso por vez primera en Santander objetos precursores de los actuales de plástico; una alpargatería, un bar, las vitrinas de Pedro del Río, las de la antigua tienda “La ciudad de Torrelavega”, de Crescencio Martín; después lo que había sido imprenta de “La Atalaya” convertida desde 1927, en zapatería de Incera, y “La Villa de Bilbao”. El último tramo, hasta Atarazanas, lo ocupaba la tienda de paquetería de Mateu.

No había, pues, una sola puerta, de no ser los portales, sin una industria, un comercio, algo que contribuyese a la actividad permanente de la calle, que para las ocho de la noche recobraba una sorprendente apacibilidad, y pasar por allí después de esa hora, era como sumergirse en un baño de tiempos muy lejanos.

En toda la historia de Puerta la Sierra no se inscribe otro hecho resonante que el famoso del “Salón de Billares”, una chirlata más conocida por “el huerto del francés”, instalado en el entresuelo de la que después fue “Villa de Bilbao”. El clima de flamenquismo que entonces sufría la ciudad desembocó en el drama de la noche del 18 de enero de 1906; dos muertos a tiros y un proceso ruidoso al que se mezcló la política. Pero éste es un episodio funesto que no empañó el historial limpio de una calle de la que sólo el ala del poniente hasta la calle de la Paz, se salvó la noche del 15 de febrero. Después hubo que derribarlo todo porque apremiaban los parámetros trazados por los urbanistas de la Reconstrucción.

Fue lástima no haber salvado un nombre de tanto prestigio varias veces centenario.

Al decir Remedios se sobreentiende que se citan la plazuela y la calle como formando un todo urbano. Hubo desde un principio una discriminación petulante por la plaza como tal, en su verdadera acepción, dimensiones y regularidad. Ni la plaza ni la calle merecieron los honores como arteria de fuste. Era de planta trapezoidal, ensanchada en su parte del poniente y que formando ángulo ligeramente obtuso buscaba, con el apéndice de la calle, desafiante de la línea recta, una salida hacia Santa Clara. Y tenía, en sus principios, un “deseo” de descender hacia las Atarazanas.

Entonces también se abrían a ella la puerta de la Sierra (que después se llamó “Arco de los Remedios”) apoyada en la esquina que hoy hace el Coliseum con la antigua calle de Padilla; la angosta comunicación con Puerta la Sierra se practicaba con pintoresquísima irregularidad de alineaciones y rasantes; lo mismo que la calle de la Lealtad, llamada hace dos siglos “Bajada de los Remedios”, tortuoso descenso hacia Atarazanas.

La regularización se fue haciendo a fuerza de tirar casas y rectificar alineaciones más o menos correctas sobre rasantes asimismo adaptadas. Es fácil imaginarse aquel pequeño laberinto medieval. Cuando desapareció el arco o Puerta por la necesidad del ensanche de la población hacia la ruralía sobre la que Mansillas y Escalantes comenzaban a construir casas muy modestas y tejavanas para industrias y almacenes, el obispo Menéndez de Luarca adquirió una casona construida en 1741 por Juan Antonio de la Colina, de Piélagos; casona de líneas escuetas de piedra sillería de tonos dorados y con un gran escudo presidente de la Plazuela, más una accesoria baja también de piedra para cuerdas, apoyada en la muralla. La finca tenía, por su parte

posterior un jardín y huerta colindantes con el jardín y la huerta del monasterio de las clarisas. Menéndez de Luarca hizo la adquisición para instalar más decorosamente la sede episcopal, que entonces ocupaba la ex-residencia de los jesuitas. Pero el Regente de Cantabria no logró ver cumplidos sus propósitos pues al poco tiempo tuvo que expatriarse de nuevo por el régimen doceañista contra el que se mostraba irreductiblemente intransigente.

Tres años después (1820), la Diputación que acababa de crearse intentó llegar a un acuerdo con la mitra para establecer en la casona su propia casa, mas tampoco esto llegó a consumarse. Le correspondió al obispo Arias Teijeiro (sexto en el episcopologio montañés), instalarse provisionalmente en la Casona de los Remedios, tras de seis años de vacación de la silla. Esto fue en 1848, y como detalle hasta sorprendente, hay que señalar que en 1859, la bondad del prelado accedió a una propuesta municipal para destinar lo que habían sido cuadras y dependencias subalternas, a parque de bomberos, pero en precario; precariedad que duró veintidós años. Los obispos continuaron alojándose allí hasta 1903 cuando la sede episcopal se estableció de modo definitivo en el palacio mandado construir por don Vicente Santiago y Sánchez de Castro, en Ruamayor (precisamente en el solar donde hoy se alza el nuevo palacio), previa la venta de la Casona de los Remedios. Durante tres años en el ínterin de las obras, el obispo se cobijó en un hotelito de la calle Santa Lucía, en los comienzos del Paseo de la Concepción.

Tenemos, pues, que durante cincuenta y dos años, la Plazuela se prestigió con la presencia de los obispos, aunque su vecindad fuera realmente muy humilde.

Se desconoce el motivo del origen del nombre de la Plazuela; por lo menos no hemos logrado averiguarlo, ni por

indicios que nos permitan aventurar una hipótesis. Tal vez alguna vieja devoción a la Virgen de los Remedios...

Con tal nombre aparece en documentos oficiales el año 1869. Después seguiría hasta 1862, al adquirir la denominación de "Plaza del general Prim" hasta que la Restauración vuelve por los fueros populares y se restablece en 1874. Y así llegó hasta nuestros días por un tributo a la tradición.

A finales del siglo XVIII aparece el nombre en el nomenclátor, y calle y plazuela tuvieron cierta prestancia a pesar de los destartalados edificios que las circundaban: en ellas vivieron familias de renombre en la vida local, como funcionarios y capellanes, y en esa plazuela se estableció la primera estafeta de correos (año 1788). El Municipio tomaba el acuerdo, en 1801, de denominarla en lo sucesivo "Plaza de Verduras y Legumbres", pero no prendió en las preferencias populares.

Conoció una evolución lenta, muy lenta. Desaparecida la puerta de la Sierra, se abrió al tráfico que recibía fuerte irrigación de toda la zona de poniente de la villa, y después, por el sur, al ensancharse la calle de la Lealtad. Sucedió asimismo el hecho de que pasando los años, el que fue palacio episcopal se convirtió en Oficina de Correos, hasta que estos servicios pasaron al edificio construido "ad hoc" en la Avenida de Alfonso XIII. Hubo un interregno durante el que el servicio se acogió a unas dependencias de la Acera que llevó su nombre.

Tenía la plazuela una fuente de buena agua, que nunca llegó a ser ornamental, sino más bien humilde "caño" de tipo rural. Y debido a haber nacido en una de sus casas Antonio de la Dehesa (apellido que allí registran los padrones de estados desde 1772) hubo el propósito de erigir en el

centro una estatua al autor de la traída de aguas. Así consta en acta del año 1915.

A pesar de ser rincón muy transitado, nada contribuyó a desposeerle de su aire recogido, donde se insistía en permanecer un cierto “espíritu galdosiano” de mediocre vida provinciana. La subsistencia de los tabucos dedicados a prenderías le daba acusado carácter, especialmente en el rincón de Puerta la Sierra (véase Puerta la Sierra), donde colgaban en las fachadas sus muestras algunas ropavejerías y los modestos propietarios de una de ellas llegó a emparentar con una familia real por casamiento morganático.

El alcalde Castillo intentó aflojar el dogal de la Plazuela y mandó demoler la casa de “Mangao” con la intención de abrir su espacio hacia la Plaza de la Esperanza. Detuvo la acción de la piqueta la casa donde ahora está el bar “Capitol”, obstáculo indudable a un trazado racional, y por ello permanece como gola de la calle del Cubo.

Aproximadamente hacia el año 1931 fue demolida la casona del expalacio episcopal y se construyó el cine “Coliseum” inaugurado en 1933, innovación que confirió mayor prestancia urbana al lugar. Todo, menos el cine fue destruido por el incendio y sólo paredones calcinados aparecían en la mañana del 17 de febrero. Los urbanistas partieron con sus cartabones desde el cine para alinear una calle hasta la de San José, pasando en su primer tramo por sobre lo que fue calle de los Remedios y ahora el total se llama “Rúa la Sal”. Quien no llegó a conocer lo que aquello fue, sólo podrá hacerse una idea abarcando las líneas de la actual Plazuela cuyas dimensiones se han conservado con bastante aproximación.

Sin necesidad de un gran esfuerzo de imaginación, quien contemple el grabado de Braun puede “ver” subir por la actual Avenida de Calvo Sotelo (entonces la Ribera) las embarcaciones del tráfico de bahía y de pequeño cabotaje en demanda de los atracaderos en el muelle casi junto a las casas de su Norte. Allí está la dársena pequeña, circundada por escolleras hasta muy cerca del puente. El camino carreteril viene desde la Plaza Vieja y es una rampa arada constantemente por carros y narrias arrastrados por bueyes. Lo que ahí “vemos” es “el celebrado puerto de esta costa”, y sobran testigos de antigüedad con que manifestarlo, según argüía el pleitista en un viejo papel. Las aguas continuaban subiendo empujadas por la marea por el cauce del arroyo de Atarazanas, por debajo del puente primero y atravesando después la puerta del mismo nombre.

Más tarde se rellenó el arroyo y la dársena pequeña hasta la plaza de Atarazanas y los terrenos más al este (hasta aproximadamente la altura del actual Banco Hispano-Americano). Un nuevo zarpazo y le correspondió desaparecer, colmada de cascotes y tierras, a esa dársena no sin que se enzarzasen polémicas y discusiones y disgustos, pues había muchos partidarios de mantener el sistema de “dársenas dentro de la población misma”, a ejemplo, apuntaban, “de los puertos del norte de Europa”; pero implacablemente, para 1861 la Ribera perdió la razón física de su nombre, pues el mar se alejó de ella, empujado por el ansia santanderina de crear nuevas horizontalidades que aliviasen su constante subir y bajar cuestas; y todo a costa del mar.

Mas la Ribera no claudicó en lo de mantener su fisonomía antigua, impropia de la ciudad pujante. La línea de la calle era un telón corrido de casas de un hueco, dos o tres

a lo sumo con toscos balcones de madera tal como lo describía un periódico en 1839: “Lo que más llama la atención son los infinitos balcones de madera que por todas partes y especialmente en la calle de la Ribera ocultan las casas, que parecen un grupo de grandes jaulas no sabiéndose si los balcones se han hecho para las casas o las casas para los balcones, porque tantos y tan volados son. Es verdad que nuestros antecesores en el ramo de echar voladuras y aprovechar aire y madera desplegaron una destreza suma...”. Esta es una visión en síntesis de lo que era aquella aglomeración de casas de piedra hasta el primer piso; de dos, tres o cuatro plantas a lo sumo, resistentes a la inexorable ley de la caducidad, deprimente su aspecto y que sólo un anacronismo pintoresco las salvaba de fulminantes operaciones de cirugía estética urbana.

Tenemos, para 1861, una vía edificada a una sola mano, la del Norte, con fachadas también a la “Blanca”. Comenzaba en el puente y terminaba en la Aduana. Veintiséis casas contó el canónigo Zuyer en su visita del año 1669, habitadas en buen número por gentes con ejecutoria hidalga, y con altos cargos de las Rentas públicas. Los padrones de estados registraban alrededor del medio centenar de vecinos. Durante mucho tiempo permaneció la calle en inmovilismo demográfico y nada digamos del arquitectónico.

Como muestra de la vitola de la Ribera, subsistía el ejemplo de la llamada “casa de los pájaros” que eran dos, en realidad, incrustadas la una en la otra. En el piso más alto, se abría la clásica solana y todo hacía pensar que había estado coronada y resguardada por uno de aquellos tejados de feroz y aparatoso vuelo “como monteras típicas del país” según alguno lo definió. La “casa de los pájaros” iba a ser demolida a principios del año 1941 para construir en su solar, pero el incendio resolvió el trámite en menos

de una hora. Era, realmente, el vestigio más antiguo de viviendas civiles en la ciudad.

Mediado el siglo XVI se llamaba ya “la Ribera” y con tal nombre subsistió hasta cambiar por el de “Juan José Ruano de la Sota” al fallecimiento del destacado político; pero las gentes continuaron nombrándola con el inmemorial. También, en 1927, se trató en el Municipio de darle a esta calle el título de “Marqués de Estella”, o en su defecto, a los de la Blanca o de Atarazanas. Preponderó el criterio de no hacer innovaciones cuando se trataba de títulos bien arraigados en la historia local.

Por papeles del último tercio del siglo XIX aprendemos que había establecimientos como la sastrería militar de Mateos, la librería Universal, sucursal de la de Madrid, la papelería y objetos de escritorio de otra que tenía su central en la calle del Arenal, también de la villa y Corte; la librería Religiosa en la tienda de Gurtubay; el negocio de consignaciones en tránsito y de comisiones de Soroa y Bohigas; la papelería y escritorio de la viuda de Soriano; la hojalatería de José Garaboya; la relojería de Ventura García de la Revilla, establecida en 1843, y que era el único representante de Sewill, de Liverpool y Londres; la Villa de Madrid; “La Provinciana”, “quizá la más antigua en su clase, por lo que no necesita de pomposos títulos para recomendarse”, según se anunciaba; la peluquería de Cruz, la Casa de Posada, la Agencia Especial Minera donde se hacían transacciones de pertenencias cuando toda la provincia hervía con la fiebre de los yacimientos mineros, que en la mayoría de los casos iban a parar a manos extranjeras... En fin, a la Ribera se asomaban los comercios de la calle de la Blanca, y sucedía que muchas de sus casas tenían el portal por ésta...

Había sido duramente castigada por el fuego en varias

ocasiones; la principal, el año 1866, en que ardió una casa en cuyos bajos estaba el almacén de vinos de Oyarbide. Nueve años más tarde fue destruida otra vieja casuca, y en 1877, en la noche del 10 al 11 de noviembre, un incontenible incendio redujo a cenizas tres o cuatro edificios propiedad de la condesa de Villanueva de la Barca, de Julián de Assas y de Antonio Cabrero. Fueron horas dramáticas para los vecinos que tuvieron que huir muchos por los aleros de las fincas contiguas; intervinieron en los trabajos de salvamento la dotación del trasatlántico "Santander" y el personal del ferrocarril del Norte, la guardia civil, los carabineros, el pueblo mismo, en ayuda de los bomberos... Desde la Avenida de la Estación y la Dársena, medio pueblo siguió con angustia las fases del dramático suceso.

Fue una época de permanente alarma para el vecindario, por la frecuencia de los incendios y la facilidad con que desaparecían casas enteras casi en un abrir y cerrar de ojos. Aquel mismo año se produjeron tres siniestros igualmente espectaculares. Y a raíz de ello, Sautuola propuso la creación de una Asociación de Vecinos para ayudar en los trabajos de salvamento y extinción y este fue el origen del Cuerpo de bomberos voluntarios que habría de tener plena realidad como consecuencia de la catástrofe del "Cabo Machichaco", que también determinó la destrucción de una casa en la Ribera.

Una vía tan cargada de tradición náutica y mercantil, era lógico que en ella se asentasen las corredurías de comercio y navegación, y en la Ribera había escritorios clásicos y almacenes de pertrechos navales, lo que daba al lugar una fisonomía muy apropiada. Uno de los últimos comercios de este género, fue el de Vicente Lamera, instalado entre el Café Royalty y la Papelería e imprenta de la viuda de Villa. Bien entrado nuestro siglo, la Ribera era una gran

galería de cristales; muchas casucas viejas habían sido sustituidas con la traza peculiar de las ciudades marítimas, que los arquitectos resolvieron con baterías de miradores. Fue cuando el tranvía de mulas sustituyó al eléctrico y los más castizos cocheros de la Dársena se transformaron en “chauffeurs” y desertaban del pescante para conducir los primeros “De Dion Bouton” o “Panhard Levasseur” de los señores del Muelle. Esto daba nueva calidad humana a la Ribera fijada en la crónica más entrañablemente local por hombres como Pedro Santiuste y Angel Basabe, los dos de personalidad enteriza. El segundo se había retirado del negocio al austero cenobio de su mansarda en la que había una barandilla de la que colgaba todo los años, en fechas memorables, dos banderas: la nacional como homenaje a la gloria de Velarde, o una negra recordatoria de la catástrofe del “Machichaco”.

Pedro Santiuste, desde su oficina (unas ventanas bajas, de medio punto, sobre el bazar de Cacho), llevaba la rectoría de la afición como gerente de la Taurina Montañesa. En el pequeño portal de acceso a sus dominios, se había hecho una sorprendente segunda naturaleza, adquiriendo la garbosa y señorial prestancia de viejo ganadero, encuadrado el rostro de rasgos enérgicos con mucha patilla, bajo el sombrero andaluz campero y la pañosa que tan airosamente cubría su bien plantada figura. Era el notario más puntual de cuanto sucedía en la Plaza de Velarde, especialmente al llegar la época de ferias, cuando se alborotaba con la oratoria de León Salvador...

Julián Gutiérrez había animado la Ribera estableciendo un Hotel, y su café junto a la antigua Aduana. “Julián Royalty”, según felizmente le apellidó “Pick” en un “Aire de la calle”, y en ello iba envuelto el mejor elogio, subrayado por todo el pueblo, hacia quien de su negocio hizo

una institución local, abrió su café el año 1912 y en 1925 el hotel, previa total reforma del edificio.

Con los hombres que dieron prestigio y palpitante calidad humana a la Ribera, podría escribirse un apasionante ensayo de cuadros de costumbres. En los últimos tiempos se entremezclaban nombres, sustituyéndose en la regencia bien tenida del carácter de la calle. La enumeración de los comerciantes instalados en aquella acera soleada y bullidora, evoca la postrera etapa de la Ribera: el establecimiento de Bolívar, donde gozó de fama "El manco", al que había sucedido la viuda de Ceballos; la confitería de Santiago; la sastrería y camisería de Benito; la ferretería de Fermín Sánchez, que sabía conjugar el libro de caja con la pluma de fidelísimo cronista deportivo; las papelerías de Fons y de la Viuda de Villa; la armería de Iruleta; relojería de Trallero; la confitería "Violeta", de Gerardo Varona; la sastrería de Apezarena; el bazar de Peña; la Librería Religiosa, de los hermanos Hernández; un local de limpiabotas y enseguida la cervecería "La Mundial" de Digón, llena a todas horas como lugar de recalada que era de los buenos bebedores de cerveza, diurnos y nocturnos; el Bar Piquio, de Paulino Platon, que tenía una clientela compuesta en su mayor parte por los jóvenes médicos, profesores o internos, de Valdecilla, y en cuyos divanes pontificaba Víctor de la Serna al frente de la tertulia "La pájara pinta", en sus tiempos de director de "El Faro"... En fin, cuantos daban densidad a la existencia provinciana de "los felices años veinte", que fue cuando más brillante lució una antorcha transmitida por las generaciones santanderinas.

Para la media noche del 15 de febrero de 1941, la Ribera había desaparecido. Cada cinco minutos ardía una casa. Muy pocas horas después, todo estaba convertido en

un revoltijo de vigas ardiendo entre los escombros... Era un espectáculo acongojante.

## RINCON

En tiempos medievales fue borde del arroyo de Atarazanas al pie del cerro de San Pedro y al oeste del Puente; pertenecía, por tanto, mucho antes de ser propiamente una calle, a la Puebla vieja.

Le cruzaba un camino de carretería practicado a media ladera de la loma que, procedente de la calle Alta se metía por la Puerta de la Reina hacia el muelle de las Naos. Probablemente ese camino atravesaba uno de los ojos del muy antiguo puente, en su estribo del sur, es decir, bajo los muros de la catedral. Circulaba por detrás de las atarazanas cuando éstas funcionaron y a partir del siglo XVIII quedó perfilada la calle al construir Juan de Isla el almacén grande sobre las ruinas del arsenal de pertrechos para los galeones.

Al construirse más modernamente las casas de la parte oeste del Puente, se hizo excavando a pico con el fin de que aquella calle se beneficiase de la rasante con la subida a la catedral, y el "Rincón" quedó en un plano inferior bien regularizado. En tiempos muy lejanos estuvo establecido allí el primer matadero público, y de ahí el nombre de "las Atanerias" en el siglo XVIII. Al abrirse los cimientos de las nuevas casas para la reforma por los planes de la Reconstrucción, surgieron del suelo de la que fue calle del Rincón (fango y basa, prueba del origen marítimo del lugar) millares de cuernas de bovino y caprino. Se comunicaba con el "Puente" por la calle del Infierno y con la Rúa Menor por el caminejo de La Escalinata.

Al poblarse la cuesta de Gibaja y la Rúa Menor, quedó

delineada la calle del Rincón que aparece citada por primera vez en el plano de Chávarri.

Comenzaba desde el muro de acceso a la cuesta de Gibaja y haciendo ángulo llegaba hasta la pescadería y la calle del "Infierno", para volver hacia Atarazanas. Había allí almacenes de vinos, depósitos de toda clase de mercancías de los comercios de Atarazanas, cafetines y alguna mueblería. Idealmente puede hoy pensarse, para reconstituirla, en una línea paralela a la calle "Emilio Pino" aunque más al norte.

## RUA MAYOR

No podría comprenderse lo que Santander fue en lo antiguo sin conocer la Rúa Mayor, de la que sólo quedan hoy unas cuantas casas, de alzado finiscular, salvadas del incendio y con una fisonomía totalmente alterada. La villa comenzó a hacerse al flanco del cerro de San Pedro de donde, en un principio tomó el nombre la calle principal, la más principal de todas las que se ahogaban dentro del cinturón murado; arteria vital de la Puebla Vieja, residencia de dignidades eclesiásticas y de familias con muchos pergaminos y ejecutorias que se disputaban la hegemonía en la rectoría del corto vecindario. Rúa donde vivían también los jefes de Milicia y capitanes de la Armada. Calle, en fin, de los primeros y más antiguos linajes.

En ella entraba el sol tímidamente y sólo al atardecer, pintando de amarillo los sillarejos de la torrona catedralicia y de la capilla del Espíritu Santo. A un lado y a otro casonas rezumando verdines de bronce; portones en ojiva, con aldabones de hierro labrado; casas de descomunales aleros que casi se abrazaban en lo alto, dejando sólo una ranura

de luz para no sumir enteramente en tinieblas la calle empedrada de cudones. Desde fuera del recinto murado se entraba en la Rúa Mayor por la puerta de San Pedro; puerta franqueada por la traición de tres hidalgos cuando el intento de apoderamiento de la villa para el señorío santillanense. Todo ello no es hoy más que un recuerdo en sí mismo. Los bachilleres de las nuevas promociones no la conocieron, y no tendrán de las Rúas medievales más imágenes que las literarias, porque hasta el arte ha sido muy cicatero en la preservación de su recuerdo plástico. Conservó hasta el final de sus horas un silencio que impresionaba, como si el paso de la historia hiciera a todos andar de puntillas para no despertar fantásticos ecos que permanecían agazapados en sus rincones y penumbras. Ya no era más que una muy lejana imagen de lo que había sido; pero estaban allí unas casonas para testificar su pasado.

Cuando la villa se convirtió en ciudad, se llamaba también Calle Alta, si bien en los documentos oficiales no existe la dualidad más que en menos de un decenio. En los padrones de estados vemos la calidad de sus cuarenta y cinco vecinos: condes como el de Villafuerte; capitanes de Milicias como Juan Manuel Fernández Velarde, uno de los personajes de la guerra de la Independencia; otro capitán, Díaz de Cossio; un comendador, Pedro Fermín Valdivielso; canónigos, prebendados... En una sola acera, de dieciocho vecinos, diez eran hidalgos.

Como introducción ambiental desde la escalinata de la torre de la catedral (que en principio no era tal escalera, sino rampa de cudones), el carácter romántico del rincón que aún se conserva con la entrada al claustro y la hornacina hoy con una imagen de San Pedro. Es lo más evocador de los tiempos medievales.

Todo se concertaba en la Rúa para el misterio y el pro-

pio vecindario era un vecindario tranquilo, que andaba como en puntillas para no turbar el silencio de siglos. Una Rúa en la que resonaban como en parte alguna, los bronces de la iglesia mayor y sobre todo el campanón de los Mártires; aquellas campanas que en la noche de imposible olvido, arrancó el huracán un acorde hondo y postrero y cayeron fundidas entre las llamas, con clamor de espanto.

Todavía allí, a mano derecha, un viejo orfebre italiano perpetuaba la noble artesanía antañona, de cuando el oro y la plata eran cincelados a la mayor gloria del Señor. Después, el vecindario era todo de empleados y artesanos, de canónigos y jubilados. De una bodega salían a la calle las notas de un piano porque allí había un artista afinador, ciego, de tacto maravilloso y de oído sutilísimo. De otra, la vaharada caliente de un taller de plancha, con muchachas de mejillas encendidas, inclinadas sobre la alegría de los lienzos inmaculados. Había un rumor de máquinas de coser, de hábiles bordadoras que tarareaban una cancioncilla a media voz, como era todo en la Rúa Mayor. Y según se iba avanzando y torciendo hacia la Cuesta del Hospital, iba gradualmente cambiando el carácter; ahora era algún cafe-tucho con sólo dos mesas de mármol y un tasquero que fumaba en silencio su tagarnina mientras los parroquianos hablaban de gallos de pelea; el taller de un ebanista que robaba reflejos suaves a la tarde para regalárselos al barniz de un armario de caoba...

Cuando se construyó el palacio episcopal en 1903, la capilla del Espíritu Santo, paredaña del claustro de la colegial, quedó inserta en el nuevo edificio petulantemente concebido al estilo ojival, y dividida en dos plantas. Se respetaron las arquerías, las ménsulas, todo sencillo trabajo de los maestros canteros del siglo XIV. Las ménsulas de las nervaduras eran representaciones de tipos específicos del

siglo: el rey, la reina, el navegante, el mercader, el usurero, el cambista... Y allí, al pie de una panda, el enterramiento de Gutierre de Escalante.

La Rúa había sufrido, en su historia, bárbaras mutilaciones: una, consecuencia de un espectacular incendio que en el año 1304 arrasó no pocas edificaciones santanderienses, y la otra cuando, vencidas las huestes del Santillana, fueron demolidos y asolados los solares de los Fernández de Alvarado, los Gutiérrez de Alvear y los Gonzalo de Solórzano, hidalgos traidores.

La más vieja casona superviviente en 1941 era la llamada "del Navío" por su extraña disposición interna, asentada, agarrada más bien como una lapa a la escarpadura del sur de la calle, sobre la que conocimos calle de Cádiz, allí donde los cimientos eran lamidos por las aguas de la bahía. En la otra banda, había una casona de arquitectura neorrenacentista, que habitó don Sinforoso Quintanilla, el "Fabio López" de "Nubes de estío", donde la trinca del novelista de Polanco celebraba sus tenidas y que era conocida por "Las Catacumbas". Aunque la casona no hubiera tenido historia grande, se la otorgó aquel cenáculo que gustó de las primicias de no pocas páginas de Pereda y de Menéndez Pelayo, que había nacido muy cerca de allí, en la acera de enfrente según algún erudito...

En el silencio de la Rúa Mayor flotaban todavía leyendas que los muchachos de principios de este siglo comentaban en voz baja, como una que atribuía a la "casa del Navío" quién sabe qué siniestros corredores, qué espeluncas de la Inquisición con sus cepos y potros, sus ruedas y sus tornos y sus grillos colgados de paredes rezumantes de salitre. En los últimos años, un buen artesano construía allí muebles tenidos en gran estimación por los entendidos.

Se ennoblecía la Rúa, como va dicho, con la presencia

del obispo. Su coche de mulas era un elemento decorativo que le prestaba estilo finisecular. En la caja morada, la figura del doctor Sánchez de Castro transcendía veneración y respeto.

El silencio, la luz amortiguada, el recato, su propio empedrado y sus aceras con altibajos y resquebrajaduras, todo lo que allí se veía y se respiraba, estaba tocado de ese noble empaque de que rodean los siglos el muro blasonado y el aldabón vetusto de una arcaica portalada, o la reja enmohecida por la herrumbre de infinitos inviernos, o el toско alero con una guirnalda primaveral de nidos de golondrinas, para las que toda la calle era, a lo largo y a lo alto, estadio para sus vuelos de flecha.

## RUA MENOR

La Rúa Menor era vecina poco recomendable para la noble Rúa Mayor. Si por el día era de un pintoresquismo alborotado por las noches se encendía en gritos, en canciones irrepetibles, en parrandas empapadas de vino. Fue una especie de cáncer inurbano que se le enquistó a la Rúa Mayor, a su flanco, y paralela a ella, en un plano más bajo. No se la conoció como verdadera calle hasta el año 1795, que es cuando aparece por vez primera en un reparto de alcaldías de barrio. Por eso no la ennoblecieron casonas ni había en toda ella un escudo que acreditase antigüedad ni menos historias porque fue la suya una historia triste y lamentable, la de su existencia. Corría también de levante a poniente, serpeando al ritmo de su topografía para acabar en la cuesta del Hospital.

A su paso, algunas transversales, callejones tétricos más bien, o más peor, la comunicaban con la Rúa Mayor.

No pudo redimirse nunca, y el fuego se ensañó en ella hasta destruirla hasta la raíz. Sólo un par de casas quedaron al final, que son las que hoy retienen su nombre.

## SAN FRANCISCO

Así se denominaba en el siglo XVI esta calle, bautizada por el vecino monasterio del que estaba separada por la muralla, en la que había una puerta para comunicar la rúa con la Mies del Valle, o Becedo, lugar agreste que en un momento histórico quisieron nombrarle "Paseo de las Delicias", y ello parece decir larga y documentalmente de su belleza. San Francisco alcanzó importancia cuando por la Mies del Valle comenzó a perfilarse un camino para la entrada de la carretería en la villa, pues hasta entonces sólo se usaban las Calzadas Altas. Por San Francisco se canalizó el tráfico rodado hacia la puerta del Cay, por la rúa de don Gutierre, o al muelle de las Naos por el puente y Somorrostro. Valga esta síntesis para fijar lo que San Francisco representaba en lo más antiguo conocido de la villa. Residencia de gente encopetada, hubo época en que de sus 57 vecinos, 35 eran hidalgos.

Interesa señalar que esta calle tenía la forma arqueada de una ballesta. Hoy nada hace pensar en lo que fue. Hoy es una perspectiva recta, que ha usurpado a la "desaparecida" calle de la Blanca, el derecho a la supervivencia, su simpatía, su distinción.

La puerta de San Francisco fue bautizada "Puerta del Rey" o de "San Fernando" en homenaje a Fernando VI, creador de la ciudad; se abría a través de la muralla de gran espesor, demolida en 1814 y el arco subsistente en 1821. Su calzada era carreteril hasta el año 1864 en



San Francisco, desde la Plaza Vieja.



que fue convertida en “salón” para el disfrute exclusivo de los peatones que habían de tomar precauciones para no ser arrollados al pasar por las transversales de “Puerta la Sierra” y “Lealtad”. La transformación urbanística fue impuesta por el denso comercio establecido allí, con unas exigencias urgentes en cuanto a la renovación de los destartados edificios de muy volados aleros. Se recuerda que, cuando el incendio, todavía se alzaban unas casucas bajas junto a una muy moderna donde estaba la joyería de Presmanes; eran contemporáneas de la de “los pájaros” de la Ribera.

Hace un siglo y según vieja relación del tiempo, el comercio de San Francisco era heterogéneo, si bien se apuntaba ya el paso a su inmediata transformación. En su censo mercantil se insertan algunos nombres que hoy perduran o que perduraron hasta el momento del incendio. Así, vemos que Miguel Ruano tenía allí su oficina de negocios; Mariano Garcés y Tomás Iturriaga vendían y alquilaban pianos; había comercios de alfombras y tejidos como los de Estanislao Barba, Manuel Fernández, González e Iglesias, Marcelo Aguirre, Enciso Solana, Donato Aguirre, José Martínez Zorrilla, Modesto Santelices y Andrés Torre; una camisería de postín, la de Enrique Arregui; estaban las joyerías —únicas en la ciudad— de Nicolás Campuzano, José Castillo, Valentín Gutiérrez Guerra, Francisco Revilla, viuda de Trabanco. Luciano Gutiérrez recibía todos los días, en su librería, la visita de Pereda y su trinca, de vuelta del paseo mañanero por la Alameda primera; había quincallerías como las de Manuel Gutiérrez Zorrilla, Quterio Mendiola, Teodoro Ubierna y Ubierna y Fernández; tiendas de géneros finos como la de César Alvarez y Eustasio Sierra; las sombrererías de Tomasa Colombier y María Saura; fábricas de paraguas de Jean Capitaine, José del Castillo y

Matías Ruiz; la confitería de Juan Azcué; la cordelería de Abelardo Molina; la guarnicionería de Alejandro Triguero; la zapatería de Nicolás Ezcurra, las barberías de Julián López y Francisco Gutiérrez.

Algunos artesanos distinguidos se establecieron en esa rúa, como Agustín Presmanes, buen carpintero y los ebanistas Ramón F. Escandón e Indalecio Río; el esmaltador Tiburcio Fernández; el fotógrafo Francisco González. Y funcionaban las imprentas de José María Martínez, el patriarca de los impresores santanderinos, editor del "Boletín de Comercio". En fin, también "La Voz Montañesa" de Coll y Puig se avecindaba en esta calle; y había seis casas de huéspedes, de Antonio Fargas, Pedro Fresno, Francisco Martínez, Teresa Portilla, Antonio San Emeterio y Mariano Valderraneo...

Se apreciará por esta extensa relación, que la calle de San Francisco tenía una actividad que la convertía en arteria vital y principal de la ciudad.

Data, por tanto, de un siglo el instante en que "San Francisco" se convirtió en "paseo de invierno" transitado a todas horas del día hasta la de acostarse el vecindario, que arrastraba por el enlosado sus ratos de ocio y es entonces cuando la literatura se apoderó de ella para dedicarla descripciones como las de Amós de Escalante, de Pereda y de Enrique Menéndez, y las de todos los cronistas y escritores foráneos visitantes de la ciudad. Y es que la rúa tenía un fuerte aliento humano, latido hondo, fisonomía que llegaron a comparar sus exegetas con las de la Montera, de Madrid, del Corso zaragozano, la risueña de la Sierpe sevillana, o la de Acevedo de la Coruña. Pereda situó en ella como figura central, a la costurera; para Enrique Menéndez, era algo así como la inmensa "acera" de Valladolid, el Bombé de Oviedo o la Carrera madrileña... En "Bio-

grafía de una ciudad” se hace la siguiente descripción de la entrañable “calle del Quico” como con perdonable exceso confianzado la llamaban: “Su carácter no había variado. Cumplió, hasta su desaparición, una misión social porque siempre tuvo el ambiente de una sala de recepciones donde todos los santanderinos se conocían, saludaban y trataban”. “Cuando la total democratización de la sociedad suprimió la triple división que se hacía en el Muelle —tres paseos paralelos; la acera principal feudo de gentes de corbata y sombrero; la calzada destinada a la juventud, especialmente horteras y modistillas, y el andén de los jardines, refugio de menestrales y obreros que se llegaban hasta el temple de la música las noches de verano; cuando Santander perdía el espíritu provinciano, se produjo la dispersión y éste era el síntoma más claro de que se estaba verificando algo irremediable: a la calle de San Francisco le habían nacido rivales poderosas. Sin embargo, resistió a la total conquista del progreso. No importaba que apareciesen lujosas sobrefachadas, que cada comerciante rivalizase en rasgar sus escaparates hasta convertirlos en vitrinas esplendentes, porque la rúa siguió siendo lo más palpitante del pueblo. Desde la esquina de “El Aguila” hasta la Plaza Vieja, cualquiera podía tener la seguridad de encontrarse a sí mismo, porque aquellos escaparates devolvían la imagen grabada allá, al fondo, en el lento revelado de los años. Desde los candilones de aceite y las lámparas de azófar con velas lloronas pasando por la romántica luz de gas y los industriales quinqués de petróleo, hasta los modernos focos eléctricos (no llegó, porque no le dio tiempo a la calle, el triunfo de la fluorescencia), todas las generaciones pejinas pasaron por allí, pasearon la calle acompañados por aquel ruido peculiar, ritmo de mazurca del roce de los pies pulidores del enlosado... Nadie puede decir que no sintió allí

las primeras palpitaciones del corazón abierto a las ternezas sentimentales; nadie como en los tiempos en que las muchachas flotaban en el miriñaque, dejó de creerse un poco Tenorio mirándose con autoelogios narcisistas en las lunas de "Mafor", de Ribalaygua o de Nocito. Será imposible olvidar aquellos comercios que se iban quedando rezagados en el tiempo para dar fe del casticismo de la maravillosa rúa de San Francisco. La confitería de Ramos, o la zapatería de Bedia; el estanco, la papelería de Fuertes en la que se vendían unas encantadoramente cursis tarjetas escarchadas; las vitrinas de Aniceto, el fotógrafo, con las postales de los quintos fumando el puro de madera, en el portal de "La Atalaya"; la farmacia de Matorras con sus tarros de botica clásica, o la tienda de "El Toisón". Todas en contraste con los comercios de sederías y novedades a las que tenían que acudir forzosamente las elegantes porque en ningún otro sitio de la ciudad podían adquirirse el buen impermeable inglés importado, la pipa o la vajilla de Sévres, los géneros más finos predilectos de la moda; las joyas refulgentes en las vitrinas de Castillo, de Presmanes, de Gacituaga, la bisutería de Losada y ¡tantas más! Porque se van borrando de los registros de la memoria nombres y tiendas que evolucionaron al compás de los tiempos, y ya últimamente todo eran "Paraísos" y "Palacios" de las Medias, pasando por la ráfaga del "Todo a 0,95" causante de la movilidad de la perrachica. Porque la modista perediana y la cigarrera de Menéndez vestían y calzaban igual y con el mismo gusto innato que la más elegante señorita del Muelle... Cuando las vendedoras de periódicos dejaron de ser, en la esquina de la Plaza Vieja, una especie de inspectores del censo santanderino, aquello ya no tenía remedio. Y así el fuego se vengó de manera despiadada contra la pérdida del pintoresquismo de la suspirada calle de San



San Francisco, principios del siglo XX.



Francisco, bien llamada por algunos “la calle de los suspiros”.

## SAN JOSE

En el embrión de ciudad que Santander era todavía en 1835, es decir, al tiempo de “nacer” “Sotileza”, la calle “San José” comenzaba a perfilarse arrancando de la plazoleta de la Puntida entre “Arrabal” y “Arcillero” hacia el noroeste y pugnaba por ser una rúa de verdad. Era entonces poco más que un sendero jalonado por tendejones y alguna casita de tipo rural por lo que había sido la Traslacava, o sea, una especie de camino de ronda pegado a la muralla desde la “Puntida” hasta la “Puerta de Santa Clara” o “Subida a San Sebastián”. Al ir tomando categoría, se incluyó en el nomenclátor oficial, ya dedicada a “San José” en 1832.

No se diferenciaba mucho de su actual trazado, si bien entonces, en su segundo tramo hacia “Santa Clara” tenía la forma de un “boomerang”. Para 1941, en el instante del incendio, la casa de Acha sobresalía de la alineación que la calle desarrollaba desde el Muelle; esa casa tenía su fachada principal a la Puntida, aproximadamente donde hoy verdea el jardín dedicado al Padre Rábago ante la residencia de los jesuitas, y angostaba de tal manera la vía urbana que difícilmente dejaba el paso a dos vehículos; luego se iba ensanchando a medida que trepaba por la ladera hasta encontrarse con la calle “Sevilla” y desde donde se lanzaba en línea recta y suave pendiente, hacia el Instituto.

Estaba construyéndose, cuando se confirmó el nombre de San José, el Teatro Principal.

Desde la citada casa de Acha se iniciaba un largo galpón en el que durante muchos años movió sus transmisiones una refinería de azúcar y por detrás y por encima del tejado, se alzaban los árboles de la finca de la Compañía de Jesús. En esa tejavana se instaló el año 1914 “El Pueblo Cantabro”, convertido en 1927 en “La Voz de Cantabria” por su fusión con “La Atalaya”. Junto a esa tejavana, en la parte septentrional, había una casa de armoniosa apariencia, que más parecía villa de recreo, a no denunciar su servidumbre industrial un almacén de vinos, el de Aizcorbe, propietario de la finca. Las noches de verano, Aizcorbe, muy apersonado y en el que nada delataba a un almacenista de vinos, por su aire y pulcritud, abría los balcones, y dentro, en una salita bien iluminada y decorada con los caprichos modernistas de la época, Aizcorbe, envuelto en elegante batín de seda, accionaba una pianola “Aeolian” con el mismo empaque y suspensión del ánimo que lo haría el propio Rubinstein ante un Pleyel.

Entonces estaba de moda el cuplé, y la pianola devanaba sus rollos punteados con las músicas ligeras de más éxito en su tiempo; por ejemplo, la del “Manolo, Manolo, qué has hecho de mis quereres...”, que en la pianola adquiriría una petulante fascinación de aria de ópera; o el popularísimo “Ramón del alma mía, del alma mía Ramón, si te hubieras casado cuando te lo dije yo!”. La sencilla vecindad agradecía a Aizcorbe aquellos conciertos que llenaban hasta de romanticismo las noches apacibles de la calle “San José”.

Atravesada la calle “Sevilla”, cambiaba la decoración; comenzaba a alinearse una batería de casitas para obreros, de modesta apariencia pero bien entonado conjunto, con antepechos coloreados por los geranios y cuyas fachadas estaban graciosamente encaladas con colores alegres, desde el

gris perla al azul pálido, pasando por el rosa. En la esquina a "Sevilla", estaba "El Brasil", y un poco más allá, el taller de encuadernación de Daniel González, con un pergeño que pedía el ros de general cristino para justificar su barbita militar y los grandes mostachos. Era, la suya, una menestralía denunciada por la blusa larga, abotonada en los hombros y la gorra de visera. Era un artista de cuyas manos salieron millares de libros primorosamente vestidos con arreglo a las normas del arte.

Se llegaba luego a la chocolatería de Tanda; cuando todavía no les llegó el momento de industrializarse por el maquinismo, los dos Tandas, padre e hijo, se arrodillaban ante la tabla donde el rodillo molía el cacao, que luego pasaba a las bateas con sus celdillas de colmena. Las molindas de Tanda tenían fama bien justificada. Al echar a andar el molino y los bateadores movidos por la electricidad, parecía como que a la calle "San José" le faltara algo muy consustancial con su antiguo tipismo.

Y enseguida, el callejón de comunicación con "Sánchez Silva", y ya a continuación, había casas modernas, altas, en cuyos bajos se desenvolvían pequeñas industrias caseras. Al final, un edificio que hubiera hecho excelente papel por su nobleza arquitectónica en el mismísimo Muelle. Había en sus bajos una escuela que los domingos se transformaba en catequesis para los niños del barrio. (Se está hablando de un aspecto centrado en los años de la postguerra del 14).

Al quedar destruido por un incendio el Teatro Principal, el año 1915, José Calderón García lo reconstruyó para sede del Ateneo y de la Cámara de Comercio; en sus bajos las oficinas de sus almacenes de coloniales que se unían a la fábrica de licores de la casa contigua. Luego, el Círculo Católico de Obreros en el que funcionaban las Escuelas atendidas por los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Al fondo

de este edificio, y por un pasadizo cubierto, se entraba en un teatrillo de graciosa traza; en su escena se dieron muchas representaciones por aficionados del Cuadro artístico del propio Círculo Católico —surgen los apellidos Rubio, Arango, Balbino Rodríguez, los hermanos Lavín, Camus y tantos otros— y después fue convertido en Cinematógrafo regido por Lacalle. Un Cinema que tuvo su época de esplendor por sus días especiales dedicados a la juventud femenina.

Seguían, en la misma acera, otras dos casas, la más septentrional haciendo esquina hasta Carbajal; en la planta baja, la ebanistería de Rovira se convirtió en taller de artesanía, regido por Novo.

Más allá, al otro lado de Carvajal, la acera iniciaba el descenso, en un nivel más bajo que la frontera, de suerte que la calzada aparecía como una tabla alabeada. Una tienda de ultramarinos, algún almacén, el comercio de Rebanal a cuyo fondo, en el patio, funcionaba un taller de ebanistería y un circo de gallos de gran fama. Y ya algún otro pequeño comercio hasta llegar a la esquina con “Santa Clara” donde estuvo muchos años la tienda de Eloy Bezanilla.

Sólo ensombreció la tranquila historia de la calle “San José” un suceso terrible que conmovió al vecindario: una noche, un vecino de la casa contigua al callejón fue acometido por un ataque de locura; el sereno del barrio se prestó a subirle a su casa y reducirle amistosamente, y esto fue su perdición, pues el enajenado le acometió violentamente con un hacha. La tragedia causó espanto en toda la ciudad.

No se llamó, como lo es en la actualidad, calle “San José” a todo el recorrido desde el Muelle a Santa Clara. Desde 1868, se denominaba “de los Mártires” el tramo comprendido entre el Paseo Pereda y Hernán Cortés, y “Plaza

de la Puntida” el breve rincón ante la entrada a la residencia de los jesuitas. Con el nombre de los patronos de la ciudad se conocía, anteriormente, la hoy calle “Lope de Vega”.

Al advenimiento de la República a “San José” le desahució “don Marcos Linazasoro, maestro laico”. Y, en 1937 desapareció la placa, rescatada por “San José”.

### SANCHEZ SILVA

Como expresión de gratitud al senador sevillano que en Madrid hizo ardorosa defensa de los intereses montañoses frente a los fueros vascongados que suponían dura y hasta ruinosa competencia para el puerto y la economía de la provincia, el Ayuntamiento acordó en 1876 dar su nombre a una calle todavía no urbanizada que era el tramo actual de “Guevara” entre “cuesta de la Atalaya” y la que fue “calle Torrelavega”, es decir, hasta la mitad, aproximadamente, del actual Grupo de Pero Niño. Algún autor local intentó rebajar méritos a Sánchez Silva, que así se apellidaba el senador, proclamando que “lo había hecho siguiendo dictados de la masonería”. El único título, se dijo entonces, que debía de haberse dado a esta calle, es la de “Alfonso XII”, “El Pacificador”.

La calle “Sánchez Silva” era, de siempre, como una continuidad de la primitiva “San José” en su bifurcación hacia el Noroeste al borde de la muralla antigua, esto es, el camino de ronda o Traslacava, que confluía en una plazoleta al Norte del Instituto. Cuando la muralla desapareció, fue haciéndose la calle, pero con mucha lentitud, y entonces se trazó la línea recta entre la que hemos conocido “calle Torrelavega” y “Padilla”. Hay textos propios, que algo acla-

ran: “Quedaba a la derecha mano de “Sánchez Silva” —hemos señalado— una calle breve, taponada a su final por la pared de una escuela de párvulos por cuyo patio tenía derecho de servidumbre la finca de Emilio, el barbero y sacamuelas de la Plaza Vieja. “La Barbera” se llamaba aquella casita rural, que tenía un emparrado, oasis verde entre el ladrillo y la piedra de las casas circundantes del norte de “San José” y la “Calle Sevilla”. Junto a la escuela se abría, al hilo de la fachada y del obrador de pastelería de Varona, la calle “Torrelavega”, en dirección norte; porque hacia el mediodía se metía por un callejón estrecho de menos de un metro, maloliente, mal enlosado, que comunicaba con la calle “San José”. Parecía un ataúd aquel callejón con un trozo de murallón negro rezumante de líquenes y babas cristalizadas de caracoles y “lumiacos”; y hasta para dar exacta impresión de caja de muerto, la necrografía de los gusanos cebándose en cadáveres de gatos, entre yerbajos horripilantes. Era una verdadera cicatriz supurante en la epidermis limpia de un barrio por demás risueño. En el rincón del muro, al fondo de la calle, las areneras rasaban con sus azadillos una vena de asperón que luego cargaban en borriquillos héticos, llenos de mataduras, comidos de las moscas y humillados a su propia pesadumbre, a las hambres y a los palos injustos; de espinazo doblado y pezuñas arqueadas; unos pobres asnos que hubieran despreciado los propios gitanos en sus trueques de trampantojos”.

Esta es la visión hasta los primeros años treinta, cuando Sánchez Silva se unió con Guevara a través de la finca “La Barbera”, en uno de los estirones parsimoniosos del proyecto total. Desde la Restauración fueron construyéndose hasta cinco casas en su margen del norte, pues las del sur correspondían enteramente a las de San José” y a fines del siglo pasado se enriqueció con un edificio de redondeado

esquinal con la Cuesta de la Atalaya, que allí se estrenaba y por ello tenía el número 2. Era una casa que hubiera representado magnífico papel en cualquiera otra calle del centro de la ciudad.

La escuela de párvulos del final de "Sánchez Silva" daba a ésta un aire alegre. Se erigía paredaña del obrador de Varona y a ella se accedía por las breves escaleras de un patio exterior abierto a la luz y el aire, para los recreos de los pequeños escolares. Quiere decirse que durante nueve meses del año restallaban allí gritos y risas infantiles y toda la calle se sentía solidaria de la pequeña escuela, hecha a escala de su menuda clientela.

Gente artesana era la que ocupaba con sus modestas industrias las plantas bajas; una tornería en madera, dos ebanistas, un antiguo carretero que era estampa arrancada al campo español y un tapicero. Se llenaba, varias horas al día, con las notas de un óboe y de un clarinete, cuando dos hermanos artistas, tallistas de los buenos, ensayaban sus partituras, pues eran profesores de la Banda municipal.

Pero acaso, por los años de la primera guerra europea, la gloria de la calle la constituía una muchacha muy bella, de gran distinción, que regalaba al vecindario con su garganta de privilegio cuando ensayaba en su casa arias de ópera. Porque aquella joven se iniciaba en la carrera de cantante. Entonces la calle enmudecía, y la patulea infantil tomaba posiciones, como en un teatro, en las ventanas bajas de las fronteras casas de "San José". Corría por la silenciosa vía como un estremecimiento poético y quién sabe si aquellos momentos deliciosos no influirían en algunos de los pueriles oyentes para cobrarle afición a la música, y sentir el aleteo de las cosas indecibles. Aquella muchacha llegó a ostentar una cifra con corona de un condado ilustre.

La confluencia de aquellas callecitas, costillas de la espi-

na dorsal de la Cuesta de la Atalaya, las daba de pronto una animación que se diluía enseguida al sumergirse en su ambiente pacífico. Así le sucedía a "Sanchez Silva", que si no tuvo historia grande, la alcanzó entrañable con su vecindario bien avenido, cortés, amable y así jamás se escuchó en ella una nota desabrida y hasta careció de pintoresquismo.

La noche del gran desastre el fuego se llevó por delante todo un relicario de vidas sencillas. Nada quedó enhiesto; todo fue devorado o rodó por los suelos entre las llamas. Se consumieron en pocas horas infinitos recuerdos que habían ido enlazándose durante los ochenta años que la calle "Sanchez Silva" tenía de existencia. Hasta el nombre ha desaparecido.

### SANTA CLARA

También Santa Clara se registraba en el nomenclátor del año 1553 y no por otra cosa que por la existencia del convento de las monjas clarisas que abarcaba en su casi totalidad la parte occidental de esa calle de pronunciada pendiente hasta la que llegó a ser calle "Padilla" que equivale a decir hasta la muralla sobre el Cubo. Convento y huerta estaban plenamente enclavados en el recinto de la puebla nueva. Fue un camino junto a los muros del monasterio, para comunicar las dos pueblas con lo que entonces era conocido por Barrio de San Sebastián, formalizado urbanísticamente por la Cuesta de la Atalaya, que comenzaba justamente en la Puerta de Santa Clara.

El monasterio databa de 1323 perteneciente a la orden franciscana, a quien se lo cedió doña María de Guitarte, viuda de Gonzalo García de Santander, capitán de naos durante el reinado de Alfonso X y Sancho IV. Amós de

Escalante dice refiriéndose al monasterio que en algún papel viejo vio que “una puerta llamada del Cubo y acaso anterior al convento mismo, era la practicada en la muralla entre las de la Sierra y la que fue de su vecindad que se llamó de Santa Clara”.

Al elevarse la categoría de villa a ciudad en 1755, Santa Clara comenzaba en la Plaza Vieja, entre la casona de Villatorre y la iglesia de la Compañía, con no más de cinco metros de anchura. Inmediatamente detrás del solar donde nació Alsedo Bustamante, y salvada la Rúa de la Sal, sobresalía en la alineación otra casa antigua, reformada, que perteneció a la familia Gandarillas y que el primer obispo de la diócesis, doctor Arriaza, adaptó para palacio episcopal. La casona sacaba su esquinal como al atisbo de cuanto pasaba más abajo, en la Plaza Vieja, en el puente y en la catedral. En esa esquina había un balcón solana de estilo italiano, en el que los primeros prelados tomaban el sol del mediodía. Después, cuando dejó de pertenecer al obispado, la casona pasó a otros menesteres. Fonda “de la Ignacia” en la planta principal, con una clientela estable antigua y la flotante compuesta por viajantes catalanes. En la planta baja, justamente debajo del “balcón de los obispos”, abría sus puertas “El Centro” sobre el que se ha escrito mucho como uno de los lugares más acusados del barrio y aún de la ciudad, exaltado por la figura de Pedro San Martín Riva, esclarecido alcalde sin otro demérito ante la jerarquizada conceptualización de las gentes, que alternar la dirección de su negocio taberneril con la regiduría del común. Pero esto no impidió que la ciudad le considerase uno de los hombres más emprendedores, rectos, honorables de cuantos se habían sentado en la poltrona alcaldicia. Evocaba “El Centro”, en todos los santanderinos de aquellos tiempos, las mejores angulas que podían apetecerse en el litoral cantábrico. “El

Centro" tenía una parroquia fiel constituida por funcionarios municipales y gentes de corbata, precursoras de las clientelas del bar moderno, para quienes la mesa de mármol, las fichas del dominó y el vinillo de la Nava refulgiendo a la luz de las once de la mañana, eran costumbre ritual. Pero esto sucedía cuando no se había inventado la gabardina. Ocurría cuando los obreros vestían blusa, pantalón de pana, boina y alpargatas.

En la misma casona había otras industrias como una pequeña encuadernación, un despacho de lejías y otra tiendecita, mixta de taberna y abacería, titulada "La Simpática" (sobre la que en "Biografía de una ciudad" y en "Retablo santanderino" se habla extensamente por sus merecimientos como lugar lleno de tipismo local).

Había, a la misma mano, que salvar la rúa de los Remedios para toparse una casa que volvía a sobresaltar la alineación formando un rincón donde surgía el chorro de una fuente, captada el agua de la que en tiempos brotaba en el jardín de las clarisas. Después volvía la línea a remeterse y aquí se alineaban las dos casas hoy en pie y únicas salvadas del incendio: las en que estuvo instalada la Academia de Mata.

A la mano frontera, la iglesia de la Compañía que, por su parte posterior hacía ángulo con otras dos casas adosadas al templo haciendo ángulo con la calleja de las Escuelas, definido como "una cuchillada siniestra con unos portales que parecían escenarios de novelas de folletín". Este ángulo se llamó hace dos siglos, "Rinconada de Santa Pía" y en él fueron establecidas las panaderías, en tenderetes al aire libre, y también a ella se trasladaron los puestos de las regatonas que invadían la Plaza Vieja.

A continuación del callejón de las Escuelas, se iniciaba una batería de casas con cierta vitola hasta la calle San

José. En una de ellas, frente a la Academia de Mata, se abría un portalón o pasadizo hacia amplios patios interiores. Fue donde (en tiempos fijados por Pereda en su infancia, por el año cuarenta y cinco del siglo pasado) estaban los mesones y paradores, única y principal industria de la calle Santa Clara. Perduró el pintoresquismo que al lugar daba la ininterrumpida presencia de arrieros, caballos y mulas atados a grandes argollas de hierro colgantes de las fachadas de los paradores, y todo el mundillo que se agita en el ambiente de los traficantes, llegados en su inmensa mayoría de Castilla y León.

En aquel gran patio había establecido el Municipio su almacén de herramientas y materiales para las obras públicas; por el gran portón salían cada madrugada las brigadas de peones con sus carretillos, palas y picos y se dispersaban hacia los tajos chapuceriles por toda la ciudad. De allí surgían también los barrenderos, al hombro la escoba y las mangueras y empujando los carritos de mano. Y lo más clásico —exactamente hasta el año 1925— era el momento de ponerse el sol en que aparecía la falange de faroleros municipales, largo blusón azul cerrado con botones en los hombros, gorra de plato con un escudo de metal y lanza portadora del fuego (lo que les aplicaba un cierto apellido de prometeos o de modestos corredores de la antorcha olímpica), que se desparramaban hacia los cuatro puntos cardinales para ir dando candela, uno por uno, a los reverberos de gas. Y es que hasta entonces, la calle Santa Clara era centro geográfico y administrativo de la ciudad. Por eso, Pedro San Martín puso aquel nombre de “El Centro” como más preciso para su taberna.

Exceptuando el movimiento de los tiempos de los mesones, apenas si le tenía mercantil esta calle. Hace poco más de un siglo subsistían tres de aquellos paradores —los de

José Bolado, Santiago Díaz y Gregorio Rosales—; cuatro casas de huéspedes, dos pequeñas tiendas de comestibles, tres tabernas, una barbería, un confitero y pocas cosas más. Veinte años después, o sea, en 1895, sólo existen la farmacia de Triunfo Bezanilla, dos tiendas de aguardientes y vinos al por menor, de Angel Rosales y Santiago Ganzo; una abacería, el figón de Pedro San Miguel y un horno de bollos.

En cambio, la insuflada animación y bullanga de la población estudiosa (se suponía), que acudía al Instituto donde profesores de tanta nota y bien recordados, como Agustín Gutiérrez, Montalvo, Menéndez Pintado, Ganuza, Orodea, Escalante, Losada, López Vidaur, Ricardo Olarán, Lama y Del Campo Burgaleta, se envanecían con las buenas notas y distinciones otorgadas a bachilleres que llegaron a estudios superiores, como por ejemplo, los que se citan en la relación de un curso de aquel tiempo: Fernando Quintanal Saráchaga, Amalio Arri, Sandalio Diego, Ramón Noval, Leopoldo Aldalur, Miguel Burgués, José Gutiérrez del Castillo, Luis Herrera Oria, Luis Solana Polanco, Santiago Basoa Marsella, Pedro Acha, Leonardo Rucabado, Federico Santander y tantos otros que pasaron a ser figuras del foro, las artes, la milicia, la literatura, la política y las finanzas...

Como en todas partes, la presencia de los estudiantes llevaba consigo algarabía, buen humor, travesura, terror para el pacífico vecindario. Cada promoción desde el año 1839 en que el Instituto fue inaugurado, conservó su anecdotario que es el historial risueño de los años felices. Todavía perviven algunos santanderinos que se sentaron en las aulas del viejo monasterio, la descripción del cual enternece y también asusta cuando la hace un Pereda. Todavía los ojos pueriles, recuerdan aquellas paredes leprosas, el pequeño

ábside cegado que era una joroba sobre la acera, el portón a través del cual se atisbaba un jardín nada risueño con la estatua de Minerva en una pequeña glorieta. Desmantelaron el monasterio y lo demolieron; derribaron la muralla de su recinto por la calle de Padilla y después día a día fue creciendo la mole del nuevo edificio que pasó a constituir uno de los orgullos de la ciudad de entonces. El Instituto inaugurado en 1916 dio nueva tónica a la calle, remozada, aunque se empeñase en conservar algunas facetas de su pasado, especialmente en su parte baja donde quedaban testimonios en pie del carácter de su maravillosamente pacífico vecindario. Ya hasta los aspirantes a bachiller habían cambiado y junto al niño mimado “del Muelle”, se sentaba en los bancos de las aulas el hijo del carpintero. Y en la escalinata del “templo del saber”, un barquillero, corcovado, con largo blusón, se jugaba, a la ruleta del bombo, los reales con los estudiantes, a quienes vendía de relance libros de texto previamente adquiridos a ellos mismos en los días de penuria.

Conservó la calle Santa Clara su fuente en el rincón junto a la confitería “La Deseada” donde los días de santos más sonados se alineaban docenas de colinetas de guirlache de varios pisos rezumantes de confitura, la cúspide rematada con un templete con un santo de escayola pintada.

El huracán y el fuego fueron como un soplete segando casas a la margen derecha, y ya todo fue un cementerio de recuerdos. Desde el solar de Villatorre hasta las casas de la Academia Mata también la calle pagó su fuerte y cruel tributo a la desgracia.

## SOCUBILES

Ya en 1710 era citada y subsistió intocada la denominación hasta la noche del incendio de 1941. Era una breve calle entre Lealtad y Puerta la Sierra, y se abría a la derecha, en el descenso hacia el sur.

## TABLEROS

Vieja era, entre las más viejas, la rúa de los Tableros, que perfilada por la muralla cerca de la puerta del "Arcillero" subsistió valerosamente a las más enrevesadas combinaciones de los señores maestros de obras municipales. Y así, pero compuesta por casas cuyos planos están firmados por la mitad del siglo XIX, pues todo lo anterior fue deruido durante las primeras décadas de aquella centuria, la calle de Tableros se mantuvo recibiendo del sol rapidísimas caricias, como limosnas a la hora del mediodía en los meses centrales del año. Mientras, era gris, con hálito de calleja olvidada y con la tristeza de la lluvia, y sólo usada porque no había otro remedio desde la calle de la Blanca hacia la "Compañía" y "El Arcillero". Había cuatro portales al llegarle la hora de saldar lastimosamente cuentas con la historia en 1941: eran las entradas de servicio de la más moderna casa, la de Negrete, con fachada a Tableros, "Blanca" y "Plazuela del Príncipe"; la de otra casa muy reformada y habilitada como remedia-compromisos con la clientela del Hotel Royalty, con luces también a la misma Plazuela, y otras dos, para el servicio de emergencia de la última casa de la "Blanca" y la correspondiente a una en cuyos bajos hubo un tiempo un negocio de préstamos y evolucionado hacia el comercio de quincalla; era la que a

la silenciosa y hosca calle de Tableros daba todos los años unos días de jarana, pues allí se alquilaban los disfraces para los carnavales. Era la casa de Socasaus, nombre de relieve en el “progresismo” local.

Se acababa la calle de Tableros en el esquinazo violento de la encrucijada de Tableros, Compañía y Arcillero, para canalizar por una rampa tendida y con algunos escalones hacia la Plazuela del Príncipe. Exactamente donde se abría, en la muralla, la puerta del Cay.

El ala occidental de Tableros se animaba con los grandes escaparates de una zapatería y de la mueblería de la Viuda de Mata. En medio, estaba el callejón, negro, imperio de los gatos raqueros y las ratas rabilargas; aquellos siempre a la husma de tripas de sardinas que las misericordiosas chachas de la doble vecindad (Blanca y Compañía) les arrojaban. Las ratas para hacer su cosecha de destrozos en los almacenes de las tiendas. Y el callejón, alto, más alto aparentemente como sima profunda o tumba de urbanistas indecisos, estaba cruzado por los cables eléctricos, de los que colgaban siempre trapos y todos esos desperdicios que las distraídas amas de casa arrojan por la ventana como en los tiempos de la Enciclopedia cuando las Ordenanzas municipales tuvieron que reglamentar el grito de “agua va...” para aviso de despreocupados viandantes; pero aquí se ahorran la advertencia.

Hemos hecho cita de la ancianidad de esta rúa, que así se denominaba por el año 1710, y es de suponer que para entonces había cumplido ya alguna centuria más, para tener derecho a pertenecer a la Puebla Vieja o de Abajo.

Haciendo el cómputo sobre fechas confirmadas por las actas municipales, la vieja rúa contaba por lo menos tres siglos cuando en la noche del sur ardió como la yesca. El nombre parece indicar que allí, en tiempos medievales, se

armaban los tableros o mostradores para la venta de carnes y otros víveres, y esto viene al campo de la hipótesis dada su gran proximidad al mar y al barrio de pescadores del Cabildo de Abajo.

## **TORRELAVEGA**

Fue una calle resultante del trazado de la cuadrícula entre la Cuesta de la Atalaya y Casas de Regato. Enlazaba las calles Sánchez Silva, Del Proyecto o Alsedo Bustamante y Tantín. Por el sur, se malcomunicaba con San José por el estrecho y maloliente callejón de que se da noticia al describir esta última vía. La denominación fue dada el 24 de enero de 1906 como homenaje de la capital a la progresiva ciudad del Besaya. Situándola sobre el plano actual, trazaríamos su eje, de sur a norte, por la entrada principal del Grupo Pero Niño en Sánchez Silva. Era calle bien soleada, pues nada la restaba el menor ángulo de sol, porque en su acera de levante se practicaban solamente unas casas muy bajas de Regato, las oficinas de la Electra de Viesgo y más al sur, la casa de los Varona. Fue absorbida por entero por el fuego.

Muy cerca de la desembocadura en Tantín, una pequeña travesía que ponía esta calle en comunicación con San Celedonio llevó el nombre de Bilbao. Su apertura se realizó el año 1905, merced a las facilidades que, según acta del 27 de octubre de aquel año, ofreció la Vda. de Mendicouague.

## **TREMONTORIO**

En el trío de las travesías del barrio de las Rúas medievales, se insertó la que llevó, sin pena ni gloria, casi

olvidada porque muy pocos eran los sabedores de su existencia, el nombre de "Tremontorio", el viejo mareante de la calle de la Mar cuya muerte "presenció" Pereda para escribir uno de los poemas más enternecedores salido de la inspiración y con la gracia de un castellano cervantino. Se abría por allá, por el último tercio de Rúa Mayor, para acabar de enlazarse con la Menor, y como sus vecinas "de Prieto" y "del Viento", era angosta y triste, como sin hábito. La sangre, la voz y los gestos se los prestaban unas vecindades inquietas por las noches y mudas de día, porque era una calle sometida al oficio tan maravillosamente definido por Fernando de Rojas. Acaso quién sabe por qué culpas fue por lo que no quedó de la calle de "Tremontorio" ni una piedra en "la noche entre las noches".

## VIENTO

Como sus vecinas, las travesías de "Tremontorio" y de "Prieto", la del Viento no cumplía otra misión que aliviar el camino a los viandantes de las dos Rúas, Mayor y Menor, en su comunicación. Esta del Viento parecía abierta sólo para franquear el paso a alguien que quisiera evadirse de miradas sospechosas. Casi se tocaban sus paredes a la vez con sólo abrir los brazos en cruz. Sucedió que, sin embargo, tenía cierta petulancia al suponerse ennoblecida con unas piedras ennegrecidas y brillantes por la humedad, que se alzaban para componer la armoniosa traza de una casona antigua, del siglo XVIII, o tal vez más vieja, cuyo portalón se abría a la Rúa Mayor. Una escalera también de piedra con labradas pilastras, podía decir mucho de sus habitantes. Para filiarla, no hay más que abrir un determinado libro de Pereda, por un capítulo titulado "Las catacumbas",

y copiar estas palabras que son trazos de habilísimo dibujante: "...Y en ese pedacito (de mundo), un portal muy ancho y a media luz, irradiada de un candileja de petróleo prisionera entre hierros y candados...". El maestro fue metiendo, una noche de lluvia, en "las catacumbas", uno por uno a los diríamos oficiantes del rito de la tertulia más clásica del pueblo, y más inquisidora de la vida de los pobladores... Era un pedazo de historia local. Y la calle del Viento desapareció, con los últimos restos de un pasado cuajado de humanidad como era aquel barrio.

## CALLEJERO EN 1980

### ACEBEDOS, Los

En las Ordenanzas de 1900 se previó el título de “Los Acebedos”, apellido de histórica familia trasmerana que dio figuras tan eminentes como los obispos y presidentes del Consejo de Castilla, Juan Bautista y Fernando, “para una calle de las que se construyan en el futuro”. A raíz del incendio de 1941, la Organización Sindical del Hogar construyó un grupo de viviendas populares para alivio del pavoroso problema planteado por la destrucción del caserío (treinta y siete calles y unas doce mil almas sin albergue), de las dos antiguas Pueblas. Ese grupo —inaugurado los años 50— fue denominado “Los Santos Mártires”, en honor de los patronos de la ciudad. El Grupo abarcó, con sus calles interiores, una amplia área entre el final de la calle Cervantes y de Monte. En la alineación por el sur, siguiendo la coordenada de la llamada “Plaza de la Leña”, se dio el nombre de “Los Acebedos” como nuevo paso para la vía “a media ladera” proyectada en 1883, desde Río de la Pila hasta Monte, prolongación que se dio por terminada en 1960.

En los terrenos libres al respaldo del Grupo, o sea, en la ladera que se inicia en Vía Cornelia, se trazó un barrio moderno y muy poblado.

## ACTIMAR, Polígono de

La Junta de Obras del Puerto, en sus trabajos iniciales para el Puerto de Raos, trazó en 1969 el plano de urbanización del enclave para grandes almacenes y oficinas relacionadas con el movimiento portuario, dando al conjunto el título de "Polígono de ACTIMAR" (Actividades Marítimas). Las arterias urbanas resultantes se han titulado por el Ayuntamiento a propuesta de la Junta de forma que revelan su carácter náutico. Quedan encuadradas por dos avenidas, tituladas "de la Tornada" y "De la Comba", las calles siguientes:

BERGANTIN, entre Naos y Comba.

CARABELA, Comba-Tornada.

CORBETA, Marcos Ruiloba y Tornada.

FRAGATA, Tornada-Comba.

GALEON, Marcos Ruiloba y Tornada.

GALERA, Comba-Tornada.

GOLETA, Comba-Tornada.

NAOS, C. Ruiloba-Tornada

PATACHE, Comba-Tornada.

RUILOBA PALAZUELOS, MARCOS, Naos-Comba.

(Marcos Ruiloba Palazuelos fue Director de la S. A. ACTIMAR).

## ADUANA

Construido en 1787 el edificio para la Real Aduana, coincidente con las obras de reforma del puerto antiguo por Colosia se previó con sólo tres fachadas y medianería en su parte de poniente. La fachada del Este correspondía a una

transversal de unos cinco metros de anchura desde la primera manzana de casas del Muelle, comprensivas del proyecto hasta la calle del Martillo. De esta forma se practicaba una comunicación entre la zona portuaria con la plazuela que había sido breve ensenada del “Cay” o “de las Herre-rías”. Hasta 1897 no adquirió el nombre de “calle de la Aduana”. Sufrió el edificio carolino tan graves daños con el incendio de 1941 que hubo que demolerlo y construir uno nuevo respetándose la traza antigua y se aprovechó la coyuntura para retirar su alineación a la del Paseo de Pereda. La mole de piedra de la Aduana sirvió de cortafuegos impidiendo que las llamas se propagaran a las primeras casas del Muelle. Hoy, la calle Aduana es sólo peatonal, y se abre entre el Paseo y la Plazuela del Príncipe.

## **AFRICA**

Segundo tramo de Los Pirineos entre San Juan de Dios y San Sebastián; tiene una cortísima “travesía” a modo de remanso en la empinada trayectoria del enclave, por la que se accede a unos terrenos de huertas. La encontramos citada el año 1868, al hacerse la distribución de cuarteles, correspondiente al del Muelle.

## **AGUAYOS, Los**

Callejuela en la calle “Río de la Pila” que por una reforma de hace un cuarto de siglo se convirtió en vía concu-rrida y urbanizada por enlazar con el barrio de San Simón. Se la dio el nombre el 1 de abril de 1900.

## ALCALDE RODRIGUEZ DE LA GUERRA

Véase Grupo PEDRO VELARDE.

Bonifacio Rodríguez de la Guerra, natural de Ibio y vecino notable de Santander, de cuyo Ayuntamiento era regidor, tuvo que hacerse cargo de la máxima autoridad local cuando la llegada de los franceses obligó en el mes de junio de 1808, a emigrar a la mayor parte del vecindario. Su acción durante los tres largos años de ocupación quedó registrada como una de las más interesantes históricamente considerada, pues logró salvar a la ciudad de los horrores de la guerra, defendiendo siempre los supremos principios del patriotismo.

## ALCAZAR DE TOLEDO

En la Plaza del Reenganche, al término de los tinglados de Becedo, las gentes habían ido practicando un veril junto a las tapas del antiguo monasterio de clarisas de la Santa Cruz del Monte Calvario, convertido en fábrica de tabacos en el primer cuarto del siglo XIX. Poco a poco fue ensanchándose el caminejo por el que las gentes se comunicaban con la calle "Consolación". Teniendo en cuenta que la ciudad, para enlazar con la parte sur no tenía otra vía (exceptuando la de la Dársena grande), que el "Paredón", aquel caminejo "de las Animas" como así se le conocía, suplía la falta de una vía formal para todo lo que no precisara usar de carruaje. Hay que tener en cuenta que por allí se ascendía a la fábrica de tabacos, al hospital, al cementerio de San Fernando y a la iglesia de Consolación. Entre otras escenas pintorescas a que daba motivo el uso de la calleja, la conducción de los cadáveres en parihuelas

por los esperpénticos “barruntas” mereció glosas merecedoras de la antología del humor negro.

Cuando ya comenzó a ser una vía casi urbanizada (en 1887 se lograba esta mejora, ensanchando en sus comienzos la plazoleta del Reenganche) la vieja denominación estaba refrendada oficialmente: fue en 1883. Se le cambió el título por el de “Primero de Mayo” a petición de los socialistas como dedicación anual al socialismo internacional, y en esa calle se estableció el primer centro obrero del socialismo histórico, pasando después a ser sede del sindicalismo. Parece ser que allí radicó la primera logia masónica de Santander, pues en el frontis de la fachada podían contemplarse los símbolos de la sociedad secreta. En 1896, el Municipio previó, tomando el correspondiente acuerdo, dedicar a esa calle el nombre de Fernando VI, que en 1755 dio título de ciudad a la antigua villa.

Al comienzo de la cuesta tenían su colegio los Agustinos, provenientes de la Rúa Mayor, su primera sede, y en 1976 fue trasladado a una modernísima residencia en la Avenida del Faro.

Se dio, en 1937, el nombre de “Héroes del Alcázar” a la calle para conmemorar la resistencia ofrecida por las fuerzas nacionales al comienzo de la guerra civil, en el otoño de 1936.

## **ALFERECES PROVISIONALES**

Entre Castilla y Marqués de la Hermida. Ac. Mpal. 1965.

## **ALFONSINA, La**

El año 1865, la ciudad regalaba a la reina Isabel II una amplísima finca en El Sardinero, con el propósito de que

viniera a pasar los veranos a Santander. Comprendía los terrenos (gran parte de ellos plantados de pinos) desde el llamado “Camino del Cañón”, junto a la primera playa, y el Promontorio, es decir, parte de las laderas norte y sur desde la bahía hasta el mar abierto. En honor al príncipe (después Alfonso XII), cobró nombre la finca que así fue denominada, y recluida hoy a una calle que desemboca en la Avenida del Duque de Santo Mauro.

### ALFONSO VIII

Al inaugurarse la Casa de Correos y Telégrafos el año 1926, en el lugar conocido durante muchos años por “Plaza de Velarde” quedó, entre aquel edificio y el en tiempos “De la pescadería”, una vía de servicio “Ribera”-“Somorrostro”, a la que se dio el nombre del monarca castellano por haber concedido Fueros a la villa, en 1208: lo historia el P. Sota en su Crónica de los Príncipes de Asturias y Cantabria: “Dio fueros... leyes y modo de vivir a los vecinos de la villa de Santander, que él mismo había poblado, cercada de murallas y fortificada de castillos y muelles, construyendo un suntuoso palacio por habitación, contiguo a la Iglesia Colegial”.

En el terreno que ocupa la Casa de Correos, conocido mediado el siglo XVIII por “Casasola”, pretendió edificar Juan de Isla y Alvear, entonces en la plenitud de sus negocios industriales como constructor de navíos para la Marina española en Guarnizo. Los aludidos terrenos eran huertas entre la muralla y el puente.

En cuanto a la pescadería, tenía de tal sólo el nombre y una indudable magnífica prestancia como edificio para el destino proyectado. En efecto, había sido construida de hierro y cristal, para alojar a los vendedores de pescado

que soportaban las inclemencias de las estaciones y las molestias en sus tenderetes al aire libre; pero lucharon con empeño en renunciar a los beneficios propuestos por el Municipio, y hubo por tanto que buscar nuevo destino al edificio: así que fue mercadillo, con tiendas de muy diverso giro, y en sus altos se habilitó un café evolucionado poco después a teatrillo, conocido por "Variedades" y el famoso "Café del Brillante", casinete de la gente del bronce. Finalmente, en 1914, se instaló allí el Ateneo de Santander, y el conjunto ardió una noche del año 1917. Reconstruido cinco después, alojó a los Juzgados municipales y Registro Civil. Después del incendio de 1941, fue demolido para ampliar la Plaza de Atarazanas.

En marzo de 1920 aprobó el Municipio titular "de Alfonso VIII" la calle que se abriría entre la catedral y el antiguo Salón Pradera. Y en 1926 volvía a proponerse denominar así la calle "al Oeste de la Casa de Correos"; pero quedó sobre la mesa.

### ALFONSO XIII

Esta es una de las obras de transformación de mayor importancia en la historia urbana de la ciudad. A finales del siglo XIX, varios alcaldes recogieron los relevos con entusiasmo para dar cima al relleno de la amplia extensión que las nuevas escolleras acababan de robar al mar para "apagar esa sed de horizontalidades que Santander ha sufrido durante siglos". Y como complemento a tal obra, trazaron los jardines y en lo que fue Dársena Grande dispusieron un salón amplio, con andenes al eje desde la Ribera y la Aduana hasta el malecón que absorbió al famoso Muelle de las Naos, o "Anaos" como muy pejinamente le llamaban.

Ya el año 1873 se había tomado en consideración la necesidad de cegar la Dársena, pero no se realizó totalmente hasta 1894, cuando ya la nueva línea de las machinas de madera permitía el relleno para el parque. Aquel año, en una moción, el alcalde José María G. Trevilla, decía: “El momento de terraplenar la dársena se aproxima; el de comenzar las obras más hermosas y más importantes que se han inaugurado jamás en Santander”. No había hipérbole en tal declaración. Para 1896 la Dársena había desaparecido y cinco años después quedaba terminada la gran plaza, a la que las gentes dieron en apellidar “Avenida de las Farolas” por las cuatro monumentales erigidas de norte a sur en el eje del espacioso lugar convertido desde entonces en escenario de las grandes concentraciones públicas, brillantes actos oficiales y, en todo momento, en ágora ciudadana donde se discutía, y también se soñaba en grande. El año 1902 (11 de agosto) y en homenaje al joven monarca reinante, tomó el título de Alfonso XIII, conservado hasta el advenimiento de la Segunda República (1931) en que el Municipio acuerda titularla “de Galán y García Hernández”, los capitanes sublevados en Jaca en diciembre de 1930 y fusilados al fracasar la intentona revolucionaria. En 1937, la Avenida recobraba su primitiva denominación.

En la Dársena Grande se había reservado un amplio espacio en su parte occidental para pescadería al aire libre; testimonios gráficos (fotografías y un primoroso dibujo de Victoriano Polanco) nos dicen cómo era el tal mercado, motivo de constantes protestas del vecindario. Otra parcela, frente al último tramo de la Ribera, fue acotada para erigir el monumento a Pedro Velarde, héroe del Dos de Mayo, proyectado en 1865 e inaugurado en 1880, y el lugar continuó conservando popularmente el nombre de “Plaza de la Dársena”, enmarcada por cuatro kioskos, y en la que,

costumbre profundamente arraigada, se establecía en la época estival un mercado al aire libre, de melones y sandías; y, al comenzar las Ferias de Santiago, se alzaba retador en su arengario el famoso León Salvador, fiel cada verano a la cita con su público entre crédulo y zumbón.

Al hilo del andén del Oeste, se estableció el punto de los coches de alquiler, estampa que hacían aún más castiza los propios cocheros, que atendían por “El Vivo”, “El Moma” y otros remoquetes por el estilo. Los primeros “De Dion Bouton” y más todavía los “dicharacheros” “fotingos” ahuyentaron de allí a coches, jamelgos y aurigas. Esto sucedía en el ocaso de los felices años veinte.

El monumento a Velarde sufrió su primer traslado al comenzar la cimentación para la Casa de Correos (en 1915). Desmontada y a la espera de nuevo emplazamiento, la estatua fue guardada en el almacén del parque de bomberos del Río de la Pila. (Y, para que no falte a la devoción popular la anécdota sentimental, se dirá que durante su “destierro”, en la cabeza del glorificado capitán parió la gata del parque).

Buscándole nuevo y más idóneo destino, se le encontró, al cabo de los años, y empujado por manifestaciones populares, en el centro de la Plaza de la Libertad, y allí estaba cuando el incendio de 1941 y, como consecuencia, vio alzarse en torno suyo baterías de barracones provisionales para el comercio siniestrado, y acudiendo el ingenio popular, como siempre, en la coyuntura, a Velarde le colgó el título de “El fiscal de tasas”, personaje el menos alabado por los comerciantes de aquella época de estrecheces y estraperlos.

Pero hubo que inventarle otro emplazamiento y más digno y el capitán Velarde fue a dar “con sus bronce” a la Plaza Porticada (así llamada antes de que fuese una reali-

dad) el año 1946. Mas también allí le alcanzó el destino de "trotacalles", pues al constituir un estorbo para la celebración del Festival Internacional, los ediles le encontraron asílo muy cerca del primitivo, esto es, en el centro mismo de la Avenida de Alfonso XIII, en medio de un estanque y con decoración nueva, pues la Avenida acababa de experimentar total transformación, desapareciendo las ya clásicas farolas que pasaron a decorar otros lugares urbanos como la Plaza de Numancia, la Alameda de Oviedo y una pequeña glorieta entre el moderno caserío de la "Avenida Pedro San Martín". Las monumentales farolas, que el día de su estreno sostenían juegos de arcos voltaicos como máxima novedad en materia de iluminación de amplios parajes urbanos, son en el día recordación emocionada de la generación surgida con el siglo.

Generación que no ha olvidado el suceso más resonante del historial de la Avenida. Cuando ya estaban terminados los andenes y colocados los basamentos de las farolas, el fondo de la espaciosa arteria se cerraba con la empalizada pueblerina de la estación del ferrocarril de Solares, objeto de constantes protestas porque, sobre limitar la amplitud de la Avenida y contrastar antiestéticamente con su traza, era un peligro para el tráfico, ya que las vías del tren cortaban el paso. Calientes los ánimos de los más radicales, una mañana del mes de abril de 1902, tras de viva sesión municipal, un grupo de exaltados roció con petróleo la estación y seguidamente impidió, formando barrera humana, el acceso de los bomberos. El fuego consumió en muy poco tiempo el "estorbo" y la Avenida quedó liberada de impedimentos. Así, ya los vecinos jardines pudieron prosperar galanos, y en 1905 pudo celebrarse allí para festejar la espléndida reforma urbana, una vistosa Exposición Agrícola e Industrial.

En el cerro de San Pedro, dominante de la bahía, y pare-  
daño a los muros de la vetusta colegial, se sostenían los  
muros del castillo de San Felipe, cuya antigüedad se fundía  
en las nieblas de ocho siglos. Los eruditos llegaron a con-  
certarse en la proposición de haber sido Alfonso VIII quien  
fortificara la villa al tiempo que la daba Fuero, como va  
apuntado. Cuando Amador de los Ríos pasó por estos pre-  
dios hacia 1889, acopiando datos para su libro, todavía  
vio en pie en el morro de San Pedro, y ocultando la abadía,  
los muros de la fortaleza de la que sólo restaban dos torres  
cilíndricas unidas “por un lienzo perforado en sus dos pisos  
por cuadrados ventanales y mísera rectangular puerta sobre  
la cual resaltaba el blasón real del tiempo de los Felipes  
austriacos”, debajo del que, en una lápida, se leía que Se-  
bastián Hurtado de Corcuera, del Consejo Supremo de Gue-  
rra, “en su visita en 1656 hizo poner a la puerta de este  
castillo las armas reales”. A las ruinas quedó unido tam-  
bién el nombre de Juan de Escobedo, natural de esta tie-  
rra, y gobernador del fuerte por orden de Felipe II. Asi-  
mismo, envolvía aquellas piedras en gasas de leyenda la  
estancia, como preso histórico, del “luciferino” César Bor-  
gia, mas no tan rigurosamente vigilado que no pudiera, con  
ayuda de complicidades, deslizarse una noche desde la reja  
de su frío aposento hasta el mar que abajo batía el espigón  
del muelle de las Naos, y volver a la libertad para escribir  
nuevos capítulos de sus aventuras.

El cerro, cuya propiedad se disputaron en largo pleito la  
ciudad y la casa condal de Noblejas, a fines del siglo XVIII,  
fue vendido para construir el Salón Pradera, en el año 1906,  
al que se accedía por una escalera “imperial”. En el pri-  
mer rellano había un pabellón destinado a café y restau-  
rante, y al otro lado el en que se instaló el fotógrafo Hojas. El  
gran pabellón superior, o sea, el propio Salón Pradera era

una curiosa composición arquitectónica de estilo modernista. Para llevar a cabo estas construcciones hubo que excavar muchas toneladas de tierras, desapareciendo una teoría de pequeñas tejavanas que habían servido, desde hacía más de un siglo, para pequeñas industrias relacionadas con la vida náutica, y últimamente ondeaba allí un gran cartelón anunciando la Velería de Anabitarte. Este lugar es citado por Pereda en sus escenas de raqueros del muelle de Anaos. Inaugurado el Pradera en 1908, vio pasar por su escenario todo el rutilante y bullidor estrellato del cuplé y del baile (nombres famosos como Pastora Imperio, la Argentinita, Tórtola Valencia...), y compañías dramáticas como las de Borrás, Simó Raso, Puga, Morano, la Guerrero Mendoza. Y asimismo, el Pradera conoció la sensación del cine mudo con películas que han pasado a la historia del celuloide rancio más afamado entonces. El empresario Ramón Herrera aportó un entonces sensacional elemento mecánico para evitar al público la molestia de los muchos peldaños de escalera hasta llegar al atrio del Cinema; instaló en un lateral sobre la calle "Azogues", un llamado "tapiz rotativo", es decir, una escalera rolante, que causó sensación. "No sólo puede ser útil y curioso, decía al pedir autorización al Ayuntamiento, sino idea de progreso y adelanto".

Así continuó el Pradera, evolucionando con el tiempo hasta rendir armas ante el acoso apremiante del Banco de España que adquirió la propiedad del terreno el año 1923. Tres más tarde se festejaba el acontecimiento de la inauguración de la Casa de Correos y Telégrafos, según los lápices del arquitecto Quintanilla, y con esta flamante construcción, casi en el sitio mismo en que se alzó la estatua de Velarde amenazando a los franceses, se cerró de momento el proceso de reformas de la Avenida.

Quedaban muy cercanos los días en que en la amplia

“sala de recepciones” ciudadanas, formaba el Regimiento de la guarnición para el acto de la jura de bandera; las noches veraniegas con cine al aire libre, tensa la pantalla entre dos altos mástiles y una alfombra de sillas de hierro para los espectadores “de pago”; y las fantasmagóricas sesiones de fuegos artificiales con los que lucían su arte los magos palentinos de la pirotecnia, cuyas sesiones se cerraban con la quema del escudo de la ciudad, representado por el ataque de un navío, a velas desplegadas, contra la Torre del Oro de Sevilla.

Fotografías amarillentas reproducen las recepciones reales, cuando toda la Avenida aparecía empavesada y los bomberos de los dos Cuerpos formaban arcos de triunfo con sus escalas telescópicas, bajo los que pasaban en brillante landó el joven rey Alfonso y la rubia princesa Ena de Battenberg. En fin, las jornadas de inquietudes sociales, cuando la Guardia Civil, tricornio bien ajustado por el barbuquejo, las capas negras tendidas hasta la grupa de los cabellos, Remington al arzón y sable arrancando fríos reflejos a las luces de los días grises, aparecían desplegados en línea como símbolo de garantía del orden amenazado... Que de todo hubo y en todo participó la Avenida.

El incendio del 41 pasó al flanco de este escenario, arrastrado por el huracán y se llevó por delante el edificio del Hotel Europa, el más vulnerable después del maderamen de la cubierta de la catedral.

Los nuevos urbanistas no respetaron la alineación rigurosa que parecía lógico tuviera el conjunto de edificios en el flanco de poniente; así, Correos dejaba al Banco de España que diese un paso al frente, y el Banco permitió el mismo movimiento al Hotel Bahía, que se asentó casi sobre el solar mismo del desaparecido “Europa”. En 1960, la iniciativa municipal realizó una nueva transformación impues-

ta por el tráfico creciente, y la última es muy reciente: 1978. El subsuelo de la llanada (en el que aparecieron varios estratos denunciando el historial de las reformas del puerto desde el medioevo hasta el siglo XVIII) se fue excavando para los tres pisos de un aparcamiento subterráneo de automóviles; y en la superficie se ha dibujado un salón decorado con farolas de estilo fernandino, limitado en su norte por un bosque amparador del monumento a Velarde y en el sur otro grupo vegetal recuerda lo que el sitio fue en los siglos oscuros.

Como aportación al historial de este enclave que forma en la actualidad parte del parque, y al que puede considerarse como diástole y sístole de la vida santanderina, vale apuntar el dato de que en 1928, el Municipio acordó erigir allí un monumento a Alfonso XIII, idea abandonada por los acontecimientos políticos nacionales de aquellos azarosos años, y aun en 1947 hubo también el deseo, en la Casa Consistorial, de alzar un monumento a América; la idea pasó también al archivo.

## **ALHELI**

Véase CIUDAD JARDIN.

## **ALHUCEMAS**

En una finca particular de bloques con entrada por los números 63 y 65 de la calle Tetuán. Ac. Mpal. 1965.

## **ALICANTE**

Enlaza con Isaac Peral en el sitio llamado “entre bloques”. Ac. Mpal. 1970.

## ALMIRANTE CERVERA

Travesía de la Avenida Pedro San Martín hacia el Barrio Roldán Losada. Ac. Mpal. de 1964. (El almirante Cervera y Topete 1832-1909, en la guerra de Cuba mandó la escuadra y fue hecho prisionero. Desembarcó en Santander, de vuelta de su prisión, en 1898. Su nombre evoca en la ciudad el crucero de guerra que montó la guardia ante las costas cantábricas durante la guerra civil.)

## ALONSO ERCILLA

En los años siguientes a 1941, el barrio de Tantín o “La Tejera” experimentó hondas transformaciones. Había, paralela a la calle Sevilla, otra vía que fue prolongada, por el sur, hasta la placita del Padre Rábago ante la iglesia de los jesuitas. La titulación oficial ya estaba prevista “desde Puntida a San Celedonio” el año 1896, por el proyecto entonces aprobado. (Ercilla, poeta del siglo XVI, autor del poema “La Araucana, que le dio fama, como fruto de su estancia en Chile con el Adelantado Alderete.)

## ALONSO VEGA, Camilo General

Por los años cincuenta la Obra Sindical del Hogar promovió la construcción de un barrio de viviendas protegidas por el Estado en la finca llamada “Porrúa”, apellido de la familia Botín y Sánchez de Porrúa, comprendida entre San Fernando, Cuatro Caminos y Paseo del Alta. La barriada compuesta de bloques formando calles (véase Barrio Roldán

Losada), constituye gran parte del ala Oeste de la Avenida. Fue objeto de cabildeos en la Corporación municipal la propuesta de titulación: “Es llegado el momento —decía la moción— de designar esa importante vía urbana a la que la Comisión tenía la intención de proponer como “Avenida del 18 de Julio”, “Avenida de Parayas a la Universidad” arrancando desde Cuatro Caminos, o “Del General Alonso Vega”. El plan prescribe su continuación, salvando la loma del Alta o “General Dávila” para empalmar con la Avenida de la Universidad que tiene su arranque en “Los Castros” de El Sardinero.

El año 1918, el Ayuntamiento había ofrecido al Estado la carretera municipal desde Cuatro Caminos a Paseo de los Infantes cruzando en la altura el Paseo Sánchez de Porrúa, para unirse con la del propio Estado llamada de “Hoteles de Aparicio al Faro”, en El Sardinero.

Desde el punto de vista urbanístico, esta Avenida ha representado uno de los progresos más rápidos y efectivos de la ciudad en los momentos de mayor incidencia en la evolución social santanderina. Ante todo, las nuevas construcciones, de tipo cooperativo, protegido estatalmente o por inversión, del estamento pequeño-burgués y obrero, dieron nueva fisonomía a la ciudad misma y ejemplo del evolucionismo hacia ensoñados comportamientos sociales. La repoblación de aquella extensa zona fue rápida y felizmente lograda. Allí brotó una población encarada con el futuro, y alimentó la proliferación de un comercio moderno que llenó aquellas calles de un permanente bullicio. Y fue, en efecto, ejemplo seguido hasta con entusiasmo en otras zonas de la ciudad.

(Camilo Alonso Vega nació en 1899. Hizo la guerra civil en el bando nacionalista. Después fue ministro de la Gobernación. Se distinguió en la guerra como uno de los jefes

de las Brigadas Navarras que entraron en Santander el 26 de agosto de 1937.)

## ALSEDO BUSTAMANTE

Arrasada totalmente la antigua calle así llamada (discurría transversalmente desde la Cuesta de la Atalaya hasta la calle Torrelavega), el Municipio tomó el acuerdo de mantener su histórico nombre, dándosele (en 1955), a una vía que, como la antigua, es paralela a Tantín, dentro del nuevo Grupo de Viviendas "Pero Niño". La rúa desaparecida tuvo primitivamente la denominación de "Calle en proyecto" porque figuraba en la división cuadriculada del ya viejo plan de la zona de Tantín.

La decisión de dar el nombre de Francisco Alsedo Bustamante tuvo fecha 12 de febrero de 1896 y con ello se cumplía un deseo popular de mantener en el nomenclátor municipal un recuerdo de tanto prestigio como el del marino nacido en el solar familiar de Villatorre, de la Plaza Vieja, esquina a Santa Clara, y al oeste de la iglesia de la Anunciación. Alsedo Bustamante murió a bordo del navío "El Montañés", en la batalla de Trafalgar, tripulado en gran parte por mareantes montañeses.

## A L T A

"Fuera de la Puerta" se denominaba en el siglo XVI y también figuraba como "Rúa Mayor" o "San Pedro". Al dividir la ciudad en distritos el año 1845, se confirmó el nombre de "Alta" no sólo al trozo hasta entonces comprendido entre la antigua "Puerta" y las "casas de Hoz", sino

alcanzando hasta el Hospital, fundado en 1791 y por tanto quedaba comprendida la iglesia de Consolación, abierta al culto en 1774. Las “casas de Hoz” constituían una batería de casucas de cortas proporciones, pero graciosas, enjalbegadas en rosa que cubrían todo el frente de lo que hoy es Casa de la Audiencia.

El Concejo disponía en 1801 que, “conociendo lo urgente y útil que es la venida de la carretería por el camino Alto o de las “Calzadas Altas” no se permitía a la carretería venir por el Camino de Becedo, como paseo que disfruta el vecindario”.

Una vía destartada de “desempedrados adoquines”, de casuchas misérrimas con olor a parrocha habitadas por marreantes del Cabildo de Arriba, y lugar de los más típicos de la Puebla Vieja o Alta, del que se apoderó la literatura y Pereda le hizo escenario de “Sotileza”. Siete de aquellas casas fueron demolidas por decisión del “iconoclasta” alcalde Villa Ceballos en 1883. El pueblo entero acudía a la calle Alta todos los años a regocijarse con las verbenas de San Pedro, festejo del que se había hecho tema mítico por todos los epígonos del costumbrismo local.

En 1882 adquirió el nombre de “Menéndez de Luarca” en homenaje al Regente de Cantabria, en el trozo entre las casas de Hoz y el Hospital; de allí en adelante, hasta Cuatro Caminos, siguió ostentando el muy viejo de “Calzadas Altas”. Pero pocas arterias urbanas santanderinas habrán experimentado tantos sobresaltos en su nomenclátor; tan pronto la “troceaban” como enseguida recuperaban en reivindicación de sus triunfos, algunos nombres determinados, para borrarlos de nuevo y restituirlos más tarde, como enseguida se verá.

En la ladera sur, sobre la Peña del Cuervo, se fundó el cementerio municipal que en principio dio en llamarse “de

la Santa Cruz” por la proximidad relativa del convento clariso, y seguidamente “de San Fernando” con el que ya fue conocido en adelante. Los terrenos los compró el Municipio a la condesa de Isla. El camposanto recibió los primeros fúnebres despojos en 1830. Clausurado al construirse el cementerio de Ciriego, los terrenos fueron destinados a la construcción de la cárcel provincial inaugurada en 1935.

Igualmente, a pocos metros de aquel lugar, se había inaugurado en 1928 el cuartel de la Guardia Civil, y al final de la calle, funcionaban el vivero municipal y el matadero público. También fueron edificados el Asilo de la Caridad y el Grupo escolar Ramón Pelayo.

La unificación más moderna de los nombres tiene una fecha: 1950; hay que anotar que hubo un tiempo, en que a trozos se conocían los nombres de “Consolación”, “Santa Cruz del Monte Calvario”, “Menéndez de Luarca” y “Alonso Gullón”; pero siempre permaneció en los labios de las gentes el apellido “Alta” o “Calzadas Altas”, ambos reivindicando su secular derecho. El de “Consolación” se refugió en una callecita transversal al Este de la nueva Casa de la Audiencia.

ceso para el movimiento de la carretería; discurría por el

En la antigüedad las Calzadas Altas fueron principal ac-spinazo de la loma (véase el testimonio gráfico en el grabado de la obra de Braun en el siglo XVI), y ya en la época moderna creaba serios problemas a las comunicaciones del caserío desde el Puente hacia el Oeste por lo que los urbanistas proyectaron perforar la loma con túneles por la Cuesta de las Animas y por la calle de Burgos. Este último túnel fue practicado e inaugurado en 1944. En el último año del siglo pasado se había pensado que tal comunicación podía y debía verificarse desde la calle “Cuesta” hasta la base sur del “Paredón”, o sea, “Navas de Tolosa”.

El nombre de “Alonso Gullón y García Prieto” fue en recuerdo del gobernador civil promotor de la reforma y ampliación del Asilo de La Caridad de Santander, institución renovada en 1916.

El monasterio de franciscanas clarisas de Santa Cruz del Monte Calvario fundado en 1656 por doña María de Oquendo y doña María Candategui fue convertido en fábrica de tabacos.

Un capítulo doloroso se escribió en la historia de esta calle del Alta: fue en la tarde del 25 de julio de 1892, a la salida de la corrida de toros. Una discusión con un sargento del Regimiento Bailén que guarnecía la plaza en el cuartel habilitado en el gran tinglado de Exposiciones, degeneró en reyerta produciéndose el encuentro a tiros entre paisanos y soldados. El suceso tuvo las proporciones de un motín y toda la Alameda Segunda ardió en gritos y protestas, temiéndose un asalto al cuartel, con lo que se hubiese producido la catástrofe. Como consecuencia, y dada la excitación de los ánimos en la población, las autoridades militares optaron por trasladar el Regimiento a otra ciudad.

El Edificio de Exposiciones estaba destinado a certámenes de ganadería, agricultura y jardinería, y para mítines y reuniones con motivos de extraordinaria importancia. Tuvo su plenitud y eficacia en tiempos de Amadeo Primero y de Alfonso XII, y en los años veinte de este siglo quedó convertido en cuartel de los “boys-scout” santanderinos, institución que tuvo brillantes intervenciones en actos públicos y sirvió para la formación de una generación de muchachos adeptos a los fines universalmente adoptados, del célebre Mr. Power.

En el solar del Edificio de Exposiciones, se construyó el Grupo Escolar que lleva el nombre del marqués de Valdecilla.

## ALTO DE LOS LEONES

Se dio este nombre (1964), en recuerdo de los combates de la sierra de Guadarrama a principios de la guerra civil de 1936-1939. Es una vía de acceso, en el complejo de modernas edificaciones alzadas en la ladera norte de Calzadas Altas, desde la calle Vargas.

## ALTO DE MIRANDA

Como “Barrio de Miranda” comienza a ser citado en los padrones de estados de 1772, y cuando el mariscal Pignatelli trazó allí la confluencia de los caminos del Alta y de la Atalaya desde donde continuaban juntos hasta los fuertes de La Magdalena que así quedaban enlazados con los de Liencres. Esto sucedía el año 1794, en plena guerra de los convencionales franceses con España. Cuando el tiempo fue perfeccionando urbanísticamente la idea puramente estratégica de Pignatelli, el Alto de Miranda se convirtió en nudo de comunicaciones, pues en él se iniciaban los principales caminos hacia el Sardinero, como sucedió con el Paseo de los Infantes, de los pinares; con la “Caña”, del “Cañón” y el de “Pérez Galdós”, y recibió la fluencia del movimiento por el Paseo Viejo de Miranda (de “Canalejas”, después), y los del empinado caminejo de la vaguada de Tetuán, o sea, los conocidos por “Amaliach” y “Camino”. Todo esto hizo que el Alto de Miranda, adquiriese un rango acrecentado notoriamente durante todo el siglo actual.

En 1845, el Cabildo de Mareantes de Abajo o de San Martín, pidió autorización para trasladar al Alto de Miranda la ermita que bajo la advocación de la Purísima Concepción y de los Santos Mártires estuvo desde tiempo inmemorial

pegante a la muralla en el sitio de La Puntida. Con la ermita se trasladaron a Miranda los cultos devocionales de los pescadores, que además celebraban allí romerías y procesiones. El día de Santiago comenzó en tal lugar una popularísima concentración de mareantes y gente del pueblo, y fue pronto costumbre adoptada por la ciudad para sus populares fiestas santiagoueñas.

La primitiva plazoleta fue ampliada en 1875, enmarcada por unos bancos en media-luna, junto al comienzo del descenso a la Caña.

La capilla erigida según los planos del arquitecto Ansell, se convirtió en una especie de auxiliar de parroquia, dado el incremento experimentado demográficamente por aquel sector de la ciudad; y por los años veinte, los Redentoristas, que se habían hecho cargo de la capilla, construyeron su iglesia y residencia, inauguradas el año 1928. Su arquitecto fue Valentín L. del Noval.

Mediado también el siglo XIX se establecieron en el Alto pequeñas fondas muy modestas, con pintoresca clientela de campesinos procedentes de la meseta y llegados para tomar baños de ola por prescripción médica, como aparece en las páginas peredianas y en los anuncios que por aquellos tiempos insertaban los diarios madrileños propagando las delicias del Sardinero.

Los santanderinos “de la tercera edad” han conocido el Alto de Miranda como encrucijada, por donde, según los cronistas, subían a fines del siglo los ómnibus de Pellicer abarrotados de bañistas por el isabelino paseo de la Concepción con roderas del tranvía de mulas. Y de los amenes de la romería de Miranda, ante la ermita, se guarda todavía la visión de las casuchas donde por los veranos se improvisaban las fondas para “Los de Becerril” de Pereda y huertas de ruralía con establos para los bueyes de varias di-

nastías de carreteros, entre los que descollaban por legítima ejecutoria antigua los Villa. Y asomaban algunas villas y hotelitos de verano entre floridos jardines; sin olvidar la taberna del celebérrimo Lucas, el “astrónomo” tejedor de toda una leyenda de pintorescas ocurrencias que merecieron andar en coplas de carnaval cantadas por la comparsa “El Cencerro”.

Conmueve la lectura de una página de “Pedro Sánchez”, que haciendo de cicerone exultante de entusiasmos localistas, dejó mecerse en nostalgias su empecatado romanticismo para, en el estilo muy de la época dejarnos esta descripción del cuadro oteado desde el Alto: “... Desde aquí se divisa todo, se abarca todo y como si estuviera en la barquilla de un aerostato, se alcanza todo a vista de pájaro. El panorama es una profusión de luces y colores imposibles de copiar; el sol fulgura sobre campos y tejados como si quisiera derramar sobre ellos lluvias de oro: la brisa marina asciende hasta aquí suspirante y sollozante soplando el polvo que quita al cuadro diafanidad y brillantez. Cerca de la tierra labrada se ve el jardín que alegra los sentidos y recrea el alma; junto al prado en que seestean los mansos bueyes, próximos al establo, el parque inglés, defendido de dorada verja que coronan árboles de todas castas; allí, al lado de pobre casucha de labrador o de carreteros, que casi despide más humo por entre las tejas que por la chimenea, la lujosa villa de un adinerado o de un famoso. Cien arroyuelos exhaustos a estas horas, recortan el suelo en caprichosas figuras; de hondonadas y veredas surgen verdes penachos que bambolea el viento de la playa; en lomas y cañadas, por todas partes se nota el lazo tejido por los hombres para unir tantas hermosuras de la naturaleza...”.

Por desgracia, no se tuvo, a la hora de las reformas del Alto de Miranda, la cautela de respetar la significación

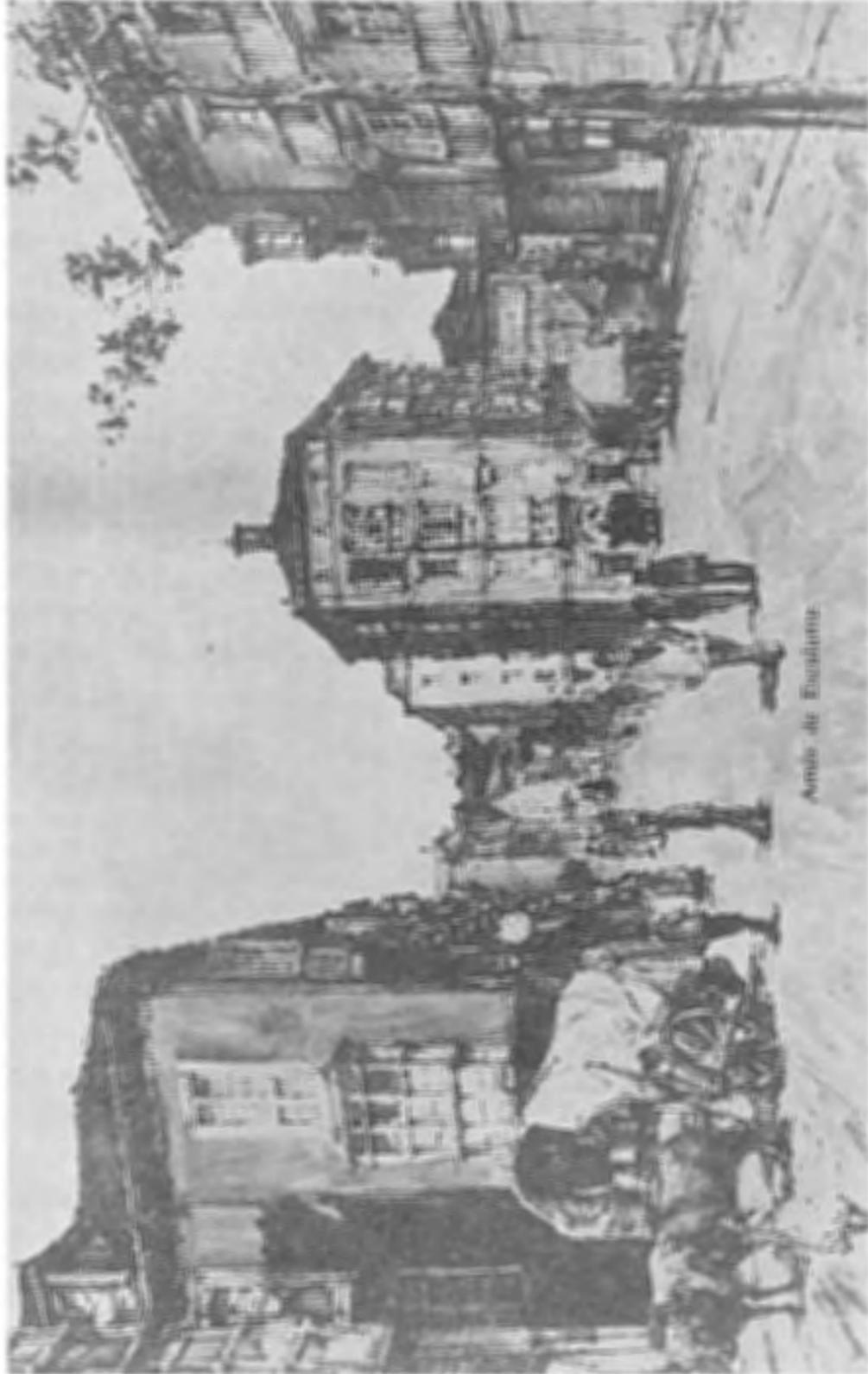
de este apelativo (“paraje alto donde se puede explayar la vista”, dice la Academia). Es muy posible que hoy, cuando se toma en serio el estudio de fórmulas ideales para la convivencia del paisaje con lo utilitario, el urbanista y los concejales no hubiesen consentido construir en el ángulo que era como objetivo de una panorámica sin duda de las más sorprendentes, hacia El Sardinero. Seguramente los urbanistas hubieran dispuesto la erección de un “mirador” —a la manera como ingenieros con sensibilidad han dispuesto al borde de las carreteras provinciales dominadoras del paisaje— avanzándolo sobre la margen izquierda del arranque de La Cañía, y sería algo así como un “Piquio de tierra adentro”.

En el centro de la glorieta, un pequeño obelisco recuerda la conjunción, en aquel lugar, de las brigadas navarras en la mañana del 26 de agosto de 1936.

## AMOS DE ESCALANTE

A la línea del monasterio de San Francisco, en el antiguo y casticísimo “Sitio de Becedo”, comenzaron a construir a principios del siglo XIX las familias de Escalante y Campuzano. Eran terrenos pertenecientes a la hidalga Casa de la Puebla, y por todo el frente de los edificios de sólo dos plantas y la baja, se tendió una acera enlosada el año 1837. En 1845 tomó el nombre de “Calle del Correo”, que perduró hasta el 10 de abril de 1907, en que cambió por el de “Amós de Escalante”, en homenaje al escritor y poeta santanderino nacido en la primera casa. La Acera conservó su traza y carácter hasta la entrada de la calle de Cervantes.

La denominación oficial de “Acera” dató de 1855 y la



Arado de Euzelimita



tomaba por su especial característica de andén cómodo, frente a la llamada “Plaza del Santo Cristo de Becedo”, o “del Peso”, y también “del Correo”.

En septiembre de 1902 y a raíz de la muerte del escritor fue colocada en la fachada de su casa una lápida con la siguiente inscripción: “En esta casa nació y murió don Amós de Escalante, gloria de la Poesía y de la Literatura montañesas. La Ciudad de que sus letras fueron gala y virtudes ejemplo, le dedica esta lápida a honra de su memoria”.

Cuando el año 1942 se hizo la reforma de la antigua Plaza de Becedo, desapareció del borde de la Acera la hilera de acacias que desde lo antiguo venían dándole un carácter especial a ese enclave urbano.

Al otro lado del arroyo, se estableció en 1890 el punto de parada y regreso de un ferrocarril urbano, que comenzó funcionando hasta Cuatro Caminos y después se prolongó hasta Peñacastillo.

**ARCE, Guillermo**  
Doctor

Al trazarse el Parque del Dr. González-Mesones, se tendió, en su flanco occidental y paralelo a los Campos de Sport, una avenida desde la de Castañeda (en la glorieta del Dr. Fleming), hasta “García Lago”, a la entrada de los edificios Feygon, reservándose dos espacios para jardines, uno de los cuales se bautizó con el nombre de Rubén Darío y otro con el de “Almirante Cervera”, en recuerdo del crucero que durante la guerra civil bloqueaba las costas cantábricas y un cañón que fue instalado, a guisa de monumento, al ser desguazado el buque. El año 1955 se había propuesto dar

el nombre de Concha Espina a la misma avenida, que fue denominada "del Stadium", antes de titularse definitivamente del Dr. Arce.

Había un precedente curioso, muy poco conocido y que sólo repasando las actas municipales se pone en evidencia. Y fue que el año 1917, en plena efusión popular por la vecindad durante los veranos, de la familia real, un grupo de propietarios de El Sardinero (uno de los firmantes lo hacía a nombre de Hijos de Castañeda concesionarios de la segunda playa), pidió al Ayuntamiento que el estrecho paseo flanqueante de la playa, fuese denominado "Barrio nuevo de los Reyes", y a la carretera comprendida entre los hoteles de Aparicio hasta su bifurcación con el camino de Cueto y el Faro, se diese el nombre de "Avenida del Príncipe de Asturias". La Comisión permanente determinó no acceder "ínterin no se urbanicen en debida forma aquellos caminos", y pedía a los solicitantes que cedieran a la ciudad los terrenos necesarios para trazar una zona bien urbanizada que justificase tan altos títulos. No volvió a hablarse más del propósito.

### **ARCILLERO, Pasaje del**

Hasta el mes de febrero de 1941 subsistió el nombre de Arcillero (Véase Calles desaparecidas por el incendio) y el municipio alentó la idea de mantener en lo posible las viejas denominaciones bautizando con ellas nuevas arterias en el plano de la Reconstrucción. El de Arcillero era muy característico de épocas seculares, y por ello se preservó en la lápida de uno de los dos Pasajes que flanquean al Este y Oeste el edificio de la Caja de Ahorros para comunicar la Plaza de Velarde con la Rualasal. Ac. Mpal. de 1953.

## ARGENTINA

Viene llamándose así oficialmente desde el 1.º de octubre de 1918 como homenaje a la república hispanoamericana. Está comprendida entre Calzadas Altas y calle Justicia.

### ARRABAL

Arrabal, fuera de la muralla por el Este, citado en los más antiguos nomenclátors (así, en 1710), y en los Padrones de Estados (el de 1772 registraba allí siete familias hidalgas); todavía en el día se conservan algunas casas con portal de poco más de un metro de ancho, trastrabilladas escaleras y pisos con dos huecos a la calle. Tenía su entrada por la parte norte de “La Calzadilla” (Puntida) y formaba parte del barrio de “La Mar”. Hasta bien entrado el presente siglo, contaba con un vecindario preponderante de pescadores, restos de los antiguos mareantes del Cabildo de Abajo.

Sus bajos (“bodegas”, las llamaba el vulgo), se destinaban a depósito de redes y aparejos de pesca, y había algunas tabernas estrechas y profundas, tiendecillas de los más diversos artículos domésticos, alguna carbonería, yeserías... Lo extraordinario de esta calle es que durante años circuló por allí el tranvía eléctrico que partía de la Plaza Vieja para Miranda rozando las aceras.

Los raíles echaban chispas como rueda de amolador y los trolleys eran traca chisporroteante.

Al final, y trazando una curva hacia el norte, había, adosadas a las últimas casas de la calle del Martillo, unas tejanas dedicadas a fraguas, que después han tenido otros destinos.

El año 1907, y a la muerte de Eduardo Benot, se trató en el Ayuntamiento de dar su nombre a la calle del Arrabal, desechándose la propuesta para destinarle la que en la actualidad lleva su nombre. Varios vecinos del Arrabal aprovecharon la ocasión para pedir al Municipio cambiase ese nombre, dada la significación esotérica que se le daba, “deprimente para la conceptualización de los propios vecinos”.

La calle del Arrabal está destinada, en virtud del proyecto de remodelación de todo aquel barrio, a desaparecer en toda su ladera del norte, pues será en su día prolongación de Rualasal para su unión con la plaza del Río de la Pila. Al construirse la nueva sede de la Telefónica, en esta última plaza, se previó ya la realidad del proyecto, alineando el chaflán de su fachada con las coordenadas aprobadas oficialmente.

**ARTIGAS, Miguel**  
Bibliotecario

Durante el período revolucionario de 1936, entre las numerosas demoliciones e incautaciones arbitrarias del plan del entonces alcalde Ernesto del Castillo, figuró la conocida “Huerta de Escalante” que comprendía una vasta extensión entre las casas de “Amós de Escalante”, “Cervantes” y “Concordia”. El límite, por levante, lo constituía el tapial que a principios de siglo XIX, separaba la huerta de la de los franciscanos. Al procederse a la reconstrucción de la zona destruida en 1941 y la de influencia, en el plano figuró la citada finca de Escalante, en abertal por haberse demolido sus tapias por ambas alas, para practicar una calle prolongación, en línea recta, de la de “Rubio”.

En virtud de convenio con el nuevo propietario del te-

rreno, la calle sería de servidumbre pública sólo para peatones, y por tanto, estaría en ella prohibido el tránsito rodado; y una vez urbanizada con esta condición, se le dio el nombre de “Bibliotecario Miguel Artigas Ferrando”, en memoria del primer regente de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Era de nacimiento turolense, pero enraizado en Santander, donde llevó a cabo una brillante labor intelectual.

## ASILO

El 31 de agosto de 1865 se confirió este nombre a la calle abierta al sur del Prado de Viñas donde se había construido un alto y fuerte muro de contención para sostener la calle superior (final de Viñas) a cuyo amparo fundaron en 1853 el Asilo de San José las monjas de San Vicente de Paúl, dedicadas a la enseñanza y recogida de niños pobres. La calle asciende desde la Travesía del Cubo, paralela a Vista Alegre, al otro lado de la finca del Asilo.

## ATALAYA, Cuesta de la

En el Padrón de Estados de 1772, figura “Fuera de la Puerta de Santa Clara subiendo a San Sebastián”, como identificable del acceso al otro lado de la huerta de las monjas clarisas hacia la cumbre de la loma norte de la ciudad. En 1710 figuraba ya en el primer nomenclátor conocido. A finales del siglo XVIII, el mariscal Pignatelli hizo practicable el camino para la comunicación del recinto de las dos Puebas para su sistema defensivo, establecido a

todo lo largo de la loma desde Pronillo hasta el Alto de Miranda. Enfrente de los actuales pabellones del Este del cuartel de la guarnición, el Real Consulado de Mar y Tierra erigió una atalaya, de la que la pindia subida tomó el apelativo que aparece por vez primera, oficialmente, en el nomenclátor de 1845: todavía, en 1837, era conocida la cuesta como “Subida a San Sebastián”, barrio comprensivo de toda la zona al norte de Tantín.

Por este camino de la Atalaya hacían su irrupción principalmente, los campesinos del otro lado de la colina para entrar (en la primero villa y después ciudad) por la Puerta de Santa Clara.

La cuesta, siempre bullente, no ha sufrido cambios en su posición sobre los planos oficiales. Surgen a ella por el oriente, las calles Tantín, San Celedonio, San Sebastián y María Cristina, y por el poniente, San Celedonio, la entrada al Barrio José María de Pereda y Vista Alegre.

El incendio de 1941 prendió en las manzanas del Este, deteniéndose en Tantín donde se hicieron algunos cortafuegos con dinamita en la mañana de la tercera jornada de llamas.

(Nota. El curioso lector encontrará detallada historia de la Cuesta de la Atalaya en el libro “Retablo santanderino”).

### **ATARAZANAS, Plaza de las**

El año 1945 y para salvar del olvido el para todos los santanderinos evocador e histórico nombre de Atarazanas, el Municipio acordó atribuírsele a la pequeña plaza de acceso a la catedral, resultante de la nueva ordenación de los accesos de la antigua Colegial y en cuyo centro se alzó



Cuesta de la Atalaya, desde la calle Zapateros.



un pequeño monumento a la Asunción de la Virgen, inaugurado en 1950.

En relación con el nombre de Atarazanas, el lector puede consultar en este libro su historial con las incidencias en la historiografía santanderina.

## AZOGUES

Aunque en las relaciones oficiales no comienza a figurar esta calle hasta redactarse el Padrón de Estados de 1772, ya muy anteriormente —con seguridad desde la fundación de la Colegial— se conocía este lugar por “azogue”, o sea, “plaza donde se tiene trato y comercio público”. “Viene de zoq”, agrega el Diccionario. Azoguejo equivale a plazuela; y es hoy, por tanto, clara alusión a la significación de esa callecita silenciosa practicada al flanco de los fundamentos de la catedral.

El año 1816 se citaba con motivo de su reforma y al de “Somorrostro”. La escalinata de la parte oriental fue practicada en el escarpe para acceso a la iglesia del Santísimo Cristo y, asimismo, a unos senderos que cruzaban el morro del cerro al pie de los muros del castillo de San Felipe. Igualmente fue camino de entrada al cuartel en que quedó convertido el castillo. No era una calle propiamente dicha, y sí de servidumbre. Pero conservó todo su carácter misterioso del medioevo. Por extensión, el nombre se le da también al pórtico de la iglesia del Cristo en su viaje hacia poniente, en el que ha experimentado notable transformación al reconstruirse la catedral gravemente dañada por el incendio de 1941.

## BAILEN

En virtud de la Ley de Ayuntamientos de 1845, se bautizó con el nombre de Bailén la calle que va desde el Muelle (entre las casas números 8 y 9) hacia la antigua de “la Mar”. Al año siguiente se acordó su prolongación hasta la del “Medio” tal como aparece hoy en día. En 1862 se denominó “Calle de la Mar” el trozo entre Hernán Cortés y del Medio. Al regularizarse, seis años antes el trazado de aquella zona y dibujarse en la cuadrícula los solares donde habrían de construirse, con el tiempo, a un lado el llamado “palacio de Macho” y al otro el Banco Mercantil, quedó totalmente urbanizada esta vía. Pero en el año 1971 (según se anota en HERNAN CORTES) al desaparecer el “palacio de Macho” cobró nuevo destino, pues erigido un edificio para el Banco de Santander, la calle Bailén ha sido también ensanchada en aquel tramo.

## BARCELONA

La primera noticia oficial de esta denominación aparece el 20 de marzo de 1889, dada en honor de la capital catalana. Es una calle corta y muy tranquila entre “Antonio del Puerto” y “Andrés del Río”.

## BARRIO PESQUERO

Aunque popularmente es conocido por Barrio Pesquero, en el proyecto y a efectos oficiales su denominación es POBLADO DE PESCADORES. Está situado en la zona más occidental de los muelles de Maliaño, y encuadra la dársena de este último nombre. Se desarrolló en un solo plano horizontal en el que los bloques de casas (de no más de tres

plantas), se desarrollan en torno a la plaza principal, llamada "De los Cabildos", en recuerdo del Cabildo de Mareantes de la Puebla antigua. La cruzan, por tanto, varias calles, a las que se dio nombres de los personajes peredianos de la novela "Sotileza". Fue edificado y tutelado por el Instituto Social de la Marina, Gremio de Pescadores y Obra Sindical del Hogar en la década de los años 1940. Sus calles llevan los siguientes nombres: (Ac. Mpal. 1946).

**MOCEJON - MUERGO - PADRE APOLINAR - PLAZA DE LOS CABILDOS - SARGÜETA - TIO MECHELIN**

Adscritos a este barrio están la Iglesia, con carácter de parroquia, un Cinema, una escuela de primeras letras y un Instituto de E.G.B.

En la dársena se cobija toda la flota pesquera de la matrícula santanderina y la Lonja. Igualmente corresponde a sus actividades un largo galpón de pequeños almacenes para la guarda de los aparejos de pesca.

Este Barrio se ha convertido en cierto modo en lugar típico donde son recordados los antiguos mareantes santanderinos, y contribuye a su atracción turística una serie de restaurantes populares que le dan carácter al conjunto.

## **BELCHITE**

Nombre dado en 1964 para evocar la batalla librada durante la guerra civil. Comunica las calles Justicia y Argentina.

## **BENOT, Eduardo**

A los pocos días de su fallecimiento, se propuso al Ayuntamiento la dedicación de una calle, que en principio se

pretendía fuese la del Arrabal, desechándose por “impro-  
pia” para la personalidad de Benot, por lo que el acuerdo  
recayó en el sentido de titular la calle que parte del Paseo  
de Pereda y atraviesa normal hasta la Plaza de Cañadio.  
Nacido en 1822 y fallecido en 1907, Eduardo Benot, filó-  
logo y académico de la Española, militó en política en el  
partido Federal, del que, al fallecimiento de Pi y Margall,  
fue elegido presidente.

### **BERGANTIN**

Véase ACTIMAR.

### **BIEN APARECIDA, La Colonia**

Al Oeste del Barrio de Los Pinares, se alza, en la misma  
ladera, un Grupo colonia titulado “La Bien Aparecida”, con  
una pequeña servidumbre desde el barrio citado.

### **BLANCA NIEVES, Barrio de**

Se apodó así un conjunto de graciosas casitas indivi-  
duales construidas por los años 50 para formar un conjunto  
residencial de clase media en la ladera de la Peña del Cuer-  
vo, con entrada por “Montevideo”.

### **BLANCAMAR, Colonia**

Ubicada en un solar en forma de cuarto de círculo, se  
alza en el Paseo del General Dávila; su fachada principal  
está en la misma línea de las Colonias de la Universidad y  
de Virgen del Camino, sin soluciones de continuidad entre  
las tres.

## **BLANCO, Juan**

Se inicia en “General Dávila”, número 219 para descender hasta Lugar de Monte. Juan Blanco fue un generoso donante para el funcionamiento de la escuela de párvulos que existía en la Bajada de La Encina en El Sardinero a la entrada por el Paseo de los Infantes.

## **BLANCHARD, María G.**

Pintora

María G. Blanchard, considerada entre lo más selecto de la pintura española contemporánea, nació en Santander, calle de Santa Lucía; hija de Enrique Gutiérrez Cueto, periodista, director del diario “El Atlántico”. Fue pensionada por el Municipio santanderino para sus estudios artísticos, y marchó a París donde se adscribió estéticamente al movimiento cubista. (Polígono de CAZOÑA.)

## **BOLIVAR, Simón**

Al trazarse las calles paralelas al Paseo de Pereda, resultó como una solución de continuidad un breve espacio cuadrilongo al norte de la entonces llamada Calle de Calderón, y se le denominó “Plaza del Cuadro” el 24 de diciembre de 1862, “desde el Muelle a San Matías”, decía el acuerdo. “San Matías” era llamada entonces la calle que después fue Velasco. Por los años 50 del presente siglo, se decidió cambiar el nombre tradicional por el de Simón Bolívar, pues la plazoleta que con tal nombre existía (aprobado en 1929) entre las calles de Calderón de la Barca y Méndez Núñez, ante el edificio del Hotel Europa, desapareció por la reforma urbana.

(Simón Bolívar, que pasó a la historia como “El liberador” (1830-1873), fue el artífice de la independencia de las antiguas colonias españolas en Centroamérica.)

### **BONIFAZ, Ramón de**

En 1864 se rotuló con este nombre una calle anteriormente denominada “General Espartero”, hasta caer en el disfavor de la opinión, pero más tarde lo recobró a raíz de la revolución del 68. En 1963 era citada “de Bonifaz” al aprobarse el proyecto de construcción de casas “hasta el enlace con el camino de Miranda”. En 1868, varios vecinos pidieron la apertura de una vía al norte de “Peña Herbosa” y que se llamara “de Bonifaz”, “que tiene —aclaraba la propuesta— desde hace mucho tiempo” (En efecto, el expediente de denominación se tramitó en 1864). Tardó bastantes años en realizarse el proyecto en su totalidad pues en 1897 hubo que desmontar el montículo propiedad de Santos Zorrilla para edificar el convento de las Siervas de María. Los cimientos del sur de este convento se apoyan en un fuerte muro de diez metros de altura.

(Ramón de Bonifaz fue el almirante al servicio de la Marina de Castilla pedida por Fernando III para la conquista de Sevilla en la histórica acción de 1248, dando origen a las armas de la villa santanderiense por privilegio del Santo Rey. Bonifaz nació en 1196 y murió en 1252.)

### **BRISAS, Plaza de las**

En una relación formada en 1918 figura así nombrada. La lenta, en principio, pero después rápida transformación de El Sardinero, cuando en 1925 era nombrado arquitecto

del Ensanche Ramiro Sainz Martínez, coautor de la reforma de toda la zona, quedó como resultante de las nuevas alineaciones de calles y avenidas entre Piquío y los hoteles fronteros, un espacio verde con jardines modernos, que cobró definitivamente el nombre de "Plaza de las Brisas". Es de forma triangular, tendida como un pañuelo con el vértice inferior en la cota más baja al comienzo de la Segunda Playa. En esos jardines se emplazó una escultura en bronce de Cristóbal Colón, obra del escultor catalán Llimona, donada a Santander por la Compañía Trasatlántica Española y cuyo verdadero destino iba a ser el trasatlántico "Cristóbal Colón". En el jardín al pie del monumento se construyó en 1945 un mapa en relieve de la provincia montañesa. Como nota curiosa sobre la existencia de Piquío, no debe olvidarse que el año 1913 hubo un proyecto, presentado al Municipio, para construir un Casino en aquel roquedal.

En 1935 la ciudad tomaba el acuerdo de dar a esta plaza el nombre de su autor, Sainz Martínez, pero, como suele suceder cuando de reconocer méritos se trata, ni se colocó la placa ni las gentes hicieron el debido aprecio al talento y al arte del creador de la plaza. También el Municipio había acordado, en 1927, dar a Las Brisas el nombre de Juan Pombo Conejo, fundador de una dinastía y hombre de extraordinaria acción en la vida local durante medio siglo.

Piquío, por su situación estratégica en la ensenada de El Sardinero tuvo en lo antiguo un destino militar y allí estuvo instalada una batería. Durante la guerra civil, de 1936, el Frente Popular ordenó convertir la punta de Piquío en fortín, con pozos de ametralladora y bunkers camuflados en las rocas. Cuando El Sardinero comenzó a ser, antes de finalizar la primera mitad del siglo XIX, estación para los baños de ola, el Municipio reivindicó para sí la propiedad de

la punta rocosa divisoria de las dos playas. Al revertir esa propiedad se trazaron unos sumarios jardines que conservaron el carácter agreste del lugar junto al que pasaba, por una trinchera, el primitivo tranvía. A principios del segundo decenio de este siglo, comenzaron las grandes transformaciones: entonces se hizo una reforma consistente en practicar senderos, rampas, pequeñas plataformas y miradores y se construyó un castillete de tosca mampostería con algunos adornos de tipo rústico; pero el todo era un "pastiche" propio de la época. Cuando se hizo cargo de la dirección del Ensanche, Sainz Martínez inició, como va dicho, la gran reforma de tan pintorescos lugares en los que, respetando las imprescindibles normas de la Naturaleza, introdujo una traza moderna y de unidad ornamental con jardines, pérgolas, escalinatas y senderos hasta constituir un conjunto que por la armonía de sus elementos, y por los detalles, resultó obra muy alabada.

## **BRUNETE**

Es una pequeña calle de las abiertas en la ladera de las antiguas Calzadas Altas, por el sur, desde Justicia hasta Argentina, paralela a Belchite. Act. Mpal., 1964.

## **BURGOS**

En la voz "JESUS DE MONASTERIO" se dan algunas referencias acerca de los antiguos tinglados de Becedo construidos mediado el siglo XVIII por Juan de Isla y Alvear para su fábrica de jarcia con destino a los navíos construidos en las gradas de Guarnizo. Con tal aspecto perduró el

camino real de la Mies del Valle que en 1845 adquiría el nombre de "Burgos" (al comienzo de dicha Mies), en el plano de Chávarri. Algunos incendios en los tendejones (que a la quiebra del intrépido Isla se convirtieron en almacenes, fraguas, tiendas, mesones y otras pequeñas industrias), fueron variando la fisonomía de la primitiva construcción, por encima de cuyos tejares se mecía al viento la ininterrumpida corona verde del arbolado de Calzadas Altas. Por entonces, la calle Burgos comprendía desde la casa de Isla (junto al actual Pasaje de Peña) hasta la Plaza de Numancia y así consta en documento oficial de 1862 en el que se dice que "en lo sucesivo se llamará de la Alameda". Pero esta denominación no tuvo éxito en la costumbre del pueblo, como tampoco la tuvo la que la revolución del 68 adoptó solemnemente de "Veinticuatro de septiembre", pues desaparecería con la Restauración en 1876. Desde 1949 se denomina "Burgos" el trozo iniciado en el Gran Cinema y que termina en Numancia.

**BUSTAMANTE QUEVEDO, Joaquín**  
Marino e inventor

Véase CAZOÑA.

(1847-1898). Nació en Santander y murió en el combate de San Juan, de Cuba, al frente de una columna de la escuadra de Cervera. Fue director de la Escuela Naval de Cartagena. Inventor del torpedo de su nombre. Durante muchos años, llevó su nombre el andén sur de la Avenida de Valdecilla.

## CACHO

El acuerdo de formar una alameda en el Arroyo de la Cruzada, de El Sardinero, se realizó en 1874. El vulgo la denominó "de Cacho" por las posesiones que Celestino Cacho tenía en aquella zona, y cuya cooperación permitió que al año de la Restauración los veraneantes dispusieran de un lugar recogido, y abrigado de las brisas marinas durante las veladas estivales. La alameda, entre los Pinares y la plazuela del Pañuelo fue adquiriendo categoría de "salón" romántico, preferido para los paseos en las tardes de verano, y, durante los finales del siglo y principios del actual, las plantaciones de plátanos de rápido desarrollo convirtieron el lugar en sitio de los más atrayentes para los encuentros sociales, con bancos de alto respaldo de hierro y en el centro, durante muchos años, un templete para las veladas nocturnas. También durante años, terminado el plazo de las fiestas de la Alameda Segunda, buena parte de las instalaciones feriales se trasladaban a la de Cacho, inaugurándose el día de San Roque, patrono que recibía culto en la ermita sobre la punta de "El Cañón" entre las playas primera y de la Concha. Este apéndice de las Ferias santiaguinas cambió el escenario a la Cañía, cuando se llevó a cabo la honda reforma de la Alameda, en 1945. Fueron talados los añosos árboles sustituidos por nueva plantación y se trazaron jardines en varios planos, todo ello con estilo moderno y lleno de carácter. Fue obra de Sainz Martínez, y era como un complemento a la sencilla belleza de Piquío.

Al fondo de la Alameda se tendió una escalinata de acceso a la nueva iglesia de San Roque, erigida para reemplazar la capilla demolida durante la revolución de 1936. A un lado de la Alameda, en rincón umbroso, se construyó un Odeón para conciertos folklóricos y representaciones popu-

lares en las noches estivales. Allí mana una fuente de aguas ferruginosas que en lo antiguo se ganó los favores de las gentes, en competencia con la linfa de la famosa Fuente de Cacho. Allí fue situado un busto, en bronce, del cantante montañés Antonio Vela.

## CADIZ

El primer testimonio de esta denominación está fechada en 1891 al pedir “la alineación de la calle de Cádiz” y seis años después constó en el callejero como perteneciente al séptimo distrito (Catedral). En el plano de Rozas se traza ese lugar como cantil de la bahía, donde comenzaban los rellenos para la Nueva Población de Maliaño cuyos muelles, a continuación del “de hierro” (perteneciente a la Compañía del ferrocarril de Isabel II), se habían iniciado en 1853. Pero todavía no era una calle de fácil tránsito, pues hasta 1900 no se pidió oficialmente “la apertura de la calle de Cádiz” por donde sólo discurría pudorosamente una calleja de irregulares tramos, iniciada por detrás de Méndez Núñez, en el rincón con los bajos del palacio episcopal que se edificó por aquel lado sobre altos murallones, con petulancia de fortaleza. De allí se dirigía casi en línea recta a la Plaza de las Navas de Tolosa, para continuar, salvando la entrada de la Rampa de Sotileza por sobre un muro del patio de viajeros de la estación del Norte, junto a los talleres de fundición de Corcho, e iba a perderse por un caminejo flanqueado por altos eucaliptos, en la base de la Peña del Cuervo.

Con las reformas de 1941, permaneció como calle de Cádiz, que sigue aproximadamente la línea de la antigua si bien más amplia, con entrada por la Avenida de Alfon-

so XIII hasta la calle del “Arquitecto Atilano Rodríguez”.

En su iniciación, a mano izquierda se alza el moderno Hotel Bahía, construido aproximadamente en el sitio donde estuvo el destruido Hotel Europa; a la derecha, el Banco de España y los muros de la llamada Casa de Canónigos, de la catedral, y del Claustro, es decir, lo que en lo antiguo se llamó “El Paño Santo”, cementerio santanderino en el medievo.

Esta calle tuvo el doloroso privilegio de ser la en que se inició (casa número 20) el incendio de 1941, en las primeras horas de la noche del 15 de febrero.

### **CAJO, Barrio**

En este barrio comienza la carrera general de Santander a Asturias, al término de la Avenida Valdecilla. En él converge el moderno Polígono residencial de Cazoña en el puente del ferrocarril Cantábrico a Oviedo.

### **CALATAYUD**

El nombre de esta vía es homenaje a la ciudad aragonesa por su empeñada colaboración en la batalla sostenida durante más de medio siglo para la solución del problema del ferrocarril llamado en su principio “del Mediterráneo”, y posteriormente “De Ontaneda a Calatayud”. La calle comienza en Pérez Galdós y desciende para desembocar en Joaquín Costa.

### **CALDERON DE LA BARCA**

Véase “Calles desaparecidas por el incendio”.

## **CALDERON Y G. DE RUEDA, Fernando**

En agosto de 1978 fue dedicada una de las calles nuevas surgidas en la ladera sur de Las Llamas (la que durante muchos años fue llamada "Calleja de la Encina", a Fernando Calderón y G. de Rueda, destacado miembro del Centro de Estudios Montañeses.

## **CALERUCO, Bajada del**

En sus comienzos y hasta hace no muchos años, fue una cambera según el léxico popular. Desde hace una veintena, se está poblando y urbanizando conforme a la mayor importancia que va adquiriendo por su servicio de comunicación de la ciudad con Lugar de Monte, en su extremo occidental desde Pronillo. Se desconoce la iniciación oficial de este nombre, por no constar en los documentos consultados, y fue incorporándose por la costumbre hasta tomar carta de naturaleza en el nomenclátor oficial a principios de este siglo. Parece lo más probable que el título lo adquiriera de alguna cantera de piedra donde se hacía la cal, y el vulgo lo adoptó transformándolo con el "uco" cariñoso (o despectivo, que de ambas significaciones participa) al estilo montañés.

## **CALVO SOTELO, José**

Comprende esta moderna Avenida lo que fueron calles de "La Ribera" y "Atarazanas", y es la resultante de la reforma tras del incendio de 1941, que destruyó totalmente las dos importantes arterias.

Citaba el canónigo Zuyer en su informe, en 1660, a la Ribera como “la calle más larga”, donde “no hay más que veintiséis casas en fila”. El historial de La Ribera y de Atarazanas, los hallará el lector en el capítulo dedicado a las calles desaparecidas durante las jornadas de febrero de 1941. La primera, como sede de correderías, escritorios de consignatarios y armadores y almacenes y tiendas de efectos navales, permaneció casi con su primitiva estructura hasta el momento de la liquidación por el fuego. En el cuadro pintado en 1794 por encargo de Carlos IV, conservado en el palacio de Oriente y de él copia exacta en la Alcaldía santanderina, se advierte cómo era su traza con el edificio de la Aduana y las cinco primeras manzanas de casas del Muelle. Sobre La Ribera se escribía en “El Despertador Montañés” el año 1850 lo siguiente: “Desearíamos que la autoridad competente, ya que no mandan derribar la mayor parte de las casas de esa calle, como indignas de formar, por feas y por viejas, a la cabeza de la compañía de nuevos y hermosos edificios, dispusiere al menos el que los balcones de madera fuesen reemplazados por otros de hierro, para evitar desgracias, como estuvo a punto de ocurrir al desplomarse el que está encima de la librería de Riesgo”. (Riesgo era hijo del primer impresor que Santander tuvo, llegado de Palencia, contratado por el Real Consulado de Mar y Tierra y por el Obispado instaló la primera máquina de imprimir conocida en Santander).

En 1930 se le dio a la Ribera el nombre de “Juan José Ruano de la Sota”, esclarecido político santanderino, pero no llegó a tener fortuna, pues las gentes siempre siguieron nombrándola según lo venían haciendo desde tiempo inmemorial. Comprendidos sus solares en el plan general de reforma de 1941, pasó a ser parte de la “Avenida de Calvo Sotelo”, título que ya le había sido conferido por acuerdo

municipal de 1937. Entonces tenía el de “Avenida de Rusia”, dado en el otoño de 1936 durante la revolución. Su límite por el poniente es la cuesta del Hospital.

En esta Avenida se alza la primera casa construida en toda la zona arrasada por el incendio y que es conocida por “La Polar”, en cuya fachada se mandó colocar una placa de bronce para informar a las generaciones futuras de tal circunstancia. Superponiendo el plano de la zona siniestrada al actual, se puede advertir la casi total coincidencia de límites y lo que fue calle de la Ribera, comprendida entre la calle del Puente y el edificio de la Hacienda. En cuanto a Atarazanas se trazaba desde la Plaza del Generalísimo hasta la calle Lealtad. (Véase también descripción en ATARAZANAS.)

(José Calvo Sotelo (1893-1936) fue ministro en el Gobierno de la dictadura de Primo de Rivera. Se expatrió a París durante la República y murió asesinado en Madrid cinco días antes de estallar el Alzamiento Nacional.)

### **CALZADA, Bajada de la**

Desde General Dávila, número 248, al Barrio de Aviche.

### **CAMINO, Barrio de**

Insensiblemente, desde Tetuán fue practicándose un sendero muy pindio hacia el Alto de Miranda, “como aliviadero” del también fuerte repecho del Paseo Viejo. A un lado y otro fueron alzándose casas entre huertas y al mismo tiempo se fue conociendo por el apellido Camino (confirmado oficialmente en 1898) al hacerse la apertura en terrenos de la pertenencia de la familia González-Camino.

**CANALEJAS, José**  
**Grupo**

Es un grupo residencial construido entre el número 84 de Tetuán y el Paseo de Canalejas. Le cruza en el eje longitudinal la calle "Río Cubas".

**CANALEJAS, José**  
**Paseo**

Se llamaba Paseo Viejo de Miranda y no tomó el nombre actual hasta el 24 de enero de 1913, como recuerdo al jefe político y del Gobierno asesinado en la Puerta del Sol madrileña, en atentado por el anarquista Pardiñas. Primero, el 20 de noviembre de 1912, se hizo la propuesta de conferir tal nombre a la calle Atarazanas. Se dio la circunstancia de que el anarquista Pardiñas, autor del atentado, había desembarcado en Santander, procedente de La Habana, en el trasatlántico "La Champagne", el 22 de enero de aquel mismo año. Se supo por un reportaje publicado en "El Comercio", de Gijón que, durante el viaje, Pardiñas hizo contacto con otro anarquista, y que permaneció en Santander unos ocho días. Aquí tuvo, al parecer, relaciones con la hija del dueño de la casa de huéspedes en que hizo estancia, con la que se marchó a Madrid. De las investigaciones realizadas por la policía, se supo que Pardiñas había cobrado en el Banco Mercantil un cheque del Banco de La Habana, y que durante su estancia entró en relación con un viejo tipógrafo santanderino muy conocido por sus ideas anarquistas, quien le garantizó el cheque. Este indicó en sus declaraciones que hacía más de veinte años que Pardiñas embarcó en Santander para La Habana, para lo cual vino de

Londres exprofesamente otro correligionario suyo llamado Vicente García.

En 1848 podía leerse en “El Despertador Montañés” lo siguiente: “Se habla del camino del Sardinero desde el Muelle por Miranda. “El Despertador” tiene otro proyecto: dar principio al extremo norte del Muelle formando con la calle de la Nueva Población que pasa por delante de la manzana de Regules y Botín y siguiendo en línea recta hasta las rocas más salientes del prado de don Juan José de la Colina, de cuyo punto ha de volver por la izquierda y pasar entre la glorieta de la aguada (Molnedo) atravesando a nivel casi perpendicular el camino real de Molnedo hasta llegar a subir por una pequeña altura que forman los prados de herederos de Nicolás Vial, etc., etc.”. Quedaba perfilado con bastante exactitud lo que después, en 1863, fue aprobado: una vía que partiendo del extremo Este de Hernán Cortés, y atravesando la escollera hasta cubrir el gasómetro (en la calle de entrada a Tetuán que han conocido los santanderinos de esta generación), y faldeando la loma, dirigirlo al Alto de los Mártires para seguir al Sardinero. Pasados algunos años se fue reformando a medida que las necesidades urbanísticas y del tráfico exigían.

A la margen izquierda del Paseo Viejo se estableció la fábrica de jabones “La Rosario” (de la familia de los Pereda, y de la que fue presidente del Consejo de Administración el propio novelista), junto a la de “Cirages Français”, más conocida por “Fábrica del Betún”, que hizo popularísima la marca “Eclipse”. Casi al final, en la cumbre estuvo durante muchos años la “Parasolerie Française” y una fábrica de barnices y pinturas, igualmente francesa. Las Religiosas bernardas contruyeron en 1911 su residencia e iglesia, así como los Escolapios se establecieron en la finca de Castanedo, al iniciarse la cuesta.

(José Canalejas y Méndez. 1854-1912. Diputado a Cortes a los 27 años. Fue ministro en varios Gabinetes. Jefe del Gobierno y Presidente del Congreso. Asesinado en la Puerta del Sol, por un anarquista.)

## **CANARIAS**

Véase Barrio "ROLDAN LOSADA". (Ac. Mpal., 1964.)

## **CANDA LANDABURU**

A consecuencia del incendio de 1941, en que tantos hogares humildes desaparecieron, el Municipio construyó una serie de casitas (dos centenares) de una sola planta, dotadas del correspondiente huerto familiar. A pesar de haberse previsto una amortización a plazo fijo, la barriada ha continuado. Barrio de Lavapiés se llamaba a la llamada de La Albericia.

## **CANDINA**

Esta arteria surgió al remodelarse el plano al poniente de la Avenida Jerónimo P. y Sainz de la Maza, ya en la parte sur, y tomó (concedido oficialmente) el nombre de Luciano Albo Candina, Director general de Comercio, y en reconocimiento a sus atenciones a los problemas santanderinos por los años cincuenta.

## CANTERAS, Barrio de las

Como el Barrio de Canalejas, éste se sitúa sobre la vaguada de Tetuán, o sea, en su margen izquierda hacia el Este, con el número 84. Está ubicado muy cerca de la cañada donde se encuentra el túnel del antiguo tranvía de vapor de Pombo al Sardinero.

## CAÑADIO, Plazuela

Observando la configuración de la actual plazuela, no es difícil comprender que a finales del siglo XVIII esto era una breve ensenada del mar interior, playazo cuando todavía la nueva Población se estaba gestando. Que tuvo su importancia lo demuestran dos hechos: el de que allí hubo, durante siglos, un pequeño astillero de ribera para buques de pequeño calado (que todavía funcionaba a principios del siglo XIX) y un muelle para atraque de veleros como “El Cervecero de Cañadio” en el que se exportaba la cerveza de la fábrica creada por el conde de Campogiro; fábrica ubicada en el ángulo nordeste (aproximadamente lo que hoy es Garaje de Sancho) y amplió las instalaciones para elaborar cerveza en Campogiro. Colosía previó en su proyecto el relleno del marismón hasta Peña Herbosa, lo que llevó a cabo Guillermo Calderón al construir sus muelles. Aparece Cañadio en el Padrón de Estados de 1786 conjuntamente con los nombres de Santa Lucía y Castejón, y se le cita también en 1798; desde entonces sigue figurando hasta que en 1862 el Ayuntamiento acuerda que pierda esa denominación con otras calles, pasando a llamarse de “Africa”, como eco del acontecimiento nacional de la guerra de Marruecos. Pero el nuevo apellido no gozó de popularidad,

de suerte que tanto Cañadío como “de la Luna” siguieron vigentes en el callejero oficial.

En 1887 se hizo una reforma de la plaza “por su posición céntrica —decía el autor del plan— y por las importantes oficinas públicas instaladas en los edificios que la rodean”.

La actual configuración de la Plaza de Cañadío difiere notablemente de su primera historia urbana por los repetidos cambios a que ha sido sometida. La remodelación consistió en trazar la Media Luna en rampa a espaldas de la iglesia de Santa Lucía dulcificando así las dos calles abiertas al norte: Pizarro y Moctezuma. Esta última fue sometida a una modificación importante cuando por ella se hacía, obligadamente, por los años cuarenta del pasado siglo, el único acceso de los carruajes del servicio público para El Sardinero. Los años pasando se completó la urbanización de la Plazuela al practicarse la “Cuesta de las cadenas” o de “Ramón López Dóriga” (Véase.)

Su importancia se acrecentó por la inauguración de la iglesia de Santa Lucía y, muy modernamente (por los años cuarenta de este siglo), fue reformada la plazuela en cuya “isla” central se colocaron dos farolas que habían figurado en el Puente de Vargas.

(La investigadora Carmen González EcheGARAY tiene publicada en la Revista “Altamira”, del Centro de Estudios Montañeses, una muy precisa descripción de Cañadío y su importancia como partícipe del histórico barrio de Santa Lucía).

**CARABELA**

Véase ACTIMAR.

## **CARLOS III**

No fue Santander fiel a la gratitud contraída con el monarca impulsor de sus primeras transformaciones urbanas. Cuando, ya muerto, su hijo Carlos IV siguió sus normas y envió a Colosía y los Solinís para convertirlo en puerto capaz de mantener el tráfico libre con América, la ciudad aprobó solemnemente la idea de erigir un monumento al hermano de Fernando VI, en la proyectada plaza semicircular donde hoy se alza la iglesia de Santa Lucía. Los santanderinos olvidaron pronto su deber de agradecimiento y dejaron pasar los años hasta que en 1883 a alguien se le ocurrió en el Municipio dar su nombre a una calle del Ensanche de Maliaño. En esa calle edificaron su iglesia los padres pasionistas en 1902, siguiendo el propósito del obispo Sánchez de Castro de dotar al creciente barrio de una iglesia propia que se convertiría en parroquia los años andando. En 1965, los pasionistas demolieron el templo para edificar otro en un moderno complejo de viviendas, sobre el mismo solar. La segunda república borró el nombre de Carlos III del nomenclátor, pero fue restituido a los seis años, en 1937.

## **CARLOS HAYA**

Nombre conferido oficialmente el 30 de diciembre de 1940, dedicado al aviador nacionalista muerto al terminar la guerra civil. Entre Castilla y Ruiz de Alda.

## **CARMELO, Barrio del**

De los primeros grupos de viviendas acogidas a los beneficios del Estado, construidos inmediatamente después del

incendio de 1941, este del Carmelo, de iniciativa particular, constituyó un verdadero "record". Se tiene en la ladera al norte de la antigua calle del Sol y hoy del Carmen, con entrada por la calle de Francisco Palazuelos.

## CARMEN

Cuando se abrió una calle principal en el viejo barrio de las Bigarrias, se le denominó (plano de Chávarri) "del Sol". No quedó totalmente terminada hasta 1897. Parte en línea recta desde San Simón hacia el Este y va alargándose siempre en la misma dirección, pero por períodos, hacia la calle San Emeterio, en la bifurcación del Paseo Menéndez Pelayo. Mediado el presente siglo cambió el nombre clásico por el del "Carmen", tomado de la patrona de los pescadores y marineros, cuyo templo, erigido junto a su residencia por los carmelitas es de sencilla fachada. La residencia está adosada al norte de la iglesia y flanquea la antigua calleja de Arna (hoy de Francisco Palazuelos). El nombre de Bigarrias permaneció, durante bastante años (así se citaba en 1896), circunscrito al tramo de "Sol" entre Lope de Vega y el Paseo de la Concepción.

## CARRERO BLANCO, Luis

Almirante

La proyectada vía como prolongación de "Gamazo" hasta el Promontorio, o sea, la que surgirá a la desaparición de los astilleros allí existentes, y de la que están construidos los muelles y la amplia calzada, lleva el nombre del almirante y primer ministro de los gobiernos de Franco, muerto en atentado en 1975. Junto a los muelles se han construido la Escuela Oficial de Náutica, la Estación y Laboratorios de Biología Marina y el Museo Marítimo.

## CARTAGENA

En la propuesta edilicia de 1965 figuró el nombre de la ciudad murciana conferido a la segunda transversal de la Bajada de Polio.

### CASTAÑEDA FERNANDEZ, Antonio

Antonio Fernández Castañeda fue un prohombre político que tuvo su época de activísima intervención municipal en la revolución de 1868 e implantación de la primera República, durante la que fue alcalde. Sus quehaceres particulares se dirigieron a la explotación del veraneo desde el último tercio del siglo pasado, cuando obtuvo la concesión de vastos terrenos junto a la segunda playa, en la que instaló un balneario.

La Avenida que recibió su nombre fue objeto de varias reformas y la principal de ellas por los años 1940. Entonces el título abarcaba desde la primera playa hasta los Campos de Sport, y siguió conservándolo. Al flanco, y durante la gestión del alcalde González-Mesonés se formó el parque que lleva este nombre.

En los tiempos del veraneo pintoresco descrito por Pereda en sus escenas, la influencia de los llamados "Baños de Castañeda" se manifestó especialmente por la construcción de pequeñas fondas y hospederías al filo de la Avenida de los Castros.

### CASTELAR, Emilio

En junio de 1899, tres días después de morir el tribuno Emilio Castelar se acordaba, en sesión municipal, dar su nombre a la calle y alameda paralelas, construidas en 1896

al norte de la carretera desde Puertochico hasta la fábrica del Gas, en Las Higueras. En el centro de esta alameda se alzó la Comandancia de Marina y el despacho de los Prácticos del Puerto, hasta que en 1949 el Ayuntamiento hizo una permuta y desapareció de allí la Capitanía que pasó al primer muelle de Maliaño. Se perfeccionaba con esto, al trazarse un amplio andén y jardines bajos, el proyecto creador de esta vía principal de comunicación entre Puertochico y la Avenida de la Reina Victoria, a la que se accede hoy por la curva conocida por Cuesta del Gas y con ello absorbe un tráfico muy intenso que hasta entonces se canalizaba forzosamente por "Juan de la Cosa". Además, discurriendo la Alameda de Castelar paralela a la carretera de servicio del Puerto, realza la belleza de la dársena de Puertochico convertida en variopinto puerto deportivo.

Esta alameda de Castelar constituyó la culminación del proyecto de Alejandro Valle emprendido en 1885, iniciador del Ensanche hacia Oriente, como rezaba su propuesta. Se fundamentó en la necesidad de continuar la línea de calles convergentes en Molnedo, aunque con una forzada inclinación hacia el sureste; de esta forma, la Alameda de Castelar resultaba en correspondencia con Hernán Cortés (General Espartero, entonces), Juan de la Cosa, Peña Herbosa (salvado, claro está, Molnedo). Sirvió, la medida de veinticinco metros propuesta para Molnedo, como módulo de la expansión de esta plaza hacia el Norte. Se aceptaba todo este plan urbanístico como "la primera y mejor solución de la vía al Sardinero" en cuanto era el que presentaba menos obstáculos a la "calle comercial de la Dársena", y se preveía que la coincidencia o empalme (de las dos calles proyectadas, Juan de la Cosa y Castelar) en su comienzo, su diferencia de nivel "no constituía obstáculo para el movimiento rodado". El urbanista agregaba estas premisas nada desdeña-

bles hoy mismo: "Para la mayor belleza en el conjunto que el ensanche ofrecerá mirado desde la bahía, así como para la mejor aireación de la zona, conviene que entre cada cuatro manzanas de casas se disponga una plaza regular cuyo frente sobre la dársena sea de 25 metros".

Más detalles aún sobre la estética del plan: "Que en el eje de las calles... se coloquen dobles escalerillas en piedra de un metro cincuenta centímetros de ancho y resguardadas por balaustradas, cuyo fin es facilitar las comunicaciones entre la calle de la dársena y otra vía también importante que correrá al norte de los edificios en proyecto".

El autor del plan vaticinaba que su ejecución sería la "carretera de la costa, y como tal, debe ser tratada como avenida de primer orden". Y en cuanto a la calle posterior (Juan de la Cosa) debería tener diez metros de anchura por lo menos. Finalmente, pedía que "la base que se apruebe para el ensanche solicitado, sirva de norma en cuanto comprende la primera línea de construcciones sobre el mar para la prolongación del ensanche hasta el castillo de San Martín".

En la historia de la calle Juan de la Cosa, se aportan otros detalles que completan la idea del urbanista.

(Emilio Castelar. 1832-1899. Catedrático. Se expatrió a París en 1866 regresando dos años después con el triunfo de "la gloriosa". Fue diputado. Está considerado como el más grande orador de su tiempo. Fue también escritor brillante.)

## CASTILLA

Se dio este título el 11 de diciembre de 1880 a la arteria flanqueada a todo lo largo por las vías de los ferrocarriles de la Costa, que tenían su estación en terrenos donde aproxi-

madamente se eleva hoy el monumento a las víctimas del "Cabo Machichaco". Al verificarse la unificación de las estaciones (ferrocarriles de la Costa y del Norte) la calle Castilla quedó totalmente liberada al principal objeto para que fue trazada, esto es, para el servicio del Ensanche de Maliaño, completándose su enlace directo con la nueva carretera de San Salvador por Parayas. En total, tiene una longitud de 1.875 metros. En 1960 quedaron terminadas las obras de modificación de sus alineaciones en la entrada que es recta desde la Avenida de Alfonso XIII. Las antiguas estaciones fueron demolidas durante la revolución de 1936.

Al describir la calle Carlos III, tributaria de la Avenida de Castilla, queda consignado el asentamiento de la iglesia de los pasionistas.

### **CASTROS, Los**

Se inserta en 1918 en el nomenclátor este nombre dado a una calle abierta entre Piquío y la Bajada de Pontejos. Su principal característica eran las modestas pensiones y fondas de viajeros y veraneantes en tiempos descritos por Pereda en su libro "Tipos trashumantes". Hasta muy modernamente fue una "Avenida con muchas ínfulas", pero no más que un camino rural. La transformación de Piquío y la fundación de la Universidad, le han conferido categoría de arteria moderna. Ya en los planos del Ensanche se inscribían (era a finales del pasado siglo) las líneas seguidas por los actuales urbanistas. En plazo no muy lejano, esta Avenida, sobre la ladera del sur de la vaguada de las Llamas quedará empalmada con la proveniente de Cuatro Caminos por sobre la loma del Alta.

El año 1915, el Ateneo santanderino pidió para la Avenida de los Castros el nombre del poeta montañés Evaristo Silió, sin que la propuesta llegase a madurar.

### **CAYON, Joaquín**

El 10 de diciembre de 1932, se sancionaba en sesión municipal la concesión del nombre de Cayón a la calle H-F del plano de Ensanche del Sardinero. Joaquín Cayón fue aviador, de Torrelavega, pionero de la aviación comercial española; murió en accidente de vuelo, en Madrid, el año 1932.

### **CAZONA, Polígono Residencial**

Es el barrio residencial más moderno (en la actualidad en pleno desarrollo), en la expansión urbanística de la ciudad hacia el Oeste, en considerable extensión (unos 1.150 metros de longitud) que tiene por límites: por levante, terrenos de la Residencia Sanatorial Cantabria y la Facultad de Medicina; al Norte, las largas baterías de edificios de protección oficial, que forman un verdadero pueblo sobre el barrio de La Albericia; al sur, la carretera de Cajo, y al Occidente los confines de las barriadas de Cajo y Campogiro. En su más espléndida porción, se ha trazado sobre el antiguo Sanatorio de Morales, que estaba rodeado de un magnífico parque.

El Polígono está cruzado por amplias avenidas de Este a Oeste (o sea, desde la residencia sanatorial hasta Cajo), y otras vías que forman cuadrícula adecuada a la configuración o topografía del terreno, pues el todo es una eminencia sobre la Isla del Oleo.

Por acuerdo del Pleno municipal, en el año 1976 se dio, a las diferentes vías de entre bloques de este Polígono, los siguientes nombres:

BLANCHARD, María G.  
BUSTAMANTE QUEVEDO, Joaquín  
COSSIO, Francisco G.  
COSSIO, José María  
DIAZ CANEJA, Emilio  
DIEGO CENDOYA, Gerardo  
GUTIERREZ SOLANA, José  
ITURRINO, Francisco  
RIOZ Y PEDRAJA, Manuel  
SANTA MARIA MICAELA  
TORRES QUEVEDO, Leonardo  
VELASCO E ISLA, Luis Vicente de

## **CERVANTES**

En un dictamen de la Comisión de Ornato, de 1838, se dice que “por lo que respecta a las nuevas calles que no tienen nombre, se acuerda que en concluyéndose la de la huerta del convento de San Francisco, se llame de Isabel II; de Cervantes la que se halla junto a la casa de Campuzano, y Concordia la otra...”. Hasta muy entrado el siglo actual, la calle Cervantes conservaba sus primitivas características, alzándose, a su mano derecha, una serie ininterrumpida de tejavanas, antiguos mesones y cuadras de diligencias y algún taller de artesanía junto a la huerta de Escalante. Su prolongación hasta la Vía Cornelia partiendo de la cuesta de la Concordia, tuvo la misma fisonomía y carácter.

Cobró importancia con la apertura, enfrente, cruzada la calle de Jesús de Monasterio, del Túnel o Pasaje de Peña,

pues por ella se canalizó intenso tráfico rodado. Al comienzo de Cervantes, a derecha mano y en la esquina de los terrenos que fueron Huerta de Escalante, se construyó el cinematógrafo "Hesperia" (1942) que cambió de rótulo adoptando el nombre de la propia calle. (Fue clausurado en el verano de 1978 y demolido cuando este libro está componiéndose.)

## CISNEROS

Cardenal

Fue otorgado este nombre el 10 de febrero de 1866 a una calle desde la de Monte, como prolongación de Concordia, hasta las cercanías de Numancia. Su auge se adaptó al que fue adquiriendo toda la zona, sobre todo al construirse el barrio de la Florida.

La unificación de las calles Cisneros y Concordia, para darles un nombre único, se inclinó por la denominación del primero. El desaparecido de Concordia fue aplicado en 1838 "a la calle que detrás de la de Cervantes conduce a las casas de Iglesias", decía la moción. Tuvo como origen la concordia pactada entre Ayuntamiento, Diputación y Junta directiva del Instituto Cantábrico al inaugurarse este centro docente en conmemoración de la batalla de Vargas. De los propietarios que más viviendas construyeron en Concordia (señaladas con los números 10, 12, 14, 16 y 18 antiguos) llevó la capitanía Cornelio de Escalante. En una de ellas, la que forma esquina con Cervantes, vivió y murió en 1871 el famoso padre Apolinar Gómez, uno de los personajes más palpitantes de la novela "Sotileza".

A la entrada de Concordia por la plaza de la Esperanza estaba el matadero municipal. El manantial que allí brotaba

servió después, durante muchos años, para una fábrica de baldosas cerámicas y elementos de la construcción.

Todavía en los indicios de este siglo, la zona de influencia de Concordia se extendía, por detrás de la batería de sus casas del norte, por lo que hoy es Calle de los Acebedos y Vía Cornelia, lindando por el noroeste con la calle de Monte. Toda esa extensa parcela tenía fuerte carácter rural, con “numeroso ganado vacuno” —se decía en una sesión municipal en 1903— y las reses tenían que servirse de “un abrevadero existente en Vía Cornelia, en lugar próximo al lavadero público”.

La calle de la Concordia experimentó constantes prolongaciones hasta llegar al barrio de San Andrés y también incendios pavorosos, como el que en el año 1881 destruyó varias casas y se propagó, por el ventarrón del sur, a la calle de Monte.

El 15 de junio de 1949, la Comisión Permanente municipal tomaba el acuerdo de unificar las calles de Valbuena, Cisneros y Concordia, en un solo nombre: Cisneros.

El año 1922, Eduardo Pereda Elordi pedía al Municipio autorización para construir un edificio destinado a la Institución “Gota de leche”, en un breve terreno entre las calles Cisneros, Monte y Roca. Actualmente está convertido en pequeña escuela parvularia.

## CIUDAD JARDIN

Alberto Corral, ingeniero santanderino, planeó e inició este barrio junto a los terrenos del Colegio Cántabro (también creado por su iniciativa y cooperación) en una extensión lindante con las avenidas Marqués de Valdecilla y Pedro San Martín Riva, Paseo del Alta y la actual Residencia sanatorial Cantabria (antes Colegio Cántabro).

Se trataba de hotelitos individuales con jardín, justificando el nombre característico de este pequeño núcleo urbano, cruzado por calles cuya denominación es:

CORRAL, ALBERTO, ALHELI, CLAVEL, DALIA, GIRASOL, JAZMIN, LIRIO, MARGARITA, MIMOSA, PENSAMIENTO, ROSA Y VIOLETA.

## CLAVEL

Véase CIUDAD JARDIN.

## COLUMNA SAGARDIA

Por la participación de la columna Sagardia, en la que figuró numeroso grupo de montañeses, en la ofensiva sobre Santander en 1937, se dio este nombre a la calle entre Castilla y Marqués de la Ensenada. Ac. Mpal. 1968.

## COMBA, De la

Véase ACTIMAR

## CONVENTO

Callecita transversal de la del Asilo, donde está la residencia y escuelas de las religiosas de San Vicente de Paúl, instaladas el año 1853; en enero de 1883 recibió el nombre de "Convento". A requerimiento del vecindario, el año 1865 se formó un jardín al sur de la entrada principal del asilo.

Véase ACTIMAR.

**CORRAL, Alberto**

Véase CIUDAD JARDIN.

**CORTES**

Capitán

Se inicia en el número 81 de la calle Alta junto al Cuartel de la Guardia Civil. El capitán Cortés, de la Guardia Civil, hizo ardorosa defensa del santuario de Santa María de la Cabeza, en la provincia de Jaén, con un grupo de vecinos. Hubieron de capitular tras de furiosas embestidas contra la improvisada fortaleza. (Ac. Mpal. 1965.)

**COSA, Juan de la**

Al abrirse al tráfico, en 1903, desde Casimiro Sainz hasta San Martín, hacía poco tiempo que se utilizaba en virtud de la realización del plan propuesto por Angel del Valle, quien había construido, previo el desmonte de parte de la ladera de San Martín, una refinería de azúcar titulada "La Montañesa" y estableció las modernas alineaciones de "Juan de la Cosa", y "Castelar". La refinería, una larga nave con alta chimenea, fue demolida y poco a poco fueron alineándose hotelitos particulares que daban risueña fisonomía a la calle. El plan Valle comenzó a ser realidad en 1885; por

él se ensanchó Molnedo y se construyeron residencias de noble arquitectura en "Castelar". Por Juan de la Cosa se cruzó el movimiento entre la ciudad y El Sardinero; primero, por medio del tren tranvía de Gandarillas; después por la apertura de la Avenida de la Reina Victoria.

Fue esta calle una "introducción" a la gran avenida hasta la apertura de la llamada Cuesta del Gas, en que el movimiento rodado dejó a un lado el quiebro de la entrada a Juan de la Cosa.

(Juan de la Cosa nació en Santoña, y acompañó a Colón en sus dos primeros viajes, como piloto y cartógrafo, mandando la carabela Santa María, de su propiedad. Su fama histórica es universal. Murió a flechazos el año 1510 en la costa colombiana de Urabá.)

**COSSIO, José María**  
Académico

Aunque no nacido en la Montaña, Cossío y Martínez Fortún se consideró él siempre, y siempre así fue considerado, montañés, por su ascendencia pero sobre todo por su dedicación, desde la juventud, a las grandes empresas literarias santanderinas. Nació en 1893. Fue Bibliotecario de la de Menéndez Pelayo en una larga interinidad, y presidente de la Sociedad de Menéndez Pelayo. En ambas realizó una extraordinaria labor crítica, dada su especial inclinación por los estudios de erudición y crítica literaria. Durante medio siglo pasaba sus veranos trabajando en el pueblo de Tudanca, de la región cabuérniga, en una casona de honda estirpe literaria, pues en ella Pereda situó la casa de "Don Celso", el fuerte tipo de hidalgo montañés de "Peñas Arriba". En "La casona", Cossío fue formando una valiosísima

biblioteca, y casa y libros los donó a la Diputación montañesa, para la formación de una Institución de carácter literario.

Por tantos méritos, el Municipio santanderino acordó, en 1978, rotular con el nombre del eximio académico la calle al norte de una poblada barriada de casas construidas por la Obra Sindical, paralela al Polígono residencial de Cazoña.

### **COSTA, Joaquín**

En 1877 se incorporó al nomenclátor oficial el nombre de “La Cañía”, hasta entonces sólo en los labios del pueblo. Era un sendero reptante desde el Alto de Miranda hasta el Camino del Cañón (figurémonos la costa fragosa por la que se abría un trincherón para el tranvía de Gandarillas, desde la Magdalena hasta la primera playa), y los paseantes comenzaron a ararla en busca de un atajo por la barrancada canalizadora de las aguas provenientes de las alturas circundantes. “La Cañía” tenía su borde oriental cerrado por espeso pinar perteneciente a la llamada “Alfonsina” a partir de los años sesenta del siglo XIX. A medida que el veraneo aumentaba en El Sardinero, “La Cañía” fue recabando mayores atenciones del Municipio que llegó a incluirla entre las vías de un futuro cierto. Y a aumentar este interés contribuyó el famoso tranvía a vapor de Pombo, que aparecía o desaparecía según su marcha, por entre unos matorrales al fondo de la barrancada donde fue perforado el túnel procedente del barrio de Tetuán.

Durante casi un siglo fue lugar campestre: entre plantíos y arbolado se medio escondían modestas casas de labor.

Cuando en su parte inferior alcanzó los beneficios de la nueva rasante con la primera playa, “La Cañía” vio alzarse

algunos hoteles de viajeros, y chalets, y fue elegido para instalar las ferias de San Roque.

Ya perfectamente urbanizada, "La Cañía" cedió su puesto en las listas del callejero al onomástico "Joaquín Costa", acordado oficialmente el 11 de septiembre de 1911, en homenaje al célebre repúblico muerto aquel mismo año.

### **CRUCES, Las**

Oficialmente aparece en 1900, dando el nombre a una transversal entre las avenidas de Infantes y Los Castros. Motivos ornamentales (unas cruces decorando una casa dedicada a fonda y primera de las allí construidas) la dieron el título, ratificado oficialmente por el proyecto del Ensanche. Contorneaba por el poniente la extensa finca "Villa Piquío" donde se alza hoy un complejo residencial.

### **CUADRO, EI**

En el proyecto de construcciones paralelas al Paseo de Pereda se previó, y así se cumplió, dejar un pequeño espacio verde que por su forma adquirió el título de "El Cuadro". Con motivo de haber desaparecido con el incendio la placita denominada de "Simón Bolívar", el Municipio decidió transferirlo a la del Cuadro, aunque sin gran fortuna, pues la tradición popular continúa designándola de esta última manera. (Véase SIMON BOLIVAR.)

### **CUATRO CAMINOS**

En el extremo occidental de la población confluían en lo antiguo el camino real a Burgos, las Calzadas Altas, el camino de Becedo y un caminejo reptante hasta Pronillo.

A principios del siglo XIX se conocía el lugar por “la tercera caseta”, o sea, el más alejado puesto del fielato de arbitrios, y durante el mandato de un general de Napoleón (Barthelemi), se alzó la horca como amenaza represiva contra los no afrancesados.

Al proyectarse en 1852 el ensanche de la calzada de San Fernando apareció oficialmente el nombre de Cuatro Caminos y diez años después se incluía en el nomenclátor al hacerse la distribución en cuatro distritos.

Cuatro Caminos se inscribió en la historia porque el 24 de septiembre de 1868, al pronunciarse Topete contra Isabel II, se alzó allí la primera barricada defensiva de los liberales santanderinos sublevados contra las tropas de Calonge enviadas por el Gobierno.

Posteriormente, Cuatro Caminos fue adquiriendo importancia urbanística por ser la principal entrada en la ciudad y como cruce de comunicaciones, y en la actualidad confluyen en esta plaza la Avenida de Jerónimo Pérez y Sainz de la Maza —donde en 1890 fue inaugurada la plaza de toros— que comunica por el sur con la carretera de Parayas; la que cruzando Cuatro Caminos continúa hacia el Alta atravesando el Barrio Roldán Losada (Quinta Porrúa); la calle Alta; la de Vargas; la Avenida de San Fernando; la Avenida de San Martín, y la Avenida del Marqués de Valdecilla. Los Cuatro Caminos se han convertido en siete, y de ahí que su glorietta sea uno de los puntos de mayor y más complicado tráfico de la ciudad, con un temible futuro urbanístico.

## CUBO

Es una calle muy corta; su nombre lo recibió del barrio en que surgió. Tal denominación aparecía ya en 1769 en

un reparto para la vigilancia, por los regidores, contra la proliferación de “gente vaga y nociva”. En 1772, en el Padrón de estados, llamábase “Barrio del Cubo”, “Fuera de la Puerta de los Remedios”. Era una barrancada o derrumbadero entre el elevado Prado de Viñas o Vista Alegre y la loma por la que se practicó la Vía Cornelia. Las aguas descendían uniéndose a los arroyuelos en la Plaza de Becedo, por entre la huerta de los Escalantes y las tapias del convento franciscano.

El nombre fue incorporado al nomenclátor en 1862 en sustitución de “Bajada de los Remedios”.

Hay un “Callejón del Cubo”, correspondencia desde la Plaza de la Esperanza hasta la conjunción de la antigua barriada de Viñas y Vista Alegre, y la calle del Asilo.

### **CUBRIA, Francisco**

Entre Floranes y Cisneros. Ac. Mpal. de 1968.

(Francisco Cubria, nacido en Pámanes, fue abogado y excelente escritor costumbrista de la escuela perediana. Salieron de su pluma varias novelas relacionadas con los paisanos y paisajes de la región trasmerana.)

### **CUESTA**

Tomó denominación de los Cuesta, que allí construyeron; eran hijos de un famoso boticario (Antonio) con oficina abierta en la plazuela de Atarazanas. Recibía en su rebotica a la intelectualidad de la época, gente, además, de buen humor, y lanzaron a la calle una famosa revista: “El Buzón de la Botica”, en la que vieron la luz trabajos poéticos y relatos de costumbrismo muy notables. “Calle de

Cuesta" fue aceptada oficialmente en 1845, y diez años después aparecía formando parte del segundo cuartel en que la ciudad se dividía. Callecita tranquila por entonces, incluso por los años en que surgió el proyecto (1882) de abrir, al final, y por debajo de Rúa Mayor y Rúa Menor, un túnel para comunicar Atarazanas con la Plaza de las Navas de Tolosa como más directa y práctica para los servicios ferroviarios, pues la ciudad carecía de otra unión, por su parte llana, para facilitar el tráfico; la única (el Paredón estaba intransitable) era la de la Avenida de las Naos, pero obligaba a largos rodeos al tráfico rodado y peonil. La calle fue completada, para su uso, con una escalinata, en la escuadra de su final de acceso a la cuesta del Hospital.

Cuando tan ambicioso proyecto se discutía en tertulias y mentideros, un incendio de los que con frecuencia se producían por aquellas calendas —y hay abundante información sobre ello— destruyó en pocas horas dos casas, señaladas con los números 3 y 5, de la cuesta del Hospital, dejando en pie la casa de la esquina a Atarazanas. En los solares construyeron sendos edificios bien ordenados arquitectónicamente los hermanos Ardanaz. Los fundamentos ascendían desde la calle Cuesta, para salvar el considerable desnivel con la cuesta del Hospital, con lo que resultaron unas lonjas de extraordinaria cubicación, que casi inmediatamente se estrenaron con cafés cantantes, y comenzó la calle Cuesta a tener un carácter "sui generis". Allí se instalaron los más bullidores "tablaos" flamencos, en la época de su esplendor, acrecentado por la presencia de los soldados destinados a las Antillas, y con los repatriados hasta la liquidación de las colonias.

Después, ya bien entrado este siglo, se establecieron donde tanta luz y jolgorio nocherniego se había derrochado estremeciendo la paz del vecindario, algunos grandes alma-

cenes o depósitos de vinos. Y como si, en los muros de unas casas que colgaban sus trapos a la aparentemente apacible vida de la Cuesta (casas que por sus otras fachadas se saludaban con las de la Cuesta Gibaja por un lado y la del Hospital por el otro), hubiese quedado la impronta de un casticismo que querían aplastar a martillazos los toneleros y con sus rascaduras los boteros, un periódico liberal titulado "La Montaña", editado por los liberales (año 1922), montó su rotativa en un gran local que acababa de ser uno de los figones de más celebrada cocina de Santander, titulado "El pájaro".

El siniestro de 1949 destruyó las casas del Este de la calle; los urbanistas, quién sabe por qué pálpito de orden localista, prefirieron que la calle Cuesta continuara escribiendo su historia de rincón donde el folklorismo gastronómico celebra nupcias con las sofisticaciones del "in" entre luces sicodélicas y rasgueos de guitarras electrónicas.

### **CUESTA, Gregorio de la**

Véase Grupo PEDRO VELARDE.

(Gregorio de la Cuesta, montañés, fue capitán general en Valladolid y se alzó contra los franceses en 1808. Salió al campo con su ejército cuando los napoleónicos se disponían a emprender la ofensiva sobre Santander, para una operación de distracción de fuerzas, pero fue derrotado en la batalla de Cabezón de Rioseco.)

### **CUEVAS**

Se ha conocido siempre como "Travesía de Cuevas", pues hasta hace muy pocos años era no más que una co-

municación estrecha, un callejón de servidumbre de la calle San Fernando. Pero ha sido extraordinaria la rapidez con que esta vía se ha remodelado con nuevas alineaciones y construcciones trocándose las que antes eran travesías en calles cómodas y bien urbanizadas. Está inmersa en un barrio populoso al que dan nuevo y fuerte carácter las calles que allí llegan desde Numancia. El nombre de Cuevas que venía perdurando en la costumbre santanderina, lo tomó de un propietario del barrio, llamado Narciso Cuevas.

## DALIA

Véase CIUDAD JARDIN.

## DAOIZ Y VELARDE

En la distribución de los distritos electorales de 1855, figuró oficialmente el nombre de "Daoiz y Velarde" conferido en homenaje a los héroes del Dos de Mayo. Estaba, sin embargo, ya inscrito en el plano de Chávarri. Comenzaba como transversal de "Martillo" hacia el Este y fue prolongándose a medida que el barrio de la "Nueva Población de Peñaherbosa" conoció nuevas edificaciones hasta el encuentro con "Lope de Vega". En 1864 se pidió al Ayuntamiento la continuidad de la calle en línea recta hasta Molnedo, pero los urbanistas hicieron un nuevo trazado quebrando la línea y por ello a la prolongación hubo que darle un nuevo título, el de "Peñaherbosa" hasta Molnedo. Lo más relevante del historial de "Daoiz y Velarde" en su apacibilidad (pues el tráfico se lo disputó desde un principio su paralela "Hernán Cortés") fue la construcción de la iglesia de Santa Lu-

cía, bendecida e inaugurada en su primera fase en junio de 1868.

Hubo una época (de la primera mitad del siglo XIX) en que se denominó de “Arco Agüero”, por lo menos en el tramo de la primera casa de importancia alineada al Norte de la Plaza llamada entonces “de Botín”. Arco Agüero fue dirigente de la Sociedad Patriótica de Santander en la época constitucionalista.

**DAVILA, Fidel**  
General

Llamaban “la Alta” a la cresta de la colina protectora de la ciudad, en toda su longitud norte, de los vientos duros del mar. Su creación, como paseo, tuvo una determinante militar. Estaba declarada la guerra entre Francia y España, y los convencionales amenazaban con un desembarco; por tal causa, fue destinado a Santander el mariscal Pignatelli (era el año 1794), quien trazó en plan de defensa, iniciado en Liencres (como apoyatura para evitar un desembarco en aquella playa) una línea que pasando por Pronillo llegaba a la península de la Magdalena en un desarrollo de 4.375 metros; por este camino, construido rápidamente, podían transportar con facilidad los convoyes y cañones hasta los fuertes que iban jalonando esta línea defensiva. Simultáneamente, Pignatelli dispuso otros dos caminos auxiliares y también de importancia militar: el Paseo de la Concepción (que no se llamaba así ni tenía nombre urbanístico) y la cuesta de la Atalaya, desde la puerta de Santa Clara hasta el Alta. Pasada la amenaza y firmada la paz, la ciudad supo aprovechar las circunstanciales y racionales comunicaciones abiertas por Pignatelli y transformó dos de ellas —el Alta y el Paseo de la Concepción— en sendos paseos resi-

denciales, en los que comenzaron a fincar familias burguesas nacidas de los prósperos negocios del siglo XIX. Y de esta forma fueron creándose retiros veraniegos entre parques y jardines para disfrutar de una existencia rural compartida con granjas desparramadas por unas laderas que fueron viñedos hasta el siglo de la Enciclopedia, cuando cada mareante tenía su quiñón. Preferentemente, en aquella ocasión, el Alta, a medida que se mejoraba fue, siguiendo planes perfeccionados, el paseo preferido de las gentes pacíficas, gozadoras pausadamente del privilegiado mirador desde el que se abarcaban dos paisajes siempre sugerentes: el de la bahía y la población envuelta en neblinas de plata, y el del horizonte inabarcable del mar cambiante, transparente los días calmos y sorprendente en sus raptos de furia. Todo el paseo estaba guardado por doble fila de altos y dulcemente rumorosos chopos.

Junto a estos árboles, los coches de charoles de fina tabarbería hacían el trasiego entre la ciudad y “el campo”, de los encopetados navieros y negociantes. Eran los mismos coches que desde octubre a mayo, se alineaban al bordillo de la acera del Muelle. Y es imposible olvidar la estampa que ya no será más nunca, tan característica, advertida desde abajo, desde la ciudad, con el neto perfil de chopos y en primer término de suntuosas residencias entre jardines, y a veces con la geometría de unos molinos de pozos artesianos movidos por el viento, que acababan por dar al paisaje entero carácter campestre. Todo eso pasó ya. Desde Pronillo hasta el Alto de Miranda, el paseo de ronda ha perdido su cimera verde, suplantada por un biombo de casas-colmenas con las que una generación de urbanistas creen haberse puesto “a la par con Europa”.

En el plano de Mathe, de 1838, están señalados tres fuertes: los de María Cristina, Isabel II y López Baños.

Al Alta se asciende, además de por la central Cuesta de la Atalaya, por rampas adaptadas a la topografía, como Perines, Vía Cornelia, Monte, Pirineos, Despeñaperros y Arna, y por el norte, El Caleruco, Bajada de San Juan, Bajada de Polio, La Gándara y La Encina, amén de otras cuñas medidas por los nuevos barrios.

El Alta, tal como lo trazó la estrategia de Pignatelli, fue aprovechada por los franceses unas veces, por los españoles otras, durante la guerra de la Independencia; también en las guerras carlistas, y en la sublevación de los liberales santanderinos contra el Ejército de Isabel II durante las jornadas de "la Gloriosa"... y recientemente, en agosto de 1937, por el envolvimiento de la ciudad, por el norte, por las tropas según los planes del general Dávila.

En 1863, al edificar Manuel Cabrero, declaraba en su memoria que "era propietario de terrenos en dicho paseo desde la quinta de Pronillo hasta la garita inmediata", o sea, una línea de 1.450 pies y estaba dispuesto "a ceder el terreno necesario para construir dos alamedas laterales, haciéndose así el ensanche del paseo hace mucho tiempo proyectado...". Al año siguiente fueron autorizadas tales obras y este es antecedente valioso entre los conocidos, sobre la transformación del paseo, que fue poblándose a un lado y otro de sus cunetas con los chopos que llegaron a formar un túnel verde. El ejemplo de Cabrero fue imitado por otros propietarios cedentes de terrenos para lograr, junto a las fincas de la margen sur, un andén considerado entonces como suficientemente amplio. La margen del norte, en cambio, subsistió con su carácter rural, pues se asomaban tras los tapiales casas campesinas, con establos: la vaca pinta fue desde entonces, la estampa bucólica de los prados del Alta.

En 1905, se dio al paseo el nombre de "Francisco Sánchez de Porrúa", y así permaneció oficialmente aunque las

gentes se mostrasen renuentes a prescindir de un vocablo tan amado por muchas generaciones como es el del "Alta". Hasta que en 1937 se cambió por el de "General Dávila". Pese a su intención histórica, se sospecha que seguirá siendo "El Alta" para los futuros santanderinos.

En el paseo fue construido el cuartel de infantería de la guarnición, en el enclave llamado "Prado de San Roque", e inaugurado en 1895. En 1907 se estrenaba también el Colegio de los Salesianos, bajo la dirección del Padre Carballo, cuyas obras se iniciaron por suscripción por el célebre Padre Angel Tabarini, italiano formado junto al fundador, San Juan Bosco, en Valdocco. El proyecto comprendía un edificio de tres alas, que amparaban una gran basílica. Allí funcionarían las escuelas de artes y oficios; tan grandioso proyecto no pudo realizarse en su totalidad; pero en 1960, los salesianos construyeron una amplia iglesia y la Escuela de Artes y Oficios que lleva el nombre de Trueba, su cooperador. Este centro comenzó a funcionar hacia 1954.

Igualmente, a lo largo de los 3.650 metros en que el paseo se desarrolla, se establecieron los depósitos de la traída de agua de Pronillo, Mac Mahón o de Monte, Atalaya y Arna. Se fundaron la Casa de Maternidad y Jardín de la Infancia, costeadas por la marquesa de Pelayo, y el Sanatorio Santa Clotilde, de la Obra Hospitalaria de San Juan de Dios, en la finca donada por los duques de Santa Elena. Y en la cima de la cuesta de Monte (llamada también de Mac Mahón, apellido de un Secretario del Consulado de Mar y Tierra) funciona el Observatorio Meteorológico.

En el siglo XVIII y primer tercio del XIX, funcionó allí la atalaya, en el lugar donde se alzan las viviendas de oficiales del Regimiento de la guarnición, creada por el Consulado para las señales a los barcos que llegaban en

demanda del puerto. Parte de la sencilla torre ochavada de los atalayeros, subsistía aún hacia los años treinta de este siglo. Allí nació el que había de ser pintor de fama europea, Francisco Iturrino, de un matrimonio formado por un torrero de Motrico y una santanderina. Ello sucedió en septiembre de 1864.

## DESPEÑAPERROS

Los vecinos del Río de la Pila, animados por las promesas de los partidos políticos triunfantes en la revolución de 1868, propusieron al Ayuntamiento la apertura de un camino de acceso al Prado de San Roque desde el final de su calle. No hubiera sido posible trazar una vía urbana normal, dada la violencia de aquella cortadura o barranca de coeficientes prohibitivos según los reglamentos de sanidad y urbanismo. Pero no obstante se practicó el camino, siguiendo el veril trastrabillado por muchas generaciones, por medio de escalinatas y pequeñas rampas adaptadas a la violenta topografía y de esta forma subsistió hasta los años cincuenta de este siglo en que, realizada una conexión con la también difícil prolongación de la calle de San Sebastián, se trazaron varios ramales a partir del final mismo del Río de la Pila en varias direcciones y siempre accediendo, también hacia el Este, o barrio de San Simón. Visto desde la prolongación de San Sebastián, aparece Despeñaperros como un mapa en relieve en el que varios arroyos de rampas y escalinatas descienden del Este, el Norte y el Oeste para reunirse en el Río de la Pila, justamente en el lugar donde el manantial de este nombre brotaba hasta hace no mucho tiempo. Y en ese mapa, y al borde de esos ramalillos, hay casas de traza campesina y algunas con petulancia de bloques modernos.

El nombre de Despeñaperros está plenamente justificado. Es el mismo caso del barrio de los Pirineos.

**DIAZ CANEJA, Emilio**  
Profesor de Oftalmología

Véase Polígono residencial de CAZOÑA.

Nacido en Palencia, en 1892, fallecido en Santander en 1967. Se consideraba montañés por su total vinculación desde su juventud, apenas recibido el doctorado en Medicina, con la Montaña, pues fue seleccionado para la jefatura de la Clínica Oftalmológica de la Casa de Salud Valdecilla a la fundación de esta Institución, de la que llegó a ser Director.

**DIAZ DE VILLEGAS, José**  
General

Por su intervención en la resolución de algunos problemas provinciales en Madrid, el Municipio tomó el acuerdo de designar con su nombre (año 1968) a una calle entre Castilla y Marqués de la Hermida.

(Díaz de Villegas, José, nació en el valle de Toranzo y fue Director general de Marruecos y Colonias.)

**DIEGO CENDOYA, Gerardo**  
Poeta

Véase Polígono residencial de CAZOÑA.

Nació en Santander, en la calle Atarazanas. Fue profesor de Literatura en el Instituto de Gijón, del que pasó al de

Santander. También profesó en Soria y finalmente en Madrid. Grandes premios nacionales e internacionales en poesía. Entre los más destacados de la generación española del 27. Tiene copiosa labor antológica de su obra. Académico de número de la Real Academia Española de la Lengua.

### **DIVISION AZUL**

En 1964 se rotuló con el nombre de la unidad de voluntarios españoles para combatir en Rusia la vía que va de Avenida Pedro San Martín a calle Montejurra.

### **DOS DE MAYO**

Véase Grupo PEDRO VELARDE.

### **DUQUE DE AHUMADA**

En recuerdo del creador de la Guardia Civil española, se dio su nombre a la calle del sur del cuartel del Benemérito Instituto (en la del Alta), con comunicación con Justicia. Ac. Mpal., 1970.

### **DUQUE DE SANTO MAURO**

El año 1912 se verificaba la tasación de los terrenos para la apertura de viales en lo que se denominaba todavía "La Alfonsina", o sea, la vasta superficie con arranque en la proximidad de la primera playa del Sardinero y llegaba, por sobre la loma del Paseo Pérez Galdós, para descender hasta el Promontorio. Llamábase "La Alfonsina" a una es-

paciosa finca propiedad del común, cedida a Isabel II siendo Príncipe de Asturias don Alfonso (XII de la dinastía), con la intención de establecer en ellos la residencia de la familia real durante los veranos. Los acontecimientos políticos de 1868, con el destronamiento de la soberana, la desposeyeron de la donación, suscitándose, los años andando, un largo pleito resuelto al final a favor del Ayuntamiento y la Diputación.

Cuando se acometieron las trascendentales reformas de El Sardinero durante la guerra europea de 1914 a 1918, se trazó una calle en cuesta, recta, de unión entre la primera playa y el Paseo Pérez Galdós y, ya practicada en 1919, se le dio el nombre de "Duque de Santo Mauro" en atención a sus gestines favorables para Santander, dada su amistad con el rey Alfonso XIII al que acompañaba en sus veraneos santanderinos, y por ser nativo de esta provincia.

Fue la primera calle realizada correspondiente al anteproyecto formulado el año 1900 para el trazado de calles o caminos de La Alfonsina.

### **EGUINO Y TRECUCU, José** Obispo

En la placita a la que se accede por rampa en espiral por Somorrostro, se alza, adosada a la torrona de la vieja catedral una estatua en bronce, de tamaño natural, del que fue obispo José Eguino y Trecu. Firma la estatua el escultor montañés Manuel Cacicedo. A esta plaza se abre también la puerta principal del palacio del obispo construido de nueva planta sobre el solar del que edificó el prelado Vicente Santiago y Sánchez de Castro, y destruido por el fuego.

## **ENCINA, Grupo de La**

Al suroeste del Barrio Los Pinares, se alza el Grupo bautizado con el nombre de la calle en que está ubicado, es decir, de La Encina, antigua calleja como atajo desde General Dávila hasta el Paseo de Los Infantes. Está compuesto por dos grandes bloques paralelos de viviendas. En 1890 el Ayuntamiento acordaba abrir esta vía, en la entrada a la cual, por dicho Paseo, había una pequeña escuela de párvulos, hoy desaparecida por necesidades de la urbanización de aquella zona.

## **ENSEÑANZA**

Hasta el 30 de marzo de 1884 en que se dio oficialmente esta denominación, aparecía como de "Santa Ursula", porque al final de la calle erigieron su convento las religiosas ursulinas dedicadas a la enseñanza femenina. No obstante, la entrada principal de la residencia se encontraba (y se encuentra aún) en la calle de travesía, cruce con la iniciación de Vía Cornelia. Durante muchos años fue muy celebrada el agua de una fuente que manaba en la parte derecha de la calle.

## **ESCALANTE, Los**

Al inaugurarse la mitad oeste de la nueva sede municipal, en 1907, quedó ya iniciada, entre su fachada occidental y el tapial de la huerta de los Escalante, una calle embrionaria por la que se comunicaba el barrio de la Esperanza con la plaza de Becedo. Abierta en 1835, llegó el mo-

mento, al término de la última guerra civil, de urbanizar los terrenos de la huerta, que en la mañana del 26 de agosto de 1937 aparecía en abertal por la confiscación revolucionaria del año anterior. Se construyó en esos terrenos alzándose una hilera de edificios desde la denominada "Calle Miguel Artigas", hasta el solar que en el extremo norte quedaba reservado a la nueva iglesia de San Francisco. Al mismo tiempo se realizaban las obras de urbanización de la Plaza de la Esperanza, en el entorno septentrional del Mercado.

En 1941, pocos meses después del incendio, se ponía la primera piedra del templo, según el proyecto del arquitecto J. G. Riancho.

Fue, en lo antiguo, cauce natural de las aguas pluviales del barranco del Cubo, desde el Alta, o sea, por la sierra que dio nombre a la puerta medieval. Al practicarse en 1961 unas excavaciones junto a los cimientos del palacio municipal, quedaron al descubierto cuatro estelas funerarias demostrativas, según los arqueólogos, de que allí, según el rito antiguo, hubo un cementerio, pues entonces se verificaban los enterramientos a la orilla de los ríos o de las vías de agua. Dichas estelas fueron depositadas en el Museo Provincial de Prehistoria.

Modernamente, los días de fuertes avenidas, la hoy calle de los Escalante, se convertía en torrente. Al colocarse las placas titulares de la calle, se puso otra a la transversal (que separa el Ayuntamiento del Mercado) con el nombre de Travesía de los Escalante.

Amós de Escalante, en "Costas y Montañas" describe este lugar que fue el paisaje abierto a sus ojos al nacer, rodeándolo de la leyenda transmitida desde el siglo XIII, sobre la fundación del convento por el propio San Francisco

de Asís. “Yo —dice el escritor montañés— la oí contar, oscura en el tiempo, dudosa en nombres, incierta y confusa como descolorido recuerdo o palabra de anciano, balbuciente y tarda...”.

## ESPERANZA

Se condecoró con este nombre en 1862. Era la parte septentrional de la huerta de los franciscanos; por la Desamortización el Ayuntamiento se incautó de ella y del convento (1837) y el siguiente año propuso abrir una calle que habría de llamarse “de Isabel II”, con un espacio amplio, a su norte, para plazuela. En el siglo XVIII y anteriores, se comunicaba con el recinto interior de la villa por la puerta del Cubo o de Los Remedios.

A la declaración de la Primera República tomó el nombre de “Plaza de la República Federal”; pero el golpe de estado de Sagunto la devolvió su primera denominación.

En 1904 fue inaugurado allí el espléndido mercado de abastos, de piedra, hierro y cristal, que subsiste a espaldas del palacio Ayuntamiento, del que está separado por una callecita casi de servicio municipal, titulada “Travesía de los Escalante”.

Al trasladarse el mercado desde la plaza de Atarazanas, comenzó a celebrarse los miércoles y sábados mercado público y pintoresco en la parte exterior y a la intemperie. Y quedó instalada, en los bajos del mercado, la pescadería.

Hubo también un tiempo en que esta plaza fue conocida por “de la leña”. En 1932, la República decidió que se llamase “de Esteban Polidura”, viejo líder republicano; pero en 1937 recuperó su primitivo y castizo nombre.

## **ESTACIONES, Plaza de las**

El año 1941 se aprobó, de acuerdo con el proyecto de reformas ferroviarias, la construcción del túnel como obra complementaria de la Estación Unica en la que se centralizaron los servicios de Renfe, de Bilbao y de Oviedo, y del futuro Santander Mediterráneo. Establecida la comunicación subterránea se siguieron las obras de la Estación que en la parte correspondiente a Renfe, fueron inauguradas en 1943.

Comprende la Plaza los terrenos de la antigua estación del Norte, desde Navas de Tolosa hacia el Oeste; la fachada principal de la nueva Estación se erigió frontera y paralela a la calle del Arquitecto Atilano Rodríguez, y por el sur, la calle Castilla, es decir, parte de lo que fue estación de viajeros y muelles de gran velocidad del Norte, demolida durante la revolución de 1936.

## **FALANGE ESPAÑOLA**

Calle abierta desde Vargas a Alta. Ac. Mpal. de 1964.

## **FARO, Avenida del**

El incremento del turismo atraído por El Sardinero, se extendió hasta el faro de Cabo Mayor (construido en 1838) con lo que aumentó considerablemente el movimiento por la carretera desde los Campos de Sport hasta la plataforma sobre el acantilado. En su desarrollo se bordea la finca Valdenoja y la del Centro de Prevención y Rehabilitación, una de las obras sociales más importantes de la iniciativa particular santanderina. Y al llegar al pinar a cuyo pintoresco

amparo se extiende el Camping de Bellavista, por donde describía su gran pista en herradura el Hipódromo durante los “felices años veinte” santanderinos. Y a derecha mano de la carretera, se abre el descenso a la playa de Matalaños. Escondida a dos decenas de metros de profundidad en un ancón entre Cabo Menor y Cabo Mayor, la playa de Matalaños fue una especie de descubrimiento hace sólo una treintena de años. Permanecía solitaria, apetecible sólo para echar una sorprendida mirada hacia el fondo de la sima, obra tremenda del mar que fue, tras de la conmoción geológica, dando zarpazos en las pizarras y cayuelas dejando al descubierto una restinga que a un imaginativo puede darle la impresión de gradas naturales de un dique fabuloso bajo aguas de luminosa transparencia. El nombre eufónico parece más terrícola que marino.

Cuando la iniciativa municipal hizo posible el acceso a aquel lugar “de encantamiento” fue una “explosión de sorpresa” para los propios santanderinos. Porque hasta entonces el descenso a la arena se hacía por auténtico sendero de cabras y el esfuerzo y aun el riesgo, se compensaban con la delicia de llegar a tomar posesión del anfiteatro y dejar discurrir las horas hasta que allá arriba comienzan a pintarse los violetas y dorados del atardecer. Se trazó un sendero, pisado muy junto al tapial de la finca Valdenoja, desde “los Molinucos”, que en su mitad quedó convertido en andén de fácil tránsito.

Debe decirse, para la pequeña historia de este rincón de privilegio, que el ejecutor material de la obra no necesitó poseer un diploma de urbanista: le bastó poner amor a su tierra, imaginación y un buen gusto natural poco corriente. Fue, ni más ni menos que un modesto jefe de barrenderos, llamado Ventura Otaño.

La contemplación, desde la plataforma del faro, a tres-

cientos pies de altura sobre el mar, es de impresionantes sugerencias, a todas horas y en todas las épocas, pues siempre está allí presente la magnificencia y grandeza de la Naturaleza.

Es preciso recordar la emocionada descripción de Amós de Escalante: "Terrible costa en días procelosos, la mar irritada con la espuma que os arroja al rostro, con el espanto de su bramar, con el vértigo de sus remolinos y convulsiones, se defiende del curioso y del atrevido, les cierra sus términos..."

En la piedra, sobre el antepecho protector de la plataforma hay un testimonio doloroso que evoca sacrificios durante la lucha fratricida del invierno de 1936...

#### FERNANDEZ DE ISLA, Juan

El año 1895 se acordaba por la Corporación municipal la apertura de una calle paralela a la línea de los tinglados de Becedo y por el sur de éstos. Se preveía con ello la inminente demolición de la famosa fábrica de jarcias de Juan de Isla y Alvear, cuyo nombre parecía destinado a permanecer en la memoria de los olvidadizos santanderinos, muy cerca del lugar de su gran empresa industrial. El propósito municipal se ratificó en 1913, y todavía los trabajos no comenzaron hasta el año 1920. Comprendía la vía recta desde los jardines del Reenganche hasta el jardín trazado sobre el túnel de Peña y al norte del palacio de Justicia. Induce a la duda la propiedad del "Fernández" con que aparece en la lápida municipal, y por tanto en el nomenclator oficial. Ese "Fernández" surgió al crearse el Condado concedido por Carlos IV como reparación a la persecución de que don Juan fue objeto por las intrigas del embajador

inglés en la corte de Fernando VI. En la partida de defunción del primogénito, don Joaquín, se le inscribe como Isla y Velasco, y a su padre con el Fernández antepuesto. La amplia documentación consultada insiste en llamarle Don Juan de Isla y Alvear.

## FERNANDO VI

Difícilmente explicable es el hecho de que Fernando VI no tenga en Santander un recuerdo más sugestivo y de calidad, que el de una modesta y diríase que “extraviada” calle entre las de Justicia y Argentina, junto a la plaza de toros. Hubo un tiempo (desde mediado el siglo XVIII y el primer tercio del XIX) en que los nombres de Fernando VI y su esposa Bárbara de Braganza, estuvieron presentes adscritos a las puertas de San Francisco y Atarazanas, respectivamente en las medievales murallas. Desaparecieron de allí, y no fueron incorporados los egregios nombres al nomenclátor oficial, en el momento de demoler las murallas para emprender el ensanche de la vieja puebla hacia la Mies del Valle, o Sitio de Becedo. Fernando VI —lo saben los menos versados en historia— fue quien dio a la villa santanderina, en 1755, título de ciudad. Y cuando la Corporación en pleno, revestida con sus símbolos de administradores en nombre del pueblo, acudieron a la catedral a rendir gracias, y durante tres noches consecutivas ardieron en toda la villa luminarias de alegría, y se hicieron todas las “honestas festivas demostraciones” de regocijo, el escribano municipal llenaba varios folios del libro de acuerdos, haciendo constar que “para perpetuar memoria y eterno monumento de tan especiales favores del cielo, se haga fijar una lápida de la materia más sólida y permanente en el sitio y paraje más

propio de estas Casas Consistoriales, grabando en ella la inscripción correspondiente a que en la posteridad y siglos venideros conste el tiempo en que se consiguieron y el particular bienhechor que con tanto esmero se dedicó a facilitarlos...". (Era el padre Rábago, quien tiene dedicada una calle tampoco muy apropiada a su mérito de haber logrado la creación de la sede episcopal montañesa).

En 1896 se pidió (y así consta en una larga relación de aquella fecha), dar este nombre a una calle de Este a Oeste "al sur de la fábrica de cristal", o sea, la actual entre Industria y Argentina.

### **FLEMING**

Doctor

El año 1964 el Ayuntamiento acordaba estudiar el cambio de nombre del Dr. Fleming que se había dado a una calleja de la calle Alta; pero, en el mes de febrero de 1965, la Corporación rectificaba al haberse considerado inadecuado el lugar entonces elegido y se optaba por dar el nombre del famoso médico a la glorieta frente a la entrada de los Campos de Sport. El rótulo "vacante" por este acuerdo, se cambiaba por el de "Peña Cabarga".

### **FLORANES, Rafael de**

Se dio oficialmente este nombre el 17 de febrero de 1896, en homenaje al polígrafo montañés.

Surgió esta calle al Oeste de la Plaza de Numancia, como iniciación de un ensanche racional, al considerarse necesaria una vía urbana que corriera paralela a la de San Fernando y con correspondencias a un lado y otro, especialmente sobre la ladera norte. Así, en distintas, pero frecuentes, etapas

se ha venido denominando “prolongación de Floranes” cada nuevo tramo acometido, entre varias soluciones de continuidad, sometido a un plan más presentido que formalizado por las Ordenanzas urbanísticas de toda aquella zona. Floranes, cuando este libro está para entrar en prensa, es la culminación de las ansias de crecimiento que la ciudad ha venido alentando desde la última década del pasado siglo, hacia el Oeste, por la necesidad de nuevas irrigaciones arteriales, sometida como estaba al solo uso de la calle de San Fernando. Porque, evidentemente, entre San Fernando y la cresta del Alta, una ladera fecundada por el sol, resguardada de los vientos y gritando un futuro durmiente en legajos del archivo municipal, merecía pasar de su estado de casi ruralía al de residencial.

(Rafael de Floranes Robles y Encinas, señor de Tavañeros, vio la luz en la Montaña. Era oriundo de Alava y residió muchos años en Valladolid. Menéndez Pelayo le dedica un amplio estudio crítico, pues Floranes fue, según el sabio, uno de los españoles más eruditos de su tiempo. Y agrega: “La historia de Castilla y de las Provincias vascongadas y muy especialmente la historia del derecho patrio, le deben grandes servicios que parecerían mucho mayores si hubiese publicado a tiempo sus voluminosas obras”. Nació en 1743 y falleció en Valladolid en 1801. “Yace —apostilló Menéndez Pelayo— enterrado bajo la mole inédita de sus obras”.)

## FLORIDA

Hasta 1837 no es citado en documentos oficiales el Barrio de la Florida; pero había de ser ocho años después cuando Chávarri le hiciera constar como consecuencia de

la nueva ordenación urbana. Para entonces no era más que un tránsito de servidumbres para el disfrute de mezquinas construcciones de tipo rural y residencias con jardines semicampestres. En el plano de Rozas, de 1865 alcanza el barrio categoría urbana, pero todavía con solución de continuidad en su parte norte, que se desvanecía entre huertas.

Como testimonio fidedigno de lo que supuso para la ciudad la ordenación de este barrio, valgan las siguientes consideraciones de un diario local en 1876: “Las personas que desde hace algunos meses no hayan recorrido el barrio de la Florida, si le visitan no podrán menos de recibir una grata impresión en vista del gran número de lindas casas que allí se han construido. El antiguo y ruinoso edificio del refino y la huerta de este nombre, han desaparecido para dar lugar a una bonita barriada de casas que dan a aquel sitio agradable aspecto. Cuando se terminen las construcciones que a la entrada del barrio están erigiendo los señores Antonio Gómez Marañón y José García Peña, y cuando desaparezcan las dos casas que dan acceso a la calle de Isabel la Católica, no quedarán los menores vestigios de la antigua “calleja de la Florida”.

Fueron, en efecto, unos años, muy pocos ciertamente, durante los que la iniciativa de Ramón Cabrero transformó totalmente la amplia zona. Comenzó el año 1864, y en 1880, dada la importancia adquirida, fueron urbanizadas las calles colindantes. “La Florida” fue el nombre respetado para la vía eje del barrio.

**FRAGATA**

Véase ACTIMAR.

## FUENTE DE LA SALUD

Brota en un rincón agreste de Cajo una fuente llamada "de la Salud" al uso de tantas como cobraron fama por la bondad de sus aguas, a las que el vulgo confería sorprendentes méritos. Hace medio siglo, ésta de Cajo cantaba su agua como formando parte del boscoso parque del sanatorio del doctor Morales, desaparecido al realizarse el proyecto del Polígono residencial de Cazoña.

## FUENTES PILA, Joaquín

Propuesta la dedicación de una calle a la memoria del teniente Joaquín Fuentes Pila, muerto en combate en Kudia Tahar durante la campaña marroquí de 1925, el acuerdo no se cumplió hasta el año 1950. Y después un busto del laureado militar, modelado por Daniel Alegre, fue colocado en el parque del Dr. González Mesones, del Sardinero.

## GALEON

Véase ACTIMAR.

## GALERA

Véase ACTIMAR.

## GALICIA

Comienza en Vázquez de Mella. Véase BARRIO ROLDAN LOSADA. Ac. Mpal., 1968.

## **GAMAZO, Germán**

Por sus eficaces servicios de protección a las obras del puerto santanderino, siendo ministro de Fomento, el Ayuntamiento dispuso dar el nombre de Germán Gamazo a la vía que comienza en Las Higueras y discurre paralela al dique (inaugurado en 1908) y a los Talleres de los Astilleros.

(Germán Gamazo (1838-1901) militó en el partido liberal del que pasó al conservador en 1898; desempeñó varias carteras ministeriales y emparentó con Antonio Maura y Montaner, decidiendo esta circunstancia las frecuentes visitas que durante los veranos hacía el conde a Santander.)

## **GANDARA, Bajada de la**

Se inicia en el número 50 de General Dávila y desciende por la ladera norte hasta unirse con la Avenida de la Universidad.

## **GANDARA, Jerónimo** Arquitecto

Hasta el año 1897 no se cita oficialmente, pero hacía ya veinte años que el Municipio acordara dar el nombre de este arquitecto montañés a "la calle en cuesta que partiendo entre las dos últimas manzanas de casas del Muelle y paralela a la de Lope de Vega, ascendía hacia Santa Lucía". Sin embargo, hasta 1888 no comenzó el empalme con el último tramo, o sea, desde Bonifaz a Santa Lucía, ésta denominada entonces de la "Libertad". Anteriormente, en 1872,

se intentó denominarla “del general Prim”, pero se desistió dándosele a la “Plaza del Obispo” o de los “Remedios”.

(Jerónimo de la Gándara fue pensionado en Roma y Grecia para ampliación de estudios; luego, profesor en la Escuela Superior de Arquitectura de Atenas y autor de los planos del Teatro Calderón de la Barca, de Valladolid, entre otras importantes obras.)

### **GANDARILLAS, Santos**

Pequeña travesía, en escalinata, de unión entre Juan de la Cosa y Castelar, está construida para salvar las rasantes. Santos Gandarillas fue el creador del primer tranvía urbano de vapor entre la ciudad y el Sardinero, por la costa.

### **GARAY, Juan de**

El nombre de este marino figuró en las Ordenanzas de 1896 “para una calle que se construya en el futuro, desde la fábrica de Valderrama (tinglado de Becedo) y Las Animas”. Fue abierta al tráfico, finalmente, al construirse las primeras casas de la calle Juan Fernández de Isla y de la citada Cuesta de las Animas.

(Juan de Garay y Otañes, nació en Santillana. En tiempo de Felipe IV hizo fulgurante carrera militar mandando el Ejército en el Rosellón. Se vio obligado a seguir instrucciones políticas sobre el asedio de Barcelona. Felipe IV dio a Garay el título de Marqués de Villarrubia. Poco después de 1850 murió, y su cadáver fue trasladado a Santillana.)

## **GARCIA, Alejandro**

Pocos meses después de su inauguración, en 1913, se tituló “Soldado Alejandro García” la calle que comunica el Paseo de Canalejas con Tetuán. Alejandro García fue un soldado santanderino muerto heroicamente en la guerra del Riff, el año 1911. Había sustituido voluntariamente en filas a un hermano suyo que estudiaba la carrera sacerdotal y a quien correspondió destino en Marruecos.

## **GARCIA, Daniel** Sacerdote

La Obra benéfico-social fundada e incrementada en términos de asombro, por el sacerdote Daniel García, en el Barrio de San Martín, le formó aureola de popularidad que rebasó los límites nacionales para extenderse por las repúblicas americanas a hombros del fervor de los montañeses emigrados. Así, comenzando por un centro catequístico para educación de una docena de niños, vio crecer su empresa con la fundación de centros asistenciales y sanatoriales para varios centenares de pequeños menesterosos en “su Barrio de San Martín”, ensanchándola con otros (para la recogida y enseñanza de subnormales) que forman grupo en la carretera de Cueto. La ciudad le dedicó en 1975 una calle desde la Avenida de la Reina Victoria hasta el Paseo de Pérez Galdós, con el enunciado “Calle del Sacerdote Don Daniel García”.

## **GARCIA DEL RIO, Eduardo**

El 8 de junio de 1921, acordaba el Ayuntamiento dar este nombre en recuerdo de un concejal que trabajó muy eficaz-

mente por la ciudad, a una carretera entre Pérez y Sainz de la Maza y El Empalme, esto es, la que antiguamente se llamó “La Reyerta”.

## **GARCIA MORATO**

Aviador

Oficialmente se llama así desde el 30 de diciembre de 1944 en homenaje al jefe de escuadrilla de la Aviación Nacional durante la guerra civil y muerto en accidente al término de la contienda, en 1939. Cruza en la cuadrícula desde Marqués de la Hermida a Castilla.

## **GARCIA - LAGO, Manuel**

Debido a su espíritu emprendedor y de colaboración, se realizó por los años cincuenta de este siglo la reforma de la zona de influencia de la segunda playa de El Sardinero, comenzando por el muro de contención desde Piquío hasta Los Molinucos. García-Lago estableció, en su proyecto, el rompeolas, ya cercano al cantil donde se inicia Valdenoja, urbanizando toda aquella vasta extensión turística. El Municipio, en premio a sus afanes, tomó el acuerdo de dar su nombre a la zona comprendida entre la Plaza Rubén Darío y el final del rompeolas. (Acta de 1963.)

En 1916, una sociedad francesa denominada “La Montagnard” recabó del Municipio la concesión para sanear y aprovechar una marisma en el sitio de “Los Molinucos”, pero le fue denegada. En 1901, la Liga de Contribuyentes había reivindicado, sin éxito, el proyecto de la construcción de un puerto de refugio en la playa de “Los Molinucos” que era “sueño ya antiguo de la clase pescadora santandereina”, pues con esa realización “veía el fin de sus tragedias,

acechantes en los días de temporal entre la Magdalena y la Isla de Santa Marina” porque era incontable el número de víctimas registradas en el peligrosísimo trance del paso de la barra del puerto, y también numerosos los barcos de toda clase echados por las olas sobre las arenas de “Las Quebrantas”, llamado por algunos “cementerio marítimo”. En 1916, José María Trevilla promovía a su vez otro expediente para la “explotación de la marisma de Los Molinucos”.

## **GARMENDIA**

Llamábase, en 1823, Cuesta de Santa María Egipciaca cuando se acordó hacer alineaciones desde el lavadero público. En el plano de 1845 aparece ya con el nombre de Garmendia. La cuesta comenzó a construirse en 1792 y tuvo estrecha relación con la comunicación entre Calzadas Altas y la Plaza del Peso, aunque resultó una cuesta de muy fuerte y penosa pendiente. Popularmente era conocida, ya bien entrado el siglo actual, por “Cuesta del cordelero”.

## **GENERALISIMO FRANCO**

Becedo es nombre de los más enraizados con el viejo Santander y vino recluyéndose en un jardín de pequeñas dimensiones y forma triangular. Experimentó frecuentes y sensibles reformas. Como Becedo se registraba en actas y documentos de los años 1766 y 1777, y era “calle o sitio para el reparto de los distritos confiados a la vigilancia de los regidores, con motivo de las ordenanzas sobre las alturas de los tableros bajos volados en las tiendas”. En 1772 se citaban en Becedo tres tenerías y al año siguiente era declarado “paseo que disfruta el vecindario” por lo que se

prohibió el paso a la carretería. Pertenecía el Sitio de Becedo a la antigua Casa de los Puebla, sostenedora de ruidosos pleitos administrativos con la Ciudad en los finales del siglo XVIII.

Cuando estuvieron terminadas las casas construidas del lado sur del camino desde las Puertas del Rey y de la Reina, con una solución de continuidad entre las viviendas y los largos tinglados que se prolongaban formando una sola unidad hasta el Reenganche, tomó el nombre de Becedo el tramo comprendido entre la Cuesta del Hospital y la casa de Fernández de Isla.

Construida en el centro del jardín donde había estado el peso real, la casa "de Cortines" (en cuyos bajos se estableció el café Cántabro y en su planta primera el Hotel Fanjul quedó entre ella y la última de San Francisco, frontera al antiguo convento, una placita ajardinada con una fuente en medio; desde su ángulo noroeste partía un minúsculo ferrocarril conocido popularmente por "la chocolatera" por la forma de su reducida locomotora, que llegaba hasta Cajo paralelo a la Acera del Correo y a la Alameda primera, para continuar por la calle de Burgos.

Becedo figuró como uno de los lugares destinados al primer ensanche de la vieja puebla; quedaba fuera de la muralla y en sus terrenos fue construido, en el siglo XIII el monasterio de San Francisco, según la piadosa leyenda glosada por Amós de Escalante en "Costas y Montañas", y "fundado por el propio santo de Asís en su visita a Santander". La iglesia del convento, que tuvo carácter de adyutriz de parroquia cuando el único templo en las dos pueblas era el Cristo, fue erigida en el siglo XVII. En 1824 se celebraba, en una placita al norte del convento, el mercado de la leña; y el mismo año (siguiente al de la entrada en Santander de "los Cien mil hijos de San Luis") se pidió el cambio

de denominación por la de “Barrio de las Delicias”, pero preponderó la de “Fernando Séptimo, Rey Absoluto”, que a su vez cayó en desuso rápidamente.

Comenzó a construirse en 1834 el Peso Real donde estuvo el humilladero del Santísimo Cristo, es decir, el fielato exactor de los impuestos de puertas. Enajenada esa edificación en 1851, con su importe abonó el Municipio las acciones por él suscritas del ferrocarril de Santander a Alar.

En 1855 el Ayuntamiento aprobaba la construcción de una pequeña alameda, entre Becedo y la “Acera del Correo” con bancos para la gente que acudía a esperar la llegada de las diligencias; la casa de postas de Ormaechea, instalada en la Acera, daba al lugar vivo movimiento.

En la primavera de 1913, el Municipio dispuso colocar en el centro de la Plaza, una farola artística, cuya parte escultórica corrió a cargo de Quintana, con los símbolos de las cuatro estaciones del año. Este elemento ornamental fue trasladado a la Plaza de la Esperanza.

A la plaza se le dio el nombre de “Pi y Margall” el año 1905 y se le descolgó en 1937 para tomar el título de “Plaza del Generalísimo”. En el vértice del triángulo, se erigió un monumento al Generalísimo Franco, ecuestre y fundido en bronce sobre pedestal de piedra. Es obra del escultor José Capuz y fue inaugurada el 24 de julio de 1964 para simbolizar el final de la Reconstrucción de la zona siniestrada. La obra es réplica exacta de la modelada para el Ministerio de la Vivienda de Madrid, y otra igual fue erigida en Valencia.

## GERONA

Se inicia en el número 65 del Paseo Canalejas y desemboca en el Barrio Camino. Ac. Mpal. de 1970.

Véase CIUDAD JARDIN.

Véase ACTIMAR.

**GOMEZ OREÑA, Pedro**

En el proyecto de Colosía se estableció, al fondo de Cañadío una calle en semicírculo, ascendente parabólicamente para su adaptación al terreno, que era cantil de la breve ensenada teniendo como eje la calle bautizada con el nombre de Pizarro. Se preveía en un principio, que el semicírculo habría de ser simétrico como fondo del lugar reservado para plazuela en la que se alzaría la estatua a Carlos III. De ahí el nombre de "Media luna" o también "Plazuela de la Luna" con que fue indistintamente conocido el lugar, aun en documentos oficiales. Desechada —no se aclara por qué— el monumento a Carlos III, se planteó en el Ayuntamiento la idea de erigir la iglesia de Santa Lucía. Fue el año 1850, pero hasta cuatro después no se constituyó la Junta necesaria para allegar recursos. En una sesión que al efecto se celebró el mismo año, hubo una insinuación de mayor aliento todavía: se pidió estudiar la idea de erigir una nueva catedral. Pero no volvió a tratarse de tan ambicioso proyecto, y el de la iglesia de Santa Lucía siguió adelante, de suerte que, según va indicado al tratar de la calle Daoíz y Velarde, se inauguraba el templo en 1868. No obstante, la planta de la ordenación de la medialuna sufrió alteración, respetándose únicamente el cuadrante del noroeste; desde la calle Pizarro, la rampa continuó descendiendo ha-

cia la rasante más baja del lugar, pero en línea recta hasta Moctezuma.

En 1903, el municipio acordaba dar a esa calle el nombre de Pedro Gómez Oreña, párroco que fue y de intensa acción pastoral. La calle comienza en la Plaza de José Antonio Primo de Rivera, sigue hacia el Norte dejando a un lado Daoíz y Velarde y desde Pedrueca inicia el arco primitivo en rampa ascendente.

**GONZALEZ-MESONES, Manuel**  
Doctor

Formando parte principal de la transformación de los alrededores de la Segunda Playa del Sardinero, se realizó un frondoso parque desde la Plaza de las Brisas y Avenida Castañeda hasta la curva final de la playa. A su flanco oeste quedó formada una amplia avenida, en línea recta desde la glorieta del Doctor Fleming hasta la Plaza de Rubén Darío, es decir, paralela a los Campos de Sport.

El Municipio tomó el acuerdo de dar al parque el nombre de su alcalde, el doctor Manuel González-Mesones, como reconocimiento a su brillante gestión para la creación urbanística de aquella zona.

**GONZALEZ-RIANCHO, Aníbal**  
Ingeniero

Calle abierta en 1966 entre "Ruiz de Alda" y la Lonja del poblado pesquero. González Riancho fue durante muchos años director de la Junta de Obras del Puerto santanderino.

## GRAVINA

En un principio, esta calle comprendía solamente el trozo septentrional, entre Magallanes y Concordia. En 1885 se acometió la obra de prolongación hacia el sur para su encuentro con la calle de Rubio. Ocho años antes, había tomado la denominación de Gravina como homenaje al glorioso marino muerto en Trafalgar. El mismo año (1875), don Marcelino Menéndez Pintado pidió autorización para construir una casa en el solar "que hace esquina a la prolongación de la calle Cervantes y a la perpendicular a ésta, que va hasta Concordia" según se decía en la solicitud: el hotel familiar (y el jardín en el que se alzó una gran nave que a pesar de su espaciosidad creaba problemas a las crecientes y frecuentes remesas de libros que el joven sabio iba enviando, formando una fabulosa biblioteca) ya estaba habitable en 1877.

Después de su muerte, en 1912, el Municipio, destinatario del incalculable legado, construyó, según los planos de Leonardo Rucabado, el conjunto Biblioteca-máter y Municipal, en cuyo edificio fue instalado el Museo de Bellas Artes. Para ello, el Municipio adquirió unos terrenos inmediatos a la finca de los Menéndez, propiedad de Isidro Díaz Bustamante, al precio de cuarenta pesetas el pie cuadrado. Estos edificios fueron inaugurados por el rey Alfonso XIII el año 1923.

La Biblioteca y el Museo fueron iniciativa personal del alcalde Luis Martínez y Fernández durante su mandato en 1908.

Detrás de la Biblioteca quedó íntegro el hotel familiar del sabio, convertido en Museo.

## GUEVARA, Fray Antonio de

En un principio era sólo “Callejón del Can” y con tal denominación apareció en todas las relaciones oficiales hasta el 30 de mayo de 1900 en que adoptó el de Guevara. Se hablaba ya, por el año 1883, de un proyecto de calle recta a media ladera desde Río de la Pila hasta Cisneros, iniciada en el Callejón del Can cuyos terrenos adquirió el Municipio en 1897 en el momento de comenzar la edificación del parque de bomberos municipales y servicios de la Limpieza Pública, edificio de conjunto que hacía chaflán determinando ya la futura alineación de Arrabal; alineación que ha respetado actualmente la Compañía Telefónica al edificar sobre aquellos solares.

Al construirse la Escuela Industrial quedó ya abierta la calle de Guevara hasta la de Sevilla, donde se interrumpía por una finca llamada “La Barbera” (de que se habla al tratar de las Casas de Regato) y que, expropiada, facilitó la continuación y enlace de Guevara con Sánchez Silva.

Esta previsión la anticipaba una moción al Ayuntamiento con estas palabras: “La importancia que con motivo de la construcción de la Escuela Industrial ha de adquirir la parte antiguamente denominada “Prado de Tantín”, en la cual hay ya edificaciones de consideración, nos indujeron a encargar al arquitecto el presupuesto de las obras de explanación para la continuación de “Guevara”, obra necesaria para preparar las que más adelante han de practicarse para dar otro cómodo acceso a aquel centro docente y a la circulación en general”. Esta proposición tiene fecha de 2 de octubre de 1912.

Al realizarse la reforma con el Plan general de la Reconstrucción, se dio el nombre de Guevara a toda la línea, desde Río de la Pila hasta Francisco de Quevedo (a la es-

pera de salvar este último obstáculo) absorbiendo por tanto el tramo norte de Padilla, nombre que desapareció por esta causa. Posteriormente, se prosiguió el primitivo proyecto hasta la Plaza de la Leña para enlazar con Los Acebedos en su cruce con Cervantes. La apertura total de la calle que anduvo en diálogos y conciliábulos con el pretendido nombre de “calle a media ladera”, se verificó en el año 1937. El proyecto, en principio, tenía una ambición rebasando, naturalmente, las posibilidades de entonces, cuando el arquitecto Atilano Rodríguez lo propuso como arteria que “partía del Alto de Miranda y en montaña rusa dividía la ladera en que se recuesta la ciudad en dos mitades para llegar a la Plaza de Numancia”. Se adaptaba su trazado a la topografía. El arquitecto atemperó sus sueños de urbanista a las realidades de su momento; hoy, seguramente, hubiera dado a tan larga vía toda la importancia que la corresponde. Pero de un lado la rutina administrativa y la inercia, de otro, que constriñe el juego ambicioso del cartabón y el compás, y por la visión de la pequeña escala local, prosiguieron a lo largo de más de ochenta años unas coordenadas previas, de los tiempos en que se trazaron sobre el tablero, con la agravante de que sus flancos resultaban codiciosamente apurados por edificios cuya altura no podía prever la idea original. Parece como si un proyecto casi centenario hubiese sentado jurisprudencia urbanística a juzgar por cómo siguen trazándose calles sin ambición de futuro. La de Guevara es patente y clarísimo ejemplo de “una ocasión perdida”.

(Fray Antonio de Guevara, según confesión propia, nació en la casa de los Guevaras de Treceño (provincia de Santander) a fines del siglo XV. De la orden franciscana, fue predicador y cronista de Carlos V a quien acompañó en sus viajes por Alemania; obispo de Guadix y Mondoñedo. De

su pluma salieron obras tan notables como “Menosprecio de Corte y alabanza de aldea”. Fue, según Menéndez Pelayo, escritor tan notable por sus extravagancias como por sus méritos”.)

## **GURUGU**

La necesidad de comunicarse “por atajos” desde San Martín al Paseo Viejo de Miranda, obligó al vecindario a buscar una subida reptante aprovechando la iniciación de la calle del Marqués de Santillana, por un trazado quebrado, con planos inclinados y escalones. Lo accidentado del terreno y su cuesta pindia, bautizó a esta vía, a partir de no puede precisarse la época, aunque se cree que fue por los años de la primera decena de este siglo, cuando tanta resonancia tuvo en todo el país el nombre del Gurugú, famoso monte desde donde los rifeños hostilizaban la plaza de Melilla.

## **GUTIERREZ, Avelino** Doctor

Entre el Paseo Canalejas y el de Pérez Galdós. Calle denominada “Avelino Gutiérrez” el 24 de marzo de 1920, como homenaje al doctor nacido en San Pedro de Soba (Santander) y de destacada fama, especialmente en la República Argentina, a donde se trasladó apenas obtuvo el título académico y allí pasó su vida.

## **GUTIERREZ-SOLANA, José**

Pintor

Véase CAZOÑA.

El gran pintor nació en Madrid de padres montañeses, y en Santander pasó los años de pubertad y primera juventud, recuerdos que llevó después al lienzo en varias importantes obras de arquetipos, y a las páginas de su libro "La España Negra", en que hace vigorosas pinturas del Santander de principios de siglo. Vivió en el chalet construido por sus padres en los años noventa, en el Paseo de la Concepción.

## **HABANA**

Abierta al tráfico en 1918, en la cuadrícula de los alrededores de la Plaza de Toros, y siguiendo un criterio racional, el Municipio acordó dar a aquellas vías nombres de Repúblicas y ciudades de Hispanoamérica, entre ellas esta de La Habana, que tantos vínculos tiene, a lo largo de la historia, con la Montaña desde los tiempos de la colonización.

## **HAYA, Ramón**

Se da el nombre del aviador Ramón Haya, a una calle del Ensanche de Maliaño. Haya murió en combate aéreo durante la guerra civil. Acuerdo municipal de 1944.

## **HEDILLA, Salvador**

Aviador

El 10 de diciembre de 1932, la ciudad dedicó (el Municipio lo había acordado, en marzo de 1920), una calle, entre

las que se iban abriendo en El Sardinero, al aviador trasmerano Salvador Hedilla, uno de los pioneros dados por la provincia montañesa en los años del romanticismo aviatorio español. Hedilla, que había aprendido el oficio de mecánico en Francia y poseía conocimientos aéreos, murió el 30 de octubre de 1916 cuando rendía vuelo entre Madrid y Mallorca, al servicio de una empresa de aviación nacional. La calle es la comprendida entre Pontejos y Pombo. La primera dedicación señalaba la calle que entre Méndez Núñez y Somorrostro habría de llevar el nombre del Obispo Plaza García.

## HERNAN CORTES

Buen número de calles santanderinas (las de mayor longitud) han ido agregando, a su nombre primitivo de vías iniciales, los de los nuevos tramos de prolongación; y de esta forma, en el nomenclátor se registraron algunas con título tríplice y hasta cuádruple, empalmadas en una sola dirección rectilínea. No es posible olvidar que, desde finales del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, el urbanismo de Santander estuvo inspirado en el dibujo de regla y cartabón para trazar calles paralelas sobre el "tablero" horizontal de las conquistas a las aguas de la bahía. Y al seguir esa norma de prolongación (partiendo del proyecto de Colosía), se aprecia con exactitud el desarrollo urbano por las fechas en que se dieron nombre a los nuevos tramos. Así ha pervivido la norma del nomenclátor hasta el año 1949, en que el Municipio estableció un principio de reunificación, aplicándose un solo título a calles que tenían dos, tres y hasta cuatro denominaciones. Por esta causa desaparecieron algunos muy arraigados a la vida local, en beneficio de la

más sencilla orientación en el servicio público. Una de esas vías fue la de Hernán Cortés, que absorbió en la línea (acuerdo municipal de 1949), desde San José hasta Casimiro Sainz, los nombres de Wad Ras, Velasco y General Espartero. Este último título había sido concedido en 1865 al pedirse para “la calle que forman los nuevos edificios —decía la propuesta municipal— levantados en la escollera de Molnedo por la parte del sur.

A efectos de la Ley de Ayuntamientos de 1845, el arquitecto Chávarri (a quien forzosamente, por esta causa, se cita reiteradamente en este estudio) registró el nombre del conquistador de Méjico. En 1862 se dió el de “San Matías” al trozo entre la plaza de Isabel II hasta “San Emeterio” (“Lope de Vega”, después), y tras de la Revolución y sustituirle por el de “Bonifaz”, pero se reivindicó años después el del “ex-regente”.

No fueron éstas las únicas vicisitudes de la arteria que vamos estudiando, porque el vulgo conoció sus trozos primitivos con otras denominaciones; así “Arcos de Dóriga” y “Arcos de Botín” el tramo comprendido hasta la casa con soportales de la Plaza de la Libertad. Hay que tener en cuenta, además, que el vulgo llamó “Arcos de Acha” a los “Arcos de Dóriga”. En 1804, Acha era autorizado para hacer obras de seguridad en los cimientos que estaba abriendo en sus casas conocidas entonces con el onomástico de su propietario. Fue la primera casa edificada allí con arcos, pues se había dispuesto que todas las fincas en el perímetro de la Plaza Nueva tuvieran características arquitectónicas de esa traza. Dóriga hizo su casa en 1815 y fue su nombre el preponderante en el tiempo durante muchos años.

Como edificios principales de esta larga vía, o diferenciados, hay que citar, como continuación de los Arcos de Dóriga, el modernísimo edificio “de cristal” del Banco de

Santander (erigido en 1976-77 sobre el solar del que fue “palacio” de Macho, destruido por un incendio en 1971, el del Banco Mercantil, hoy del Banco Español de Crédito, muestra arquitectónica notable de Casimiro Pérez de la Riva; el Hispano Americano (sede primitiva), en la esquina a Lope de Vega, llamada “casa de los azulejos”; el palacio del Club de Regatas, la casa de la Compañía Peninsular, conocida por la de “los jardines”...

Al construirse en 1902 el Banco Mercantil se modificó el proyecto (de 1896) por el que “se trazarían unos jardines en la plazoleta formada entre las calles del Martillo, Bailén y Medio y Hernán Cortés, dejando para vía pública todo su frente en Hernán Cortés.

### **HEROES DE LA ARMADA**

Rótulo dedicado a la Armada Nacionalista durante la guerra civil. Ac. Mpal. de 1964; entre Castilla y Marqués de la Hermida.

### **HEROES DEL «BALEARES»**

En memoria de los muertos en el hundimiento del crucero “Baleares” en la guerra civil. Se le dio el nombre (acuerdo de 1964) a la calle abierta entre Avenida de Pedro San Martín y “Montejurra”.

**HERRERA, Juan de**  
Arquitecto

El célebre arquitecto, nacido en 1530 en Movellán (Santander) y muerto en 1597, fue sucesor del “Bergamasco”

nombrado por Felipe II para las obras de El Escorial. Fundó escuela y de él se ha dicho que “logró la belleza de la magnitud del conjunto”. En 1874 se dio su nombre a una vía que desde 1850 se denominaba “calle nueva”, de corto tramo entre la plaza de Becedo y Puerta la Sierra. Desapareció en su mayor parte por el incendio de 1941, quedando en pie solamente las tres últimas casas en bloque conocido por “El Sepi” (bazar muy popular) al final de la calle San Francisco; casas con fachada a la plaza de Becedo y a Juan de Herrera. Al procederse a la reforma se decidió (año 1946) que tan esclarecido nombre lo llevara una de las principales nuevas calles, enteramente comercial que cubre, a partir de la Plaza del Generalísimo, las que fueron “del Peso”, “Plaza Vieja” y “Compañía”, para terminar en la moderna Plaza de Velarde. De los edificios de todos estos lugares, sólo permaneció la iglesia de la Anunciación.

**HERRERA ORIA, Angel**  
Cardenal

### Polígono Residencial de CAZOÑA

Hijo predilecto de Santander, su ciudad natal, se le dedicó la Avenida de su nombre el año 1975. Nació en 1886. Fundó “El Debate”, en Madrid y creó la primera Escuela de Periodismo de España. También fue obra suya la Asociación de Propagandistas de Acción Católica. En 1936, cuando contaba el medio siglo, ingresó en el Seminario de Friburgo, donde se ordenó de sacerdote. Obispo de Málaga en 1947, fue elevado al cardenalato en 1965.

## HORADADA, La

Fue primero camino que en el istmo de La Magdalena conducía a la playa. Al construirse chalets y villas en la margen sur de la Avenida de la Reina Victoria, fue urbanizado entre la zona edificada y el Real Club de Tennis. El nombre lo recibió oficialmente en 1949 de la Peña que surge a tiro de piedra frente a la playa. Llámalo así una vieja leyenda que se incluye en la historiografía santanderina proclamando que la roca ofrece su singular forma de arco de medio punto porque la horadó el barco de piedra que, desde Calahorra, y después de ser arrastrado por el Cidacos y El Ebro, circundó la península Ibérica, llegando en el siglo XIII a Santander, trayendo las cabezas de los mártires Emeterio y Celedonio, reliquias guardadas en la vieja Colegial. Por eso se llamó también "Peña de los Mártires".

Al recoger Amós de Escalante la piadosa tradición, escribe: "el pueblo os dirá que allá, en los hondos cimientos de la catedral, donde no llegan humanos, yace escondido el barco que las trajo" [las cabezas de los mártires]. Tan arraigada permaneció la tradición en los fastos locales que a finales del siglo XVIII, y por iniciativa del obispo Menéndez de Luarca, se adoptó por la ciudad el acuerdo de proclamar (año 1791) solemnemente por patronos suyos a los mártires Emeterio y Celedonio, cuyas cabezas aparecen en jefe en el escudo de la ciudad.

## HOSPITAL, Cuesta del

Comienza a figurar con el título de "Calle o Cuesta del Hospital" por el año 1769. Veintitantos después, el Municipio decidía "poner al corriente el camino desde la tercera

caseta (Cuatro Caminos) a la calle Alta y bajada del Hospital para que entren y salgan por allí toda la arriería y carruajes y preservar de este modo el paseo público de Becedo". Tenemos, por tanto, una excelente referencia para el conocimiento del primitivo empleo de esta arteria que no era más que vía estrecha, pindia, con alborotada alineación de casas viejas, y que con parsimonia de siglos, casi, se fue "enderezando" con fachadas nuevas. Al quedar expedita la calle de San Fernando, la cuesta del Hospital fue relegada al servicio de barriada popular y su tráfico acreció al construirse la Rampa de Sotileza.

Tuvo carácter de barrio poco edificante en cuanto a conceptuación social. Por sus alturas proliferaron las tabernas y tugurios con concomitancias de costumbres y fauna tan temibles como las de la calle San Pedro y la Rúa Menor. En 1913 cambió el nombre por el de Segismundo Morret, pero recobró el primitivo en 1937. El incendio de 1941 se detuvo en esta cuesta, sirviendo de cortafuegos al avance de las llamas.

Precisamente, en su historia se registran varios espectaculares incendios, especialmente los ocurridos en 1837 y en 1888. (Véase calle CUESTA).

## **INDEPENDENCIA**

Véase Grupo PEDRO VELARDE.

## **INDUSTRIA**

Apareció por vez primera este nombre, en el nomenclátor oficial el 14 de enero de 1896.

## INFANTAS

En homenaje a las infantas hijas de Isabel II, se dio este nombre a una calle transversal del Paseo de Pereda, el año 1862; llega hasta Pedrueca, entre las casas del conde de Montecastro (actual cuerpo oriental del Banco de Santander) y de Gutiérrez Solana, conocido en su tiempo por "el pasiego". Tras la revolución de 1868, el Municipio acordó cambiar la denominación por la de "Democracia", pero la Restauración se apresuró a devolver el primer apellido.

Así subsistió hasta el 6 de febrero de 1920 en que una decisión municipal la denomina de "Concepción Arenal"; mas en 1937 se restituye otra vez el de Infantas.

## INFANTES

En agosto de 1915 se disponía municipalmente que, en lo sucesivo se conociese por "Paseo de los Infantes" (en honor a Carlos de Borbón y su esposa María Luisa de Orleans) el antiguo camino del Sardinero desde Miranda; era llamado "paseo de coches", abierto el año 1845 cuando las playas comenzaron a recibir cierta concurrencia estival, y estaba ya terminado para 1847. No figuró en el Plano de Rozas al considerarse todavía extrarradio de la ciudad. El camino bordeaba (y bordea) un bosquete de pinares y descendía desde Miranda hasta la entonces "Plazuela del Pañuelo", hoy "Plaza de Italia".

El año 1918 comenzó a construirse una "colonia" compuesta de 14 chalets de verano en la margen izquierda, frente a los pinares; grupo residencial que dio pauta para nuevas urbanizaciones de este tipo, proliferantes a partir de los años sesenta. La colonia que citamos, fue conocida po-

pularmente por “chalets de Prieto Lavín”, que fue el primer promotor de esta clase de barrios residenciales, no sólo veraniegos, sino de estancia permanente.

Durante la República del 31 al 36 se llamó “Avenida Principal”, para recobrar el antiguo en 1937.

Los infantes Carlos y Luisa comenzaron a frecuentar los veranos en Santander hospedados en la finca puesta a su disposición por el naviero Angel B. de Pérez, finca que forma esquina con la Avenida de Pontejos.

## **ISAAC PERAL**

Por acuerdo tomado en 1964, se dio este nombre a la calle interior del Barrio San Javier, en el Paseo del General Dávila.

## **ISABEL LA CATOLICA**

Al mismo tiempo que Magallanes y Cisneros fue nombrada en 1866 “Isabel la Católica”, una de las calles resultantes del trazado del Barrio de la Florida, en su parte occidental. En 1880 se decía en una moción del Ayuntamiento que “por la importancia que ha tomado el barrio de la Florida, se propone la prolongación de Isabel la Católica hacia la Concordia”.

## **ISABEL II**

Incautado el Ayuntamiento de la huerta y convento de San Francisco por la ley de Desamortización de Mendizábal, adoptó el proyecto de abrir una calle de sur a norte

junto a la muralla antigua, partiendo de la Puerta de San Fernando (o del Rey) hasta la de Remedios. En 1830, una real provisión había autorizado el uso del cementerio de San Francisco (esto es, el propio de la orden), “sin perjuicio del general de la ciudad”. Y el camposanto fue convertido en calle. Al hacerse excavaciones para los fundamentos de la casa entre Juan de Herrera y la Paz, quedaron al descubierto varias lápidas funerarias de últimos del siglo XVIII y principios del XIX, entre ellas la del primer arquitecto oficial del Ayuntamiento, José de Alday Fernández.

El nombre de Isabel II fue conferido el año 1838, “desde la ermita de la Magdalena —decía el acuerdo— hasta dicha puerta de los Remedios”.

Fueron construyéndose edificios en aquellos terrenos, al flanco del tapial del monasterio y a espaldas de las casas de Puerta la Sierra, casi justamente sobre lo que fue línea de la muralla medieval. En 1868, la revolución que destronó a la hija de Fernando VII la despojó también de la lápida reemplazándola por otra consagrada a “Lanuza”, en recuerdo del histórico cabecilla de los comuneros. El golpe de Estado de Martínez Campos para la restauración y proclamación de Alfonso XII impuso la restitución de los nombres antiguos, y el de Isabel II volvió a campear en la lápida.

Durante la República, del 31 al 36, se denominó oficialmente de “Francisco Ferrer Guardia”, protagonista de la Semana Trágica de Barcelona, pero no tuvo arraigo y volvió al primitivo de Isabel II, por acta en el año 1937.

En el período final del siglo XIX y principios del actual fueron remozándose los viejos edificios de esta calle que hizo de cortafuegos en las jornadas de febrero de 1941 librando con ello la que parecía inevitable destrucción de la fila de casas de la margen oriental, que eran las únicas componentes de esta vía. La occidental estaba ocupada por



Iglesia del convento de San Francisco, fachada a Isabel II.



el gran mercado inaugurado en 1905 y el solar de la que fue iglesia de San Francisco, destruida por la piqueta del alcalde frentepopulista en 1936.

Actualmente, la calle mantiene la línea que tenía en 1941 desde la del Cubo hasta la de la Paz, que la corta, pero con la reconstrucción la arteria se ha prolongado (en 1957) hasta Calderón de la Barca, por el desmonte de la loma, y absorbiendo a su paso la que fue calle "Arce Bodega", atraviesa las de "Cádiz", "Méndez Núñez" y "Pino", para salir a Calvo Sotelo desde donde sigue, al frente de la Plaza del Generalísimo a encontrarse con la traza antigua. Es, por su situación, y por desembocar en ella más del cincuenta por ciento del movimiento procedente de la Estación única, y por la modernidad de sus comercios y establecimientos (incluido el Instituto Nacional de Previsión), una de las vías más concurridas del Santander moderno.

En la intersección con Calvo Sotelo, da entrada a la Rúa Mayor y Menor, en cuesta de pronunciada pendiente.

## ITALIA

Antiguamente, y antes de realizarse, hacia el año 1917, la reforma de la zona correspondiente a la primera playa del Sardinero, existía una placita como centro de aquel lugar (ante el primitivo Casino) llamada del "Pañuelo", por su pequeñez y su carácter de "encuentro forzoso" de las amistades que por ella paseaban los veranos. Allí tocaba una banda de música, haciendo corro, sin templete, sobre el mismísimo suelo. A un lado se alzaba la estación del tranvía de vapor de Pombo y a pocos metros la de Gandarillas. Esta tuvo éxito de popularidad, pues las gentes hicieron suyo el mote impuesto por la musa festiva de José Estrañi: "La

sombrerera de Don Santos”, que tal se le antojó la forma del depósito de agua para las locomotoras del “trenuco” de Gandarillas.

A la Plazuela del Pañuelo le dieron, el 2 de mayo de 1904, el nombre de “Augusto González de Linares”, insigne biólogo creador de la Estación de Biología Marina y Acuario, y al verificarse las obras reformatorias del año 1917, el pequeño monumento, obra del escultor Quintana, fue trasladado a los jardines de Piquío. El día 1.º de mayo de cada año, la manifestación de los socialistas se desplazaba hasta Piquío y ante el busto de Linares se pronunciaban los discursos y peticiones reivindicatorias del proletariado santomerino.

En 1938 se llevó a cabo la nueva gran reforma de la zona de la primera playa, y en uno de sus andenes se erigió un pequeño hito que recuerda, con el haz de varas y el hacha del Littorio, la participación del Cuerpo de Tropas Voluntarias italianas en la guerra civil.

## **ITURRINO, Francisco** Pintor

Con la idea de agrupar nombres sobresalientes de figuras montañosas de las ciencias, las artes y las letras, en determinados sectores urbanos, el Municipio acordó en sesión de 7 de diciembre de 1978, evocar la memoria de Francisco Iturrino en una de las vías del moderno Polígono de Cazoña, entre las calles de José María de Cossío y José Gutiérrez Solana.

Iturrino nació el 9 de septiembre de 1864 en la antigua atalaya erigida por el Real Consulado en el Alta, frente al Prado de San Roque. El padre de Iturrino desempeñaba las

funciones de atalayero, y casó con una santanderina, por lo que el futuro gran pintor vivió su entera infancia en Santander.

## **JAZMIN**

Véase CIUDAD JARDIN.

## **JIMENEZ DIAZ**

Profesor

En memoria de este ilustre profesor, vinculado a la Montaña, y especialmente a Campóo, con lazos de afecto y de sangre, el Ayuntamiento acordó dar su nombre (año 1970) a una calle comprendida entre Perines y Camilo Alonso Vega. Como nota curiosa, en esta calle se estableció una capilla de la Iglesia Evangelista Filadelfia.

(Carlos Jiménez Díaz. Nació en 1898. Profesor de Patología. Celebridad internacional como investigador clínico.)

## **JUAN XXIII**

Primer nombre a una calle moderna de amplios espacios interiores y plaza bien urbanizada, entre Vía Cornelia y calle de Monte. Acuerdo municipal de 1964.

## **JUEGO DE PELOTA**

Apenas pasó de calleja, y olvidada del nomenclátor callejero, aunque el pueblo solía citarla como referencia orientadora en la población, demostrando el poder de la tradi-

ción oral. Vino el nombre, mientras no surja testimonio en contra, del siglo XVIII cuando el conde de Villafuerte, en su revolucionaria labor de renovación de las viejas costumbres ciudadanas, logró que el Consejo crease el primer Juego de pelota “en un terreno de la huerta de Becedo, pegante con la del convento de San Francisco para establecer un trinquete” con el fin, agregaba la propuesta, “de evitar los escándalos públicos y las resultas de la embriaguez” distrayendo las concurrencias de los vecinos, y especialmente de la juventud, “de los sitios extraviados a donde se amontonaban antes gentes de ambos sexos a beber y bailar, produciendo esta clase de diversiones una ruina a la honestidad, discordias en las familias sencillas y quimeras entre los asistentes...”. “En ese sitio de Becedo se ejercitan en jugar a la pelota hombres y muchachos y por este medio útil y honesto se han cortado muchas distracciones perjudiciales al interés público, a las buenas costumbres y a la quietud de las familias...”. Y allí se estableció el Juego de pelota.

Pero pasando no muchos años, y por necesidades urbanas, hubo de trasladarse el trinquete de los alrededores del monasterio franciscano, con lo que en 1803, dos vecinos —Francisco Sayús, que pasaría a la historia local, y Pedro Acha—, propusieron al Consejo establecer “un juego de pelota, bolos y bochas” al final de los tinglados de Becedo y principio de lo que llegaría a ser calle de Vargas. Y “Juego de pelota” es citado en el callejero formado en 1897 por Sixto Valcázar.

Hoy tiene este nombre la calle paralela a la de Vargas que, partiendo del antiguo pasadizo hacia el Este, tiene su salida por la de Alcázar de Toledo.

## **JUNCO**

Llamada así por la finca propiedad de la familia Junco donde hoy se alza un Instituto filial de Segunda Enseñanza. Comienza en calleja de la Encina y termina en la Avenida de los Infantes.

## **JUSTICIA**

Figuraba este nombre en las Ordenanzas de 1900, otorgado a una de las calles proyectadas de Norte a Sur al poniente del cementerio de San Fernando, en la ladera de la Peña del Cuervo. Flanquea la Prisión Provincial.

## **LA LUZ**

Citado este nombre, oficialmente, en 1931, dado a una transversal de la calle Alta hasta la de Fernando VI.

## **LA PUCHERA**

Véase Grupo JOSE MARIA DE PEREDA.

## **LASTRA Y CUESTA, Luis de la** Cardenal

El Cardenal Luis de la Lastra y Cuesta nació en Orna (Santander). Fue Obispo de Orense, Arzobispo de Valladolid y Cardenal Arzobispo de Sevilla. Intervino en el Concilio Vaticano Primero, y está enterrado en la catedral de Sevilla, capilla de Santa Ana, en un mausoleo del escultor Bellver.

## **LAVIN, Grupo**

Al Este de la Bajada de Polio y comenzando en el Paseo del General Dávila, está ubicado este populoso barrio, y adosado a él, el de María Auxiliadora, frente al colegio salesiano.

## **LEALTAD**

Era una de las más antiguas, sin nombre, y se citaba el año 1814 como "callejuela". Denominación incorporada en 1845 por el plano de Chávarri. Hasta 1888 no comenzó su ensanche que tuvo un proceso muy lento iniciado en 1863 cuando se decía "que por su situación céntrica y su dirección, está llamada a dar nuevo ser, y es una de las de más movimiento de la ciudad".

Empezaba en la Plaza de los Remedios y descendía en línea recta hacia Atarazanas, cortando por su centro las estrechas calles y callejas de "Las Naranjas o Rualasal", "Peso", "Rualpalacio", "Socuviles", "Pascual", "Cadalso" y "San Francisco". Ardió totalmente en febrero de 1914.

Véase LEALTAD, en "Calles destruidas por el incendio".

No era propiamente dicho una plaza, sino corto trozo de calle al Este de Los Acebedos. En 1862 se había dado el nombre de Plaza de la Leña a la actual de la Esperanza, por celebrarse allí el mercado de la madera aportada por los pueblos para los fogones caseros y hornos de las tahonas. Refugiado finalmente este mercado en una callecita que en la actualidad lleva su título, las costumbres modernas lo hicieron caer en desuso y últimamente se había reducido a una corta acera, donde se instalaba “el Rastro” que a su vez desapareció como un anacronismo, ya sin ninguna razón de ser en la escena ciudadana.

Los revendedores acuden ahora al mercado exterior de “la Esperanza” y entre ellos destacan, desde hace una década, los gitanos, mercaderes ambulantes, quienes plantan sus tenderetes, en gran número, para la venta de ropas confeccionadas y tejidos de todas clases. El vulgo, con fina sagacidad, ha bautizado este mercado con el remoquete de “Boutique calé”.

## LEPANTO

Se ha citado, al describir la calle “Bailén” que por la ley de 1845, se determinó rotular las calles carentes de nombre o conocidas por el vulgo con corrupciones del lenguaje, o bien por ser caprichosamente endosados, sin hacer constancia oficial de ello. El arquitecto Chávarri (según se dice en otros lugares de estas relaciones) situó en su plano títulos sacados de la Historia grande de España, y así dio el de “Lepanto” a la paralela de “Bailén” flanqueando el Mercado del Este por su lado occidental, desde Colosía hasta Hernán Cortés.

**LEVA, La**

Véase Grupo JOSE MARIA DE PEREDA.

**LIEBANA**

Tomó el nombre de la bella comarca del Occidente montaños, el tramo comprendido entre "Francisco de Quevedo" y "Convento". Ac. Mpal., 1966.

**LIMON**

Está registrado oficialmente en 1845, cuando era solamente una calleja con entrada por la cuesta del Hospital y sin salida. Diez años después, en 1855, se prolongó hasta la cuesta "Garmendia". No puede precisarse el motivo de su denominación. La calle continúa siendo una lóbraga cuchillada urbana, que conserva su carácter secular. No hemos logrado la comprobación del nombre "Calle del Cuco", a la transversal "de Hospital a Garmendia".

**LIRIO**

Véase CIUDAD JARDIN.

**LOGROÑO**

Se llama así, por acuerdo municipal de 1964, la calle que se inicia en "Vázquez de Mella". Véase Barrio ROLDAN LOSADA.

En 1864 dispuso el Municipio otorgar el nombre del inmortal poeta a la calle que llevaba el de "San Emeterio" y que anteriormente se llamó "de los Santos Mártires", cuando se construyeron las casas del muelle de Calderón y terminaba allí la población por su extremo oriental. Todavía, durante unos cuantos años, permaneció aquel extremo urbano como un playazo en el que se refugiaron los últimos carpinteros de ribera para establecer una grada sobre la que surgió, entre otros veleros la pimpante goleta "La Primera de Santander". Fue el año 1851.

En "El Peninsular", semanario local, se lee en 1866 (que fue cuando se aprobó su prolongación hacia el Norte, o sea, hasta Santa Lucía y posteriormente siguió la línea hasta la calle del Sol) lo siguiente: "Esta calle cuya anchura parece haberse fijado en cincuenta pies y medio, puede tener un desnivel del 8 % y ser así una de las vías más cómodas y de utilidad manifiesta. Hay que tener en cuenta que las comunicaciones que hoy existen en dirección al camino del Sardinero, una por la calle Pizarro, tiene un desnivel que no bajará del 11 al 13 %, y la otra calle de Santa Lucía tiene aún más fuerte pendiente puesto que no baja del 16 %". No obstante estas precisiones, la calle "Lope de Vega" resultó, en la realidad, una de las pendientes más penosas, en su mitad septentrional. A cambio, desde su altura se presencia una vista llena de sugerencias, de la bahía.

**LOPEZ DEL CAMPILLO**  
Guerrillero

Grupo PEDRO VELARDE.

Juan López del Campillo fue un héroe popular en la Montaña. Nació en Liendo en 1785; tomó parte en la batalla del Escudo a las órdenes de Emeterio Velarde. Empleado del Resguardo, fue de los primeros en alistarse voluntario en el Primer Armamento Cántabro. Después de actuar en numerosas acciones pasó a la Rioja con una guerrilla llamada "Tiradores de Cantabria". Desembarcó con su hueste en Santander a bordo de una fragata del almirante Sir Home Popham el día de la liberación de la ciudad.

**LOPEZ DORIGA, José Ramón**

Tomó este título el 7 de junio de 1912. Era, por el año 1883, una huerta cuando los vecinos de la calzada de la Concepción pidieron la apertura de una calle más suave que las de "Lope de Vega" y "Moctezuma" "por las huertas de Rábago". Cinco años después, José Ramón López Dóriga se propuso cerrar la calle particular abierta en sus terrenos desde "Cañadío" hasta "Libertad", mientras el Municipio no considerase necesaria su adquisición. Y cerró, efectivamente, con una cadena la nueva vía, y de ahí le sobrevino el apellido popular de "Cuesta de las cadenas" con que, aun en el día, los más viejos santanderinos la recuerdan y nombran. El Municipio accedió a la propuesta de López Dóriga franqueando la calle al servicio público, previa una importante reforma.

**LOPEZ Y LOPEZ, Antonio**  
Marqués de Comillas

En reconocimiento al primer Marqués de Comillas, montañés, creador de la Compañía Trasatlántica Española, la ciudad dio en 1881 su nombre a una calle resultante del plano de la Población de Maliaño, según el proyecto que comenzó a desarrollarse el año 1852 con los primeros bloques de piedra lanzados para el primer muelle nuevo, que tomó el nombre, precisamente de “Muelle de la Trasatlántica”. Santander quiso perpetuar, ya en vida, su nombre en esa vía que arranca de la calle “Castilla” y termina en la Avenida Sotileza”, toda ella en línea recta y paralela a los muelles de Maliaño. También hubo acuerdo municipal para erigir un monumento al marqués; pero interferencias políticas de su tiempo dejaron el propósito en proyecto. El monumento conmemorativo, habría de erigirse en el Promontorio donde la Trasatlántica tenía un muelle para la carga de carbón en pinazas, para los buques anclados en la boya frontera.

(Antonio López y López de Lamadrid, nació en Comillas en 1817. Falleció en 1883.)

**LOPEZ TAFALL, José**

A su fallecimiento, el vecindario del Barrio de Rucandial pidió se diera su nombre al mismo. Fue acordado en 1976. José Pastor López Tafall fue concejal del Municipio santanderino, y Delegado provincial sindical de Jaén.

**LLANO, Manuel**  
Escritor

Por acuerdo unánime, la Corporación municipal, en sesión del 10 de enero de 1980, dio el nombre de Manuel Llano, a la plaza central del Polígono de Cazoña. Igualmente dispuso que el cadáver del gran escritor fuese inhumado en el Panteón de Hombres Ilustres, de Ciriago, con lo que se rindió popular y oficial homenaje a tan insigne figura de las letras montañesas.

Manuel Llano, nacido en Sopena, de Cabuérniga, murió el 1.º de enero de 1938. Su obra, dispersa en varios volúmenes por él trabajosamente editados, y en gran número de trabajos literarios en la prensa, fueron coleccionados en una edición especial por la Fundación Botín, y posteriormente, toda su obra periodística por la Institución Cultural de Cantabria.

**MADRID**

Resultante del plano de la Nueva Población de Maliaño, se dio este nombre a la vía paralela a Antonio López y López, el 11 de diciembre de 1880. Comienza en la calle "Arquitecto Atilano Rodríguez" y termina en "Nicolás Salmerón".

**MAGALLANES**

Adquirió esta denominación en febrero de 1866 y apareció por vez primera en el nomenclátor oficial en 1868, como homenaje al histórico navegante portugués. La calle

comenzó a construirse haciendo escuadra con Gravina, y se autorizaba en 1869 su prolongación hacia Poniente. En sus avances, perdiendo la línea recta por desniveles del terreno y el desorden que hallaba a cada paso en su desarrollo, por fincas de muy difícil expropiación, llegó hasta la Plaza de Numancia. Poco a poco fueron desapareciendo algunas de aquellas fincas de recreo, con bellos arbolados y jardines en toda su margen derecha. La crítica "a posteriori" demuestra que no sólo la penuria, sino los criterios que no tienen en cuenta el futuro de las ciudades, tiene como claro ejemplo la realización de calles como esta de Magallanes, a la que auxilian como coro de despropósitos, otras abiertas en toda la zona en la que se van introduciendo hoy sensatas rectificaciones.

## MAGDALENA, La

La península de la Magdalena es el apéndice más pintoresco de la ciudad, que desde el breve istmo va alzándose suave y armoniosamente hacia la cúspide del roquedal batido por el mar abierto. Pertenece al ramo de Guerra desde los tiempos de la Guerra de la Independencia, y en lo antiguo fue base de la defensa del puerto y ciudad.

En 1904, esa hermosa finca fue devuelta definitivamente a Santander merced a los oficios interpuestos por Antonio Maura, a la sazón presidente del Consejo de Ministros, que así dio satisfacción a la vieja aspiración santanderina. Y cinco años después, la ciudad acordaba regalársela a don Alfonso de Borbón y Hapsburgo, para construir en la eminencia un palacio de verano cuyas obras comenzaron aquel mismo año conforme a los planos de los arquitectos Javier G. Riancho y Gonzalo Bringas, quienes lo trazaron al estilo

inglés como galante y sentimental homenaje a la reina Victoria Eugenia de Battenberg. Palacio y finca fueron entregados solemnemente en 1912 y al siguiente año la familia real inauguraba sus temporadas veraniegas que no conocieron interrupción hasta la proclamación de la Segunda República, en 1931.

En una sesión del mes de julio de 1912, y en votación nominal, el Ayuntamiento acordaba, por mayoría, ratificar los acuerdos de enero de 1908 y de junio de 1912, donando “a S. M. el Rey don Alfonso de Borbón la península... y para otorgar en esta ciudad o en Madrid en nombre y representación de la Corporación, la consiguiente escritura notarial”.

A mano derecha de la entrada del real sitio instaló la Sociedad de Tenis sus canchas de juego y servicios, también en un estilo “muy británico”. Después, durante la República, el palacio fue sede de la Universidad Internacional de Verano, institución de resonancia mundial. En 1933, al reanudarse las actividades universitarias aún en plena contienda civil, funcionó en La Magdalena la Universidad Menéndez Pelayo. El conjunto fue dotado con un amplio Paraninfo en la zona de Caballerizas, transformada en residencia de estudiantes y profesores extranjeros y se habilitó también la recoleta playa cuyas arenas habían ido desapareciendo con las vaciantes de la bahía en la parte oriental del campo de polo.

El retozo de la ironía popular, dio en llamar “Bikini Beach” a esa playa; la moda femenina imperante fue la inspiradora de aquel apelativo, muy vulgarizado entre la juventud universitaria, especialmente.

El año 1977, el Ayuntamiento reivindicó la propiedad de la península y del palacio mediante convenio con don Juan

de Borbón, como jefe de la familia real, con lo que el bello retiro ha pasado a ser parque de esparcimiento público.

Antes de entrar en la real residencia, y a mano derecha se abre, bordeando el cierre del Tenis, un camino llamado La Horadada, por la que se accede a la playa de La Magdalena, remanso apacible de la bahía, abierta su concha a las tranquilas aguas y enteramente orientada al sur, habiéndose ganado el justo título de “playa de los niños”. Enfrente, se alza el peñasco de la Isla de la Torre, o de la Corona, así llamada desde la primera visita de la reina Isabel II en 1861, por la exornación rematada con una gigantesca corona.

Hasta hace unos tres decenios, existían todavía las edificaciones, entre el bosque, de lo que fue en el siglo pasado Fonda de la Magdalena, abrigada por el poniente por la Punta de San Marcos y que tuvo varios destinos hasta ser residencia familiar de sus muy antiguos propietarios, los marqueses de Robrero.

Toda la zona ha experimentado cambios sustanciales en su forma urbana y en sus apariencias sociales: tanto las arterias de acceso a la península como la urbanización de sus alrededores y las comunicaciones de la playa por accesos de emergencia sobre la ladera sur de la Avenida de la Reina Victoria.

Entre las más sugerentes descripciones que la península ha registrado en la bibliografía provincial, es preciso recordar lo que Amós de Escalante escribió sobre lugar de tantas sorpresas, entonces desolado como un paisaje de Walter Scott, mediado el siglo XIX: “En tanto llega el momento... nos llama los ojos una cumbre desolada, yerto peñasco erigido a la boca del puerto en cuya cima, como reliquias de antigua corona, se distinguen restos de una fortaleza. Si tomamos el áspero camino de arena y roca que a esa cumbre

lleva, su aridez desaparece o se amansa; su desnudez está cubierta a trechos de tupida grama, de haces de juncos, de manojos de lirios blancos, de purpúreas clavellinas, flor de Cantabria, alegría de sus quemados arenales como de sus heladas cumbres, donde la encontraremos. Al pie del monte, agarrada a los estribos de su base, está la batería de Santa Cruz de La Cerda, convertida en faro y sus colgadi-zos y cuartel en establo de vacas. Desde ella, y rastreando todavía las huellas del camino cubierto que une ambas for-talezas, se trepa suavemente a la cumbre de Hano. El son de las olas que baten eternamente estos parajes nos acom-paña, voz del perpetuo combate que los elementos sostie-nen...”.

## MALAGA

Véase Barrio ROLDAN LOSADA. (Ac. Mpal., 1964.)

## MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio

El Municipio acordó (1966) titular con el nombre del doctor Marañón y Posadillo, la calle de corta longitud que se abre a mano izquierda de la Plaza de Numancia, para-lela a la iniciación de la de Floranes. Es una vía de corta dimensión, que en tiempos fue acceso de los que fueron almacenes de la Cruz Blanca, y en los que se instaló una gran bolera cubierta, famosa por ser, también, baile concu-rridísimo y “skating” en una era de popular furor por el patinaje. Se ennobleció aquel amplísimo almacén con la celebración, el año 1919, de la Exposición Nacional de Bel-las Artes, organizada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

El doctor Marañón, según recordó a su muerte el doctor Collazo, vio la primera luz en Madrid por casualidad, porque el ambiente que influyó en él durante sus años infantiles no fue el madrileño, sino el de Santander, "que era el ambiente paterno". En efecto, su padre don Manuel Marañón y Gómez Acebo fue santanderino y concejal de su Ayuntamiento, y le unió una gran amistad con Menéndez Pelayo. El propio doctor tenía a bien proclamarse santanderino por afecto: estudió parte de su bachillerato en el Instituto de Santa Clara y escribió un ensayo magistral de época santanderina, en su libro "Tiempos viejos, tiempos nuevos", en el que estudia la generación literaria de nuestra ciudad.

## MARGARITA

Véase CIUDAD JARDIN.

## MARIA AUXILIADORA, Grupo

Por su cercana vecindad a la iglesia de los Salesianos, recibió el nombre de María Auxiliadora, un grupo residencial construido en la ladera del Norte del Alta, con fachada principal en la línea del Paseo del General Dávila.

## MARIA CRISTINA

Al construirse el cuartel del Alta para la guarnición, al que impusieron el nombre de la Reina regente María Cristina de Hapsburgo, recibió el mismo onomástico la calle que

bordea el recinto cuartelero por su lado sur, desde la cuesta de la Atalaya hasta el Prado de San Roque. Antes se denominaba "Calle del cuartel".

Durante la república de 1931, cambió por "Jesús Díez Piedra", revolucionario muerto en el intento de asalto al cuartel en diciembre de 1930, en los días del levantamiento de Jaca. Fue repuesto el nombre de la reina madre en 1937.

### MARIA LUISA G.-PELAYO

El 8 de marzo de 1929, se aprobaba el nombre de la Marquesa de Pelayo a una vía (cuya apertura se iniciaba en El Sardinero) en reconocimiento a la valiosa, constante y magnífica cooperación en múltiples obras de beneficencia y culturales, prosiguiendo el camino iniciado por su tío, el Marqués de Valdecilla. Comienza en Pérez Galdós y termina en "Luis Martínez".

### MARINA

Pertenecía a lo que en lo antiguo se llamó "de la Mar", o sea, el barrio constituido por el Arrabal, Medio, Red Chica, Puntida y Arcillero. En 1862 se acordó abrir una calle desde Arrabal a El Medio, y en 1868, después de la revolución, reapareció el nombre de "La Marina".

En proyectos redactados más adelante, esta calle habría de prolongarse por detrás del entonces Parque de bomberos municipales y de las casas de Río de la Pila hasta enlazar con la actualmente llamada de "La Milagrosa" para llegar hasta San Celedonio. Una rectificación de este plan ha de-

capitado la intención del crecimiento de esta calle, que queda en la del Arrabal por las recientes construcciones de la Plaza del Río de la Pila.

### **MARINEROS VOLUNTARIOS**

Titulada así en 1965. Es transversal de Hernán Cortés a Medio, paralela a Bailén.

### **MARQUES DEL ARCO**

Oficialmente tomó nombre en mayo de 1899, una de las dos calles que flanquean el que fue solar (hoy edificio de los almacenes "Simago") destinado desde fines del siglo por un convenio entre el Ayuntamiento y la casa de Isla y Alvear para la construcción de la iglesia de San Francisco. Este concierto tuvo como motivo la exigencia del Municipio para edificar parte de la Casa Consistorial en el terreno que entonces ocupaba el templo franciscano. Por esta causa, el solar de la calle de Burgos permaneció sin construir y allí se alzó el "Pabellón Narbón", barracón dedicado a cinematógrafo popular, clave de la historia en Santander del invento de los Lumière. El Marquesado del Arco es uno de los títulos de la casa de Isla y Alvear.

### **MARQUES DE LA ENSENADA**

Desde el final de la calle Antonio López, comienza a desarrollarse otra que desde sus comienzos formaba parte de la Nueva Población de Maliaño, como promesa de sur-

gimiento de la gran zona expansiva para el movimiento del puerto. Hay un curioso plano levantado por una Sociedad francesa que se había hecho cargo por los años centrales del pasado siglo, de la concesión de toda la zona. Es una cuadrícula perfecta desde la hoy estación unificada hasta la dársena de Maliaño. Una de las principales vías fue denominada, en sesión del 25 de enero de 1885, “del marqués de la Ensenada” en pago a los beneficios que aquel ministro español aportó al desarrollo marítimo de Santander en el siglo XVIII desde los años mismos de su elevación a la categoría de ciudad.

### **MARQUES DE LA HERMIDA**

Como la calle del Marqués de la Ensenada, se rotuló esta calle el año 1885. Se inicia en la Plaza del Progreso hacia el Oeste.

### **MARQUES DE SANTILLANA**

Entre la Avenida de la Reina Victoria y la travesía de Canalejas, se fue practicando por el vecindario un veril que poco a poco tomó forma de camino de servidumbre hasta que finalmente, alcanzó categoría de calle.

### **MARQUES DE VALDECILLA**

Construida la Casa de Salud costeada por Ramón Pelayo, marqués de Valdecilla, por deseo popular de la ciudad se acordó en 1928 (fecha inaugural de aquel centro hospita-

lario) dar su nombre al tramo de carretera general entre Cuatro Caminos y la glorieta proyectada frente al complejo sanatorial. Ese tramo quedó convertido, urbanísticamente en espaciosa avenida a cuya margen derecha comenzó a crearse la llamada Ciudad Jardín, y junto a ésta, el Colegio Cántabro, transformado pasando el tiempo en Hogar Cántabro Provincial.

Se daba la circunstancia de que la margen izquierda de la Avenida, o sea, el andén junto a las casas, continuó llamándose desde 1899 de "Joaquín de Bustamante" hasta que este nombre ha pasado a una calle del Polígono residencial de Cazoña.

**MARTINEZ Y FERNANDEZ, Luis**  
Alcalde

Una de las modernas arterias de El Sardinero, a la que se dio nombre, por acuerdo en 1916 como homenaje al que había sido alcalde de la ciudad en los bienios 1903-1904 y 1907-1908, por lo que le correspondió ser promotor de reformas transcendentales en aquel retiro veraniego. Intervino de modo positivo en la iniciativa de regalar la península de la Magdalena y el palacio de verano, a los reyes de España. También fue decidido paladín de la creación de la Biblioteca municipal, en la calle Gravina.

**MAURA Y MONTANER, Antonio**

En agradecimiento al célebre político, por sus destacados buenos oficios en favor de importantes cuestiones que él podía apoyar desde los altos puestos políticos que desem-

peñó, fue rotulada con su nombre entre el pinar de la Avenida de los Infantes y la Alameda de Cacho, la calle en cuesta que enlaza dichas vías. Fue en 1925. Se tuvo en cuenta la circunstancia de haber construido Maura en esa calle, el año 1890, un hotel familiar para sus descansos veraniegos. El hecho de emparentar con el conde de Gamazo, aumentó los lazos de Maura con Santander y con el pueblo de Solórzano, donde también fincó y allí pronunció su famoso discurso en pro de la neutralidad española el año 1914. La actual calle de Maura, tenía en la fecha de su apertura la denominación de “Avenida larga”.

## MEDIO

Una de las más viejas rúas santanderinas, herencia de cuando toda la zona donde está enclavada era casi un “ghetto” de la clase marinera. En 1758 aparece como “Rúa de Enmedio” y de esta forma continuó llamándose hasta 1814 en que ya figuró oficialmente como “Calle del Medio”. Hasta 1833 no se abrió al servicio con la calle del Martillo. En 1872 se estableció en ella la suelta de los carros y tres años después los vecinos se quejaban contra esa costumbre y la de depositar la pesca en el arroyo y las aceras.

Se abría a la “Calzadilla de la Puntida” y pertenecía, según se indica al tratar de la calle de la “Marina”, al conjunto denominado con el apelativo genérico de “La Mar”, donde Pereda pudo observar en su primera juventud algunas de las pintorescas costumbres de los mareantes de Abajo o de San Martín, emigrados allí hacia la mitad del siglo XIX.

## MENCHUBEL

Practicada desde Marqués de Santillana en su iniciación, tomó el nombre por la fuerza de la costumbre, pues allí se construyó un hotel-residencia de viajeros titulado “Menchubel”. Puesto caprichosamente, la costumbre lo adaptó sin más expedientes. Año 1957.

## MENDEZ NUÑEZ

La que actualmente figura como calle “Méndez Núñez” (el histórico almirante gallego), es lo que restó en pie en el incendio de 1941. Hasta entonces, seguía paralelamente a Calderón de la Barca desde la Avenida de Alfonso XIII hasta “Navas de Tolosa”. La denominación fue acordada en 1869. Con la explosión del “Cabo Machichaco” (3 de noviembre de 1893), desaparecieron la mayor parte de las casas que la constituían y en sus solares se reconstruyó rápidamente, viniendo a ser, aproximadamente, lo que de nuevo destruyó el fuego de 1941.

## MENDOZA, Antonio de

Al proyectarse la urbanización de un camino de fatigosa pendiente desde la Plaza de Numancia hasta el Paseo de Sánchez de Porrúa, hubo de practicarse por medio de escalinatas remansadas. Su paso cruzó una extensa zona a la que se preveía un futuro próximo, como así sucedió, pues a un lado y otro fueron surgiendo fincas con jardines, villas y chalets. El 12 de abril de 1899 se le denominó “Antonio de Mendoza”. A ambos lados de su entrada por

Numancia, están la nueva central de poniente de la Compañía Telefónica, y la Escuela Superior del Magisterio.

(Antonio de Mendoza, montañés, fue “uno de los ingenios favoritos de Felipe IV”, por lo que fue llamado “El discreto de palacio”; colaboró con Quevedo en alguna ocasión, y fue “imitado alguna vez por Lesage y Molière”: así le cita Menéndez Pelayo.)

**MENENDEZ DE LUARCA, Rafael**  
Obispo

Grupo PEDRO VELARDE.

Rafael Tomás Menéndez de Luarca, obispo de Santander, es una de las figuras más interesantes en la historia local. De larga y meritoria labor espiritual, firme hasta la exasperación en su sentimiento tradicional, sujeto polémico ante la Historia grande, es indudable que su personalidad ha permanecido fija, con perfiles propios y discutida por su empecinamiento durante su mandato de Regente de Cantabria, así nombrado al levantarse el pueblo contra Napoleón.

**MENENDEZ PELAYO, Marcelino**

La iniciación de esta arteria parte de 1795, en el momento de abrirse “un camino principal” entre el Río de la Pila y el Alto de Miranda y de allí al castillo de La Cerda, por un lado, y a Pronillo, por otro, de carácter estratégico militar según se ha descrito al historiar el Paseo del Alta. Llamóse “de la Concepción” desde el año 1848 por la ermita dedicada a la Inmaculada en el Alto de Miranda. En 1833

el alcalde de barrio de Miranda había pedido “la conclusión del “paseo” conocido entonces con el nombre de “Alta o Atalaya hasta Santa Lucía”.

Al estudiarse en 1865 las comunicaciones más directas o convenientes con el Sardinero, de las tres soluciones propuestas (una, era el camino desde la parte norte de la Plaza de toros, situada en terrenos del actual Sanatorio de Madrazo) y la ladera septentrional de la cañada de Miranda. Pero como paseo, que se puso de moda especialmente entre la gente de clase media para sus desplazamientos a pie, al Sardinero, no apareció con denominación oficial hasta 1875, con una longitud de 900 metros.

Los ya numerosos vecinos y propietarios del paseo, pidieron en 1896 la sustitución del arbolado por otras especies más adecuadas y convenientes al lugar. Ello es demostración de la rapidez con que la nueva arteria había adquirido importancia desde el punto de vista municipal. Tenía carácter de zona residencial y como tal fue conservada ya en lo sucesivo: a un lado y a otro, por el norte extendiéndose por la ladera hacia el Alta, y por el sur construyendo costosos muros de contención sobre la cañada de Tetuán.

El nombre de Menéndez Pelayo le fue conferido en 1903, todavía en vida del gran polígrafo, a quien se había pretendido consagrarle, hacía siete años, “una calle desde la Plazuela del Reenganche hacia los jardines de la Alameda segunda”.

En este paseo, construyeron en 1892 un chalet de verano los padres del pintor José Gutiérrez Solana quien, al recordarlo ya en la madurez, pues en él pasó su infancia y primera juventud, escribió: “El paseo de la Concepción arranca un poco en cuesta; a su derecha e izquierda está lleno de simpáticos hotelitos, en sus andenes, de trecho en trecho, hay álamos y está asfaltado en toda su extensión. En una

de estas casas pasé parte de mi infancia; este paseo estaba entonces poco poblado y todavía existía la antigua Plaza de Toros que no tardó en ser derribada para llevarla a sitio más lejano. Desde los balcones de mi casa se abarcaba una vista admirable: la terminación del Muelle y la gran explanada de Puertochico; se veían entrar y salir los barcos y el ruido de las sirenas...". "El día de los Santos Mártires... era de gala para todo el pueblo; pero preferentemente para los que vivimos en el paseo de la Concepción, por estar cerca de Miranda, que era donde se celebraba la fiesta con toda alegría y animación". "... pero donde la fiesta de los Mártires presentaba un aspecto más pintoresco y alegre, era a la terminación del paseo de la Concepción, en Miranda...". "Era una pequeña capilla rodeada por un campo, desde el que se veía el mar. Desde por la mañana llegaban mujeres y viejas desde Cueto, Peña Castillo y Santander con capachos llenos de manzanas, peras, ciruelas, higos, avellanas, nueces... y se instalaban enfrente de la ermita para vender su mercancía. Luego, a las primeras horas de la tarde, empezaba un baile muy concurrido de romeros a lo alto, a lo bajo y a lo ligero, acompañado por el tamboril y el pandero; y muchas devotas, poniéndose la falda por encima de la cabeza, o un pañuelo, entraban en la ermita..."

## MIES DEL VALLE

Nombre en que se refugió la que de siempre fue llamada Mies del Valle, esto es, la calle San Fernando. Y precisamente, en el nomenclátor actual, Mies del Valle ha encontrado su puesto referido a una calle de penetración desde el número 38 de aquella vía hacia la ya casi conclusa gran calle de Floranes.

## MILAGROSA, La

Transversal de Tantín a San Celedonio. Tomó el nombre de la Virgen Milagrosa, patrona de la Cocina Económica, allí establecida procedente de su antigua residencia en Cuesta de Gibaja. Se dio el nombre por acuerdo municipal de noviembre de 1965.

Esta calle está en la recta de la calle de la Marina, proyectada en el siglo XIX, desechada al hacerse una remodelación con motivo de las reformas en el final de Arrabal, esto es, en la Plaza del Río de la Pila.

## MIMOSA

Véase CIUDAD JARDIN.

## MIRAMAR, Grupo

La situación estratégica y oteadora del mar, en la ladera sur del "Paseo General Dávila", número 43 y San Simón, fue una adopción exacta para definirle.

## MOCEJON

Véase BARRIO PESQUERO.

## MOCTEZUMA

Hasta 1845 no fue citada de modo oficial, a la par que la de "Pizarro", paralelas ambas calles. Era de pendiente aún más pronunciada que en la actualidad, pues las refor-

mas en su traza la han aliviado notoriamente. Moctezuma era la única arteria por la que podía verificarse la comunicación con El Sardinero en los coches de servicio de una empresa constituida con ese fin. No debía tener, por otro lado, más importancia que esa porque, en 1862, al hacerse la distribución de los cuatro distritos no aparecía en el nomenclátor, y sí en el de 1868.

En un informe fechado el año 1870 se decía que “el tránsito de coches al Sardinero se hace por la estrecha calle “Moctezuma” que a su falta de amplitud reúne los inconvenientes de una pendiente exagerada y su peligroso ángulo recto con la calle de la “Libertad” y en una anchura de sólo 15 pies...”.

Diecisiete años después se trató de prolongarla hacia el Norte hasta la travesía de San Simón.

### **MOLA, Emilio**

Las calles nominadas desde 1862 “Colosía” y “Calderón” fueron refundidas en 1938 con el nominativo “General Mola”, que tanta parte tuvo en el Alzamiento nacionalista. Colosía fue el arquitecto naval encargado por Carlos IV de la proyección y construcción de los muelles santanderinos desde “Atarazanas” hasta “Martillo”, y de la ordenación urbana del ensanche resultante de tan importante obra, o sea, de la llamada “Nueva Población de Peñaherbosa”.

Guillermo Calderón, construyó los muelles como prolongación de los de Colosía; de él se hace historia en la voz “PASEO DE PEREDA”.

En 1837, el Municipio decidía formar presupuesto para el empedrado de la calle a espaldas del Muelle, y paralela a éste, llamada “Calderón” hasta la última casa de Bolado

hermanos. Cuatro años después se inauguraba el mercado llamado “del Este” en el gran solar que durante medio siglo venía llamándose “Plaza Nueva”. Dada su disposición, las gentes comenzaron a usar de él, también para paseo, por sus amplias galerías resguardadas de las lluvias y los vientos; pero no llegó a arraigar la costumbre.

(El general Emilio Mola Vidal (1887-1937) era oriundo de Cuba, y fue director general de Gobernación. Murió en accidente de aviación siendo Jefe supremo de las fuerzas nacionalistas del Norte durante la guerra civil.)

### **MONASTERIO, Jesús de**

Disponía el Ayuntamiento (año 1798) “cerrar la Alameda en términos que no puedan transitar bueyes ni carros”. Cuando la ciudad comenzó a extenderse hacia el Oeste, quedó al hilo del camino principal llamado “de Becedo”, un espacio que poco a poco fue convirtiéndose en Alameda con plantaciones de chopos y álamos; una urbanización medio urbana, medio rural, conservado por aquella zona durante bastantes años. La gente comenzó a llamarla “Alameda primera” para distinguirla de la “Segunda” —mucho más al poniente, que comenzó a tomar forma en 1833— desde el Juego de Pelota y Reenganche hasta la “tercera caseta” (Cuatro Caminos).

Sufrió frecuentes transformaciones al correr de los años y a medida que las necesidades de la población exigían reformas en las alineaciones del considerado Ensanche de la población, desde la demolición de la muralla y con motivo, principalmente, de crearse barrios como el de la Florida, donde funcionó una fábrica de cervezas, conocida por “la corralada de Zuloaga”. Fue lugar, la alameda, preferido

para el paseo de las gentes elegantes antes de que el Muelle comenzase a cobrar nueva fisonomía en los finales del siglo XIX y comienzos del actual.

Existen dos descripciones interesantes sobre el carácter de la Alameda primera que en algún período de tiempo se llamó también “de los bancos” por los que había con profusión junto a las fachadas de sus casas modestísimas, de sólo dos o tres plantas. Ya estaba lejos la época en que, al final de esta Alameda los barrileros fabricaban tabales y toneles para la salazón y las harinas, operaciones realizadas al aire libre.

Enrique Menéndez Pelayo, con motivo de una reforma acogida con ningún agrado por los empecinados de la tradición, escribía en 1885 que “a pesar de tener tan cerca de su casa un paseo tan ameno, seguía la corriente de las preferencias públicas hacia el Muelle”. “La Alameda —agregaba— estaba para mí como para mis hermanos de “fashion”, de sobra. Al leer la noticia fue cuando se apoderó de mí la nostalgia de la Alameda. Nunca hasta entonces comprendí yo lo que la quería, como les sucede en las novelas a las niñas que tienen un primo que de repente se marcha a cruzar los mares. Empezó entonces a parecerme más hermosa, más cómoda que nunca. Y eso que comprendo que no lo es. Ya no servía para pasear, pero yo la guardaba como guardan los niños esos muñecos descabezados que tampoco sirven para jugar. Ya no hace ahí nadie paseo desde que la población ha avanzado hasta lo que eran antes afueras de ella y hoy son barrios numerosos... Allí pasearon y se enamoraron los que nos antecedieron en este paseo de la vida; allí lucieron y brillaron sus faldas montadas sobre aquel armatoste de alambres y sus fraques azules con botones dorados, lo mismo que están en esos retratos de la sala. Allí

bailaron, en fin, durante la menor edad de los bailes campestres...”.

Interviene también Pereda, en la ocasión, para decir sus nostalgias de la Alameda: “...Ese paseo, de ramas abajo, de punta a punta, de lado a lado, lo sabía yo de corrido desde que andaba en la escuela; porque quizá no ha germinado desde entonces un pensamiento en mi cabeza, desde los más pueriles hasta los más transcendentales para mi vida, que no le tuviera yo asociado en la memoria con algo de lo que allí se ha destruido...”. “Junto a la fuente, peleas de gallos todos los días de fiesta por la mañana; tenían poquísimos devotos. Aquel árbol, el cuarto entrando por la calle de Burgos, se llamaba “el de la piedra” porque se veía parte de una bien gorda embutida en el cuello de su raíz, o mejor dicho, a medio deglutir por la corteza que poco a poco la iba envolviendo...”. “Hasta aquel banco llegaba todas las tardes el tambor de los reenganchados, tocando a lista cuando éstos tuvieron su cuartel en la calle de Burgos, en la casa cuyo portal ocupó después el famoso “tío Vega”, sacamuelas y barbero de nota, pero mejor redoblante...; para jugar a los plomos, el portal del número 6. En el número 4 daba yo lección de Geografía con casi todos mis discípulos de tercer año de Filosofía. Antes o después, una hora de Alameda...”. “Todo Santander acudía allí; los elegantes a media tarde, de paso para la Alameda Segunda y de vuelta de ésta al anochecer; los niños a todas horas y los viejos a las más cómodas para tomar el sol en invierno y la sombra en el verano, sin el estorbo y los ruidos de la muchedumbre. Cuántas generaciones ha visto pasar uno así, por aquellas naves grandiosas...”. “Algún cincuentón sabía que los árboles se habían plantado “en tiempos de la francesada”. “Después se transformaron las costumbres; llevó la rutina de la moda el paseo de las gentes elegantes al extremo opuesto

de la población, y nos quedamos solos en la Alameda Primera los niños, los pájaros, los ancianos y unos cuantos desperdigados de poco más o menos...”.

Durante los primeros lustros de este siglo, en la Alameda primera, denominada “Jesús de Monasterio” desde 1903, se celebraba la verbena de San Juan. Había una fuente de buena agua, a la que se descendía por varios escalones de piedra. En 1949 la Alameda sufrió una radical transformación. La calzada que la circuía por el norte, estrecha, para servicio de los comercios, principalmente, fue suprimida agregándola al “salón” de la Alameda, y otra faja de varios metros de anchura a todo lo largo, por el sur, para ensanche de lo que entonces era calle Burgos. En el extremo oeste se le hizo un corte para establecer una isla ajardinada, alineada con Florida e Isabel la Católica, frente al Gran Cinema, y ordenar la circulación. Y se construyó a casi todo lo largo de la Alameda una pérgola de piedra.

Este fue el lugar elegido por los “de la tercera edad” para rumiar sus nostalgias. Pensionistas y jubilados tomaron posesión de los bancos bajo la pérgola, y dibujaron una estampa de fuerte significación social y ciudadana. Las mañanas de sol y las tardes apacibles, esa “propiedad” de los ancianos es compartida por legiones de niños como gorriones gozadores de los derechos a ese amable predio urbano. Y así la estampa se completa coloreada con tintas sentimentales para perpetuar una constante del talante humanísimo de los santanderinos.

Pero el nombre Jesús de Monasterio no se circunscribió a la Alameda. En la remodelación de la zona, la calzada bordeante por el sur, que se llamaba “de Burgos”, fue absorbida por “Monasterio”, después de la guerra civil. Durante el conflicto armado llevaba el título de “Avenida de Rusia”, que se prolongaría hasta la Avenida de Alfonso XIII

(entonces de Galán y García Hernández). La calle fue en gran parte calzada junto a los tinglados famosos de Becedo (que así seguían llamándose), con dos solares vacíos: uno disfrutado durante más de un cuarto de siglo por el archipopular “Pabellón Narbón”, y el de la “Sala Narbón”, coquetón cinematógrafo que “recibía los miércoles a las elegantes” y donde se proyectaban películas de Rodolfo Valentino, Greta Garbo y las más populares estrellas del Hollywood de “los tiempos áureos”. El solar del “Pabellón” tenía fijado un destino especial; el del futuro asentamiento de la iglesia de San Francisco, como en otro lugar de este libro se historia. El pacto entre Isla y Alvear y el Municipio tiene fecha de 1900, y la primera piedra del templo la puso Alfonso XIII.

Volvamos a pedir la pluma al pintor Gutiérrez Solana, para que con unos rasgos de sorprendente grafismo, nos diga cómo vio él, por los primeros años de este siglo, la Alameda primera; es una página merecedora de la antología del Santander de ayer: “Luego cruzamos la Alameda Primera: es una hermosa calle, ancha, con andén en el centro, que tiene bancos y árboles a derecha e izquierda; en este momento un timbre repiquetea sin cesar; es el cinematógrafo Narbón que llama al público, pues va a empezar una nueva película de series. Algunos acompañantes del muerto [Solana va en un entierro], se separan sigilosamente como si le hicieran una nueva traición y se dirigen al cine. Por encima del cinematógrafo y a lo lejos, encima de una montaña, se ve la cárcel; hoy amenaza ruina; es un edificio triste y lóbrego, lleno de humedad y miseria. Por unas ventanas pequeñas vemos asomar de vez en cuando una cabeza o un brazo que agita un pañuelo y que no sabemos para qué; por aquel sitio hay muchas cuevas con casas misteriosas; las vallas de algunos solares están tumbadas por el viento y los faroles

torcidos y rotos los cristales, que por las noches proyectan sombras fantásticas como de llamas en las fachadas de las casas". "A la terminación de la Alameda Primera hay unas casas bajas de enormes portales, fábricas de pan; se respira un vaho muy caliente de olor a masa; se ven dentro burros cargados con cuévanos llenos de libretas; una mujer pone un pie en un poyo de piedra del portal para subirse al burro y después que se sienta cómodamente en las ancas, con un vergajo arrea al burro. Luego entramos en la Alameda Segunda...". "Hemos llegado al fin: aquí se despidе el duelo...".

Como curiosidad se recoge este detalle: En noviembre de 1903, la viuda e hijo de Jesús de Monasterio escribieron al alcalde para agradecerle el acuerdo municipal sobre el pésame "y por el cambio de nombre que se pretendía darle a la Rúa Mayor".

(El lector deseoso de mayores precisiones sobre la Alameda Primera, puede consultar "Santander, Biografía de una ciudad", donde las hallará curiosas y precisas.)

## MONTE

Entre 1833 y 1897, recibía el nombre de "Mac Mahón", una calle en reptante cuesta iniciada en Cisneros y con desembocadura en el Paseo del Alta. Andrés de Mac Mahón fue consiliario del Real Consulado de Mar y Tierra del siglo XVIII y construyó su residencia de verano al final de la cuesta. Era un lugar estratégico. A pocos metros hubo, en el siglo XIX, un fuerte, el de "María Cristina", según se ve en el plano de Mathé.

En este camino (llamado "de Monte" por ser comunicación con el Lugar de Monte al enlazarse a pocos metros con

la “Bajada de San Juan”), construyeron su convento las monjas oblatas.

A fines del pasado siglo, un espectacular incendio que devastó varias casas de la calle Cisneros, se propagó a aquella vía donde también quedaron destruidos cuatro edificios.

En la desembocadura al Paseo del Alta, se construyó el año 1913 el edificio para el Observatorio Meteorológico, en un solar cedido por el Municipio.

## **MONTEJURRA**

Como otros numerosos nombres evocadores de acciones de guerra se dio el nombre de Montejurra, en 1964, a la calle abierta entre la Avenida Pedro San Martín y la de Camilo Alonso Vega.

## **MONTERO, Matías**

En el plano de las obras de prolongación de los muelles hasta San Martín, según el ingeniero Grinda, se preveía una plaza junto a la dársena de Puertochico, que así fue llamada oficialmente. A esa plaza se la denominó de “José del Río Sainz”, en honor al ilustre periodista y poeta santanderino, nombre que fue depuesto en 1937; no obstante, la Dirección General de Administración Local en su respuesta al Ayuntamiento, advirtió que no debió suprimirse la denominación de “Jardines de José del Río”, por lo que debía reivindicarse este nombre, aduciendo circunstancias excepcionales en su personalidad. Fue otorgado al recuerdo del primer estudiante falangista muerto en las calles de Madrid. En el centro, se erigió una columna clásica, simbólicamente rota.

Cuando era “solamente Puertochico”, constituía un lugar coloreado de pintoresquismo, pues fue una especie de reducto al que se acogieron los ocios de los viejos mareantes de Abajo, y sus faenas preparatorias para salir a faenar, en las madrugadas. Se segregó, instintivamente, el nombre de Puertochico del de Molnedo para diferenciarlo de la parte más próxima a la dársena o puerto pequeño. Con motivo de la ordenación de los jardines de Castelar, la plaza fue sometida a una importante reforma.

Curiosamente, se anota que el año 1918, al término de la primera guerra europea, el concejal Isidro Mateo propuso en una sesión que se diera el nombre del presidente Wilson a la plaza de Molnedo; no habiendo número suficiente para la votación, quedó en suspenso la propuesta que poco después era desechada.

### **MONTES CALOCA, Toribio y Fernando**

Se había previsto ya, en 1896, dar el nombre de los hermanos Montes Caloca a una travesía entre Santa María Egipcíaca y “la fábrica de aserrar”. En 1930, el Municipio tomó el acuerdo de rotular así la calle que une hoy Juan José Ruano de la Sota con la de Fernández Isla.

(El teniente general Toribio Montes Coloca nació el 1749 en Polaciones. Hizo las campañas de América en el siglo XVIII, y fue llamado “El pacificador de la colonia española de Quito”. Su hermano Francisco nació en 1753, también en San Mamés de Polaciones, y fue general de la Armada Española en América.)

## MONTEVIDEO

En el grupo de vías tituladas en homenaje a las Repúblicas y capitales hispanoamericanas, en 1918 se acordó titular “De Montevideo” a la que parte de “La Habana” y desemboca en “Jerónimo Pérez y Sainz de la Maza”.

### MOSCARDÓ, José

General

Entre las calles de Castilla y Marqués de la Hermida (Ac. Mpal. de 1965).

(José Moscardó e Ituarte. 1878-1956. Con el grado de coronel de la Academia de Toledo, le sorprendió el Alzamiento, e hizo la defensa de la fortaleza, liberada por las fuerzas nacionales en otoño de 1937. Fue ascendido a general y recibió el título de Conde del Alcázar de Toledo.)

## MUERGO

Véase BARRIO PESQUERO.

## N A O S

Véase ACTIMAR, Polígono de.

## NAVARRA

Véase Barrio ROLDAN LOSADA. (Ac. Mpal. de 1964.)

## NAVAS DE TOLOSA

Era una pequeña plaza por la que se verificaba el acceso desde los muelles a la “Rampa Sotileza”. Recibió el nombre

oficialmente en 1880, pero hasta 1896 no fue en realidad tal plaza, entonces urbanizada y bien alineada. Por ella se verificaba el tráfico de viajeros a la estación del ferrocarril del Norte y los días de recepciones o despedidas populares, era plaza de concentraciones multitudinarias.

En la actualidad ha quedado circunscrita a una corta calle entre las de Cádiz y Calderón de la Barca, junto al amplio solar convertido provisionalmente en aparcadero de autobuses de las principales líneas interprovinciales. Popularmente goza el título de "Plaza de las Estaciones", por ampliación de la verdadera plaza.

## NORTE

Hasta hace poco tiempo calleja que une la Avenida de Infantes con la calle Joaquín Costa. Hoy es una vía totalmente urbanizada.

## NUBES DE ESTIO

Véase Grupo JOSE MARIA DE PEREDA.

## NUMANCIA

Don Cornelio Escalante había cedido al común, al final de la calle de Burgos y frente al Reenganche, un terreno para formar allí una plaza que hasta 1876 no vio llegar las primeras brigadas de obreros para urbanizarla. Por ello no recibió la titulación hasta 1883, y quince años después se tomaba el acuerdo de construir un grupo de Escuelas llamadas "del Oeste". Por su parte, los bomberos voluntarios, ya organizados, levantaron su parque inaugurado en 1905;

y en una casa formando esquina con “Magallanes” quedó instalada la Escuela de Comercio, que sufrió varias alternativas en su funcionamiento hasta consolidar de modo definitivo la categoría de Superior.

A la plaza de Numancia la apellidó el vulgo con el remoquete de “el sitio de costumbre”, pues así se citaba en las esquelas mortuorias para significar “el lugar donde se despedía el duelo” de los entierros. Era costumbre, que duró hasta los años cuarenta de este siglo, verificar las conducciones de cadáveres en carrozas de las funerarias, desde la casa mortuoria al cementerio de Ciriego, haciendo estación en la Plaza de Numancia para despedirse la presidencia de la fúnebre manifestación. Y se llevaba tan a rajatabla la costumbre que incluso las conducciones llegaban desde el Sardinero, atravesando la ciudad de parte a parte.

Pero no era el único aspecto característico de la Plaza de Numancia estos actos, pues gozaba del signo contrario; de allí partían en dirección al centro de la ciudad, toda clase de manifestaciones populares, políticas o de puro regocijo. Y allí mismo, entrando por la primera bocacalle de su mano izquierda (paralela, por tanto a “Floranes”), funcionó durante muchos años el famoso baile “de las boleras”, cita del mocerío indígena los días de carnaval; salón de patinaje en una época risueña, cantado en cuplés populares, o de exposiciones artísticas o florales... y también, de congregaciones mitinescas...

## **OBRADOR, Sixto**

En octubre de 1971, tomó el Municipio el acuerdo de dar, al grupo de casas construidas en Cajo, anejas al de Renfe, el título de “Grupo residencial Sixto Obrador” en homenaje

al histólogo y neurocirujano nacido en Santander y fallecido en 1968. La petición al Municipio fue formulada por la Cooperativa Ferroviaria “Nuestra Señora Bien Aparecida”, en vida todavía del doctor Obrador, quien se apresuró a pedir la supresión de “Doctor”, “a fin —justificaba— de que pudiera recordarse también a mi padre, honesto ferroviario de nuestra ciudad”.

### OVIEDO, Alameda de

Por la vaguada, desde Cuatro Caminos hasta Numancia, conocida en lo antiguo por “Camino de Becedo” se comenzaron el año 1833 los trabajos para dotar a la ciudad de una Alameda de setecientos veinticinco metros de longitud a partir del final de los históricos tinglados construidos en 1752. Se previó, paralela a esta Alameda, una calzada lo suficientemente ancha para procurar el comienzo del camino real a Castilla, cuyo mojón inicial, o sea, el “O” se hincó frente al comienzo de la calle “Vargas”, vía ésta que precisamente alcanzó el homenaje de tal nombre al iniciarse los trabajos de la Alameda por la acción de los liberales sobre los carlistas. El Ayuntamiento adquirió unos terrenos propiedad del Cabildo catedral y en las obras fueron empleados los brazos de los prisioneros de la hueste de Ibarrola. Angel de las Pozas, contratista de obras nacido en la Montaña, inició allí sus empresas que habrían de hacerle famoso. Como dato curioso se inscribe que el precio de los terrenos fue de una onza el carro de tierra, medida de la Montaña. Para el verano de 1834 se paseaban ya por el amplio salón, las gentes que dieron en llamarle “Alameda Larga” y años después “Alameda Segunda” como es conocida incluso actualmente. Se consideraba sitio muy alejado de la ciudad.

Tomó municipalmente el nombre de “Oviedo” el 5 de noviembre de 1909, con motivo de unos actos de confraternización entre ovetenses y santanderinos. Conservó su primera traza, con ligeras modificaciones hasta muy recientemente, cuando en 1946 el Ayuntamiento segregó, a todo lo largo de la parte sur, una faja de terreno para la prolongación de la calle “Vargas”, que hasta entonces estaba “taponada” por las tapias de los talleres de fundición de Roviralta. Con esta obra, se completaban las previsiones del proyecto de 1833.

Al paseo le flanqueaban altos y copudos chopos y se intercalaban unos bancos de piedra de alto respaldo de hierro forjado, muy de la época isabelina; bancos algunos de los cuales han sido instalados en los jardines de Pereda.

En esta Alameda se celebró por vez primera el año 1869 (siguiente al de la “Gloriosa”), la feria de Santiago. Y esta costumbre arraigó en términos tales que no se innovó modificación en la costumbre hasta el año 1947 cuando, debido a las reformas introducidas en el recinto, las barracas y atracciones feriantes tuvieron que buscar nuevo emplazamiento. Cesó con ello toda una ejecutoria del costumbrismo localista.

Celebraban los santanderinos el primer cuarto de siglo de la fundación de las Ferias de Santiago en la Alameda, cuando un observador excepcional, el pintor Gutiérrez Solana atusándose un liviano bigotillo en tímido brote, paseó por aquel lugar y pudo dejar, para la antología pintoresca, una descripción palpitante de cuanto allí vio. “Una de las grandes distracciones del verano en Santander —escribía— y que todos esperan con impaciencia es la inauguración de la feria. Comienza ésta el día de Santiago y coincide con las corridas de toros; por la noche hay una gran retreta que parte del Ayuntamiento; la comitiva la forma una gran

carroza alegórica, en la que van unas cuantas chicas guapas con trajes ligeros, vestidas de ángeles envueltas en gasas, con el pelo suelto, con coronas de reluciente hojalata y alas de trapo; detrás iban los bomberos, los municipales y los voluntarios con sus cascos romanos, botas de montar, un rollo de maroma a la espalda y el hacha y el pico a la cintura, llevando grandes hachones y bengalas en las manos: detrás una bomba, caprichosamente adornada, con una gran escalera. Luego venían los gigantones, la vieja de Vargas y su marido, tambaleándose por el camino y volviendo mucho sus enormes cabezotas, mirando al revés, y las gigantillas, haciendo contorsiones repartían vejigazos a los chicos que se acercaban a verlas de cerca, bailando al son de la dulzaina y el tamboril. Un hombre que iba a su lado disparaba muchos cohetes y se soltaban globos grotescos; uno era una vaca con dos cabezas y ocho patas, y algún enano barrigudo, que subía dando vueltas en el aire...”.

Las reformas consistieron en practicar dos glorietas: una junto a la plaza del Reenganche, frente a la de Numancia, y otra al eje de Perines. En esas glorietas quedaron instaladas sendas farolas monumentales que habían permanecido durante más de cuarenta años en la Avenida de Alfonso XIII. En el extremo final, esto es, en Cuatro Caminos, fue erigido en 1943 un hito conmemorativo del VII Centenario de la Marina de Castilla y la conquista de Sevilla por las naos montañesas. A ambos lados del paseo y como elementos decorativos, se colocaron los viejos escudos de piedra con que blasonaron sus casonas de la vieja puebla totalmente desaparecida, las más hidalgas.

Con carácter también ornamental y conmemorativo de la inauguración de la traída de aguas a la ciudad, fue construida en 1885 una glorieta semicircular presidida por un triple arco al que se accedía por amplia escalinata; y en

esa glorieta, durante muchos años, hubo un templete para los conciertos nocturnos del verano, en días de feria. En el año 1932 fue instalada, en la segunda mitad de la Alameda y jardines del Verdoso, la Feria de Muestras, introduciéndose algunas reformas, como el trazado de jardines, la instalación de una fuente luminosa y una bolera. La Feria se celebró solamente el año inaugural y los tres siguientes, pues en 1936 no pudieron ser inauguradas las ferias por el estallido de la guerra civil.

Los jardines de El Verdoso tuvieron fisonomía pintoresca en cuanto que fue convertido en lugar de costumbres popularísimas. Las mañanas de cada domingo, había feria de ganado. El año 1912 se pedía al Municipio el traslado de la feria al Verdoso el primer viernes de cada mes; no se trataba de ninguna creación, sino de un traslado de la feria que desde “tiempo inmemorial” se venía celebrando en la Plaza de la Esperanza. En apoyo de la propuesta municipal se aducía el hecho de que Santander era centro ganadero de gran importancia, con un matadero donde se sacrificaban de 30 a 50 cabezas de ganado vacuno, al día, y en cuyos pueblos agregados existían más de dos mil vacas de vientre. Hubo concejales que negaron la existencia de tal mercado en la Plaza de la Esperanza pues, argüían “sólo se venden pequeñas partidas de leña, carbón vegetal, patatas y algún cerdo, pero han desaparecido por consunción”. No obstante, el acuerdo fue positivo para la creación del mercado en El Verdoso, frente al Matadero municipal y bajo el que fue Pabellón de Exposiciones de Calzadas Altas.

Por las tardes se formaban verdaderas romerías con baile de pito y tamboril, y con figones, todo a la moda aldeana montañesa. Y era que aquel confín de la ciudad tenía un fuerte carácter rural. El baile, a lo suelto, dio al lugar el nombre de “El pericote”.

Como efemérides de la historia de la Alameda se cita la rebelión que allí estalló una mañana en 1837, cuando el Regimiento de Segovia se negó a obedecer; abortada en los primeros momentos la insurrección, estalló a los pocos días en Miranda de Ebro, a donde había sido trasladada la fuerza: los insurreccionados dieron muerte al general Escalera, por lo que aplicando todo el rigor del Código militar, las filas fueron diezmadas inmediatamente.

La vecindad del Pabellón de Exposiciones daba a la Alameda un intenso movimiento. Y fue como un rito observado por el pueblo, subir hasta El Verdoso las tardes de corridas de toros, para presenciar la llegada de las cuadrillas y la salida del público.

En 1935, se dio el nombre de "Tomás Palacio Ortiz" a la glorieta semicircular donde fue instalada la fuente luminosa para la Feria de Muestras, de la que había sido creador.

El año 1965 el Ayuntamiento tomó el acuerdo de designar el tramo entre Perines y Cuatro Caminos, "Avenida de la Juventud".

#### **PACHIN GONZALEZ**

Véase Grupo JOSE MARIA DE PEREDA.

#### **PADRE APOLINAR**

Véase BARRIO PESQUERO.

#### **PALACIOS, Teodoro**

Comienza en la calle "Castilla" y termina en "Marqués de la Hermida". Ac. Mpal., 1968.

(Nacido en Potes, fue capitán de la División Azul enviada a Rusia donde, en la batalla de Petrogrado fue hecho prisionero con otros compañeros. Fue condecorado con la Laureada de San Fernando.)

### **PALAZUELOS, Francisco**

Por “Caserío de Arna” era conocido, en 1772, un barrio al norte de “San Simón” y como “Calleja de Arna” figuraba en 1842 al hacerse el reparto de los cuarteles. En el plano de Rozas aparece insinuada una calle por una especie de atajo. En 1890 el Municipio disponía el arreglo y habilitación de la vía accesible al vecindario entre la calle “del Sol” y el paseo del “Alta”. Conservó por mucho tiempo su carácter rural con huertas y jardines y aun hoy, en que se ha construido en ambas márgenes, conserva aquella fisonomía.

La denominación “Francisco Palazuelos” fue acordada el 24 de enero de 1913. Fue un reconocimiento a la acción filantrópica de un peñacastillense así llamado, en favor del pueblo, y especialmente por la fundación, de su peculio y también del sostenimiento, de un grupo de escuelas.

Unos papeles del año 1772 dicen que “los invernales habían pasado a ser edificaciones rústicas que construyó un villano apellidado Arna”.

### **PALENCIA**

Una de las calles del moderno Sardinero, cuyo trazado se completó en 1945, fue la de “Palencia”, casi paralela, pero en cota más baja, a la Avenida de Los Castros. Es calle residencial de villas y chalets de verano, que se abre al poniente de la Plaza de las Brisas.

## PANAMA

En julio de 1978, se tituló con el nombre de “Panamá” la nueva vía abierta detrás del Hotel del Sardinero, y que une la Avenida de Infantes con el comienzo de la de Castañeda. El Municipio tuvo muy en cuenta los deseos del embajador panameño en Madrid, de que a su país se le recordase en Santander en atención a los numerosos santanderinos participantes de la conquista y colonización de aquel país, y de la allí destacada proliferación del apellido “Santander” llevado por próceres panameños.

## PARAYAS

En la confluencia de “Jerónimo P. y Sainz de la Maza” y el final de la Avenida “Castilla”, comienza la carretera nacional de acceso a la ciudad, denominada de “Parayas”, tomado el nombre de la pintoresca sierra del término de Maliaño, y en cuyas cercanías se construyó el Aeropuerto, a cuatro kilómetros de la población. En 1966, la Junta de Obras del Puerto propuso al Ayuntamiento incluir en el nomenclátor callejero una serie de nuevas vías confluyentes a la zona marítima y relacionadas con los servicios del futuro Puerto de Raos. Aprobada la iniciativa, que además da carácter a una amplia zona, los nombres corresponden a la geografía montañesa, siguiendo con ello una pauta ya ensayada con beneplácito en otros enclaves urbanos modernos. Estos son los nombres:

PEÑA BEJO, entre “Río Asón” y “Saja”.

PEÑA LABRA”, desde “Eduardo García” hasta “Besaya”.

PEÑA ROCIAS, entre “M. de la Hermida” y “Saja”.

PEÑA SAGRA, entre “Besaya” y “Pas”.

PEÑA VIEJA, entre "Avenida de Parayas" y "Saja".  
RIO ASON, entre "Peña Rocías" y "La Escollera".  
RIO BESAYA, entre "Eduardo García" y "Peña Labra".  
RIO DEVA, entre "Peña Rocías" y "La Escollera".  
RIO HIJAR, entre "Peña Rocías" y "Peña Bejo".  
RIO MIERA, entre "Peña Rocías" y "La Escollera".  
RIO NANSA  
RIO PAS. Comienza en "Eduardo García".  
RIO PISUEÑA, entre "Peña Rocías" y "Peña Bejo".  
RIO SAJA

### **PARDO, Leopoldo**

Calle paralela a la de Antonio López y prolongación de la de Madrid hacia el Este, que termina en el encuentro con la de Martínez Zorrilla. Leopoldo Pardo fue un santanderino de grandes iniciativas, de los primeros en aprovechar las posibilidades de toda la zona del Ensanche de Maliaño para crear depósitos de maderas y otras industrias. También fue naviero, y se le consideraba una de las fortunas más fuertes del Santander de los años veinte.

El Ayuntamiento tomó el acuerdo de dar su nombre a esta calle en 1931.

### **PATACHE**

Véase ACTIMAR.

### **PAZ**

Hasta el mes de diciembre de 1862 se llamaba "Travesía de Isabel II" y al aprobarse un dictamen municipal sobre "las alteraciones que debe sufrir la rotulación de las calles proponiendo nuevos nombres que han de tener las seccio-

nes de éstas, a que hay que dar nuevo título”, se le denominó “de la Paz”.

Es calle muy corta que forma ángulo con Francisco de Quevedo. Véase FRANCISCO DE QUEVEDO.

## PEDRUECA

He aquí una calle que aunque oficialmente se denominaba de “Doña Leonor” (por Leonor Laso de la Vega, hija de Garcilaso y de María de Cisneros, o sea, la madre de Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana), muy poca gente y puede decirse que ni la propia administración, llegaron a registrarla con tal nombre. El hecho cierto es que el de “Casas de Pedrueca” se lo había conferido tácitamente el vulgo, ya para 1814, con ocasión de ser empedrada por formar entre las casas de una barriada en construcción a partir de la del “Martillo”. En 1832, al hacerse la alineación, doña María Velarde y Pedrueca, como tutora y curadora de sus hijos menores, reclamaba que la casa que iban a construir al frente de las suyas (conocidas por “Casas de Pedrueca”), José Rodríguez y consortes, se atuvieran al plano aprobado para la nueva población. Al fin, el nombre de “Pedrueca” se impuso oficialmente en 1837.

Existía el antecedente de que en 1804, Manuel Cabrero pretendía construir una casa “colindante por el norte con la Rúa del Medio”, por el sur fronteada con la “Plaza Nueva”, por el poniente con las casas de Antonio Ramírez y otros y por el saliente con las de Ignacio Heras, ya difunto. Y hoy “de José de la Pedrueca”.

Se sabe que en 1800, con motivo de la boda de María Velarde, hermana de Pedro (el héroe del parque de Monteleón), que residía en Muriedas, con el primogénito de los

Pedruca, los invitados acudieron a la casa del novio, radicante en la esquina de la calle del "Martillo" y que, por entronques familiares, pasó a la propiedad de los Sanz de Sautuola y de aquí, por herencia directa, a los Botín. Los invitados embarcaron en botes y esquifes a muy pocos metros del noble solar, pues el mar llegaba hasta allí. Esa casona existe hoy, con su escudo esquinal; fue restaurada y reformada en la primera decena de este siglo. En cuanto a la calle en sí tiene una característica muy peculiar: conserva en su acera norte la traza de construcciones de tipo uniforme con balcones floridos y simétricamente ordenados con una regularidad de línea muy propia del estilo de la época en que se alzaron, convirtiéndola en una de las estampas urbanas más armoniosamente dibujadas.

#### **PELAYO, Don**

Como homenaje al rey de los cántabro-astures, iniciador de la Reconquista, se dio su nombre a un espacio transversal de la calle de "Burgos" (hoy Jesús de Monasterio) a Isla y Alvear, unidos por una escalinata resultante de la construcción del edificio del Gran Cinema. Es calle reservada exclusivamente al servicio peonil.

#### **PENSAMIENTO**

Véase CIUDAD JARDIN.

#### **PEÑA BEJO**

Véase PARAYAS.

**PEÑA BOEUF, Alfonso**  
**Pasaje**

Las aspiraciones sostenidas por la opinión santanderina durante cerca de un siglo, de establecer comunicación directa desde el centro de la población con la zona ferroviaria y la industrial del barrio de Maliaño, se cumplieron en 1943 (habían comenzado en 1940), con la solemne apertura de un túnel que con entrada por la Avenida de Jesús de Monasterio, desemboca en la calle "Arquitecto Atilano Rodríguez Collado". Este túnel, perforado bajo la loma de la calle "Alta", precisamente donde se ubicó la cárcel de Santa María Egipcíaca, recibió el nombre de "Pasaje de Peña", como reconocimiento al entonces ministro de Obras Públicas, Alfonso Peña Boeuf, que demostró su interés por la promoción de importantes obras beneficiosas para la ciudad y la provincia.

Durante la época revolucionaria, es decir, en 1936, el alcalde Castillo Bordenabe intentó resucitar el viejo proyecto, e inició, con un acto de resonancia política y social para su época, la apertura del denominado "Túnel del Pueblo", y se hicieron las primeras excavaciones con brigadas obreras voluntarias.

El túnel tiene una longitud de 80 metros, y puede verse en la voz "CUESTA" lo relativo a los propósitos santanderinos de perforar por dos sitios, por lo menos, la loma de "Calzadas Altas" para unir ambas zonas urbanas, facilitar el tránsito y reactivar su movimiento mercantil.

**PEÑA CABARGA**

Nombre del monte dominante de la bahía por la parte del sur. Fue célebre en tiempos romanos, cuando el desem-

barco de las tropas de Agripa, pues allí hallaron importantes veneros de hierro, que han sido explotados y de los que, en la prolongación de la sierra hacia el Oeste, subsisten minas todavía en explotación. La calle "Peña Cabarga" es una de las del barrio de la Fuente de la Salud junto al parque municipal de servicios.

El nombre fue acordado por el Municipio en 1966, en sustitución de "Doctor Fleming", que venía ostentando desde 1965.

### **PEÑA DEL CUERVO**

Llamábase así la ladera sur de Calzadas Altas, desde la Rampa de Sotileza hasta lo que hoy es conocido por "la Marga" (título de una fábrica de tableros contrachapeados). Hasta que la Estación Unica ocupó los terrenos de la que fue calle de Cádiz por la base de la Peña del Cuervo, en ésta se abría un camino entre corpulentos eucaliptos. Durante muchos años hubo, aprovechando una gran recta en ese sendero, una manufactura de cordelería.

### **PEÑA HERBOSA**

Para 1805, se habían subastado los solares resultantes de la construcción de muelles por Colosía, y cuatro lustros después Calderón comenzaba el relleno a lo largo de las escolleras por él construidas hasta lo que hoy es Lope de Vega. El gran terraplenado era un reto al porvenir de la ciudad. Sobre los planos, surgía la Nueva Población de Peña Herbosa, o Peña Arvosa, con una solución de continuidad que engolosinaba los sueños de los hombres de la Junta de Comercio, heredera de las realizaciones del Real

Consulado de Mar y Tierra. Y en efecto, las líneas que, valientemente, se dirigían hacia el Este, hacia el viejo casco urbano, encerraron bien pronto un nuevo dominio al mar que tenía que ceder generosamente nuevas llanuras a la ciudad. El asalto fue realmente gigantesco si nos atenemos a los cortos medios económicos y técnicos con que entonces se desenvolvía una población de marinos y mercaderes. Diríase que había como una pugna en ganar grandezas, en la batalla emprendida para crear la Población de Maliaño y la no menos ambiciosa de la Nueva Población de Peña-herbosa.

El nombre provenía de uno de los tres peñascos desaparecidos para formar la dársena de Puertochico, que entonces no se llamaba así: Rafael González Echegaray, con precisión total de erudito historiador de nuestro mar interior y nuestros barcos, dice que “Puerto Chico era una dársena construida por la Unión Mercantil, casi cuadrada, abierta al sureste y con dos espigones de pocos metros que la medio-cerraban. Ocupaba parte de lo que hoy es Plaza de Matías Montero y el trozo actual de muelles y rampas junto al surtidor de gasolina. Era un refugio pequeño para embarcaciones de pesca y otras menudencias...”.

Peña Herbosa era citada como calle en 1845 en virtud de la nueva ley municipal. En 1875 quedó en Manuel Cabrero la subasta de cinco solares en los que alzó viviendas entre las calles “General Espartero” y “Peña Herbosa”. Veintidós años después, o sea, en 1867, se dieron licencias para construir seis casas en la misma vía, probándose con ello la importancia adquirida por el ensanche de la ciudad hacia el Este... Bien ha merecido conservar el nombre. Sin él, las nuevas generaciones santanderinas carecerían de una referencia esclarecedora de la historia de sus logrados esfuerzos urbanizadores.

**PEÑA LABRA**

Véase PARAYAS.

**PEÑA ROCIAS**

Véase PARAYAS.

**PEÑA SAGRA**

Véase PARAYAS.

**PEÑA VIEJA**

Véase PARAYAS.

**PEÑAS ARRIBA**

Véase Grupo JOSE MARIA DE PEREDA.

**PEÑAS REDONDAS**

Comenzó a figurar en el nomenclátor municipal en 1868. El primitivo proyecto señala su prolongación hasta Magallanes, lo que se realizó en 1960.

**PERAL, Isaac**

Calle interior de la Colonia San Javier (Ac. Mpal., 6-2-1968).

**PEREDA, José María de  
Grupo**

Construido por la O. Sindical del Hogar en los terrenos entre la antigua calle Viñas, Vista Alegre y Cuesta de la Atalaya, huertas joyantes de la familia Movellán (con la que emparentó el pintor Fernando Pérez de Camino), está constituido este Grupo por cuatro paralelas vías escalonadas en la ladera, abierta al sol, que forman calles a las que se dieron el año 1951, títulos de novelas del gran costumbrista montañés, y son: PEÑAS ARRIBA, LA PUCHERA, PACHIN GONZALEZ, LA LEVA y NUBES DE ESTIO.

**PEREDA, José María de  
Paseo**

Queda indicado que la actual arteria principal y eje en torno a la que se engrandeció la ciudad, se inició con las cinco primeras manzanas de casas entre el edificio de la Aduana y “Martillo”, esto es, el proyecto de Colosía. Subastados los solares, fueron construidos los edificios que atrajeron la atención de Gaspar de Jovellanos en su visita a Santander. El año 1786 comenzó a figurar como “El Muelle” en el padrón de estados, y en 1805 se le llamaba “El Muelle Nuevo”. En 1822 Guillermo Calderón, perulero nacido en Soto Iruz, prosiguió como se ha señalado ya en estas páginas, la escollera y muelles de atraque hasta Lope de Vega. Dio Calderón por conclusas sus obras y cuando se terminó el relleno, emprendió la construcción de su casa, en la primera manzana a continuación de Martillo y con ella iniciaba el vasto plan comprensivo de 18 manzanas o islas de casas en la misma línea y en la paralela a su

dorso. Así, en 1831, edificaba la suya Antonino Gutiérrez Solana (conocida por “la del pasiego”).

Veamos lo que un viajero de excepción, el inglés Jorge Borrow (el famoso “Don Jorgito, el de la Biblia”), dejó consignado en su libro “La Biblia en España”. Era el año 1837, y llegaba a Santander pensando en el contraste que se le ofreció “entre la región desolada que acababa de atravesar”, con “el bullicio y la actividad de Santander, casi la única ciudad de España que no ha padecido con las guerras civiles...”. “Hasta las postrimerías del siglo pasado —agregaba— Santander era poco más que una oscura ciudad de pescadores; pero en estos últimos años ha monopolizado casi por completo el comercio con las posesiones ultramarinas de España, especialmente con La Habana. Santander posee un muelle muy hermoso sobre el que se alza una línea de soberbios edificios, mucho más suntuosos que los palacios de la aristocracia de Madrid [sic]; son de estilo francés y en su mayoría les ocupan comerciantes. La población de Santander es de unos sesenta mil [sic] habitantes...”

Tardóse un tiempo en continuar las construcciones en su línea, pues hasta 1846 no edificaron Manuel Abascal Pérez y Manuel Toca, y al siguiente año se redactó el proyecto de continuar los muelles de Calderón hasta la Punta de San Martín, proyecto que habría de tropezar con algunas oposiciones. Mateo Obregón se proponía llevarlo a cabo estableciendo en el terreno ganado al mar cuatro solares para construir.

En 1868 comenzó a edificar Victoriano Pérez de la Riva, y al año siguiente lo hizo también el citado Obregón, al mismo tiempo que el Municipio resucitaba el plan de prosecución de la línea de muelles hasta San Martín y el Promontorio “para llevar a cabo —decía la moción— el camino de costa hasta El Sardinero”.

En 1874 ya está edificando su casa Lino de Villa Ceballos, alcalde después, y le siguió enseguida Emilio Botín pidiendo rasantes “para construir en el último solar”. Otro tanto proponía hacer Angel B. de Pérez. Se medían ya 725 metros de longitud del paseo.

Llegó el momento de plantearse con todas sus consecuencias la necesidad de los muelles salientes hacia la canal de la ría, pues a la orilla no podían arrimar, por el escaso calado y los fangos, los buques de vapor sustitutivos de los románticos veleros; y también, cegar la dársena grande para expansión de la zona residencial del centro.

En 1880 un incendio redujo a cenizas la casa construida por Guillermo Calderón el año 1822 donde se había establecido el Círculo de Recreo y en los bajos el Café Suizo. Pertenecía entonces al marqués de Montecastro, heredero del creador de aquellos muelles. En el solar se edificó la casa donde en la actualidad está la sede máter del Banco de Santander, entidad que por los años cincuenta de este siglo construyó otro edificio gemelo, unidos ambos por un gran arco monumental coronado por frontón decorado con esculturas simbólicas del escultor Blanes. El arco vuela sobre la calle de Sautuola, y dentro de la lógica escala de valores, es un “ejemplo de monumentalidad” aportada a la traza ya muy genuina del Paseo de Pereda por la decisión del Banco.

Se iniciaron en 1891 los trabajos para “un parque y boulevard” dejando a la parte meridional ancha calzada para uso del puerto. El Muelle ensanchó sus estrechas aceras y calzada, la primera dedicada a partir del año 1902 a paseo cómodo, sombreado en el verano por el arbolado, y la segunda apta para el cada día más intenso tráfico de tranvías, coches, carros y carretones. Paralelos, los rellenos preparados ya para convertirse en jardines, con planta trape-

zoidal hasta el frente de la casa número 15 y de allí hasta Puertochico como un andén risueño y también sombreado. El Muelle disputó a las calles de San Francisco y la Blanca las preferencias de las gentes en las horas de paseo los días de sol o de calor. El resto del año, sobre todo la juventud, devolvía a las castizas rúas su carácter de salón de encuentros, llenos de nostalgias de más de tres cuartos de siglo.

El llamado “boulevard” —denominación contra la que clamaban los castizos triunfando al fin al denominarse oficialmente Paseo— quedó terminado a falta de detalles para 1902. Y fue un momento en que los nacientes jardines recibieron la ofrenda maravillosa de un pueblo sensible y con afanes de colaboración, demostración clara de que la obra estaba bien considerada como transcendental para la ciudad. Prendió la idea de contribuir a la creación de los jardines ya trazados, a lo largo de los terrenos conquistados al mar, desde la Avenida hasta la calle del Martillo, como primera etapa, y el Municipio comenzó a recibir ofrecimientos de plantas exóticas cultivadas con cariño en jardines y huertos particulares, y sobre todo de árboles cuyos plantones fueron llegando en verdadero pugilato de colaboración. Así fueron haciéndose plantaciones de tilos en la parte Oeste (Avenida de las Naos, la llamaban) y las primeras palmeras procedentes de los jardines todavía subsistentes en numerosos enclaves de la población. Los periódicos iban dando, a diario, relaciones de donantes y las especies de árboles y arbustos propios de jardines botánicos, como magnolios, acebos, extraños ejemplares enviados por un floricultor (Ramón Escalante), titulados “Kaignon Bolova” y “Salisturi adianal folia” o “de los cuarenta escudos”. Tal fue la afluencia que hubo de formarse una comisión popular para seleccionar las palmeras, naranjos dulces, los Fénix,

bambúes, araucanias, cedros, dracenas, cañas de Indias, evónimos, aligustres, laureles, clitomedias, pinos, granados, bojes, daturas, castaños de Indias, perales silvestres, limoneros, árboles del paraíso... De plantas hubo incontable afluencia de las especies más raras. Constituyó como un recuento de los espléndidos jardines que tanto en la ciudad como en la provincia proclamaban los fervores de los montañeses.

Los jardines fueron inaugurados celebrándose en su recinto una vistosa Exposición de Artes e Industrias el año 1905. Se construyeron espaciosos pabellones con entrada por la Avenida de Alfonso XIII para la exhibición de toda clase de materiales de la construcción, y sus aplicaciones, de artes decorativas, de educación y enseñanza, de mecánica en general, química, ganadería, caza y pesca. Funcionaron, asimismo, una sala de fiestas y espectáculos, un gran café restaurante y cervecerías...

Se había presentado una proposición para dar, en 1894, el nombre de José María de Pereda, en la cúspide de su popularidad y fervores de sus paisanos, a la calle "Atarazanas", pero quedó en suspenso toda decisión por el momento. Pesaba mucho en el ánimo de los concejales la denominación de las rúas clásicas, que tanto decían al recuerdo. Y por ello, hasta 1903 no se decidió otorgarle a la gloria del gran costumbrista, el flamante "boulevard", que estaba acaparando las preferencias del vecindario, y arrebatando, como va dicho, a San Francisco, la Blanca y la Alameda Primera, los fervores populares. Muy pronto se estableció, como un rito, el paseo en noria, tan encantadoramente provinciano, entre "La Metalúrgica", esquina de la Aduana, y el Café Suizo. Y este rito aparejaba como canon social, la formación de tres corrientes de paseantes: la burguesa en el andén norte; el vaivén de la pollería horteril o estudiantil, en la calzada central, y la pausada de los grupos obre-

ros (boina, blusa y alpargata) bajo los plátanos en la alameda de los jardines de Pereda.

En 1911 la ciudad se congregaba en los jardines para asistir al descubrimiento del monumento a Pereda, obra de Coullat Valera. En la ocasión, Menéndez Pelayo, achacoso físicamente, pero lleno su cerebro de claridades, pronunciaba el discurso que es bellísima pieza literaria rezumante de aquel santanderinismo que homenajeante y homenajeado habían mantenido como una bandera.

Nueva reforma, en 1927, de los jardines, con la introducción de una novedad: la del Banco al doctor Vicente Quintana, erigido a iniciativa de la famosa "Cuerda Royalty". Ese mismo año fue descubierta la fuente a Concha Espina, obra de manos de Victorio Macho. Tras de la Fuente, se erigió, pasando los años (1960) un frontón dedicado a Víctor de la Serna, hijo de la escritora.

Por fin, en 1947 el entonces alcalde doctor González Mesones llevó a cabo en muy corto plazo (no sin vencer esos obstáculos que asaltan cuando de innovar se trata), una importantísima mejora consistente en el ensanchamiento de la calzada, de un extremo a otro. Ello comportó el trasplante de toda la fila de plátanos del andén del sur. Y para entonces habían ido transformándose, de modo escalonado, los servicios de transportes públicos desde los tranvías eléctricos y servicios de autobuses, por el muy moderno de trolebuses; a los diez años, volvían a rodar unos flamantes autobuses municipales.

En la glorieta occidental de los jardines, se estableció el monumento sedente del doctor Arce, insigne pediatra, como homenaje de la infancia santanderina. Es obra del escultor Avalos.

## PEREZ DEL MOLINO, Juan José

Calle transversal de la calle de Monte hacia el oriente, acuerdo municipal de 1965.

## PEREZ GALDOS, Benito

El célebre novelista canario hizo su primera visita a Santander en el verano de 1871. Llegaba, según él mismo habría de confesar, atraído por la lectura de las “Escenas montañosas” de Pereda y traía también el propósito de documentarse para algunos de los capítulos de los “Episodios nacionales” cuya serie había comenzado hacía poco tiempo. Por él y por Pereda se ha descrito el momento del encuentro en una fonda santanderina donde quedó sellado un pacto de amistad para toda la vida, no obstante sus diferencias en el orden político y religioso, dando ejemplo, como almas nobles y espíritus sensibles, de una comprensión que se ha expuesto como norma para la convivencia. Galdós continuó después visitando Santander todos los años, para alternar el descanso con la labor literaria. Y ya no sólo fueron los veranos, sino temporadas invernales las que Santander le consideró como huésped. Tan llegó a considerarse vecino que decidió construir un hotel para residencia y lugar de estudio en un camino desde el Alto de Miranda hasta la Magdalena; camino que abierto en 1877 fue evolucionando hasta convertirse en hermoso paseo sobre el espinazo entre la bahía y El Sardinero. El chalet, inaugurado en 1892, fue estación de recalada de ilustres hombres de las letras y las artes. Era mirador estratégico que abarcaba el ancho panorama del mar interior desde la península de La Magdalena hasta el brumoso fondo industrial de Nueva Montaña.

Y no sólo el novelista hizo de su hotel residencia de verano y estudio; lo constituyó en verdadero Museo: fue ordenando en sus estancias los preciados recuerdos de su vida, los originales de sus famosas creaciones, los retratos de las más descollantes figuras de la política y la Literatura europeas, con significativas dedicatorias, y se trajo de su casa de Madrid otros elementos valiosísimos para su propósito. La finca fue bautizada con el nombre de "San Quintín", y aún recientemente podía verse los azulejos con este título, en lo que restaba del chalet y del recuerdo de su creador. Desafortunadamente, la ciudad a la que él tanto quiso y que tanto le quiso a él, no supo encontrar soluciones para conservar "San Quintín" como Museo galdosiano. Los libros, los manuscritos, todos los recuerdos íntimos fueron adquiridos por el Ilustre Cabildo Insular de Gran Canaria.

El municipio tomó el acuerdo, el 1.º de julio de 1908, es decir, en vida del novelista, de titular con su nombre al paseo, a lo largo del cual habían ido fincando familias locales.

El año 1916 se formó en Santander una sociedad para la construcción del Hotel Real y dotar al Sardinero de las necesarias atracciones veraniegas para lograr la atención internacional. Don Emilio Botín y López sostuvo entrevistas con el rey Alfonso XIII al que brindó la iniciativa del Hotel Real y de otros servicios importantes para incrementar el veraneo, como la construcción del Hipódromo y del Gran Casino, y el remozamiento del Gran Hotel. Esta revitalización venía ayudada por la guerra europea que ahuyentaba de los grandes centros balnearios del Occidente, una clientela propinqua para la consecución del propósito santanderino. El monarca encabezó la suscripción de accionistas, y todo se cumplió de modo preciso. Nacieron los famosos "años veinte" del Sardinero.

La última gran reforma del Paseo Pérez Galdós se verificó en 1959, con la sustitución del viejo y decrepito arbolado, nueva pavimentación y moderno alumbrado.

### **PEREZ Y SAINZ DE LA MAZA, Jerónimo**

Al construirse la Plaza de toros (inaugurada en 1890) se abrió una calle desde Cuatro Caminos hacia el sur, principalmente para el servicio del circo taurino. En 1930 se prolongó más aún hacia el sur a fin de facilitar el acceso a servicios subalternos de la Casa de Salud Valdecilla. Continuaba después un pequeño camino hasta salvar las vías del ferrocarril del Norte por una pasarela, usada preferentemente por obreros ferroviarios y de las factorías de Nueva Montaña, La Reyerta y Maliaño. En 1942, y con motivo del plan de reformas ferroviarias; la calle "Sainz de la Maza" se prolongó con obras de infraestructura muy importantes, como un puente sobre la línea férrea, y de esta forma quedó convertida en uno de los principales accesos a la población. Posteriormente pasó a formar parte de la Avenida denominada "De Parayas al Sardinero" que, una vez salvada la Plaza de Cuatro Caminos asciende por la ladera norte hacia el Alta, para empalmar (cuando esto se escribe parece inminente esta feliz fusión) con la Avenida de Los Castros o de la Universidad.

El nombre de la calle fue dado en diciembre de 1911, en recuerdo de Jerónimo Pérez y Sainz de la Maza, muy popular en Santander por sus obras filantrópicas.

La primera cita de Perines, oficialmente, la encontramos en el acta de 24 de julio de 1805, cuando el Ayuntamiento se plantea el dilema de continuar o suspender las obras de conducción de las aguas alumbradas en aquel lugar para conducir las encañadas a las inmediaciones del camino real (actual San Fernando, entonces conocida por Mies del Valle) y de las que se surtió la fuente instalada en la plaza del Reenganche.

En 1863, Manuel Cabrero ofreció al Ayuntamiento la cesión del terreno necesario para la urbanización y ensanche del Paseo del Alta desde Pronillo hacia el Este, o sea, desde la quinta llamada "De Pronillo" hasta la glorieta más inmediata en una línea de 1.450 pies; también está pronto a ceder "el terreno necesario para hacer un camino de igual anchura que el del Alta que, partiendo del sitio en que hoy está marcada la servidumbre peonil, que atraviesa la posesión de Barbero, desciende por el SITIO DE PERINES a la carretera general al Oeste de la Segunda Alameda".

Ahí tenemos descrita la traza del moderno Perines, que en 1883 figuró ya oficialmente con tal nombre en los libros municipales, y que entonces ascendía pomposamente a la categoría de "Avenida", como se le llamó en acta. El mismo año, en la estadística de vecinos registrada en acta municipal en el mes de enero, se le atribuyen a Perines 43 vecinos.

Es curioso observar que en el plano oficial de 1845, en virtud de la Ley de Ayuntamientos, redactado por el arquitecto Chávarri, no figura Perines.

Tampoco se le inscribe en el plano de 1864, de Pérez de Rozas que insinuaba únicamente el lugar *del lavadero*.

También sucede el "silencio" del redactor del plano de 1868, que no cita el barrio.

## **PERO NIÑO, Grupo**

Construido por la Sindical del Hogar fue inaugurado en 1959. Está constituido por grandes bloques de viviendas en el perímetro comprendido por las calles "Guevara", "Sevilla", "Cuesta de la Atalaya" y "Tantín", es decir, la parcela tributaria por la Cuesta de la Atalaya al incendio de 1941, donde se detuvo el fuego al ser dinamitadas las casas de Tantín para establecer una solución de continuidad a la acción devastadora de las llamas.

La única calle que cruza por el eje de este grupo fue rotulada "Alsedo Bustamante" en homenaje al heroico marino santanderino muerto en Trafalgar a bordo del navío "El Montañés". Alsedo tenía dedicada una calle precisamente dentro del perímetro de este mismo barrio, según puede leerse en el capítulo "Calles desaparecidas por el incendio".

(Pero Niño nació en Sovilla (San Felices de Buelna) en el siglo XIV. Fue 25 años jefe de la Armada castellana, entrando en Tallamant (Inglaterra) y derrotando a los ingleses en las costas francesas. "Siempre vencedor y nunca vencido por mar y tierra", dice la lápida de su sepultura. En Buelna existe la torre de la Aguilera, de su linaje.)

## **PEZ, Colonia del**

Se trata de un ensayo, como pionero para la construcción de barrios de emergencia, inmediatamente después del incendio de 1941 (referido, por tanto, a hace una treintena de años) con edificaciones prefabricadas, en cuyo frontis campea el relieve de un pez. Está ubicado en el Paseo del General Dávila, en ángulo con la antiguamente llamada "Bajada de la Gándara", hoy calle urbanizada, y en la misma

línea de la colonia de La Universidad. La “gándara” es topónimo que quiere decir “tierra baja, inculta y llena de maleza”, y tal fue este lugar por el que se practicó una cambera hacia los terrenos incultos desaguaderos en Las Llamas.

### **PIASCA, Juan de**

Entre “Vargas” y “Alta” (números 68-70) fue condecorada con el nombre del monje benedictino, maestro medieval, promotor de la difusión del conocimiento, como monumento nacional, de la iglesia de Santa María de Piasca, en Liébana, y de los apóstoles del altar mayor de la Colegiata de Santillana.

La calle quedó abierta en 1972 por el solar donde estuvo el convento de las Madres trinitarias, y se aprovechó la oportunidad del Año Santo de Liébana para ratificar el acuerdo municipal en el año indicado.

### **PINARES, Colonia de Los**

En el descenso de la antiguamente llamada Calleja de La Encina, y en la bifurcación que sigue al pinar bordeado por el Paseo de los Infantes, se construyó una agrupación de veinticuatro bloques de viviendas que dio lugar a la urbanización del vial, hoy calle bien mantenida y muy poblada.

### **PINO PATIÑO, Emilio**

Santander supo reconocer la impar gestión de su alcalde desde el 27 de agosto de 1937 hasta el año 1944 en que cesó en el cargo. Le correspondieron dos momentos cruciales

en la vida de la ciudad: primero, la reorganización por los desastres materiales y morales causados por la guerra civil durante trece meses, y el bajísimo nivel económico en que el vecindario se encontraba; y el segundo, cuando parecía que el pueblo comenzaba a reaccionar de su reciente dramático pasado, sobrevino el azote del huracán y el fuego de las jornadas de febrero. Si primero había conseguido Pino Patiño una casi normalización de los servicios públicos, al infundir confianza en sus administrados, después tuvo que dirigir, con las naturales colaboraciones, y siempre llevando la suprema dirección, un movimiento de esperanza de la población toda, hacia la reconstrucción de la zona siniestrada, que eran once hectáreas de apretado caserío.

Como homenaje a su memoria, el municipio acordó en 1945 dar su nombre a una calle nueva en la zona afectada por el siniestro, precisamente en el lugar donde, por su iniciativa, fue rasado el cerro de San Pedro desde la catedral hasta la Cuesta del Hospital, para trazar en un nuevo plano urbano, la ciudad nueva.

## PIO XII

Travesía entre Hernán Cortés y Daoíz y Velarde, lateral de la casa de Botín y Regules, o de los Arcos llamados de Botín, apareció en el nomenclátor de 1845 con el título de "Triunfo". Por su breve longitud no tiene portal ninguno y a ella asoman únicamente escaparates de algunos comercios y es paso para el templo de Santa Lucía. No figuró en los más recientes nomencladores oficiales, y en ninguno otro se hizo referencia alguna a su existencia, debido, sin duda a no corresponder a esta vía la entrada de las fincas.

En 1966, el Ayuntamiento acordaba dar a esta calle el nombre de Pío XII, recientemente fallecido.

## PIRINEOS

En sus comienzos, era un sendero practicado desde el barrio "Tantín" hasta el "Prado de San Roque" y por su fragosidad y fuerte pendiente, el vulgo comenzó a apellidarle "Los Pirineos", figurando así en el nomenclátor de 1883. Pero ya en 1844 pidieron al Municipio que se hicieran "unas escaleras con sus descansos para subir a la Atalaya" y de esta manera continuó hasta nuestros días. Tiene varias denominaciones en su trayectoria ascendente (escaladora, diríamos con mayor precisión): Travesía de San Celedonio hasta la calle de "San Juan de Dios"; calle "Africa" (con su travesía) hasta llegar a "San Sebastián"; y por último, por una escalinata de fortísimo coeficiente llega hasta la calle "María Cristina", ya junto al Prado de San Roque.

En el año 1878 comenzaron a construirse casas para obreros y al siguiente, se propuso dar el nombre de "Velarde" a esta calle indicada por varias casas construidas entre "San Sebastián" y "Prado de San Roque".

## PIZARRO

En la voz "Moctezuma" se indica que en el plano de Chávarri (1845) aparecía esta calle, paralela a aquélla y normal a la "Medialuna". Callecita sin historia, sumida en su apacibilidad y melancolía. Ascende desde "Pedro Oreña" hasta "Santa Lucía".

## PLAZA DE LOS CABILDOS

Véase BARRIO PESQUERO.

**PLAZA GARCIA, Juan**  
Obispo

En el tercer aniversario del fallecimiento (1927) del obispo Juan Plaza García que gozó de extraordinaria popularidad, el Ayuntamiento decidía (el 10 de enero de 1930) dar su nombre a la calle destinada sólo al tránsito peonil, resultante del desmonte del cerro donde estuvo el cuartel de San Felipe, para construir el Banco de España. Entonces la calle partía de "Somorrostro" y terminaba en "Calderón de la Barca", entre los hoteles Europa y Continental, o sea, en una placita muy breve que fue llamada "Jardín de Simón Bolívar". Por el plano de reconstrucción de la zona siniestrada, cambió la traza de esta calle, que quedó reducida a uno de los accesos a la catedral reconstruida, por medio de una escalinata doble, a espaldas del Banco de España. En los planos de reforma del templo mayor santanderino, se preveía el comienzo por esta calle de una monumental escalinata hasta los arcos del Cristo, esto es, por "Azogues".

**POLIO, Bajada de**

La primera vez que oficialmente aparece este nombre es en 1879, al aprobarse "la apertura de un camino de comunicación entre el Alta y el pueblo de Monte", por lo que hasta entonces era una cambera por la que hacían su tráfico los labradores, ganaderos y jornaleros (preferentemente de la construcción) de aquel pueblo agregado.

**POMBO, Juan**  
**Marqués de Casa Pombo**

En 1968 acordaba el Municipio dar el nombre de “Marqués de Casa Pombo” a la glorieta sin nombre en la calle Joaquín Costa, al final de la zona llamada “La Cañía”, en la confluencia con la calle Calatayud, “por ser aquel sitio por donde salía el tranvía de vapor de Pombo”.

En una sesión del pleno municipal, en 1965, se había adoptado el acuerdo de llamar Calle de Juan Pombo a la que circunda “la Colonia Sandisa”, del Sardinero; pero la familia Pombo rogó se confiriese a otra vía de mayor categoría, dada la significación del honrado por el Municipio. En vista de ello, la Corporación acordó designarla “de Trasmiera”, a la espera de mejor ocasión.

Esta distinción municipal se dirigía a la familia de los Pombo, continuadores en su tiempo de la transformación de aquellos parajes. A poco de comenzar la fama de El Sardinero como estación veraniega, mediado el pasado siglo, Juan Pombo Conejo, que poseía amplias extensiones de terreno en aquel lugar, montó una industria que todavía no se llamaba “turística”, impulsando la creación del balneario de la primera playa, del Casino, del Gran Hotel, de “Villa Piquío”, su familiar residencia que había de rozarse con la Historia por cuanto en ella se hospedó Amadeo I de Saboya en su visita a Santander el año de su reinado.

La Sociedad Pombo Hijos (cuya cabeza responsable era Arturo) vendió sus posesiones en El Sardinero (concesión de la primera playa con la galería de baños, hoteles, el Casino y otras propiedades) a la nueva sociedad “El Sardine-ro”. Era el año 1901.

## PONTEJOS

Era un callejo pueblerino hasta que en 1895 se convirtió en camino con iniciación en los hoteles de Aparicio, entre éstos y la finca de Angel B. Pérez, a la segunda playa, o sea, hasta la carretera del Faro. Por este camino, y entre bardales, descendía la línea del tranvía de Miranda hasta que en 1944 la Jefatura de Obras Públicas trazó una fácil avenida, en línea recta, como primera fase del proyecto conocido por "Carretera desde hoteles de Aparicio hasta el Faro de Cabo Mayor".

## PORTUGAL

En la barriada "Jacobo Roldán Losada". Se inicia en la calle "Vázquez de Mella". Acuerdo Mpal. de 1964.

## PRADO DE SAN ROQUE

Lo constituye una vía perpendicular, en escalera, desde la calle "San Sebastián", o sea, la prolongación hacia el Norte de "Los Pirineos". Modernamente se han construido bloques de viviendas formando un Barrio con nombre propio.

## PRIMO DE RIVERA, José Antonio

En 1837, Jerónimo de Regules y José María Botín pidieron autorización para construir "en la que va a ser Plaza de la Constitución". Era un amplio espacio rectangular, a espaldas del Muelle que en el proyecto de Calderón figuraba

para esparcimiento público “como plaza mayor del pueblo, cerrada por arcos en todo su perímetro”. No llegó a llamarse de “la Constitución” porque así se denominaba ya la “Plaza Vieja o Antigua”; para 1845, figuraba oficialmente como “Plaza de Isabel II”. Hasta que la revolución de 1868 acordó denominarla “de la Libertad”.

El edificio de Botín y de Regules es el de la maciza arquería centrada al frente de la “Plazuela”, en su lado norte. La puntual investigadora Carmen González Echegaray ofrece en su “historia del barrio de Santa Lucía” algunos por menores confirmatorios de la versatilidad con que el Municipio y el pueblo trataron la nomenclatura de algunas vías públicas. Así, y recogiénolo en incluso protocolos notariales, cita dicha autora, como nombres otorgados o por lo menos vulgarmente conocidos, los de “Pombo”, “Regules”, “Carlos III”, “Constitución”, “Libertad”, “Isabel II”..., a los que agregamos por cuenta de las últimas generaciones, los de “Velarde” y “José Antonio Primo de Rivera”.

Y ya que al caso viene, hay que consignar que en la nomenclatura oficial de 1845, se citaba “calle del Triunfo” (hoy denominada “Pío XII”) a la lateral de levante de la casa de Botín y Regules, y “del Desengaño” (en 1895) a la occidental. Del mismo modo, a la posterior (esto es, “Daoíz y Velarde”) se la denominó de “Arco Agüero”, conmemorando al político doceañista montañés que intervino en la sublevación de 1820: estaba afiliado a la Sociedad Patriótica de Santander, y era de marcado liberalismo progresista. Murió en 1821 en una cacería.

Muchos años transcurrieron hasta continuar la línea de edificaciones desde la casa de Botín y Regules, pues la nueva autorización municipal no se produce hasta 1862 por Rafael Varona y Antonio Redonet.

Para 1853 había construido Juan Pombo un edificio en

el lateral de poniente, destruido por un violento incendio en 1880, igualmente que los fronterizos del Marqués de Montecastro en el Muelle y en "Wad Ras". Y, vuelto a reedificar al poco tiempo, es el hoy conocido por "palacio del Real Club de Regatas". Pombo había edificado para vivir en toda la planta primera. El año 1899, la directiva del Club de Regatas compraba a la marquesa viuda de Casa Pombo, la propiedad del edificio en la suma de 125.000 duros, con la intención de instalarse en lo que fue vivienda de los Pombo.

Es curioso porque ofrece idea de lo que este lugar era y los planes que sobre él tuvieron los Municipios, el acta del mes de mayo de 1863 en que se proyectaba convertirlo en "paseo principal". Estaban ya construidos en su mayor parte los edificios que cerraban "el área en que se proyectaba el paseo —dijo un comentarista del momento— como complemento necesario para acabar de embellecer aquella magnífica barriada digna, no de una capital de provincia como Santander, pero casi nos atreveríamos a decir que de una Corte" [sic]. Pero entonces —según otro crítico cronista— presentaba "un aspecto inmundo, de los más sucios e indecorosos de la ciudad, haciendo doloroso contraste sus hermosas edificaciones con el suelo, en que descansan, destinado a no tener otro porvenir que el de un lodazal, depósito perpetuo de toda clase de materiales y foco perenne de emanaciones nada favorables a la salud pública". El espolazo del crecimiento urbano impulsaba a los santanderinos no a soñar, sino a realizar "en grande"; mas las arcas municipales padecían de anemia; carecía el Ayuntamiento de recursos y de nuevas fuentes fiscales, pues era un municipio paupérrimo por falta de bienes propios. Existía desequilibrio entre la prepotencia mercantil de la plaza por los años centrales del siglo, y las exacciones municipales.

Las casas del perímetro de la Plazuela estaban proyectadas con soportales, según el plan de 1821. Aún pueden verse, en efecto, los arcos cegados después de contruidos algunos de dichos edificios.

Los propietarios cedieron, al Este y al Oeste, terrenos para la ampliación de la Plaza, que quedaba terminada para 1867, con la condición de destinarla a público esparcimiento y sin que jamás pudiera edificarse en ellos.

En 1874 (año de la Restauración borbónica) se publicaba en "El Aviso" la siguiente gaceta: "El domingo, después de las doce, se ha establecido el paseo en la Plaza de la Libertad, siendo notable el lujo y la elegancia de las señoritas que a él concurrieron. Es de creer que aquel delicioso paseo continuará favorecido en adelante y no estaría de más que algún especulador llevase allí unas sillas para suplir la escasez de asientos". Esto ocurría pocas semanas después de haber sido la "Plaza de la Libertad" escenario de la brillante ceremonia de proclamación de Alfonso XII como restaurador de la Monarquía.

Muchos santanderinos, poco dispuestos a conceder títulos políticos a las calles, la llamaban "Plazuela de Pombo" y a ello contribuyó el hecho de haber éste elevado el edificio ya apuntado. Enrique Menéndez Pelayo, al comentar el apogeo y brillantez alcanzados por el Paseo, a finales del siglo, antes de que el Muelle fuese inaugurado, lo describía así: "Para las personas graves y para muchas leves, aquello será siempre "la plazuela de Botín". De "Pombo" la han querido llamar también algunos en un afán, sin duda, de huir del nombre oficial, que trasciende a algo de patriotismo. Lo más general, con todo, es llamarla a secas "La Plazuela" y eso es ella, la plazuela por excelencia, la preferida por los de arriba y los de abajo, la mimada de la autoridad y de las gentes, la sola, la única. ¿Habrá quien al

oír este nombre, la confunda con ninguna otra de Santander? Imposible. Ella vive en la memoria de todos como la síntesis de todas las memorias del verano, como la memoria de una serie de espléndidas noches de luna pasada en grata compañía o en dulces abstracciones del pensamiento...; sueña allá adentro con los acordes de una música favorita, se ilumina con el dulce encanto de los cuentos de amor tejidos en el breve espacio de una de aquellas sesiones, en menos tiempo aún comenzada cuando el primer golpe de la batuta de Juarraz, y terminados con la última nota de la obra...". Y es que la plazuela tuvo en sus tiempos de fama, el encanto de tantas plazuelas románticas de provincia... Cada época con sus costumbres y su talante.

Allí fue erigido el monumento (en 1919) a Pedro Velarde, cuyas vicisitudes se cuentan en la voz LA DARSENA.

El nombre de José Antonio Primo de Rivera fue acordado en 1937. Durante muchos años en todo su perímetro se alzaron los pabellones provisionales para no interrumpir la vida del comercio damnificado por el incendio de 1941. Y como todo no había de ser hacer sacrificios en el ara de Mercurio, hubo, en uno de aquellos pabellones, un brote de brillante juventud unida para rendir parias a la poesía: es ya capítulo en la historia de la literatura y la pintura montañesas y aún nacional, el nacimiento y vida del generacional "Grupo Proel"...

### **PRIMO DE RIVERA, Pilar**

Al verificarse la reforma de la Avenida de la Reina Victoria, se abrió una calle en cuesta y en curva, deliciosamente sombreada por frondoso arbolado, pasado el Promontorio para el enlace con el Sardinero por la Avenida del Duque de Santo Mauro.

Se adapta a la topografía del lugar y en su iniciación, a la izquierda, se erigió un humilladero a la manera clásica. Cuando se tramitaba el expediente de apertura, la proyectada calle era conocida vulgarmente por “de las viudas”, pues tres eran las propietarias de ese estado civil, de los terrenos expropiados.

Se le dio el nombre de Pilar Primo de Rivera en homenaje a la hermana del fundador de la Falange Española y Delegada Nacional de la Sección Femenina, inaugurada oficialmente en septiembre de 1944.

### **PRINCIPE, Plazuela**

Al evocar esta Plazuela en otro lugar de este libro, se historían sus vicisitudes desde que comenzó a figurar en el nomenclátor como “calle de las Herrerías o del Cay”, primero; y después “Plazuela de la Aduana”. Con este nombre figura en el plano de Chávarri (1845). Puede agregarse una breve gacetilla publicada en 1859 en un periódico local, que decía: “Siguen sin interrupción los trabajos para hermostear la plazuela llamada “de la Aduana”. Se han empezado a colocar los bancos de piedra en una bonita y pequeña alameda que va a desembocar a la calle de los Mártires. Se está demoliendo la famosa “fuente del Monstruo” construida hace pocos años, para levantar en cambio otra de menores dimensiones, de mejor forma y de mayor utilidad. A aquella Plazuela se le dará el nombre del “Príncipe”, en honor de don Alfonso, Príncipe de Asturias”. En efecto, tal título comenzó a regir en 1862 y con la revolución del 68 se cambió por el de “Plaza del Progreso” hasta la Restauración de 1874 que recobró el primero de “La Aduana”, aunque un romántico sentimiento monárquico restituyó el apelativo de “Príncipe”.

En el incendio de 1941 quedaron en pie las casas construidas detrás de la primera manzana del Muelle, correspondientes al lado Este de la Plazuela.

En un momento difícil para la ciudad, resentida por las consecuencias del cólera en la Isla de Cuba (por el año 1834) que contrajo temerosamente la vida comercial, los regidores pensaron, como solución contra el paro obrero, la construcción de un teatro en la Plaza Nueva, pero preponderó la idea de instalar uno de emergencia en la Plazuela del Príncipe, en los terrenos donde fincarían unos diez años después los capitalistas Revilla y Huidobro. Fue un teatro con toda la traza de un coliseo de verdad, con lunetas, palcos y tendidos de asientos en la planta baja, donde se cumplía la prescripción reglamentaria de la separación de sexos. Este teatro sirvió también para los mítines liberales, donde se escuchó el "Himno de Vargas" compuesto por Telsforo Trueba y Cossío. El teatro funcionó hasta la erección del Principal el año 1839, en Arcillero.

### **PROGRESO, Plaza del**

También al evocar la Plazuela del Príncipe se reseña que la revolución del 68 cambió su nombre por el de "Progreso" hasta la Restauración. Hasta 1918 no vuelve a pedirse en el Municipio su reincorporación al callejero oficial y es apellidada así una plazuela de forma triangular y muy cortas dimensiones en la también Calle del Progreso, paralela a la de Antonio López y con salida a Carlos III. En aquel año se denomina "De San Miguel" a petición de los Pasionistas junto a cuya residencia estaba ubicada la plazoleta, sombría y apenas transitada.

Hubo un nuevo intento de cambio de nombre a la plaza

en 1921; los votos municipales decidieron que en lo sucesivo, la plazuela se llamase de Eduardo Dato, en memoria del presidente del Consejo de Ministros, víctima de un atentado en Madrid. Tampoco tuvo la fortuna de pervivir, clara demostración de que los estados emocionales de la opinión pública suelen ser pasajeros.

### **PUERTO, Antonio del**

Aparece en las Ordenanzas municipales de 1900 entre Casimiro Sainz y San Vicente de la Barquera. (Ac. Mpal. de 1898.)

(Nicolás Antonio del Puerto era montañés, emigrado a Méjico en el último tercio del siglo XVIII, estableciéndose en Real de Agangulo, del Valle de Toluca. Hizo una gran fortuna, sorprendiéndole en 1810 el levantamiento del cura Hidalgo, que marchó sobre el valle mandando un ejército de 80.000 hombres, contra los que el rey Venegas lanzó sus efectivos de guerra consistentes en 2.000 soldados. Vencidos éstos, Antonio del Puerto, que había puesto su fortuna a disposición de los resistentes, salvó la vida milagrosamente, trasladándose a Méjico, donde empleó los restos de su capital en socorrer a los desbandados de Hidalgo que llegaban desnudos, fatigados y hambrientos. Este rasgo de piedad del luchador montañés le valió el reconocimiento general por su sinceridad y buen corazón, y así pasó a la pequeña historia en la grande de la independencia de Méjico.)

### **PUNTIDA, Pasaje de la**

Concurren las mismas circunstancias que en el Pasaje del Arcillero (véase) para conservar el nombre de la Puntida, pequeña punta de tierra en rampa, descendente hasta

el mar por lo que hoy es calle San José, y en ella tenían su embarcadero los mareantes de San Martín o de Abajo. El nombre apareció ya en 1786 compartido con el de “Plaza de Traslacava”. En 1886 comenzó a construirse en la parte superior de La Puntida, la iglesia y residencia de los padres jesuitas.

En 1925, quedó sobre la mesa de las deliberaciones concejiles la propuesta de dar a la Puntida el nombre del teniente Joaquín Fuente Pila, que pasando el tiempo se daría a una vía del Sardinero. (Ac. Mpal. de 1953.)

### QUEVEDO, Francisco de

No hemos conseguido averiguar con exactitud cuándo comenzó a llamarse así, ni si oficialmente constaba en acta esta denominación a una sombría calle encajonada entre los edificios de Isabel II y las viejas casas de Puerta la Sierra, esto es, al filo de la muralla medieval. Primero llegaba solamente hasta la calle “del Cubo”. En 1861, unos vecinos pidieron al Municipio se procediera al empedrado “de una calle que llaman de Quevedo” y al año siguiente aparecía ya de modo oficial en el nomenclátor. Al pedir Uzcudun autorización para construir en Traslacava “en la prolongación de Francisco de Quevedo” se acordó seguir por ambas aceras “las prolongaciones de las fincas que forman hasta su entrada en línea recta en la de “Padilla”, antes del Vizconde de Monserrat”. Y si las alineaciones propuestas —se agregaba— “merecieran la aprobación de V.E., como quiera que para llevarlas a efecto ha de ser preciso derribar *la antigua muralla de la ciudad* que hoy sirve de pared de cerramiento del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, se proceda..., etc., etc.”. Vemos, por tanto, citada la calle “Pa-

dilla” que fue abierta en 1858, formando escuadra para su salida a la Cuesta de la Atalaya y para ello se demolió el murallón, como consta del acta municipal en diciembre de 1857...

Pero el nombre de Padilla no fue conferido oficialmente hasta después de la Revolución del 68, pues desde su apertura hasta entonces, se vino denominando “del Vizconde de Monserrat”, el gobernador civil a quien se debió por sus buenos oficios con el Gobierno de Madrid, la demolición de los últimos restos de la muralla, para urbanizar una zona cuyas excelencias cantaba la proposición edilicia de 1857 a que nos referimos más arriba: “Dando por sentado que con la apertura de la nueva calle proyectada por el arquitecto, no sólo gana la población en lo que la afea notoriamente la vetusta fábrica de la muralla, sino que tomando los pies necesarios para dar a la calle la anchura conveniente... está llamada a ser la gran arteria para el movimiento mercantil de la plaza, habiendo de obligarse a todos los transportes que entran y salgan de la ciudad, a seguir por su trayecto, etc., etc...”.

Ya se ha visto en otro lado de este libro, lo que supuso y aún supone la antes llamada “Calle de Padilla”, de modo muy especial su trozo absorbido por “Guevara” (previsto su porvenir en 1857, según acabamos de ver), pues se le concedía un futuro espléndido para el tráfico urbano.

En 1953 acordó al Ayuntamiento considerar la calle “Francisco de Quevedo” prolongada hacia el norte una vez practicada la apertura del último tramo a través de la que fue finca del Colegio salesiano de Viñas. De esta forma quedó definitivamente unificada por el nombre del inmortal poeta del siglo de Oro oriundo de la Montaña.

Como “guinda” brindada al costumbrismo, no es ocioso recordar que este último estirón dado por la calle de Que-

vedo para alcanzar la meta de la antigua Viñas, se hizo a costa de la desaparición de un muy curioso pabellón construido en la última decena del siglo pasado para celebrar peleas de gallos, costumbre que había logrado carta de naturaleza entre varios grupos de aficionados y de propietarios de galleras cuya pasión por el “encarnizado deporte” llegó a convertirse en pingüe negocio, encauzado hacia las tierras calientes americanas, de donde se hacían pedidos de bien plantadas “jacas”. La originalidad de la construcción de aquel pabellón gallero fue durante muchos años casi una joya para “los de la calle Padilla”.

### **RABAGO, Padre**

Confesor de Fernando VI, el padre Rábago (nacido en Tresabueta, de Cabuérniga, en 1685), fue el más eficaz paladín que tuvo la Montaña (Montañas de Burgos, o Peñas Abajo del Mar, como entonces se denominaba la provincia) para la creación de la diócesis episcopal en 1754 y conseguir, al mismo tiempo, la condecoración con el título de Ciudad a la villa santanderina, en 1755.

En 14 de noviembre de 1887 se dio oficialmente su nombre “al barrio que va a formarse con motivo de la Exposición de ganados” en los alrededores de la que poco después fue Plaza de toros, desde la estufa de desinfección a la carretera de Burgos”. En 1945 se propuso dárselo a un breve jardín en la calle San José, ante la residencia de los Jesuitas, cuando se hizo el trazado de la zona siniestrada.

### **RAMON Y CAJAL, Santiago**

Al realizarse la apertura de varias calles en lo que fueron terrenos de La Alfonsina, se dio el nombre de Ra-

món y Cajal a una vía (la número 5 del plano) que partiendo de la Avenida de la Reina Victoria (frente a la Ensenada del Camello), avanza hacia el Este, cruzando la cuadrícula de la zona (calles Marquesa de Pelayo, Duque de Santo Mauro, de Fuentes Pila, y Calatayud hasta unirse con Joaquín Costa en la curva de descenso). En la decisión municipal, el año 1916, influyó la admiración hacia el sabio his-tólogo. Ramón y Cajal veraneaba en El Sardinero y aunque su carácter era retraído, gozaba de popularidad entre los santanderinos, que podían verle sentado, siempre solo, en el café "Olimpia" del Muelle donde, sin duda, algunas de sus famosas "Charlas de Café" fueron escritas sobre el mármol de una mesa, entre las tertulias que acudían a escuchar los conciertos de un sexteto.

## REENGANCHE

Pequeña glorieta plantada de corpulentos árboles, como "antesala" de la Alameda de Oviedo. Conserva el nombre de la oficina del Reenganche allí establecida en la segunda mitad del siglo XIX a efectos militares relacionados con la guerra de Cuba. En 1876 inauguró una fuente surtida de las aguas de Perines, debido al proyecto del arquitecto Atilano Rodríguez. En 1955 se erigió en el centro de la glorieta un busto del pintor Riancho, obra del escultor José Villalobos.

## REGIMIENTO VALENCIA

En virtud de una R. O. de finales del año 1904, el Regimiento de Infantería Valencia número 23 fue destinado a guarnecer la plaza de Santander. Entonces la guarnecían dos compañías del Regimiento de Andalucía y el resto del ba-

tallón de esta fuerza residía en Santoña. El nuevo Regimiento permaneció en Santander hasta su disolución, pasando a guarnecer la plaza la “Agrupación A.B.Q.”.

Como recuerdo del Regimiento de Infantería número 23, el Municipio acordó (1966) nominar así a la primera transversal de la Bajada de Polio.

### **REGUERA SEVILLA, Joaquín**

Gobernador civil de la provincia, fue autor del estatuto jurídico para los problemas de derecho dimanantes del incendio de 1941, y Delegado del Gobierno para la Reconstrucción. Contribuyó durante su mandato a la creación de instituciones relacionadas con las letras y las artes, como el Grupo “Proel”, que apadrinó. Por su iniciativa se construyó el poblado “Canda Landáburu”, donde fueron recogidas dos centenares de familias sin hogar como consecuencia del fuego. El Ayuntamiento acordó dar su nombre (en 1964) a una calle de nueva apertura normal a la Vía Cornelia.

### **REINA VICTORIA, Avenida**

Estaba en el ánimo de los reformadores progresistas de la ciudad completar la clarividente idea latente desde los años centrales del siglo XIX, de dividir el área urbana en tres zonas cada una con sus características perfectamente definidas: la Nueva Población de Maliaño, desde la Dársena de las Naos hacia el Oeste; el casco urbano propiamente dicho, cuya expansión habría de verificarse por las laderas soleadas entre el final del “Camino de Becedo” hasta el Alto de Miranda, y el barrio veraniego de El Sardinero, desde San Martín hasta Cueto. Para la primera zona, reser-

vada a la industria y al movimiento marítimo, se trazó el “Plan del Ensanche de Maliaño”, y para el Sardinero, el “Plan de Ensanche del Este”; para la zona central, valió el proyecto estudiado por Pérez de Rozas.

Surge el momento de complementar el Ensanche del Este con una arteria de irrigación en sentido horizontal, desde Puertochico “para allá”, pues todas las vías abiertas a costa de vencer o dulcificar barrancadas y cuestras, ya se habían agotado como ideas de posible realización. Estaba en la mente de todos los santanderinos de fines del siglo pasado, la posible y realizable iniciativa marcada por el pequeño ferrocarril de verano de Gandarillas que desde la Plazuela del Príncipe, partiendo a Molnedo en dos y buscando los prados de San Martín, “empujaba” la imaginación del urbanista hacia el pantallazo de La Magdalena. No se trataba de plegarse al borde mismo del agua, por las Higueras (no confundir estas “Higueras” con la calle de las Higueras dado a la callecita junto a la antigua Plaza de Toros de Molnedo) hasta La Magdalena, sino de desarrollar un camino amplio, vencedor de los obstáculos de la topografía, haciendo surgir uno de los más bellos paseos que la Naturaleza tan generosamente brindaba. El camino a la lengua del agua presentaba estorbos naturales difícilmente salvables, y hacerlo suponía un presupuesto vedado a la economía municipal. Pero los defensores de una Avenida a media ladera recordaban que, poco tiempo después de la reforma según el plan Valle, esto es, de construida la calle Juan de la Cosa, se pensó, proyectó y llevó a la práctica la calle de La Unión, así llamada por ser lazo de unión con San Martín. La calle San Martín iba a ser, por tanto, punto de partida para el Ensanche del Este. Se construyó el primer trozo, detenido ante los cocheros del tranvía de Gandarillas (ya para entonces del eléctrico), y conocido el propósito de la

nueva Empresa de proseguir la vía hasta El Sardinero, se reforzó la idea de la Avenida, cuyo estudio original tiene la fecha del 20 de agosto de 1911. Avenida, decían los autores del proyecto, que por su situación, suavidad de rasantes y amplitud, permitiría la circulación de toda clase de vehículos y peatones con verdadera holgura. El proyecto preveía soluciones para el enlace con las calles precedentes. Y ya en aquel momento, quedaba propuesto el nombre mismo de la Avenida: el de la Reina doña Victoria Eugenia de Battenberg, desde la calle de La Unión hasta La Magdalena, absorbiendo por tanto buena parte de la inicial de San Martín. El desarrollo de la Avenida alcanzó los dos kilómetros de longitud.

Algo positivamente logrado, propiciaba la realización del ambicioso proyecto: “La ciudad —decía un comentarista en el otoño de 1912— está en plena fiebre de reformas y progresos. El proyecto de la Avenida de la Reina Victoria se encuentra de momento detenido por el litigio sobre la propiedad de los terrenos de La Alfonsina. Los acuerdos adoptados por el Municipio hacen época en la historia administrativa de la ciudad, por su gran transcendencia”. Sucedió que al pedir el Municipio y la Diputación la devolución de los terrenos de “La Alfonsina”, surgieron los inevitables litigios con varios propietarios, a quienes se pidió cooperación con la cesión de los terrenos precisos para la nueva vía urbana. Hubo rasgos de generosidad; los hubo, también, de negativa; los letrados municipales tuvieron que buscar soluciones, que poco a poco se fueron materializando, de suerte que en el mes de noviembre de 1912, pudo celebrarse la subasta de las obras, que quedaron en el contratista de Peñacastillo, Estanislao Arruti. Con la economía lograda en la subasta, el Ayuntamiento podía construir uno de los grandes muros que el perfil de la Avenida exigía.

Y paralelamente ya a estas optimistas noticias, la Junta del Palacio de La Magdalena, nombrada por el Municipio, escribía en el mes de diciembre de 1912 al Intendente mayor del Palacio de Oriente anunciándole la firma de la escritura de donación de la península y el edificio.

Paralelamente a estas actividades positivas, en el seno de la Corporación municipal se adoptaban acuerdos previos tomando como base la Avenida, “que ha de ser —decía un dictamen— uno de los paseos en que la circulación será más intensa y que por la belleza del hermoso panorama que desde él se ha de gozar, debe exigir como complemento la estética de los edificios que se erijan en sus proximidades”. Se evocaba lo dispuesto en las Ordenanzas vigentes pero algo anticuadas, sobre que “en los paseos y avenidas que se aprueben y especialmente en los del Alta, Concepción, Miranda, Bajadas de El Sardinero, El Cañón y nuevas carreteras de Maliaño a Peñacastillo, no se permitirá ninguna construcción que no se retire menos de cinco metros de la verja o línea de cerramiento lindantes con el andén”. Se proponía aplicar tan sabia Ordenanza al nuevo gran paseo, en toda su longitud. Vendría más tarde el acuerdo realmente trascendente de prohibir, de modo terminante, construcciones en la línea del sur de la Avenida, ni permitir edificación de cualquier tipo que restase a la vista el placer de la contemplación del prodigioso panorama de la bahía.

La sola enumeración de los incidentes legales surgidos a medida que las obras avanzaban, haría interminable el registrar la anécdota viva de tan sensacional mejora urbana. Se llevaron a cabo expropiaciones, y como dato puramente informativo, se dirá que los terrenos de los Quintana, marqueses de Robero, en La Magdalena, se pagaron a cuatro mil quinientas pesetas el carro (medida del país), y la instalación del alumbrado por gas se fue tendiendo a medi-

da que los trabajos progresaban. El municipio llegó a desistir de algunos pleitos y a renunciar a las demandas reclamantes de algunos propietarios de terrenos.

Se esperaba que para el verano pudiera abrirse a la circulación la Avenida, pero algunas huelgas paralizaron los trabajos, de suerte que en el mes de agosto de 1913, los reyes, al iniciar su temporada veraniega en La Magdalena, tuvieron que seguir el camino del Paseo de la Concepción. Una mañana, las reales personas, con cortísimo acompañamiento (y la "escolta" de dos agentes de la policía secreta) bajaron a pie por la avenida en obras. Sucedió que, al pasar don Alfonso y doña Victoria frente a "San Quintín", en cuyo jardín Pérez Galdós se hallaba entregado a su favorita ocupación de regar los arriates florecidos, el novelista les saludó destocándose la gorra, y los jóvenes reyes correspondieron finamente a tal muestra de cortesía saludando don Alfonso militarmente, y con gentil inclinación de cabeza doña Victoria. "Fue un detalle —dijo un testigo presencial— muy comentado por quienes lo presenciaron".

En el mes de mayo de 1914 dieron fin las obras de caballerizas, en aquel delicioso rincón que parece un grabado inglés. Y el palacio podía considerarse como concluido. "Viéndolo —subrayaba un cronista— hemos evocado los palacetes de Richmond, que copian su altivez británica en las plácidas orillas del Támesis".

Para el mes de julio pudo darse por inaugurada la Avenida con el paso del cortejo de la Reina (el rey llegaría días después), arropado por el escuadrón de lanceros hacia la península. Pasaron los coches despacio por la hermosa vía porque doña Victoria mostró deseos de ver cómo estaba la ya casi terminada obra, y para complacerse en el paisaje: Allá arriba, en palacio, en cuya torre del homenaje ondeaba el pendón de Castilla, doña Victoria parecía la más emo-

cionada; indudablemente cuanto veía la recordaba el plácido paisaje de su país natal.

La Avenida, con tal denominación terminaba en la cerrada curva que derivaba la marcha hacia la primera playa; allí la carretera subía en rampa hasta el encuentro con el Paseo Pérez de Galdós, desde donde proseguía por los terrenos conocidos de antiguo por "camino del Cañón". Esta carretera discurría paralela al trincherón practicado para el primitivo tranvía de Gandarillas que por la punta de Miramar se ceñía a la de San Roque.

En 1948, se emprendieron las obras de prolongación de la Avenida hasta la Plaza de Italia. Rebajaron la rasante en busca de la horizontalidad y al mismo tiempo, para ensanchar la calzada, desapareció el trincherón del tranvía. Fue el momento propicio de hacer un terraplenado intensivo sobre la Ensenada del Camello, y por el otro flanco, desaparecía la loma del principio del Paseo de Ramón Pelayo, rectificándose así la unión de éste con el de Pérez Galdós. La Avenida de la Reina Victoria se adaptó, previas obras importantes, al perfil de la costa.

El Municipio, al decretar la desaparición del Paseo de Ramón Pelayo, se justificaba con que no consideraba prudente perpetuar la memoria de aquel ilustre benefactor con una calle de reducida importancia, "aun cuando no por esto caiga en el olvido, pues ya existe la Avenida del Marqués de Valdecilla".

El relleno de la Ensenada del Camello se hizo con las tierras procedentes del socavado de las Rúas Mayor y Menor en cumplimiento del plan de la Reconstrucción y apertura de las calles Isabel II y Lealtad.

El encuentro de la nueva calzada con la del Paseo Pérez Galdós se hizo más tendido hacia el nordeste, y el cantil de la costa conoció una transformación completa: a su borde

y por lo que fue trincherón del tranvía, se trazó un andén cómodo, de suerte que fue continuidad del paseo ininterrumpido desde San Martín. La punta de Miramar y la de San Roque se transformaron en sendos miradores bajo pérgolas y entre jardines. El andén de la primera playa fue ensanchado y protegido por una plantación ininterrumpida hasta Piquío, de los tamarindos ya clásicos en El Sardinero.

El istmo de la Magdalena sufrió, asimismo, notable reforma, como convenía y merecía su calidad de antesala del real sitio.

A fines del verano de 1936, el alcalde Ernesto del Castillo decidió cambiar el título de la Avenida por el de "Pablo Iglesias". Tenía ya un antecedente este deseo político: . El año 1925, Macario Rivero, como espontáneo en una sesión del Pleno municipal reprochó a la Corporación el no haber prestado atención a la muerte de Pablo Iglesias, y pedía, como reivindicación que se diera su nombre a una calle. El pleno decidió dárselo a una vía del Ensanche de Maliaño. Volvió a tratarse el mismo asunto en 1929, y también quedó en estudio de la Comisión.

El año 1978, el Municipio recabó la propiedad de la península y del palacio, llegando a una transacción con el conde de Barcelona como jefe de la real familia. Esta "devolución" quedó señalada como una de las reivindicaciones más importantes conseguidas por el Municipio en beneficio del patrimonio de la ciudad.

La última estancia de la familia real, sin perder un solo año, fue el estío de 1930. Después, a la llegada de la segunda República, el palacio fue sede de la Universidad Internacional de Verano, por cuyos cursos, hasta 1936, desfilaron personalidades nacionales e internacionales de las ciencias y las artes; en el otoño de 1936, sirvió como hospital de milicianos heridos en la guerra civil hasta el mes de agos-

to de 1937, en que, ocupada la ciudad por las fuerzas nacionalistas, la nueva situación reimplantó las actividades universitarias... No volvió a tremolar el pendón de Castilla en su torre del homenaje hasta un día de la primavera de 1969 en que flameó por la brisa a media asta por la muerte de doña Victoria. La soberana, que allí vivió como ama de casa desasida en lo posible de las rigideces protocolarias, había dicho que los diecinueve años de estancias veraniegas en La Magdalena fueron como si lo hiciera en el ambiente británico de su infancia y juventud; precisaba que Santander le recordaba siempre a Cowes, el puertecito deportivo de la isla de Wigth, el de paisaje suavísimo frente a poderosos puertos trasatlánticos. Recordó cuando Santander le hizo a ella y a su familia, la última despedida en el verano de 1930, casi en la clandestinidad porque rezongaban los augurios de próximas catástrofes. Los ojos de la reina rubia debieron empañarse la mañana de aquel agosto al ver por última vez arriarse el pendón morado. Iba en un yate, en cuya bañera don Alfonso acentuaba más rígidamente su prognatismo austríaco, y no era entonces el hombre de mirada chispeante, sino grave y caviloso, y había también cierta gravedad en el gesto de las infantas Beatriz y Cristina y en el del infante don Jaime, sentados en la bancada de aquel barco de fino tajamar, hecho para el delicioso placer de la navegación a vela, y que aquella mañana cabeceaba sobre el presentimiento. La bandera ondeando en La Magdalena se trocaría, en el plazo de unos cuantos meses en la inventada para el drama de María Pineda. Se habían descornado, para el año 1937, muchos mitos. Porque al entrar en el palacio abandonado tras del destronamiento, los nuevos administradores no hallaron más que un hogar sencillo, sin magnificencias, casi modesto, y que no causaba envidia a ningún burgués acomodado.

## **REMEDIOS, Plaza de los**

En las evocaciones de las calles desaparecidas en febrero de 1941, se historia la significación de la Plaza de los Remedios en el urbanismo local. En la actualidad la denominación está circunscrita a una parcela de la desaparecida, si bien se le agregó por el Oeste un breve trozo correspondiente a la calle de Quevedo. Sólo permaneció en pie el edificio del Cinema Coliseum y la entrada de lo que fue "Padilla" y comienzo de la del "Cubo". Se conservó la antigua rotulación para salvar su añejo recuerdo.

## **REY, Barrio del**

Se inauguró en febrero de 1928 un grupo de viviendas construidas en régimen cooperativo, con el título de "Barrio Obrero del Rey", en el espacio comprendido entre "Vázquez de Mella" y Avenida Camilo Alonso Vega, limitado por el norte por la Avenida General Dávila. Desde 1937 se le denomina simplemente "Barrio del Rey". Su historia se enrojeció en la mañana del 27 de diciembre de 1936 por un bombardeo, que produjo un centenar de víctimas entre sus vecinos, lo que arrastró a una represalia contra los detenidos en el barco prisión "Ángel B. Pérez", con un balance de cinto cincuenta y dos muertos.

## **RIO ASON**

Véase PARAYAS.

## **RIO BESAYA**

Véase PARAYAS.

## RIO CUBAS

Como eje central, de Este a Oeste, en el Grupo moderno del Paseo Canalejas, quedó formada una calle titulada “Río Cubas”, contribución a la tradición local elevada por Pereda a la categoría literaria propia de su pluma. (Ac. Mpal., 1966). El “Río Cubas” que baña el riente paisaje de Trasmiera, fue para los santanderinos del siglo XIX meta de excursiones por la bahía y escenario de divertidas estampas peredianas.

## RIO DE LA PILA

He aquí un barrio que mantuvo su tradición localista con un empeño y una devoción que ni aun el ímpetu de las más “impactantes” modas importadas, era capaz de despojarle de su acento pejino. Un manantial que vertía aguas al arroyo o canal por la que pasando el tiempo fue “calle del Martillo” y por “el Arrabal” hasta la Plazuela del Príncipe, dio motivo al apelativo de “Río de la Pila”. El manadero, desviado subterráneamente, se ubica en el último tramo de la actual calle al comienzo de “Despeñaperros”; las aguas surtieron en primer lugar a una fuente situada en el centro de la plaza, y por el año 1822 al redactarse un plano llamado “de población del Río de la Pila”, se trazaba la calle que con variantes ha llegado a nuestros días. La vía apareció con tal nombre en 1769 en el Reglamento de limpieza y policía; después pasaron bastantes años sin que se citara como lugar habitado, ni aún en las distribuciones por distritos y cuarteles, hasta que en 1837 era considerado como barrio fuera del casco de la población. En el plano de Chávarri de 1845 cobra carta de naturaleza con las demarcaciones y alineaciones datantes de 1831.

Va dicho en la voz “Despeñaperros” cómo se intentó la prolongación de esta calle hacia el Norte, resultando de la intención municipal una vía que en su denominación lleva indudable carga irónica.

Aprovechando las aguas del Río de la Pila, se construyó una casa de baños, los famosos de Arístides Toca, centro que gozó durante mucho tiempo de prestigio como círculo de reuniones elegantes en el Santander de la Restauración. Allí fue creado el año 1870, el Casino Kursaal, para la celebración de fiestas durante el verano, con “soirées”, bailes y conciertos, e incluso representaciones teatrales. “El Casino —decía un periódico de aquel tiempo— bajo la entendida dirección de M. Dubois, cuenta con todos los elementos propios de esta clase de sociedades a la altura de los mejores del extranjero”.

En 1895 se construyó en la misma plaza el parque de Bomberos municipales cuya instalación venía sufriendo una fatigante provisionalidad en la casa-pabellón que en la calle Calderón tenía Angel B. Pérez.

La casa de baños de Toca, donde después estuvieron instalados los juzgados municipales, fue demolida y en su solar se edificó el Teatro Pereda, inaugurado el 25 de julio de 1919. También en la parte Este de la Plazuela, se construyó en 1929, en un tiempo “record”, la modernísima Central Telefónica, primera instalada en España con el sistema automático, e inaugurada por Alfonso XIII. La Telefónica, a su vez, en 1976, demolió aquella Central para edificar una muy moderna en la misma Plaza, en el solar donde estuvieron los parques de bomberos y de la Limpieza pública, formando su fachada ángulo obtuso determinante de la alineación futura de la calle del Arrabal.

Se hicieron célebres las verbenas de San Antonio en el Río de la Pila. La estrecha calle, hasta la iniciación de

“Despeñaperros”, cobraba un jocundo carácter como cauce de la apretada bullanga de artesanos, menestrales, la flor del gremio de la aguja, grupos de señoritos troneras, bailones y marchosos, que en más de una ocasión provocaron los celos a retardados “Julianes”, pero como excepción, porque allí se divertía la gente “muy honestamente”. Familias enteras se sentaban a las mesas democráticas de las churrerías, que dicen inventaron los árabes andaluces. La verbena de San Antonio tenía, además, el privilegio de romper la marcha de las celebraciones populares en los barrios durante el buen tiempo. El callejón de “los Aguayos”, el de “San Antón”, el “de Fernández”, el de “La Corralada”, el del “Can”...; en el de “San Antón” estaba la antigua fábrica “Volta” que por los primeros años de la década de los noventa, metió la luz eléctrica en algunas casas, alumbrándolas con mortecinas bombillas de filamento de carbón y resplandeciente en algunas arañas pretenciosas de las casas del Muelle. Poco a poco fueron desvaneciéndose las antiguas esencias populares al punto de que el Río de la Pila es el rincón santanderino donde más fuertemente se acusa el cambio de los tiempos con la irrupción universalista de la sofisticación de las costumbres, a pesar de que en el aspecto urbano el barrio mantiene íntegro el carácter decimonónico provinciano... Llegaron al bodegón de “El Riojano” por los años cincuenta, los ecos de un Saint Germain des Près importado por muchachos y muchachas universitarios, acaso con más realista efectividad que en las aulas de la propia Universidad Internacional de La Magdalena. No fue, en realidad, invasión violenta y agresiva, sino “captación sectaria” de una juventud iluminada por los reflejos del existencialismo francés de exportación. El comedor y el bullente mostrador de “El Riojano” se constituyeron en “rendez-vous” de la muchachada francesa, inglesa, ameri-

cana y escandinava y de camaradas de toda España puestos “a la page” y dispuestos, con toda naturalidad, a repudiar el más cercano ayer, en una decidida guerra de generaciones. En los primeros momentos iniciativos de las “caves” de Saint Germain, las vastas mesas de aquel bodegón quedaron instituidos en permanente mentidero del arte, y pintores insertos en los “ismos” más desconcertantes emborronaron, por tanto, hasta una treintena de fondos de cubas formando el enseguida llamado “Museo redondo”, de fama ultrapirenaica. Con el apresuramiento de las ambiciones juveniles, aparecieron el “ye-ye” catecúmeno y la minifaldera, y luego los pioneros, en el área local, del “hyppismo” para llenar las noches veraniegas del Río de la Pila. Siguieron los novísimos juglares de la protesta con guitarra electrónica esgrimida como una metralleta, y melenas a lo etíope, remiendos desflecados, “jeans” y “blusons”, colgantes amuletos africanos, barbas libertarias... Y hoy fue una “wiskería” abriendo timoratamente sus puertas, luego una discoteca y enseguida las famosas cuevas alumbradas por una celestinesca bombilla solitaria de no más de cuarenta vatios...

Así, el barrio del pescador antiguo (madrugadas carrasposas y chocleo de zuecos, con el lejano “apuyáaa...”), es ya por las noches estampa animada por un mundo extraño con tufillo de griffa y pasos de alucinados, pedorreo de motocicletas y triunfo del “rollo...”. Se morirían de repente los viejos riopileños de las primeras jubilosas verbenas de San Antonio...

las de las  
las de las  
las de las

**RIO DEVA**

Véase PARAYAS.

## **RIO EBRO**

En 1964 se dio esta denominación del “río padre ibérico” que nace en Reinosa, a una calle que une la de “Justicia” con “Argentina”.

## **RIO HIJAR**

Véase PARAYAS.

## **RIO MIERA**

Véase PARAYAS.

## **RIO NANSA**

Véase PARAYAS.

## **RIO PAS**

Véase PARAYAS.

## **RIO PISUEÑA**

Véase PARAYAS.

## **RIO SAJA**

Véase PARAYAS.

**RIOZ Y PEDRAJA, Manuel**  
Rector Universidad Central

Polígono Residencial de CAZOÑA.

Nació en Valdecilla el 1 de enero de 1815. De la Junta del Instituto de Santa Clara en 1840, catedrático de Física y Química, pasó a la Facultad de Ciencias Médicas de Madrid,

y nombrado catedrático de Ciencias Médicas, Académico de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la de Medicina.

### **ROCA, La**

Sixto Valcázar, Secretario del Ayuntamiento, incluyó en el nomenclátor por él compuesto en 1897, el nombre de “La Roca” que era ya familiar entre el vecindario. Y en octubre de 1912, el Concejo tomaba el acuerdo de desmontar aquel lugar, porque no es una calle propiamente dicha, sino “lengua” divisoria de las calles Monte y Cisneros para su unión en ángulo agudo. Junto a la casa de Cisneros se practicó una escalinata de piedra, y en el resto del terreno se construyó un pequeño edificio para la Institución “Gota de Leche”, que después pasó a formar parte de los servicios de la Sección Femenina de Falange; el año 1978, quedó convertida en escuela de párvulos.

### **ROCIO**

Se dio este nombre a una calle en El Sardinero, entre Pérez Galdós y Luis Martínez (Acuerdo municipal de 1964).

### **RODRIGUEZ COLLADO, Atilano** Arquitecto

En sus comienzos, esta calle discurría silenciosa por detrás de la estación del ferrocarril del Norte y unía Calderón de la Barca con el puerto atravesando la de “Castilla”.

Al abrirse el Pasaje de Peña adquirió intenso tráfico, incrementado por el propio de la Estación Unificada, ante la que se alinea esta arteria dedicada a Atilano Rodríguez Collado, arquitecto municipal entre los años 1870-1878; a él se debieron importantes obras de reforma. La dedicación tiene fecha del año 1878.

### **ROLDAN LOSADA, Jacobo Barrio**

Los amplios terrenos de la Quinta de Porrúa, entre las calles de "San Fernando" y el "Paseo del Alta", fueron adquiridos por la Obra Social de la Falange, que construyó unos grupos de viviendas, erigidos formando varias calles paralelas limitadas al Este por la de "Vázquez de Mella" y al Oeste por los tapiales de la finca del monasterio de las Salesas. La totalidad recibe directamente la influencia del tráfico de la Avenida de Camilo Alonso Vega. Las obras del Barrio terminaron en 1958 y habían sido promovidas por el entonces gobernador civil Jacobo Roldán Losada, fallecido en 1968.

Las calles que van especificadas alfabéticamente en el nomenclátor, forman este barrio populoso, con entrada por la calle Vázquez de Mella y término en el tapial de la finca de las Salesas de la Visitación, e intercomunicadas entre bloques. Dichas calles se denominan: CANARIAS, GALICIA, LOGROÑO, MALAGA, MONTEJURRA, NAVARRA, SALAMANCA, SEGOVIA, SIMANCAS, VALENCIA, VALLADOLID y ZARAGOZA.

**R O S A**

Véase CIUDAD JARDIN.

## RUA MAYOR

De esta viejísima Rúa se salvaron del incendio dos o tres casas que hoy se alzan unidas a las construidas por el plan de reconstrucción, como final de una cuesta practicada desde Isabel II hasta encontrar las citadas en la Cuesta del Hospital. Su comienzo hoy viene a ser lo que era iniciación de la "Cuesta Gibaja".

(Véase Rua Mayor, en pág. 115).

## RUA MENOR

Como su hermana "Rúa Mayor", conoció el carácter de la Puebla Vieja, y de ella sólo quedaron en pie en febrero de 1941, otras dos o tres casas unidas formando avanzada hacia la Cuesta del Hospital. Ahí se ha refugiado el nombre antiguo.

(Véase Rua Menor, en pág. 119).

## RUALASAL

Como consecuencia de la Reconstrucción de la zona siniestrada se dio, el año 1946 el antiguo título de "Rualasal" a la nueva arteria que sigue, aproximadamente, el mismo trayecto de las antiguas "Remedios" y "Callejón de las Escuelas" hasta su salida normal en la "Puntida". A su paso y por la margen izquierda se abre "Santa Clara" (que sigue la traza antigua) y a la derecha esa misma calle de unión por travesía con Juan de Herrera junto a la fachada Oeste de la iglesia de la Compañía. Termina "Rualasal" en "San José" y en las Ordenanzas está prevista para el futu-

ro su prolongación sobre los terrenos al norte de "Arrabal" hasta la plazoleta del "Río de la Pila".

### **RUANO DE LA SOTA, Juan José**

Frente al edificio de la Audiencia, surgió una calle dibujada por el urbanista para ordenar la cuadrícula resultante de la reforma de toda aquella zona, que tuvo su historial casticísimo aportado por los "callealtros". Con el título de Ruano de la Sota, político de gran predicamento hasta la dictadura de 1923, se incluyó en el nomenclátor de 1964; anteriormente dio su nombre a la "Ribera".

(Véase esta voz en "Calles destruidas por el incendio").

### **RUBEN DARIO**

No es propiamente una plaza pública, pues se encuentra enclavada en el complejo "Feygón" de la Segunda playa. En 1966, la Comisión nacional pro Centenario de Rubén Darío hizo, a través de la Empresa constructora de aquel grupo residencial, ofrenda al Ayuntamiento de un monumento al poeta de la Hispanidad, para erigirlo en aquel enclave, dentro de la propiedad particular. La inauguración del monumento fue un acto literario presidido por las autoridades y representantes de las Repúblicas de habla hispana.

(Rubén Darío, nicaragüense, nació en 1867 y murió en 1916).

### **RUBIO, Toribio**

La propuesta de abrir una calle desde Cervantes a "La Florida", por el norte de las casas llamadas "de Campuzano", es del año 1865. Trece años después, Toribio Rubio,

que desempeñó la Secretaría del Gobierno Civil, era propietario de algunas casas y terrenos a espaldas de las mismas, y cedió a la ciudad lo necesario para hacer realidad la apertura cuyas obras se iniciaron en 1875. En la margen derecha de la nueva vía quedó, haciendo esquina con "Gravina" el espacio verde de la finca de los Menéndez Pelayo, y el Municipio, al edificar la Biblioteca del sabio y su aneja la Biblioteca municipal y Museo, construyó el cierre del jardín que sirve de antesala hoy al grupo de edificios del conjunto de la Casa de Cultura. La denominación oficial de la calle de "Rubio" fue acordada en 1878. En 1926, la Sociedad Menéndez Pelayo pidió al Municipio el cambio de nombre de la calle por la de Enrique Menéndez Pelayo. Quedó a estudio.

#### **RUILOBA PALAZUELOS, Marcos**

Véase ACTIMAR.

#### **RUIZ CRESPO, Aurelio**

Nombre de un popularísimo cantador folklórico perteneciente a la agrupación "El Sabor de la Tierrauca" creada hacia 1925 y que alcanzó renombre nacional. Se trata de la calle en que vivió y murió el nominado, y va desde "María Cristina" a "Prado de San Roque". Acuerdo municipal de 1965.

#### **RUIZ DE ALDA, Julio** Aviador

Nombre oficial desde el 30 de diciembre de 1944 en la cuadrícula de calles de servicio del puerto que han ido tomando carácter de residenciales con abandono de la cente-

naria idea de dedicar totalmente la Nueva Población de Maliaño a la expansión industrial de la ciudad. Ruiz de Alda fue famoso aviador.

### **RUIZ-ZORRILLA, Manuel**

El partido republicano local promovió el acuerdo de condecorar una calle del barrio de Maliaño con el nombre del célebre repúblico español.

(Manuel Ruiz-Zorrilla (1835-1895), fue Jefe del partido progresista y ministro del Gobierno de la Revolución de 1868, y después de Amadeo I. Embarcó en Santander, en febrero de 1875, camino del exilio.)

### **SAINZ Y SAIZ, Casimiro**

Pintor

La plaza que se venía conociendo desde hacía más de un siglo por "Molnedo", y primitivamente barrio de "Castejón", decidió el Municipio que se denominara (fue el 10 de septiembre de 1915), "Casimiro Sainz y Sáiz", el paisajista campurriano nacido en 1853 en Matamorosa y muerto en el sanatorio del Dr. Esquerdo, de Carabanchel, en 1898.

Discurrían por el arroyo de Molnedo, las aguas provenientes de la vaguada de la actual calle Tetuán. Era citado en 1785 al aprobarse la composición del camino carreteril desde el "Río de la Pila", "por donde se salvaba el arroyo por el puente". En este lugar, y al borde del cantil de la bahía, estaba la fuente conocida "de los Diez caños", aguada para los barcos de pesca y los veleros. Figura en lo antiguo como lugar muy alejado del casco de población. En 1784 instaló allí Francisco de Gibaja, para beneficiar las aguas

de la fuente, la sección de blanqueado para su fábrica de hilados.

En 1832 fue construido un lavadero público y poco a poco y a medida del avance de los muelles hasta el saliente, Molnedo fue cobrando nueva fisonomía con el establecimiento de algunas fábricas de salazones.

Oficialmente no se le incluyó en el nomenclátor, como calle con aquel nombre, hasta 1842, aunque en el plano de Mathé figuraba "el reducto de Molnedo" en la cumbre de lo que hoy es calle "Gándara", en "Santa Lucía".

Cuando los mareantes del Cabildo de Abajo cedieron, empujados por los avances urbanísticos, se convirtió en centro de su vida que conoció el máximo auge al construirse la dársena de Puertochico, que desde entonces comenzó a disputarle el derecho de denominación a Molnedo. Y en 1894 surgió la almotacénia (que todavía existe con su singular traza) que en años aún recientes cambió su destino por la Lonja del Barrio Pesquero de Maliaño. La última fase determinó la casi total desaparición del carácter de Molnedo, y en lo que fueron tendejones de las fábricas salazoneras, se alzaron edificios como el de la Diputación provincial en 1935, no inaugurado hasta 1937, y el de los cines Reina Victoria y Popular Victoria.

El año 1959, siendo ingeniero accidental del Ayuntamiento el que lo era de la Jefatura de Obras Públicas, Eiriz Beato, entregó a la Corporación municipal un proyecto de túnel Molnedo-Las Llamas del Sardinero, túnel que después ha sido motivo de consideraciones por parte del Municipio en el sentido de imprescindible para la más rápida comunicación del casco urbano con El Sardinero. Se citó, en aquel tiempo, la probabilidad de perforar otro túnel "Río de la Pila - Las Llamas", y aún un tercero, "Plaza de la Esperanza-Las Llamas".

## **SALAMANCA**

En el Barrio Roldán Losada. (Ac. Mpal. de 1964).

### **SALAZAR, Francisco**

Parte desde el encuentro de la calle Avelino Gutiérrez con el Paseo Pérez Galdós, en dirección sur, dando servicio a una zona residencial acomodada. Francisco de Salazar fue un santanderino muy notorio que intervino en puesto de responsabilidad en empresas náuticas, e hizo donaciones de importancia. La calle que hoy tiene su nombre formaba parte de extensos terrenos que en aquella zona tenía hasta San Martín.

### **SALAZAR, Gonzalo de**

Previsto en 1896 este nombre para titular “una calle desde el principio de los tinglados hacia el Suroeste”, treinta años más tarde, abiertas varias vías paralelas a la calle “Burgos” se rotuló una de ellas “Gonzalo de Salazar”, con entrada por “Fernández de Isla”

(Salazar era hijo de Lope García y llegó a Santander desde Vizcaya con una flota enviada a este puerto para ayudar a los de la Puebla Nueva a rechazar las huestes de Diego Hurtado de Mendoza en su intentona de someter la villa al Señorío de Santillana.)

### **SALMERON, Nicolás**

Cruza desde “Castilla” a “Antonio López”. En 30 de noviembre de 1940, el Ayuntamiento acordaba sustituir la lápida que le daba el nombre de Salmerón, por el de “Leonardo Torres-Quevedo”, pero no llegó a consumarse.

(Nicolás Salmerón y Alonso (1838-1908), fue ministro en el Gobierno de la primera República y después en el Gabinete nombrado a la subida de Amadeo I al trono, en 1871. Filósofo racionalista y presidente del partido republicano como sucesor de Pi y Margall.)

### **SAN ANDRES**

Nombre conservado desde el siglo XV y tomado de una ermita dedicada al santo existente en la prominencia, de modo aproximado junto a las tapias de la que fue finca de Carlos Hoppe, desde Perines hasta el paseo del Alta.

### **SAN ANTON**

Citada por vez primera en 1868 para la distribución por cuarteles de la ciudad con motivo de la Revolución; era sólo una calleja. Comunica el Río de la Pila con San Simón. (Véase RIO DE LA PILA.)

### **SAN ANTONIO, Barrio de**

En las inmediaciones del puente de Cajo; nombre revelador de una devoción piadosa del vecindario desde tiempos de que no se guarda exacta memoria.

### **SAN CELEDONIO**

Se dio este nombre, en 1862 a la prolongación de la de "San Matías" (después "Velasco") desde "Hernán Cortés" hasta "Molnedo". Pero en 1883, se cita ya la actual en el

tramo comprendido entre “Río de la Pila” y la travesía de subida a “Los Pirineos”, justamente donde se iniciaba “San Roque”. En 1931, la República rotuló “Calle de Aurelio Herreros, maestro laico” a la unificada comprensiva de “San Celedonio”, “San Roque” y “Viñas”. De nuevo, en 1935 se restablecieron los antiguos nombres, pero en febrero de 1936, con el triunfo del Frente Popular, se denominó otra vez “Aurelio Herreros”. El 4 de octubre de 1937, vuelve a ser Calle “San Roque” y ya, definitivamente, en 1949 el Ayuntamiento acuerda la reunificación con el apelativo único de “San Celedonio” desde el “Río de la Pila” hasta “Vista Alegre”, absorbiendo, para hacerlos desaparecer, los rótulos de “San Roque” y “Viñas”.

## **SAN EMETERIO**

Así se llamaba, oficialmente, en un principio, la calle “Lope de Vega” con el que cambió el nombre en 1864. En ella terminaban los muelles de Calderón y allí se formaba una calle terraplenada en el momento de realizarse el plan de nuevos muelles hasta el dique, o sea, la prosecución del proyecto de la Nueva Población de Peñaherbosa. Entonces el nombre de San Emeterio pasó a rotular la travesía entre Tetuán y “El Carmen”.

## **SAN FERNANDO**

Era el viejísimo “Camino de Becedo” y “Mies del Valle” (que de ambos disfrutaba) por el que se inició el tráfico cuando el Estado se hizo cargo totalmente de su conservación como carretera general a Castilla, partiendo del

“O” situado frente a la Plaza de Numancia”. El nombre de San Fernando no apareció oficialmente hasta 1845 en virtud del plano de Chávarri. En 1824 habían pedido varios vecinos que el “Sitio de Becedo” fuese denominado “Barrio de las Delicias”, pero debatido en el Concejo, bajo un presiónante clima político, recientes como estaban los sucesos del verano con la detención de los elementos constitucionales, “no corresponde —decretó la Corporación— a dicho sitio otra denominación que la de “Barrio de Becedo” y no hay inconveniente alguno en que la línea de aquellas casas sea conocida con el nombre de “Calle de Fernando Séptimo, Rey Absoluto”, estampándolo a la esquina de la parte del nordeste”.

En realidad, el historial de esta arteria corresponde al de la Alameda de Oviedo (Véase), porque es la que más carácter humano ha conservado desde su creación y ser por tanto la calzada una mera carretera. El flanco norte comenzaba en un galpón que alojó durante muchos años la fundición de metales de Colongues Klint, la fábrica de cervezas “La Cruz Blanca” y otras industrias, y así mantuvo la imagen de una “antesala” industrial y casi rural de la ciudad. Esta parceló muchos terrenos de la ladera sur del Alta, en los que se cerraron numerosas fincas residenciales en chalets como sumergidos en jardines. Así, la mayor parte de “San Fernando” aparecía como ininterrumpido enrejado florido, especialmente a partir de Perines. Varias soluciones de continuidad se mantuvieron en esta línea, pues el Municipio no tuvo hasta muy adelantado ya el presente siglo, clara aspiración de futuro y fue “trampeando” el cartabón de los urbanistas (y las Ordenanzas) sin llegar a normas definitivas. Estas soluciones de continuidad fueron las travesías, indicadoras ya con la mayor modestia, de naturales penetraciones del “cuerpo urbano” en la espléndida

ladera soleada descendiente del Alta a la antigua Mies del Valle.

La acometida a esa zona sólo atravesada hasta hace muy pocos años por auténticas calles como prolongación de las procedentes del Este (a partir de Numancia) ha sido sensacional, dando al adjetivo un valor relativo al tratarse de una ciudad com ésta, pues en apenas tres lustros se han abierto allí vías amplias paralelas a "San Fernando" y cortadás, a su vez, por transversales igualmente desahogadas. La edificación ha ido aumentando en volumen y en cantidad a partir de Perines hasta la Avenida de Camilo Alonso Vega. En la calle San Fernando no restan en el día más de media docena de casas viejas del pasado siglo. El resto, en su totalidad, se ha construido con una rapidez espectacular.

La explosión de crecimiento urbano en esta arteria, se ha visto colmada en su última sección, desde Perines a "Camilo Alonso Vega" y es uno de los "milagros" de una ciudad como ésta, que no ha sufrido los efectos agudos del absentismo provincial.

## SAN FRANCISCO

Para conocer la historia de esta calle y lo que supuso para la ciudad hasta que de ella no quedó ni una sola pared en las jornadas de febrero de 1941, debe repasarse el capítulo dedicado a "Calles desaparecidas por el incendio". La nueva vía de este nombre, por tantos motivos con derecho a perpetuarse, se trazó paralela a la Avenida de Calvo Sotelo, desde la Plaza del Generalísimo hasta "La Porticada" o de "Velarde"; en el afán de unificar los nombres de vías urbanas, se prescindió del "de la Blanca", a pesar de su fuerte tradición decimonónica, y preponderó el del santo de Asís. Acuerdo municipal, marzo de 1948.

Ambas calles se reunían en su cota más alta (en la Plaza Vieja) y los autores de la reforma optaron por desmontar la poco pronunciada, pero evidente protuberancia que ambas calles configuraban, en una rasante única que vino a concertarse casi con la de la Avenida de Calvo Sotelo.

Es preciso advertir que este criterio de conseguir las mayores extensiones posibles con una rasante horizontal, se siguió en la reforma de la cuadrícula antigua. Como punto de referencia el más ilustrativo, quedó la iglesia de la Compañía en su propio suelo, señalando la cota de las calles de la puebla de abajo.

La nueva calle de San Francisco está cortada en su desarrollo por las procedentes de Juan de Herrera, o sea, "Lealtad" y "Puente", y desemboca en la "Plaza de Velarde" por uno de sus arcos. Sigue manteniendo su carácter de calle eminentemente comercial, al extremo de que en todo su desarrollo no existe un solo portal de viviendas.

### **SAN FRANCISCO, Colonia**

En la margen septentrional del Paseo del General Dávila, número 294, se construyó una Colonia con varios bloques de viviendas subvencionadas. El acuerdo municipal dando la denominación de "San Francisco" tuvo lugar en 1964.

### **SAN JOSE**

Se ofrece la descripción de esta calle en el capítulo de "Calles desaparecidas por el incendio" tal como era en un principio el antiguo camino de "Traslacava" desde la puerta del Arcillero hasta la de Santa Clara o Subida a San Se-

bastián. Desapareció por el fuego todo el caserío desde la Plazuela del Príncipe por el lado Oeste y por levante desde el jardín de la residencia de los padres jesuitas hasta Santa Clara, frente al Instituto. En la remodelación de la zona, el proyecto de Reconstrucción, respetó casi íntegramente la antigua traza de San José, si bien el nomenclátor resumía en una sola vía (acuerdo de 1949) los antiguos nombres de Santos Mártires, Puntida y San José, en este último título.

### **SAN JUAN DE DIOS**

No es en realidad calle, sino espacio sin salida a la derecha del comienzo de subida a Los Pirineos. Apareció el nombre de "San Juan de Dios" en 1897.

### **SAN LORENZO**

Como el Barrio San Antonio, comprende uno de los alrededores del puente de Cajo.

### **SAN LUIS**

Encontramos esta calle por vez primera en 1812, pero citada "Juan de Alvear" como estrecha y mal cuidada, y se fue formando paralela a la de Burgos desde la Alameda primera hasta la Plaza de Numancia. En 1845 fue construido, en un solar cerca ya de aquella Plaza, un coso taurino, el primero donde se dieron formalmente las corridas de acuerdo con los Reglamentos. En "Biografía de una ciudad" se ofrecen con detalle los sucesos acaecidos con motivo de la inauguración de tal plaza, que subsistió hasta la construcción de la de "Santa Lucía".

En 1883, se denominó oficialmente de "San Luis", y en 1919 comenzó la construcción de un frontón en un solar entre esta vía y la de Magallanes, y que pasando unos años fue transformado en cinematógrafo popular. En este siglo (el verano de 1912), el Municipio se pronunció favorable a una moción en que se decía que "el éxito previsto al hacerse el proyecto de apertura de la calle "San Luis", nos obliga a completarla con el de abrir la calle "Juan de Alvear", como complemento de aquélla hacia el Este...".

### **SAN LUIS, Grupo de**

Comienza en el número 292 de Avenida del General Dávila. Desciende por la ladera al Oeste de la Bajada de Polio.

### **SAN MARTIN**

Este nombre es el del barrio que desde muy antiguo estaba constituido por algunas casas de labor diseminadas entre viñedos, prados y huertas, en su mayoría quñones de los pescadores. Ganó prestigio por el carácter militar y estratégico que le confirió el fuerte y batería allí construidos seguramente en el siglo XVI, o por lo menos, según algunos eruditos, en ese siglo fue erigido sobre otras piedras fracasadas por su petulancia de piedras de fortificación. Era una defensa de "segundo escalón" contra los navíos que hubieran conseguido forzar el paso de la barra bajo los cañones de la fortaleza de San Salvador de Hano. El fuerte de San Martín se alzaba sobre el promontorio muy cerca de la isleta de San Mamés, y era cierta su posición estratégica pues los barcos tenían que pasar forzosamente "a tiro de

ballesta” bajo sus bocas de fuego dado que en el siglo XVII, la canal practicable estaba a escasas brazas del cantil. Sufrió el fuerte varias modificaciones y ya en su último estado se presentaba con una explanada de planta trapezoidal, para seis piezas de artillería y parapeto de una vara de espesor. Aparte de algún diseño suelto, Wünsch dejó representado el fuerte de San Martín en un cuadro a la acuarela, en el que se ven, paseando por el glacis, varias parejas con atuendo de la época romántica, y la ciudad al fondo. La demolición definitiva del fuerte sanmartiniano fue en 1843. Dos años antes, se había tratado la cuestión por el Municipio, pues el Gobierno tenía decretada la derruición de toda clase de fuertes con determinadas características, que no correspondían a las de Santander.

San Martín comenzó a tener cierta importancia urbana en el momento de modificarse por el plan Valle (Véase JUAN DE LA COSA) y ser entrada del camino de la costa al Sardinero, cuyo porvenir, aunque intuido, no era motivo de grandes preocupaciones en el tablero de los urbanistas. Comenzó a perfilarse por tanto en 1877 con desarrollo irregular resultante entre las edificaciones de Juan de la Cosa y la finca de Castanedo (hoy Colegio de los Escolapios). Entonces absorbió el nombre de San Martín, como calle prolongada hasta el cocherón del tranvía de vapor de Gandarillas, situado aproximadamente donde en la actualidad está la placita con la estación terminal de los autobuses.

De allí, precisamente, arrancó, en toda su longitud, la Avenida de la Reina Victoria, pero con la ordenación que se hizo de esta arteria y de las confluentes, San Martín quedó circunscrita al tramo entre “San Vicente de la Barquera” y la curva superior de la llamada “Cuesta de Castelar” o “del Gas”.

**SAN MARTIN RIVA, Pedro**  
Alcalde

Al poco de fallecer el alcalde Pedro San Martín Riva, en 1913, en los claustros de la catedral cuando se disponía a presidir con la Corporación municipal la procesión de los Mártires, fue adoptado el acuerdo de perpetuar su nombre conferido a la cuesta en curva que desde Cuatro Caminos da acceso hasta Pronillo. En sus comienzos había sido rural camino desde la "tercera caseta" hasta la iniciación del paseo del Alta, practicado en 1814. Cuando en 1785 se hizo una relación de las tabernas existentes en la ciudad, se le adscribió al barrio de Cazoña; después, se citaba como Barrio de Pronillo, y a finales de aquel siglo, funcionaba allí una fábrica de curtidos establecida en 1971 por Manuel Díaz de Cossío. No puede precisarse cuándo ni por qué comenzó a conocerse por "Peñas Morenas". Entonces era una carretera de comunicación con el Alta, La Albericia, Monte Corbán y San Román de la Llanilla. Había correspondido, precisamente a San Martín Riva la obra de transformación de tal carretera en Avenida; por su acera del Este se alza en todo su desarrollo el alto tapial de las Salesas, construido en 1898.

Pronillo, coronado por el primer gran depósito de la traída de aguas a la ciudad se incluyó en la historia porque allí, durante la última guerra carlista, se alzó una puerta flanqueada por dos pequeñas torres de la muralla construida rapidísimamente por el coronel Almirante desde la Isla del Oleo hasta San Pedro del Mar. Todavía por los años veinte de este siglo, quedaban restos del recinto murado defensivo, y aún en la actualidad hay unos altos murallones de carácter militar amparando la entrada al solar de Villapiente, en cuya casona se firmó la capitulación de Santan-

der a las tropas del general Merle en el mes de junio de 1808.

## **SAN MATIAS**

Primitivamente tuvo el nombre de "San Matías" la calle después conocida por "Velasco", en devoción al santo elegido por Santander en 1503 por haber salvado a la villa de los estragos de la peste. (Véase el voto y capitulación en "Costas y Montañas", de Amós de Escalante.) A fines del pasado siglo se denominó de San Matías una pequeña calle iniciada en la "Enseñanza" por unas escaleras para salvar la cota de Vista Alegre, donde desemboca. A su vez, esta callecita tiene una travesía del tipo corralada.

## **SAN NICOLAS, Grupo**

Muy cercano al Grupo San Valentín, y en la misma ladera septentrional del Paseo del General Dávila, 144, se alza este pequeño grupo de viviendas, denominado de "San Nicolás".

## **SAN PEDRO**

Aunque el vulgo, y de manera indiscriminada, llamó también de "San Pedro" a la Rúa Mayor (todavía por el siglo XVIII), apareció por los años centrales del XIX rotulando la estrecha transversal de la cuesta del Hospital a Santa María Egipcíaca, agravada esta insuficiencia de desahogo para el tráfico por la existencia de una casa, a su entrada por la cuesta, que hubo de ser derribada el año 1863, en que aparece ya en el nomenclátor como calle.

En el informe aportado el 21 de enero de 1914 sobre el estado de esta vieja rúa, el ponente de Obras declaró que, al comprobar las deficientes condiciones de algunas de las viviendas tenía que hacer declaración de la lamentabilísima impresión que le causó, además, la forma de vida de parte de la vecindad. “Hemos podido ver —decía— que en ese barrio existen unos tugurios de dormir; son habitaciones lóbregas, sin separación alguna, por lo que la promiscuidad de sexos es manifiesta. A poca altura del suelo se levanta un entarimado corrido, sobre el que se visten, desnudan, se hacinan acostados hombres y mujeres, casi destapados. Luego, la escasísima ventilación forma allí un ambiente enrarecido donde el aire es irrespirable”.

Actualmente, se abren en esta calle varios establecimientos que recuerdan los tabernones antiguos, remozados conforme a la sofisticada moda “hippy”.

### **SAN RAMON, Grupo**

En el Barrio de CAJO.

### **SAN ROQUE, Grupo**

En el Paseo del General Dávila, y frente al cuartel de María Cristina, en su ladera norte, se practica una estrecha calle hasta recientemente llamada Calleja de Rumayor, en la que se ha construido un Grupo de viviendas protegidas, formando un barrio, tendido en la ladera septentrional.

### **SAN SEBASTIAN**

Según el Padrón de Estados de 1772, existía el Barrio de San Sebastián, con este nombre, extendido hacia el norte de Santa Clara y reunía los terrenos al este de la Cuesta

desde la muralla hasta “la Alta”. Esa cuesta era conocida por “Subida a San Sebastián”.

En 1816 ya se citaba como calle, pero después volvió a considerársela como barrio, hasta 1862. Era travesía en el anteúltimo repecho de la cuesta de la Atalaya hacia los Pirineos y se la llamó “de los zapateros” hasta bien entrado el siglo XX.

Una etapa señalada para esta calle fue la de finales de 1912, en que se aprobó su ensanche y apertura.

Por la traza actual, aunque está algo reformada de como se hallaba no hace más de cincuenta años, se advierte que más bien se trataba de un camino de servidumbre entre huertas. A su entrada, en la confluencia con la cuesta de la Atalaya, se abría una especie de placita de descanso, en semicírculo y con un banco de piedra adosado al muro para el servicio de una fuente pública y unas fraguas de herradores.

La calle ha experimentado una prolongación, por el Este, en descenso para entroncarse con el Río de la Pila y los caminos de “Despeñaperros”.

## **SAN SIMON**

Este Barrio está comprendido entre “Río de la Pila”, “Santa Lucía” y cuesta de “Lope de Vega”. Le constituían huertas con algunas casas de campo, y así en el siglo XVIII conservaba carácter rural. El nombre lo tomó de una ermita que en el siglo XV fue erigida por un vecino, llamado Juan Simón Ferrero, artificiero con una fábrica de culebrinas y pequeños cañones para las mesnadas castellanas. Oficialmente no apareció el nombre, como calle, hasta el año 1845.

Se dirige de sur a norte al borde casi del pronunciado derrumbadero sobre el Río de la Pila, por donde recibe

desde hace unos cuantos años la relación vecinal de varios ramales practicados en la dura orografía de “Despeñaperros”, y principalmente de la calle de “los Aguayos”, directamente desde el Río de la Pila.

A derecha mano, y ya en su final septentrional, se une en escuadra con la calle del “Sol” o “del Carmen”. En esa esquina estuvo instalada la guardia civil de caballería que cubrió el servicio en la capital desde el año 1894.

Poco a poco va realizándose la urbanización del barrio propiamente dicho y el lugar llamado “Entre huertas” que sale a unirse con la calle “Valliciergo”.

### **SAN VALENTIN, Grupo**

En el Paseo del General Dávila, muy cerca de la desembocadura de la calle del Monte, y en la margen del Norte, comienza, en el número 250, este pequeño Grupo de viviendas módicas.

### **SAN VICENTE DE LA BARQUERA**

Al primer tramo de esta calle, así nombrada en 1898, comprendido entre “Juan de la Cosa” y la confluencia con San Martín, y compuesto por unas escaleras, se le dio el nombre de “Arsenio Esparza” el 13 de agosto de 1932. Esparza era militante del partido socialista obrero y murió en un tiroteo con la fuerza pública el 10 del mismo mes y año. En 1937 la calle recuperó su primitivo nombre.

### **SANCHEZ DE CASTRO, Vicente Santiago**

Título acordado por las mismas causas en lo urbanístico, y al tiempo que se concedió la denominación de “Marqués del Arco”, de la que es paralela.

(Vicente Santiago Sánchez de Castro fue obispo de la diócesis desde 1884 hasta su muerte, en 1920. Nació en Peromingo (Salamanca). De intensa misión pastoral, promovió en 1891 (única vez en la historia de la diócesis) un Sínodo de fuertes consecuencias para la vida espiritual de los sacerdotes diocesanos. A él se debió la edificación del palacio episcopal en Rúa Mayor, junto a la catedral, destruido por el incendio.)

### **SANTA ANA, Colonia**

Comienza en la calle de Monte, número 5, y Cisneros, 58. Acuerdo municipal de 1965.

### **SANTA LUCIA**

Tomó nombre de la ermita a la santa protectora de los enfermos de la vista y el año 1856 todavía se celebraba en aquellos terrenos (arriba de la "Medialuna", tras las casas de Pedrueca) animada romería, de las más típicas según crónicas de la época entre las costumbres locales. Era barrio de carácter agrícola y por tal calle comenzó a ser denominada en 1789 como acceso desde la del Martillo al camino militar trazado hacia el Alto de Miranda. Hasta 1820 no se hizo la alineación urbana y cuatro años más tarde se la tomaba como eje del "plano general para la nueva población de Santa Lucía". Tres años antes, el Municipio había acordado "la composición del camino carreteril desde "Río de la Pila" a "Molnedo". Solamente en un año (1864) se registró la construcción de diez casas "en el camino, decían las actas, desde la Plaza de toros a Molnedo". La fiebre de la construcción subió muchos grados aquel año, pues "se

tramitaron en las oficinas municipales permisos para construir cuarenta y seis nuevos edificios en el casco urbano”.

En 1868, la revolución la denominó “de la Libertad”, así como a su prolongación en descenso hasta Molnedo; pero la alineación de ambas no comenzó hasta 1871.

Llamóse durante algún tiempo “del doctor Madrazo” (aprobado en 1915) en honor al médico pasiego creador del sanatorio enclavado en los terrenos que ocupara la plaza de toros, inaugurada en 1859 y clausurada en 1889.

De nuevo, durante la República del 31, volvió a denominarse “de la Libertad”, pero en 1937 le fue restituido el título antiguo de “Santa Lucía”, comprensivo ahora desde el Río de la Pila hasta Molnedo. En esta calle se estableció el Asilo de ancianos desamparados en 1893. Hasta entonces, este benéfico centro había estado desde su fundación, en la calle Alta.

## **SANTA MARIA DE LA CABEZA**

Entre los nombres evocadores de hechos de la guerra civil emprendida en 1936, figura el de Santa María de la Cabeza, de la provincia de Jaén, dado a una calle travesía de la de Justicia. Ac. Mpal. de 1964.

## **SANTA MARIA EGIPCÍACA**

Finalizaba el siglo XVIII y figuraban con este nombre las calles en torno a la Casa de Recogidas fundada por el obispo Menéndez de Luarca bajo la protección de Santa María Egipcíaca. Centro benéfico que en 1819 se transformó en cárcel provincial, que así siguió funcionando has-

ta 1934 en que, merced a una intensa campaña periodística, se construyó una prisión nueva en la misma calle Alta. La vieja fue demolida cambiando, con las reformas de este siglo, el aspecto del barrio. Comprendía, en sus principios, "Santa María Egipcíaca", la calle en cuesta denominada en 1845 "de Garmendia", en virtud de la cesión por un propietario de tal apellido de los terrenos para la reforma. Entonces, "Santa María Egipcíaca" se redujo a un callejón de acceso a la cárcel y bordeando una barriada de casas muy humildes, de dos plantas, llamada "de Hoz". El año 1891 se había propuesto la construcción de una nueva cárcel de partido, según proyecto del arquitecto Rodríguez Collado.

### **SANTA MARIA MICAELA**

(1809-1885). María Desmaisieres, fundadora de la Orden de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. (Véase Polígono Residencial de CAZOÑA.)

### **SANTA ROSA, Colonia**

En la calle Alta, a la ladera sur.

### **SANTA TERESA DE JESUS**

En la calle Francisco de Palazuelos o de Arna, se practicó una callecita con el nombre de la Santa fundadora, por la circunstancia de estar junto al convento carmelitano. Ac. Mpal., 1963.

## **SANTIAGO EL MAYOR, Grupo**

Es una agrupación de viviendas en régimen cooperativo, ubicado al norte del principal depósito de la traída de Aguas, en Pronillo. Flanquea la vía desde aquella prominencia hacia La Albericia.

En su iniciación, esta Cooperativa estaba compuesta por obreros de los Altos Hornos de Nueva Montaña.

## **SANTOS MARTIRES, Grupo**

Adquiridos los terrenos en 1941 por la Obra Sindical del Hogar, al comienzo de la Vía Cornelia y final de la de Cervantes, fue inaugurada esta barriada en 1943. Los patios y viales interiores son innominados y se indican por letras. El nombre lo tomó de los santos Patronos de Santander, Emeterio y Celedonio, decapitados en Calahorra por los romanos, y cuyas cabezas, según piadosa tradición, llegaron al puerto santanderino en un barco de piedra en el siglo XIII.

## **SANZ DE SAUTUOLA, Marcelino**

En su iniciación, fue rúa límite oriental de la reforma del puerto, por Colosía, a finales del siglo XVIII y el vulgo dio en llamarla "del Martillo" por la forma que en el plano tenía el muelle saliente frente al final, casi, de la quinta manzana de casas del Muelle. Por primera vez viene consignada oficialmente como del "Martillo" en 1832, cuando se trató de abrir al servicio la del "Medio". En realidad no había sido más que borde del mar, solución de conti-

nuidad de los muelles, y adquirió traza urbana al culminar el proyecto de Guillermo Calderón el año 1828. El actual nombre fue acordado el 22 de diciembre de 1909 y contribuyó a ello el hecho de que en esa calle y formando esquina con la de "Pedrueca", es decir, el sitio que en lo antiguo se llamó "Cantón del Mar", está la casona solar de Marcelino Sanz de Sautuola (emparentado con los Velarde, como se historía en la voz "PEDRUECA"), infatigable investigador de la espeleología provincial y especialmente de las cuevas de Altamira, el descubrimiento de cuya famosísima sala de las pinturas se debió a su hija María. Antes de que el mundo reconociera el valor del descubrimiento de Sautuola, tuvo éste que sufrir duras campañas de los escépticos, entre ellos los sabios franceses quienes, al final, acabaron proclamando urbi et orbe el tesoro que para la ciencia e historia universales suponían los trabajos del montañés nacido en Puente San Miguel.

En la esquina con Santa Lucía, hubo, hasta el año 1927, unas tejavanas antiguas donde funcionaban unos talleres de carpintería "de armar". Y en la misma acera, en el solar donde hoy está el edificio del periódico "Alerta", se construyó el año 1903 un pabellón invernadero destinado a criadero de plantas y flores, instalado por el floricultor Laguillón.

## SARASOLA

Se incluyó en 1897 en el nomenclátor urbano, dado a un pasadizo de propiedad particular practicado bajo una casa de la calle "Burgos" para la comunicación con "San Luis".

## SARGENTOS PROVISIONALES

Acordado en 1970, en honor de los sargentos provisionales que lucharon en las filas nacionalistas de la guerra civil. Se localiza entre la calle "Héroes de la Armada" y "General Díaz de Villegas".

## SARGÜETA

Véase BARRIO PESQUERO.

## SAYUS, Francisco

Grupo PEDRO VELARDE.

Francisco Sayús, nacido en Francia y nacionalizado español, era a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX vecino muy arraigado y de sólido prestigio comercial, y defensor entusiasta de las cuestiones de la ciudad considerada por él como su segunda patria; a tal extremo que durante la guerra de la Independencia y sin traicionar exactamente a los franceses, vivió con los patriotas sufriendo una odisea muy dolorosa por estar sentenciado a muerte por los jefes napoleónicos.

## SEGOVIA

Calle del Barrio Roldán Losada, entre manzanas. Acuerdo municipal de 1964.

## SEVILLA

En 1848 varios propietarios del Barrio de Tantín solicitaron la apertura de una calleja "desde San José a sus huertas". El Ayuntamiento aprobaba en 1863 el proyecto

para transformar la calleja en calle bien urbanizada, pero hasta 1891 no volvió a ser mencionada para titularla oficialmente. En el incendio de 1941 fue destruido en su totalidad el caserío salvándose los edificios del Monte de Piedad, la central de la Electra de Viesgo y la Escuela de Industrias, llamada después Escuela de Peritos Industriales para alcanzar finalmente el título de Escuela de Ingeniería Técnica.

## SIMANCAS

Una transversal del Barrio Roldán Losada con la Avenida de Camilo Alonso Vega. Ac. Mpal., 1964.

## SOMORROSTRO

Ha durado muchos años la creencia de que cuando las huestes del segundo marqués de Santillana asaltaron la Puebla Vieja en el siglo XV, y acudieron en su auxilio los vizcaínos de Somorrostro, se dio el nombre de este pueblo de las Encartaciones, a la subida en rampa desde el pie de los muros de la Iglesia Colegial. Tal fue la constante en la atribución (a la que se unía, además, el título de "Vergel" al lindante con la cuesta) errónea a lo que parece, pues tal nombre de Somorrostro figuraba antes en más de un cuarto de siglo de la histórica efemérides. El propio Amós de Escalante parece inclinarse por la leyenda cuando dice que para ayudar a los de las pueblas vieja y nueva, o alta y baja, "acudió una animosa flota" del señor de Aramayona, poderoso y temido en Vizcaya, aliado de antiguo de los montañeses, a quien convenía tenerlos como avanzada y muro contra el Santillana... y allí venía Gonzalo de Salazar... acaudillando sus solariegos *de Somorrostro* que *deja-*

*ron huella* de su marcial entrada *en el nombre de la calle* por donde embistieron”.

El nombre figuraba ya en 1436; existe un legajo del archivo municipal con una sentencia en el pleito entre una “Marina Fernández y la villa” “que tenía y cultivaba unos huertos junto al castillo y se decía propietaria de la Plaza de Somorrostro...”.

De todos modos, parece que la lógica se inclina por la propia raíz etimológica y toponímica del lugar, pues el castillo estaba en el “rostro del cerro o somo de San Pedro”, de donde surgiría el “somo-rostro” con que la calle continuó siendo conocida por los eruditos y denominada así por el Concejo aunque hasta el año 1772 no apareciese en el nomenclátor urbano. Por esa rampa descendía una de las ramas del tráfico carreteril procedente de las Calzadas Altas, por bajo el arco apuntado de la torrona de la catedral (que entonces no era escalinata, sino rampa empedrada) hasta el cercano muelle de las Naos. En 1941 la calle no tenía más que las dos casas hoy existentes adosadas a los cimientos de la catedral, los muros de la cual sirvieron de escudo para salir indemnes del fuego.

### **SOTILEZA, Avenida**

Paralela a la Avenida del Marqués de la Hermida, la calle que llevaba el nombre de “Marqués de la Ensenada” cambió su denominación por la de “Sotileza” al construirse el Barrio de este nombre o Poblado de Pescadores. Es vía en la que existen almacenes y depósitos, todo relacionado con las actividades del puerto y de aquel poblado. Comienza en el encuentro del final de Antonio López con el límite sur de Ruiz de Alda hasta llegar al Cuadro de Maliaño en el Barrio de Pescadores.

## SOTILEZA, Rampa de

En dedicación a Pereda, por su novela, se dio el nombre de "Sotileza" al llamado Paredón. Fue éste en sus inicios una escalinata reptante por la cortadura sobre el fondeadero de "El Dueso", playazo extendido al pie de los muros de la catedral y refugio de lanchas y barquías de los mareantes del Cabildo de Arriba. La subida fue desapareciendo por los desplomes del terreno y la incuria municipal, y en 1815 el Cabildo de mareantes pedía "la reedificación de la escalera para bajar a los muelles". Es preciso tener en cuenta que el mar llegaba hasta los cimientos de la Colegial, o sea, a la hoy calle de Cádiz, y se extendía por lo que es ámbito de la Estación unificada y por todo Maliaño.

El año 1882 se tomó en consideración la reforma del "Paredón" según expediente de ocho años atrás, por el que se proyectaba una vía pública desde la Cuesta del Hospital hasta Maliaño. Por fin, construida la Rampa con fuertes muros, se le dio el título de "Sotileza" en 1887 según se consigna en la placa de bronce colocada en el muro de la primera curva, que dice: "1883-Rampa de Sotileza. 1887". Era alcalde entonces Marcelino Menéndez Pintado, padre del sabio de la calle de Gravina.

En la plazoleta superior celebraba sus asambleas al aire libre el Cabildo de Mareantes de San Pedro, o de Arriba.

## TANTIN

Al sur del Barrio de San Sebastián, en la zona comprendida entre la Cuesta de la Atalaya y Río de la Pila, se extendía un gran prado, en cuesta y con bruscas alteraciones en su conformación, conocido por "Prado de Tan-

tín”, nombre cuyo origen no parece dilucidado. Se citó oficialmente en 1826 y después en el plano de Chávarri. Terreno arcilloso, fue conocido también, hasta principios del siglo actual, por “La tejera”, tomado de la fábrica de ladrillos y tejas instalada en aquel lugar el año 1863 por la sociedad Herrera Hermanos. El mismo año, Bernardino Regato pedía autorización para construir una casa en el Prado de Tantín, “en línea con las de su barrio”, es decir, cruzando el solar donde se erigió la Escuela de Industrias.

Ya estaba en 1857 proyectada la calle desde la Cuesta de la Atalaya hasta el límite del desmonte, pero hasta seis años después no se determinaron las alineaciones. En 1871 se normalizaron las calles “Tantín” y “San Roque” y se daba lugar a “una plaza de suficiente proporción a la que afluirá también una nueva calle proyectada en dirección Norte-Sur que desembocará en la de “San José” (se refería a la de “Sevilla”).

Todavía por los años veinte de este siglo, y a pesar de haberse construido algunos edificios como el Monte de Piedad y la Escuela de Industrias, había, al Este, un amplio campo abierto entre “San Celedonio”, la tapia norte de la finca de los Jesuitas y una fila de casas, muy viejas, del “Río de la Pila” a las que había adosadas unas tejavanas dedicadas a herrerías. Desde entonces comenzó a edificarse en la amplia extensión de “La Tejera” dando lugar a dos calles: la de “Alonso Ercilla” y una transversal en la parte sur, pensada como futura prolongación de “la Marina”, con el nombre de “La Milagrosa” por haberse radicado allí la Cocina Económica.

Durante la República del 31, el Ayuntamiento denominó a “Tantín”, “del maestro Eduardo Anero”; se reintegró en 1937 el castizo y primitivo nombre.

Para conmemorar la campaña africana del año 1862, se inscribió el nombre de la ciudad santa marroquí, en un proyecto del ensanche, dado a una vía urbana que por detrás del gasómetro de la Compañía de Lebón conducía al Alto Miranda trepando por una angostura conocida por "barrio de Camino". Se hizo la reforma de la calle en 1865 y en 1892 comenzó a funcionar a todo lo largo el tranvía de vapor de Pombo, que llegaba Molnedo arriba y corría fanfarrón por el fondo de la cañada hasta meterse por un túnel practicado bajo la loma de Miranda, para reaparecer por La Cañía del Sardinero. Este túnel fue inaugurado en 1892.

En sus comienzos Tetuán fue un barrio típico de pescadores, hasta que se produjo por los años cuarenta de este siglo, su trasplante al Barrio Pesquero de Maliaño. Permanece casi intacto el primer tramo de Tetuán, que conservaba su fisonomía y las esencias y "olores" de los antiguos mareantes: a la puerta de cada bodega no faltaba nunca el corro de remendadoras de redes sentadas al sol, ni sus hombres preparando las artes en vísperas de las grandes costeras. Aún permanecen algunas casuchas de portales minúsculos y profundos; balcones con ropas tendidas al aire y al sol. Restan escasos indicios de que por allí tremoló jaquetón su gloria el Tranvía de Pombo; es difícil hoy encontrar la huella de la boca del famoso túnel, pues toda la ladera de la cañada coronada por el paseo de la Concepción y el Alto de Miranda, está desapareciendo por construcciones nuevas, trazadas con cierta "alegría antiurbana", que llevará irremediablemente a la aparición de otro barrio nuevo de muy especiales características. En cambio, en la ladera de enfrente, o sea, desde el antiguamente llamado Paseo Viejo de Miranda, han surgido unas barriadas,

sobre lo que permanecería como huertas desapareciendo las casuchas sembradas como a voleo.

Es una especie de "asedio de urbanizaciones" con el pie forzado de la primitiva traza de la vieja calle, a la que van asomando barrios nuevos, respetándose unas alineaciones que ya anticipan su futuro, en cuyos comienzos se enlaza con la iniciación de la calle "San Emeterio" ascendiendo por empinada rampa para su encuentro con la calle del Carmen. Existe una sólida tendencia municipal, avalada por la opinión pública, de ir a la perforación de la loma del Paseo de Menéndez Pelayo por un túnel cuya boca será el eje de la calle de Casimiro Sainz. Este paso subterráneo, existente en los propósitos municipales, acortaría sensiblemente las distancias desde el centro de la población a la vaguada de Las Llamas, cerca ya de la segunda playa.

## TIA MA

Al construirse la nueva iglesia de San Roque, patrón de El Sardinero, se trazó, en el ángulo nordeste de los Pinares un vial para el más cómodo acceso al templo parroquial, dándosele el nombre de "La Iglesia", que une la Avenida de Maura con el Paseo de los Infantes por delante del templo. Posteriormente, en 1964, el Municipio acordó cambiarle la denominación por la de "Tía Ma", en recuerdo sentimental hacia la tía materna de José Antonio Primo de Rivera.

En 1870, un grupo de vecinos de El Sardinero sufragó la construcción de una ermita en el saliente de "El Cañón" que separa las playas primera y la Concha, y la pusieron bajo la advocación de San Roque. Posteriormente fue ampliada pero durante la revolución de 1936 la derribó el alcalde del Frente Popular. Después de la guerra se iniciaron

las obras de un nuevo templo, de traza moderna, según los planos del arquitecto Sainz Martínez, y bendecida e inaugurada el 19 de marzo de 1944, al final de la Alameda de Cacho; tiene por fondo el pinar.

### **TIERRUCA, La**

El año 1922 se autorizó la construcción de veintiséis viviendas en régimen de Cooperativa, en un amplio solar de la calle "Cisneros" y se le dio el nombre de "Chalets de la Tierruca", inaugurado en 1928. El término "Tierruca" no está aceptado por el diccionario de la Academia, pero sobre él los nativos insisten dándole acentos de saudade.

### **TIO MECHELIN**

Véase BARRIO PESQUERO.

### **TORRES QUEVEDO, Leonardo**

Polígono Residencial de CAZOÑA.

(1852-1936). Nacido en Santa Cruz de Iguña (Santander) destacó internacionalmente como inventor y por sus estudios científicos. Entre sus obras más internacionalmente conocidas, figuran el "Telekino" y el transbordador de las cataratas del Niágara.

Oficialmente, en diciembre de 1940 fue dado este ilustre apellido a una calle del barrio de Maliaño, pero no llegó a figurar en los nomencladores editados para guía de la propia policía urbana. Hubo otra decisión de titular con tal nombre a la glorieta ante la entrada de la Universidad de las Llamas e incluso erigir allí un pequeño monumento a la gloria de Torres-Quevedo. Puede verse acta municipal de 29 de julio de 1959.

## TRASMIERA

Calle que circunda la Colonia de Los Pinares, de El Sardinero. Acuerdo municipal de 1966.

## TRAVESIAS

Para evitar reiteraciones excesivas en la historiografía de las calles, se recogen aquí las Travesías, con indicación de su ubicación:

AFRICA, ALEJANDRO GARCIA, ALTA, ANTONIO DE MENDOZA 1.<sup>a</sup> y ANTONIO DE MENDOZA 2.<sup>a</sup>, ASILO, CANALEJAS, CAÑOS Los; CARMEN, CISNEROS, CUBO (Isabel II a Guevara); CUEVAS, ENSEÑANZA, FLORANES 1.<sup>a</sup>, FLORANES 2.<sup>a</sup>; FRANCISCO DE PALAZUELOS, GENERAL DAVILA, Avda. de General Dávila, 4; INFANTES, Avda., ISABEL LA CATOLICA, LOS CASTROS Avenida, núm. 16; LOS ESCALANTES (entre Los Escalantes e Isabel II), MAGALLANES, MONTE, MONTEVIDEO (de Habana a Jerónimo D. y Sainz de la Maza), NUMANCIA, RIO DE LA PILA, SAN CELEDONIO, SAN EMETERIO, SAN FERNANDO, núm. 28; SAN MARTIN, núm. 19; SAN MATIAS, SAN SEBASTIAN, SAN SIMON 1.<sup>a</sup>, SAN SIMON 2.<sup>a</sup>; SANTA LUCIA, TANTIN, TENIENTE FUENTES PILA, TETUAN, TRES DE NOVIEMBRE, VALDERRAMA y VISTA ALEGRE.

## TRES DE NOVIEMBRE

Aparece por vez primera en el nomenclátor de 1866. En principio constituyó el tramo entre el Reenganche y el oeste, es decir, Vargas, pero como pasadizo de esta calle a un

espacio interior sin urbanizar y con todos los defectos de estos enclaves interiores y marginados para toda policía municipal. Complementaba el título de "Vargas" dado a la calle en gestación al flanco de la iniciación de la Alameda Segunda, pues era cifra de la efemérides de la batalla de 1833. Muy modernamente, esta travesía se ha convertido en calle bien urbanizada, poblada de edificios modernos, y discurre paralela a la de "Vargas".

### **UNION, La**

Callecita en rampa desde la Avenida del Dique Gamazo hasta San Martín. Se adaptó su trazado y construcción al promontorio avanzado que fue base del fuerte de San Martín. En su defensa para la construcción de la Avenida Reina Victoria, un concejal recordó que años después de la construcción de "Juan de la Cosa", se pensó, proyectó y llevó a la práctica la "Calle de la Unión" de aquélla con la de San Martín. La urbanización actual data del año 1950.

### **UNIVERSIDAD, Colonia**

Está compuesta por una veintena de bloques de moderna arquitectura, en línea, por el Este, con la Bajada de la Gándara. Al Sur se alinea en el Paseo del General Dávila.

### **VALENCIA**

Es una de las calles del Barrio Roldán Losada con entrada por "Vázquez de Mella". Ac. Mpal., 1964.

## VALBUENA

Llámase así a la calle de prolongación de Cisneros a Perines, justamente hasta el llamado Barrio de San Andrés y es paralela —en un plano de cota más elevada— de Florianes. En su final concurre con la calle Alonso, proveniente hacia el norte, desde San Fernando.

(El Marqués de Valbuena, nombre que bautiza esta vía, fue un preclaro patricio santanderino, fundador de una de las fábricas de cervezas importantes de España, establecida en Cañadío, y que exportaba a América. Llenó todo un período de la mejor industria montañesa a fines del siglo XVIII.)

## VALLADOLID

En el Barrio Roldán Losada. Ac. Mpal. 1964.

## VALLICIERGO, Vicente

Para descongestionar el tráfico entre las calles “Santa Lucía” y el Paseo Menéndez Pelayo, se trazó una arteria que recoge el retorno del movimiento rodado desde el Paseo de Menéndez Pelayo hasta Santa Lucía.

(Vicente Fernández Valliciergo nació en Puente Arce. Fue un notable pendolario, fallecido en 1909. Popularmente se le conoció por “el rey de la pluma”.)

## VAPORES

En 1957 se acordaba restablecer el nombre en la calle entre Carlos III y Federico Vial, paralela a ésta y perpendicular a la de Castilla.

## VARADERO

Otra vía en la zona de servicios del puerto, abierta entre las calles “Ruiz de Alda” y la Dársena de Maliaño. Ac. Mpal., 1966.

## VARGAS

Fue rotulada en 1859 en recordatorio del choque armado entre los carlistas que llegaban al mando del cabecilla Ibarrola dispuestos a apoderarse de la ciudad en noviembre de 1833, y las tropas liberales mandadas por el brigadier Iriarte. Es una calle iniciada paralelamente a la Alameda Segunda. Para reforzar el carácter de la histórica efemérides se la unió el de “3 de noviembre” (fecha de dicha batalla). Los años pasando, el “Tres de noviembre” pasó a rotular la travesía y muy posterior urbanización de los terrenos interiores paralelos a la calle “Vargas”. Esto sucedió en 1833, cuando se aprobó el proyecto de prolongar “Vargas” hasta Cuatro Caminos, si bien no se realizó de inmediato hasta 1946.

En 1862, Roviralta y López pidieron alineaciones para construir un taller de fundición “en la calle Vargas”. Y allí quedó la fábrica como obstáculo para el desarrollo del proyecto de la calle.

El año 1974, se autorizaba a la Organización Sindical la construcción de la nueva Casa Sindical en solar de su propiedad. En 1978 no se había inaugurado todavía, no obstante estar casi terminada totalmente.

## **VAZQUEZ DE MELLA, Juan**

Por acuerdo municipal de 1964, se tituló la calle que flanquea por el oriente los barrios Roldán Losada y del Rey, entre la Avenida Camilo Alonso Vega y la de General Dávila.

(Juan Vázquez de Mella (1861-1928) fue abogado, periodista, diputado, académico de la Lengua y paladín del tradicionalismo. Extraordinario orador en el estilo grandilocuente de su época.)

## **VELARDE, Emeterio** Comandante

### Grupo VELARDE.

También, en 1960, se dio este nombre a la glorieta en que coinciden las calles Salmerón, Madrid, Leopoldo Pardo, Marqués de la Hermida y Antonio López y López.

(Emeterio Velarde fue un militar distinguido en el levantamiento de Santander contra los franceses en junio de 1808. Era hijo de Juan Manuel Fernández Velarde y capitán de Milicias. Al producirse el levantamiento santanderino, Emeterio Velarde subió a la divisoria, formando un frente en El Escudo. Previamente, al ponerse a la cabeza de la corta y mal armada tropa “formó en la Plaza pública una cruz con el estandarte de la ciudad y su espada desnuda, jurando todos morir antes que abandonar aquella insignia hasta que fueran arrojados los franceses de España”. Pero fue arrollado, y poco después se incorporó al ejército de Liébana. Murió en 1812 luchando contra los franceses en la batalla de la Albuera.)

## VELARDE, Pedro Grupo

Creado por la Obra Sindical del Hogar, fue inaugurado en 1958. Comprende los solares al sur de la Plaza de Toros y tiene su entrada principal por “Jerónimo Pérez y Sainz de la Maza”. Está constituido por varios bloques de viviendas entre los que se abren una plaza central y varias calles. La denominación de éstas, acordada en 1951, corresponde a personajes y hechos de la Guerra de la Independencia en Santander y son:

Alcalde Rodríguez de la Guerra  
Obispo Menéndez de Luarca (Regente de Cantabria)  
Plaza del Dos de Mayo  
Guerrillero Campillo  
Comandante Emeterio Velarde  
General Gregorio de la Cuesta  
Independencia  
Plaza del Alzamiento  
Francisco Sayus

## VELARDE, Plaza

Primitivamente llevó este nombre la calle conocida por “de la Pescadería” en la Dársena grande. La Plaza así denominada hoy fue planificada, estudiada y realizada entre la Dirección General de Arquitectura, regida por el arquitecto Muguruza y los técnicos municipales (arquitecto Sainz Martínez e Ingeniero Sánchez Murélag), al desarrollar el proyecto de Reconstrucción de la zona siniestrada. Ha sido polémica la traza y situación, acusándosele de estranguladora del tráfico desde la zona oriental de la ciudad con la resultante por el incendio. Comenzó a llamársela “Porticada”

al construirse los edificios que la circundan con corredor de arcos: así los Gobiernos Civil y Militar, la Delegación de Hacienda, la Caja de Ahorros, la Delegación del Ministerio de Información y Turismo, el Ateneo y la Cámara de Comercio. Los urbanistas determinaron dejar abierto en la línea sur de las construcciones un amplio espacio entre el Gobierno civil y la Delegación de Hacienda, como acceso directo desde la Avenida de Alfonso XIII, cuya calzada occidental quedaba al eje de la Plaza. Dos arcos altos, en la parte Norte, comunican la Plazuela del Príncipe con Juan de Herrera, y los otros dos al sur, San Francisco con General Mola. A ambos lados del edificio de la Caja de Ahorros hay sendos Pasajes, titulados “del Arcillero” y “de la Puntida”, para el acceso a Rualasal...

Se proyectó elevar en el centro un monumento con piedras de todas las provincias españolas como testimonio de gratitud del pueblo al movimiento solidario promovido por la catástrofe que destruyó la parte más antigua de la ciudad.

En esa Plaza se instala todos los años el escenario y el graderío para el Festival Internacional de Música, Danza y Teatro y en uno de los modillones de un arco se mandó grabar una inscripción recordando que durante noches consecutivas Ataúlfo Argenta, nacido en Castro Urdiales, dirigió las nueve sinfonías de Beethoven, acontecimiento musical único en su intención, celebrado en España y protagonizado por la Orquesta Nacional.

Durante varios años presidió la Plaza la efigie de Pedro Velarde, el héroe del Dos de Mayo hasta que en 1954, y para facilitar el montaje del teatro del Festival, fue trasladado a la Avenida de Alfonso XIII.

Hubo un momento en que el Ayuntamiento llegó a tomar en consideración, mediante acuerdo, construir la Casa

Consistorial en el frente norte de esta Plaza. El propósito no tomó positivos vuelos al no estar arropado del fervor popular, y al final fue abandonado, cuando la Caja de Ahorros mostró su decisión de edificar en aquel solar.

### **VELASCO ISLA, Luis Vicente de**

Polígono Residencial de CAZOÑA.

Nació en Noja, en 1711. De la dinastía de los Isla y Velasco. Como guardia marina asistió y fue herido en la batalla de Gibraltar en 1727. Actuó en los navíos en las Antillas, Capitán de Navío en 1754. Los acontecimientos de La Habana en 1762, le llevaron a encargarse de la defensa del castillo del Morro, de La Habana, resistiendo heroicamente el bloqueo y las acometidas de la escuadra inglesa de Pock, hasta que, al frente de un puñado de españoles, y en compañía de Vicente González, volaron el castillo y perecieron.

### **VIA CORNELIA**

Por el "Torrente del Cubo" se proyectó, en 1864, prolongar la calle Cervantes hasta el Alta. En el plano de Pérez de Rozas (1865) aparece señalado como un caminejo. Tres años después se denominaba "camino de prolongación de Cervantes" y en 1883 se declaraba oficialmente haberle denominado "Vía Cornelia" como homenaje a Cornelio de Escalante, alcalde en 1842 y padre del escritor y poeta santanderino, e iniciador de aquel camino por terrenos de su propiedad, en los que había construido casas y tejavanas destinadas principalmente a industrias modestas y de artesanía. Anteriormente se había intentado dar el nombre de Cornelio Escalante al Paseo de la Concepción.

Es arteria que reptaba en rampas suaves en gran parte de su recorrido, salvada la dura pendiente de su comienzo; fue desde su apertura un alivio para la comunicación de la ciudad con el Alta y los pueblos agregados.

### **VIAL, Federico**

Para memoria de don Federico Vial, ilustre bibliófilo santanderino que hizo espléndida donación de libros, el Ayuntamiento tomó el acuerdo de dar su nombre a una de las calles de la cuadrícula de la Nueva Población de Maliaño, entre Castilla y Marqués de la Hermida.

### **VIOLETA**

Véase CIUDAD JARDIN.

### **VIRGEN DEL CAMINO**

#### **Grupo**

En un amplio solar de la ladera Norte de la Avenida del General Dávila, comenzó a construirse el año 1869 un conjunto de 216 viviendas y locales comerciales, en cuatro fases, en bloques aislados de 5 y 8 plantas. Se proyectaba como unidad de viviendas económicas de tipo social. De excelente orientación, el lugar es conocido por "Bajada de la Teja".

### **VIRGEN DEL MAR**

Una callecita en La Albericia, normal al barrio Canda Landáburu.

## **VIRGEN DE LA PALOMA**

Desde Magallanes a Cisneros.

### **VISTA ALEGRE**

Por vez primera aparece Vista Alegre en 1883, como barrio situado al noroeste del "Prado de Viñas" hasta el Alta. Pérez de Rozas ni siquiera la insinuó en su plano. Se fue realizando sin dulcificar su extraordinariamente difícil pendiente, pues siguió siempre una línea recta y fatigosa ascendente al borde del antiguamente llamado Torrente del Cubo, o sea, al oeste del Prado de Viñas. En este siglo, fue dotada de un andén en escalinata y rellanos tendidos. Data del año 1839 el proyecto de "construcción de un camino "desde la Puerta de los Remedios hasta el Alta, cruzando por el Matadero y Hospital civil provisional".

### **ZANCAJO OSORIO**

Como reconocimiento a sus servicios como gobernador civil el Ayuntamiento acordó, en 1970, dar su nombre a la calle iniciada en "General Díaz de Villegas" y que desemboca en "Alféreces provisionales".

### **ZARAGOZA**

En el Barrio ROLDAN LOSADA. Ac. Mpal., 1964.

**ZORRILLA COLLADO, Santos**  
**Pasaje**

Se dio este título en 1897 a una vía de propiedad particular que une las calles de Santa Lucía y Bonifaz, tomando el nombre de su propietario. Fue cuando se realizaron obras importantes de desmante para la apertura de la calle Bonifaz, construyendo muros muy altos sobre los que apoyaron su residencia las monjas "Siervas de María". Al poniente, se practicó un pasadizo en escalinata y en él funcionó un mercadillo de barriada. (Consúltese "Calle BONIFAZ".)

ALVARO

1897

# NOMENCLATOR DEL CALLEJERO, EN 1980

	Págs.
Acebedos, Los .....	143
Actimar, Polígono de. Comprende: Bergantín, Carabela, Corbeta, Fragata, Galeón, Galera, Goleta, Naos, Patache y Ruiloba Palazuelos, Marcos	144
Aduana .....	144
Africa .....	145
Aguayos, Los .....	145
Alcalde Rodríguez de la Guerra .....	146
Alcázar de Toledo .....	146
Alféreces Provisionales .....	147
Alfonsina, La .....	147
Alfonso VIII .....	148
Alfonso XIII .....	149
Alhelí .....	156
Alhucemas .....	156
Alicante .....	156
Almirante Cervera .....	157
Alonso Ercilla .....	157
Alonso Vega, Camilo .....	157

Alsedo Bustamante ... ..	159
Alta ... ..	159
Alto de los Leones ... ..	163
Alto de Miranda ... ..	163
Amós de Escalante ... ..	166
Arce, Guillermo ... ..	167
Arcillero, Pasaje del. ... ..	168
Argentina ... ..	169
Arrabal ... ..	169
Artigas, Miguel ... ..	170
Asilo ... ..	171
Atalaya, Cuesta de la ... ..	171
Atarazanas, Plaza de las ... ..	172
Azogues ... ..	173
Bailén ... ..	174
Barcelona ... ..	174
Barrio Pesquero, Comprende: Mocejón, Muergo, Padre Apolinar, Plaza de los Cabildos, Sargüeta y Tío Mechelín ... ..	174
Belchite ... ..	175
Benot, Eduardo ... ..	175
Bergantín ... ..	176
Bien Aparecida, La ... ..	176
Blanca Nieves, Barrio de ... ..	176
Blancamar, Colonia ... ..	176
Blanco, Juan ... ..	177
Blanchard, María G ... ..	177
Bolívar, Simón ... ..	177
Bonifaz, Ramón de ... ..	178

Brisas, Plaza de las	178
Brunete	180
Burgos	180
Bustamante Quevedo, Joaquín	181
Cacho, Alameda	182
Cádiz	183
Cajo, Barrio	184
Calatayud	184
Calderón de la Barca	184
Calderón y G. de Rueda, Fernando	185
Caleruco, Bajada del	185
Calvo Sotelo, José	185
Calzada, Bajada de la	187
Camino, Barrio de	187
Canalejas, José. Grupo	188
Canalejas, José. Paseo	188
Canarias	190
Canda Landáburu	190
Candina	190
Canteras, Barrio de las	191
Cañadío, Plazuela	191
Carabela	192
Carlos III	193
Carlos Haya	193
Carmelo, Barrio del	193
Carmen	194
Carrero Blanco, Luis	194
Cartagena	195
Castañeda Fernández, Antonio	195

Castelar, Emilio	195
Castilla	197
Castros, Los	198
Cayón, Joaquín	199
Cazoña, Polígono Residencial. Comprende: Blanchard, María G.; Bustamante Quevedo, Joaquín; Cossío, Francisco G.; Cossío, José María; Díaz Caneja, Emilio; Diego Cendoya, Gerardo; Gutiérrez Solana, José; Iturrino, Francisco; Ríoz y Pedraja, Manuel; Santa María Micaela; Torres Quevedo, Leonardo; Velasco e Isla, Luis Vicente de	199
Cervantes	200
Cisneros	201
Ciudad Jardín. Comprende: Alhelí, Clavel, Corral, Alberto; Dalia, Girasol, Jazmín, Lirio, Margarita, Mimosa, Pensamiento, Rosa y Violeta	202
Clavel	203
Columna Sagardia	203
Comba, De la	203
Convento	203
Corbeta	204
Corral, Alberto	204
Cortés, Capitán	204
Cosa, Juan de la	204
Cossío, José María	205
Costa, Joaquín	206
Cruces, Las	207
Cuadro, El	207
Cuatro Caminos	207

Cubo .....	208
Cubría, Francisco .....	209
Cuesta .....	209
Cuesta, Gregorio de la .....	211
Cuevas .....	211
Dalia .....	212
Daoíz y Velarde .....	212
Dávila, Fidel. General .....	213
Despeñaperros .....	217
Díaz Caneja, Emilio .....	218
Díaz de Villegas, José .....	218
Diego Cendoya, Gerardo .....	218
División Azul .....	219
Dos de Mayo .....	219
Duque de Ahumada .....	219
Duque de Santo Mauro .....	219
Eguino y Treco, José .....	220
Encina, Grupo de la .....	221
Enseñanza .....	221
Escalante, Los .....	221
Esperanza .....	223
Estaciones, Plaza de las .....	224
Falange Española .....	224
Faro, Avenida del .....	224
Fernández de Isla, Juan .....	226
Fernando VI .....	227
Fleming, Dr. .....	228

Floranes, Rafael de	228
Florida	229
Fragata	230
Fuente de la Salud	231
Fuentes Pila, Joaquín	231
Galeón	231
Galera	231
Galicia	231
Gamazo, Germán	232
Gándara, Bajada de la	232
Gándara, Jerónimo	232
Gandarillas, Santos	233
Garay, Juan de	233
García, Alejandro	234
García, Daniel	234
García del Río, Eduardo	234
García Morato	235
García-Lago, Manuel	235
Garmendia	236
Generalísimo Franco	236
Gerona	238
Girasol	239
Goleta	239
Gómez-Oreña, Pedro	239
González-Mesones, Manuel	240
González-Riancho, Aníbal	240
Gravina	241
Guevara, Fray Antonio de	242
Gurugú	244

Gutiérrez, Avelino	244
Gutiérrez-Solana, José	245
Habana	245
Haya, Ramón	245
Hedilla, Salvador	245
Hernán Cortés	246
Héroes de la Armada	248
Héroes del Baleares	248
Herrera, Juan de	248
Herrera Oria, Angel	249
Horadada, La	250
Hospital, Cuesta del	250
Independencia	251
Industria	251
Infantas	252
Infantes	252
Isaac Peral	253
Isabel la Católica	253
Isabel II	253
Italia	255
Iturrino, Francisco	256
Jazmín	257
Jiménez Díaz, Dr.	257
Juan XXIII	257
Juego de Pelota	257
Junco	259
Justicia	259

La Luz ... ..	259
La Puchera ... ..	259
Lastra y Cuesta, Luis de la ... ..	260
Lavín, Grupo ... ..	260
Lealtad ... ..	260
Leña, Plaza de la ... ..	261
Lepanto ... ..	261
Leva, La ... ..	262
Liébana ... ..	262
Limón ... ..	262
Lirio ... ..	262
Logroño ... ..	262
Lope de Vega ... ..	263
López del Campillo ... ..	264
López Dóriga, José Ramón ... ..	264
López y López, Antonio ... ..	265
López Tafall, José ... ..	265
Llano, Manuel ... ..	266
Madrid ... ..	266
Magallanes ... ..	266
Magdalena, La ... ..	267
Málaga ... ..	270
Marañón y Posadillo, Gregorio ... ..	270
Margarita ... ..	271
María Auxiliadora, Grupo ... ..	271
María Cristina ... ..	271
María Luisa G.-Pelayo ... ..	272

Marina ... ..	272
Marineros Voluntarios ... ..	273
Marqués del Arco ... ..	273
Marqués de la Ensenada ... ..	273
Marqués de la Hermida ... ..	274
Marqués de Santillana ... ..	274
Marqués de Valdecilla ... ..	274
Martínez y Fernández, Luis ... ..	275
Maura y Montaner, Antonio ... ..	275
Medio ... ..	276
Menchubel ... ..	277
Méndez Núñez ... ..	277
Mendoza, Antonio de ... ..	277
Menéndez de Luarca, Rafael ... ..	278
Menéndez Pelayo, Marcelino ... ..	278
Mies del Valle ... ..	280
Milagrosa, La ... ..	281
Mimosa ... ..	281
Miramar, Grupo ... ..	281
Mocejón ... ..	281
Moctezuma ... ..	281
Mola, Emilio ... ..	282
Monasterio, Jesús de ... ..	283
Monte ... ..	288
Montejurra ... ..	289
Montero, Matías ... ..	289
Montes Caloca, Toribio y Fernando ... ..	290
Montevideo ... ..	291
Moscardó, José ... ..	291
Muergo ... ..	291

	Págs.
Naos ... ..	291
Navarra ... ..	291
Navas de Tolosa ... ..	291
Norte ... ..	292
Nubes de Estío ... ..	292
Numancia ... ..	292
Obrador, Sixto ... ..	293
Oviedo, Alameda de ... ..	294
Pachín González ... ..	298
Padre Apolinar ... ..	298
Palacios, Teodoro ... ..	298
Palazuelos, Francisco ... ..	299
Palencia ... ..	299
Panamá ... ..	300
Parayas. Comprende: Peña Bejo, Peña Labra, Peña Rocías, Peña Sagra, Peña Vieja, Río Asón, Río Besaya, Río Deva, Río Híjar, Río Miera, Río Nansa, Río Pas, Río Pisueña y Río Saja ... ..	300
Pardo, Leopoldo ... ..	301
Patache ... ..	301
Paz ... ..	301
Pedruca ... ..	302
Pelayo, Don ... ..	303
Pensamiento ... ..	303
Peña Bejo ... ..	303
Peña Boeuf, Alfonso. Pasaje ... ..	304
Peña Cabarga ... ..	304
Peña del Cuervo ... ..	305

Peña Herbosa ... .. .	305
Peña Labra ... .. .	307
Peña Rocías ... .. .	307
Peña Sagra ... .. .	307
Peña Vieja ... .. .	307
Peñas Arriba ... .. .	307
Peñas Redondas ... .. .	307
Peral, Isaac. ... .. .	307
Pereda, José María de Grupo. Comprende: La Leva, La Puchera, Nubes de Estío, Pachín Gon- zález y Peñas Arriba ... .. .	308
Pereda, José María de. Paseo ... .. .	308
Pérez del Molino, Juan José ... .. .	314
Pérez Galdós, Benito ... .. .	314
Pérez y Sáinz de la Maza, Jerónimo ... .. .	316
Perines ... .. .	317
Pero Niño, Grupo ... .. .	318
Pez, Colonia del ... .. .	318
Piasca, Juan de ... .. .	319
Pinares, Colonia de Los ... .. .	319
Pino Patiño, Emilio ... .. .	319
Pío XII ... .. .	320
Pirineos ... .. .	321
Pizarro ... .. .	321
Plaza de los Cabildos ... .. .	321
Plaza García, Juan ... .. .	322
Polio, Bajada de ... .. .	322
Pombo, Juan ... .. .	323
Pontejos ... .. .	324
Portugal ... .. .	324

Prado de San Roque ... ..	324
Primo de Rivera, José Antonio ... ..	324
Primo de Rivera, Pilar ... ..	328
Príncipe, Plazuela ... ..	329
Progreso, Plaza del ... ..	330
Puerto, Antonio del ... ..	331
Puntida, Pasaje de la. ... ..	331
Quevedo, Francisco de ... ..	332
Rábago, Padre ... ..	334
Ramón y Cajal, Santiago ... ..	334
Reenganche ... ..	335
Regimiento Valencia ... ..	335
Reguera Sevilla, Joaquín ... ..	336
Reina Victoria ... ..	336
Remedios, Plaza de los ... ..	344
Rey, Barrio del ... ..	344
Río Asón ... ..	344
Río Besaya ... ..	344
Río Cubas ... ..	345
Río de la Pila ... ..	345
Río Deva ... ..	348
Río Ebro ... ..	349
Río Híjar ... ..	349
Río Miera ... ..	349
Río Nansa ... ..	349
Río Pas ... ..	349
Río Pisueña ... ..	349
Río Saja ... ..	349

	Págs.
Rioz y Pedraja, Manuel	349
Roca, La	350
Rocío	350
Rodríguez Collado, Atilano.	350
Roldán Losada, Jacobo. Barrio. Comprende: Canarias, Galicia, Logroño, Málaga, Montejurra, Navarra, Salamanca, Segovia, Simancas, Valencia, Valladolid y Zaragoza	351
Rosa	351
Rúa Mayor	352
Rúa Menor	352
Rualasal	352
Ruano de la Sota, Juan José	353
Rubén Darío	353
Rubio, Toribio	353
Ruiloba Palazuelos, Marcos	354
Ruiz Crespo, Aurelio	354
Ruiz de Alda, Julio	354
Ruiz-Zorrilla, Manuel	355
Sainz y Sáiz, Casimiro	355
Salamanca	357
Salazar, Francisco	357
Salazar, Gonzalo de	357
Salmerón, Nicolás	357
San Andrés	358
San Antón	358
San Antonio, Barrio de	358
San Celedonio	358
San Emeterio	359

San Fernando ... ..	359
San Francisco ... ..	361
San Francisco, Colonia ... ..	362
San José ... ..	362
San Juan de Dios ... ..	363
San Lorenzo ... ..	363
San Luis ... ..	363
San Luis, Grupo de ... ..	364
San Martín ... ..	364
San Martín Riva, Pedro ... ..	366
San Matías ... ..	367
San Nicolás, Grupo ... ..	367
San Pedro ... ..	367
San Ramón, Grupo ... ..	368
San Roque, Grupo ... ..	368
San Sebastián ... ..	368
San Simón ... ..	369
San Valentín, Grupo ... ..	370
San Vicente de la Barquera ... ..	370
Sánchez de Castro, Vicente Santiago ... ..	370
Santa Ana, Colonia ... ..	371
Santa Lucía ... ..	371
Santa María de la Cabeza ... ..	372
Santa María Egipcíaca ... ..	372
Santa María Micaela ... ..	373
Santa Rosa, Colonia. ... ..	373
Santa Teresa de Jesús ... ..	373
Santiago El Mayor, Grupo ... ..	374
Santos Mártires, Grupo ... ..	374
Sanz de Sautuola, Marcelino ... ..	374

Sarasola ... ..	375
Sargentos Provisionales ... ..	376
Sargüeta ... ..	376
Sayus, Francisco ... ..	376
Segovia ... ..	376
Sevilla ... ..	376
Simancas ... ..	377
Somorrostro ... ..	377
Sotileza, Avenida ... ..	378
Sotileza, Rampa de ... ..	379
Tantín ... ..	379
Tetuán ... ..	381
Tía Ma ... ..	382
Tierruca, La ... ..	383
Tío Mechelín ... ..	383
Torres Quevedo, Leonardo ... ..	383
Trasmiera ... ..	384
Travesías ... ..	384
Tres de Noviembre ... ..	384
Unión, La ... ..	385
Universidad, Colonia ... ..	385
Valencia ... ..	385
Valbuena ... ..	386
Valladolid ... ..	386
Valliciergo, Vicente ... ..	386
Vapores ... ..	386
Varadero ... ..	387

Vargas ... ..	387
Vázquez de Mella, Juan ... ..	388
Velarde, Emeterio. ... ..	388
Velarde, Pedro. Grupo. Comprende: Alcalde Rodríguez de la Guerra, Alzamiento de Santander, Cuesta, Gregorio de la; Dos de Mayo, Independencia, López del Campillo, Menéndez de Luarca, Sayus, Francisco y Velarde, Emeterio. ...	389
Velarde, Plaza de ... ..	389
Velasco Isla, Luis Vicente de ... ..	391
Vía Cornelia ... ..	391
Vial, Federico. ... ..	392
Violeta ... ..	392
Virgen del Camino, Grupo ... ..	392
Virgen del Mar ... ..	392
Virgen de la Paloma ... ..	393
Vista Alegre ... ..	393
Zancajo Osorio ... ..	393
Zaragoza ... ..	393
Zorrilla Collado, Santos ... ..	394



J. SIMON  
CABARGA

---

**10 SANTANDER EN LA HISTORIA DE SUS CALLES**

---

SANTANDER

1980